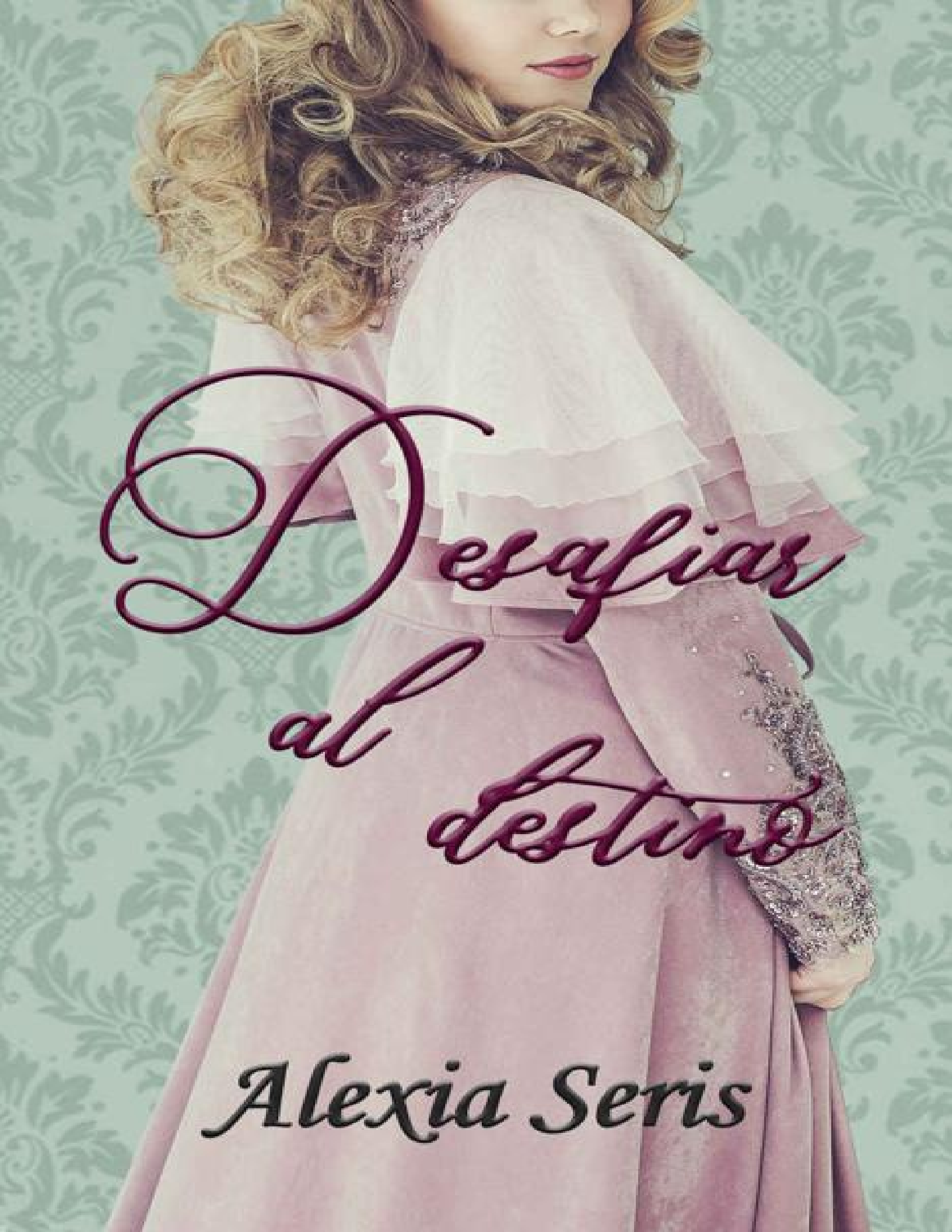

Desafiar al destino
Alexia Seris

Desafiar al destino

Alexia Seris

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin la previa autorización de la autora.

Todos los derechos reservados.

©Alexia Seris, 2025

Primera edición: Enero de 2025
Diseño de portada y maquetación: Alexia Seris
Imágenes de portada: 123RF

DEDICATORIA

"El único modo de encontrar el verdadero amor es ser lo suficientemente valiente como para arriesgarlo todo."

— Anónimo.

AGRADECIMIENTOS

Escribir esta novela ha sido un viaje increíble, lleno de emociones, retos y descubrimientos. Un proceso intenso y profundamente enriquecedor.

Ha pasado más de un año desde la última entrega de esta serie, y confieso que esta historia me exigió cada gota de pasión y perseverancia que podía ofrecer. Cada personaje, cada giro y cada emoción que he plasmado en estas páginas han sido fruto de momentos de inspiración, pero también de lucha.

Quiero agradecer primero a mi familia, por soportar mis largas horas frente al teclado y mis inevitables monólogos sobre personajes que para vosotr@s no existían... hasta ahora.
A mis amig@s, quienes siempre me preguntaban con entusiasmo (y algo de presión): '¿Ya la has terminado?'. Gracias por creer en mí incluso cuando yo dudaba.

Y a ti, lector, por elegir este libro y darle vida con tu imaginación. Que has esperado con tanto cariño y confianza. Gracias por confiar en mí y por permitir que mis historias formen parte de tu vida. Este libro no sería lo mismo sin ti, y me siento profundamente agradecida por la oportunidad de compartirlo contigo. Cada página está impregnada de sueños, y me emociona que ahora sean parte de los tuyos. ¡Gracias de corazón!

Espero que disfrutes de esta aventura tanto como yo he disfrutado escribiéndola.

Con todo, mi cariño,

Alexia Seris.

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo
Epílogo 2

Prólogo

Chloe Hudson miraba de nuevo por la ventana de su habitación hacia la mansión de al lado. Desde que sus amigas se habían ido a Inglaterra, su mundo se había convertido en algo muy diferente a lo que soñaba cuando ellas estaban aún en América.

Parecía que la misma ciudad había cambiado al perder a la reina del metal como solían llamar a Raychel Beasley. Sonrió con un nudo en la garganta, ya no era Beasley, ahora era la todo poderosa duquesa de Hawley, que, según las cartas que había recibido de Casie —la hermana pequeña de Raychel y su mejor amiga—, esta disfrutaba muchísimo de poner a los ingleses en su sitio con su afilada lengua y su aún más afilada mente.

Las echaba de menos. Y a sus padres también. Howard y Katelinn Beasley habían sido unos sustitutos magníficos de sus propios padres. Recordaba a menudo con lágrimas en los ojos la dulzura de Katelinn cuando cocinaba para ellas pese a las protestas del servicio, también las horas que se pasaban en los jardines escuchándola leer o aprendiendo a cuidar de las plantas y flores. Y Howard había sido igual de amable, le había explicado conceptos básicos de economía, le había enseñado a buscar información y la había preparado, en la medida de lo posible, para evitar que pudiesen aprovecharse de ella. Hablaban de política, de arte, de arquitectura, de economía…

Solo habían tenido dos hijas, pero Howard jamás se lamentó de ello, más bien al contrario, Raychel era la hija con la que siempre había soñado. Desde que era una niña él había anunciado a bombo y platillo que Raychel era su heredera y sería su sucesora y lo había logrado. Nada que ver con las continuas quejas de su padre con las que ella había crecido por el hecho de haber nacido mujer.

Suspiró y volvió al presente. Lo dicho, les echaba de menos.

Muchísimo. Cada día de su vida.

No tenía a nadie con quien hablar sobre los terribles sucesos que asolaban el país. La Guerra de Secesión la llamaban.

Una guerra civil que había comenzado por algo tan grande como el derecho a vivir. Un

estremecimiento recorrió a Chloe. ¿Cómo podía haber gente que pensase que tratar a otros seres humanos como ganado estaba bien? ¿qué importancia tenía el color de la piel? Se rodeó a sí misma con los brazos y gimió.

Igual ocurría con las mujeres, ellas tampoco tenían poder de decisión. Había unas cuantas que estaban intentando cambiar las cosas, ella las había conocido cuando la madre de Raychel aún vivía y después, gracias a su amiga. Ella sí que era un ejemplo para todas las mujeres, fuerte, valiente, llena de valor y coraje.

¿Qué opinaría Raychel de la Batalla de Gettysburg? Había tenido lugar hacía tan solo unos días y el país entero estaba vibrando por el resultado, al principio parecía que serían los Confederados quienes ganarían, pero tras tres días de lucha, la Unión se impuso y el general Lee ordenó la retirada de las fuerzas por el Potomac hacia Virginia.

Ella había seguido las noticias con el corazón en un puño desde el Music Hall, donde una de sus sufragistas preferidas, estaba dando un mitin sobre los derechos de la mujer, la libertad del ser humano y la abolición de la esclavitud.

Anna Elizabeth Dickinson era un modelo a seguir para ella, abiertamente no podía pronunciarse al respecto ni comentar que estaba a favor de sus ideas, mucho menos después de la muerte de su padre, ya que su hermano, un hombre frío y cruel, era un claro defensor de los Confederados. Arthur creía en la esclavitud, ya que era socio de varias plantaciones de algodón; creía en la supremacía del hombre sobre la mujer, eso era algo que había dejado claro desde que había dejado de llevar pantalones cortos.

Y ahora, en el verano de 1863, la única persona que había para que él pagase su frustración, era ella.

Una mujer que soñaba con un mundo en el que pudiera decidir qué hacer con su vida, no era como esas mujeres que renegaban del matrimonio y aducían que era un método de control patriarcal. No, ella soñaba con un matrimonio como el de los Beasley. Howard había sido un hombre impresionante, inteligente, apuesto, divertido, trabajador y sensato, y no obstante, en cuanto llegaba a casa, se olvidaba de quién era, solo veía a su esposa y a sus hijas.

Ella siempre había querido ser una Beasley.

Adoraba a Katelinn más de lo que había adorado a nadie. Ella había sido como la madre que nunca tuvo pero con la que soñaba.

Suspiró con resignación.

Ella había tenido una madre, claro, como todo el mundo, pero su madre había sido débil, delicada, sumisa y callada. Una mujer que se había sometido a la voluntad de un hombre que no era más que un cobarde y un traidor.

Chloe lo sabía bien. Se había escondido infinidad de veces en el despacho de su padre mientras este tenía reuniones secretas con miembros de los Estados Confederados, también le había visto pagar a un par de desalmados para que atacasen a Raychel cuando esta se hizo cargo de las empresas de su padre. Y fue testigo de primera línea cuando recibieron la noticia de que la joven no solo había salido indemne del ataque, sino que ambos hombres habían sido detenidos.

No, no se enorgullecía lo más mínimo de ser una Hudson.

Y eso la hacía sentirse como una hipócrita porque lo cierto era que tenía una vida privilegiada gracias a ser quien era. Vivía en una enorme mansión, tenía cuentas en las mejores tiendas de la ciudad y su apellido era una invitación a todas las casas y eventos de Boston.

—Chloe —se giró para mirar a su hermano, que estaba bajo el marco de la puerta de su habitación—, baja al salón, tenemos que hablar.

Le observó alejarse y suspiró.

Arthur era un hombre apuesto, alto como lo había sido su padre, también era inteligente y tenía una enorme fortuna. Por eso Chloe siempre había pensado que en el mismo momento en el que encontrase esposa, todo iría mejor en casa, pero al parecer, su hermano no tenía suerte en el amor, claro, que como le había explicado en infinidad de ocasiones, el amor era para las tontas mujeres de cabeza hueca que no hacían más que soñar con un mundo que no existía.

Pero se equivocaba. Ella había visto el amor, lo había sentido cada vez que acudía al hogar de los Beasley, el amor la envolvía como una cálida manta en invierno, se metía dentro de ella, la hacía suspirar, soñar, querer más…

No obstante, ella no era una Beasley y debía acudir a hablar con su hermano antes de que este perdiese los papeles y decidiese castigarla de algún modo, desde que su padre había muerto, Arthur se había vuelto de lo más creativo.

Bajó por la enorme escalinata hasta la planta baja y allí se encontró con el familiar rostro de Henry Diller, un hombre del que desconfiaba, no le gustaba la manera que tenía de mirarla y tampoco le gustaba nada la cantidad de veces que acudía a su casa para cenar con ellos. Sabía que tenía negocios con su hermano y que Arthur confiaba en él, pero a ella le entraban escalofríos cada vez que le cogía la mano para besarla.

—Ya estás aquí —Chloe miró a su hermano y asintió—. Bien, esos malditos de la Unión han estropeado nuestros planes —le vio apretar los dientes con fuerza—, pero no lo hemos perdido todo. —Arthur miró a Henry—. Aún tenemos amigos en el Sur y nuestro patrimonio no corre peligro.

—¿Y por qué me cuentas todo esto? Jamás me has puesto al día de cómo van tus asuntos, hermano. Me siento intrigada.

—Voy a estar fuera unos cuántos días, ya tienes veinticuatro años Chloe, tienes que saber que la vida no viene dada en bandeja de plata y que tengo que buscar formas para poder cuidar de ti ya que te niegas a acudir a fiestas para encontrar un marido.

—Estamos en guerra, Arthur, me parece que la frivolidad de un baile es del todo inapropiada cuando tantas vidas están en juego.

—La guerra no durará mucho, el general Meade no tiene nada que hacer contra nuestro ejército y Lincoln comprenderá que no puede hacer nada desde Washington.

—Yo no estaría tan segura —murmuró la joven pensando en las últimas noticias que había leído esa misma mañana.

—Tú eres una mujer, ¡qué sabrás de guerra! Pese a los panfletos que lees —la amonestó con la mirada—. De todas formas, el caso es que voy a estar fuera de Boston unos cuantos días.

—Comprendo, estaré bien.

—Por supuesto que lo estarás, Henry se ha ofrecido a hacer de perro guardián contigo.

Chloe abrió los ojos de par en par y miró a su hermano y después a ese hombre.

—¿Qué pretendes exactamente, Arthur?

—No pretendo nada, pero eres mi única hermana, actualmente un activo de la familia, por lo que mi deber es protegerte, por eso mi amigo se va a quedar aquí contigo, para que todos estemos seguros de que no corres peligro.

—¡Arthur! ¡no puedes hacer eso! ¿qué pasará con mi reputación? ¡se trata de un hombre soltero! ¡bajo mi mismo techo!

—Tonterías —hizo un gesto con la mano —y la decisión está tomada Chloe, ¿tengo que repetir quién es tu dueño?

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas sin derramar, le ardía el pecho, el corazón latía tan rápido que apenas podía respirar debido al esfuerzo.

—No, hermano, no tienes que repetirlo.

Acto seguido se fue a su habitación y por primera vez en su vida, cerró con llave.

***

Cuando Chloe bajó a desayunar al día siguiente, se llevó la desagradable sorpresa de ver como el señor Henry Diller estaba sentado tan tranquilamente a la cabecera de la mesa, el lugar que le correspondía a su hermano como señor de la casa. Ante su descaro, frunció el ceño.

Se sentía igual de abrumada que cuando había muerto su padre hacía más de un año, el mismo día de su muerte, Arthur, su hermano, se colocó en la cabecera de la mesa. Y ella entendía que como heredero era el lugar que le correspondía, pero cabría esperar que un hijo que había sido la debilidad de su padre, esperase al menos a que este estuviese enterrado para ocupar su lugar. Aunque al parecer, eso solo lo pensaba ella.

Se estremeció ante el recuerdo de las palabras de su hermano. ¿Qué pretendía? Porque ella sabía que algo se traía entre manos. El hecho de que hubiese permitido que aquel horrible hombre se quedase con ella a solas era un descarado grito de sus intenciones.

Activo. Le había dicho que ella era un activo de la familia y ahora, al ver la confianza absoluta con la que ese hombre se comportaba como si fuese el dueño de la casa, le erizó la piel.

Si realmente su hermano se estaba planteando que ella se casase con él… tragó con fuerza. No tenía opciones para negarse, tal y como Arthur le había recordado, él era quien tomaba las decisiones por ella, como si no fuese más que una muñeca rota, o peor aún, una marioneta que necesitase que alguien moviese sus hilos.

—Buenos días, Chloe.

—No recuerdo haberle dado permiso para utilizar mi nombre de pila, señor Diller —protestó mientras se dirigía al aparador a por algo de comida—. Samantha, por favor, una taza de café —le pidió a una de las doncellas.

—Y después, retírate —ordenó Henry a la muchacha haciendo que Chloe le mirase de nuevo con una ceja alzada.

—¿Por qué se cree con derecho a darle órdenes al servicio? Entiendo que mi hermano le haya dejado vivir aquí hasta que él vuelva, pero eso no le convierte en el señor de la casa, ese sigue siendo mi hermano, por lejos que esté.

—En estas dos semanas —Henry se puso en pie y dejó la servilleta sobre la mesa —descubrirás que quizá, las cosas no sean como crees.

Para total sorpresa de Chloe, Henry se acercó a ella y con un descaro fuera de toda lógica, la besó en la mejilla. Claro que el hecho de que la tutease era ya de por sí, toda una declaración de intereses.

—No me esperes hasta la cena, querida.

El corazón comenzó a latir tan rápido en su pecho que pensó que podría atravesarle las costillas.

Observó cómo salía del comedor del desayuno y no fue capaz de volver a respirar hasta que la doncella se acercó con sigilo.

—Tenga cuidado, señorita —murmuró en un tono apenas audible—. Los hombres como él no son de fiar.

Chloe pasó el resto del día nerviosa y sin dejar de mirar por la ventana, en cuanto vio el carruaje del señor Diller, dio orden de que le informasen de que tenía un fuerte dolor de cabeza y no bajaría a cenar. Prefería morirse de hambre antes de volver a tener que compartir mesa con aquel hombre y tampoco quería darle la oportunidad de que volviese a tomarse libertades con ella.

No obstante, todas sus excusas no sirvieron para nada, pues Henry le ordenó bajar y mandó al mayordomo y al ama de llaves a decírselo.

—Señorita, ha dicho que si no baja usted, subirá él y la bajará aunque sea a rastras.

Chloe enrojeció de ira. ¡Ese malnacido se atrevía a darle órdenes a ella! ¡a ella!

—¡No eres más que un cretino y un estúpido, ¿acaso se te olvida que esta es mi casa? —vociferó en cuanto entró al salón y se quedó de piedra al ver a más personas allí reunidas—. ¿Qué es esto?

Conocía a algunos de los presentes, pues habían acudido a cenar en más ocasiones, pero cuando Arthur estaba presente.

—Una cena con amigos, por supuesto.— Henry se levantó y sonrió a los invitados—. Si me disculpan un instante, la señorita Hudson y yo tenemos que aclarar un par de cosas.

Se dirigió a ella clavando aquellos ojos negros y fríos en los de la joven y esta sintió un escalofrío de advertencia en todo su ser. La sujetó del codo con fuerza, clavándole los dedos en su tierna carne y la arrastró hasta el recibidor, una vez que se aseguró de que no había sirvientes cerca, la empujó contra la pared y la besó en los labios con tanta fuerza que se los magulló.

—¡¿Se puede saber qué demonios haces?! —Chloe le empujó con todas sus fuerzas.

Henry la miró con una sonrisa fría y le sujetó la mandíbula hasta que le hizo daño.

—A ver si entiendes esto de una vez, eres mía Chloe, vamos a casarnos, ¿por qué crees que tu hermano me ha dejado aquí? Para que te seduzca y te obligue a que te cases conmigo.

—Arthur nunca me haría eso.

El hombre la miró de nuevo y ella volvió a estremecerse.

—Querida, el contrato matrimonial está redactado desde hace semanas, tu hermano lucha por el Sur y eso está muy bien, pero está perdiendo mucho dinero, ¿adivinas quién le ha hecho un préstamo enorme?

—Eso no te da derechos sobre mí, no soy una propiedad.

—Mucho me temo que eso es exactamente lo que eres —la besó de nuevo con fuerza—. Quise hacer todo esto de forma más civilizada, pero te niegas a colaborar, así que hoy no cenarás debido al escándalo que has montado, cuando acabe la cena, subiré a tu habitación y entonces te explicaré, con todo detalle, lo que espero de mi esposa. —Le tocó los pechos con fuerza—. Espérame desnuda Chloe, si tengo que perder tiempo en arrancarte la ropa, todo va a ser más… difícil para ti.

—No puedes hacer esto.

—¡Oh, por el amor de Dios! ¡mira a tu alrededor Chloe! ¿de verdad crees que alguien va a impedírmelo? Los sirvientes saben por qué estoy aquí, los invitados también lo saben.

—No voy a casarme contigo.

—¿Te apuestas algo? —Colocó una mano sobre su garganta y apretó hasta que ella empezó a enrojecer—. Vas a ser mía, Chloe, por las buenas o por las malas, por eso tu hermano se ha ido, para no tener que declarar falsamente en el hipotético caso de que se te ocurra denunciarme.

—Los sirvientes dirán la verdad —jadeó y habló con dificultad.

—Todos y cada uno de ellos han firmado ya un documento en el que juran que estamos prometidos y que te vieron a ti meterte en mi habitación a altas horas de la noche.

Chloe no quería creerlo, pero algo le decía que no mentía. Llevaban en aquel recibidor más tiempo del que deberían y efectivamente, nadie había ido a ver qué ocurría. Las lágrimas empezaron a correr por su rostro mientras, sin éxito, trataba de quitarle la mano de su garganta para poder respirar mejor.

—Y ahora a tu cama, desnuda y dispuesta.

Se separó de ella un par de pasos y la joven cayó al suelo jadeante y llorosa, se puso en pie con mucha dificultad pero eso no parecía importarle a aquel hombre.

—Eres un hombre cruel.

—¡A la cama! ¡ahora!

Tiró de ella con fuerza y cuando la hizo pasar delante de él, le dio un azote en el trasero con fuerza y se alejó riendo a carcajadas.

Chloe se quedó allí durante un instante, totalmente confundida, humillada y aterrorizada. Miró a su alrededor en busca de ayuda y entonces lo vio, cuatro ojos que la miraban desde una

esquina, dos personas que lo habían presenciado todo y que no habían movido un dedo por ayudarla.

El pánico, la ira, la decepción y mil emociones más la abrumaron de tal forma que se le nubló la vista.

—Sois unos cobardes —les dijo a los que se escondían.

—No todos hemos nacido con cuchara de plata, señorita —respondió uno de los lacayos.

No esperó más, subió corriendo a su habitación y antes de cerrar la puerta, ya había tomado la decisión de huir.

Metió unas pocas pertenencias en un saco y lo lanzó por la ventana. Llevaba saliendo por ella desde que tenía cinco años, solía escaparse por las noches para ir a jugar y a dormir con las Beasley. Ni siquiera lo dudó, se encaramó a la ventana y de allí bajó trepando por la enorme enredadera que cubría aquel lado de la mansión.

En cuanto tocó el suelo, tomó una decisión.

Huiría del país.

Capítulo 1

—Quizá no lo he pensado bien —murmuró Chloe mientras atravesaba una oscura callejuela alejándose de su casa.

No había cogido dinero, no había cogido joyas, tan sólo había metido un vestido de paseo en el saco y una capa, nada más, ni ropa interior ni otros zapatos ni útiles personales. Aún le temblaba el pulso por la decisión que había tomado, no se arrepentía, por supuesto que no, pero eso no quitaba que estuviese muy asustada y dolorida, saltar desde su ventana hasta aquella rama del árbol no había sido la mejor de las ideas. Hacía tiempo que no llevaba a cabo tal hazaña y estaba claro que se le había olvidado la dificultad de la situación. O quizá es que ya no era tan ágil como cuando era más joven. La falda se le había quedado enredada en las piernas y cuando estaba a punto de soltarla, la dichosa rama se rompió y cayó al suelo con fuerza.

Había sido una suerte que estuviesen armando tanto escándalo en el salón, porque estaba segura de que el golpe se había oído hasta en el puerto de la ciudad. Aunque el hecho de que unos desconocidos estuviesen en su casa, en una cena claramente informal, disfrutando de la hospitalidad de su hermano mientras ella se veía obligada a huir en mitad de la noche, era triste y muy cruel.

Se había frotado las manos para quitarles la tierra pegada —y para obligarse a no odiar aún más a su hermano y al depravado de Henry Diller—, y tuvo que ahogar un gemido al estirarse, afortunadamente no se había lastimado los tobillos ni las muñecas, lo cual sería un impedimento a la hora de escapar, razonó. Aun con todo, tenía algunas magulladuras y rasponazos en la piel que empezaban a escocer.

Por no hablar de su orgullo.

Miró hacia su ventana y suspiró.

Si se quedaba allí le esperaba algo peor que unos cortes superficiales y por nada del mundo permitiría que ese zopenco de Henry Diller le pusiese una mano encima. Al menos, no de nuevo. Había sido tremendamente humillante no solo el trato recibido, sino su propia incapacidad para defenderse. La rabia, la tristeza y la decepción consigo misma batallaban en su interior.

Le dolía el corazón al pensar en que los sirvientes que la conocían desde que era niña no habían movido un dedo por ayudarla y más aún al pensar que su hermano estaba al tanto de todo.

Le odiaba. Le odiaba como jamás había odiado a nadie.

Caminaba por las solitarias calles empedradas de Boston mientras su corazón latía con fuerza, temía que alguien la viese y la reconociese. El pánico le atenazó la garganta, ¿qué pasaría si alguien la detenía? Era cierto que en América, las normas sociales eran más relajadas que en Inglaterra, pero así y todo, ella seguía siendo una heredera que caminaba sola por las calles cuando ya estaba anocheciendo. Miró a su alrededor y suspiró, si alguien intentaba detenerla, se enfadaría mucho y lograría escapar, porque lo que no podía permitir, bajo ningún concepto, era que su futuro fuese dictado por las ambiciones despiadadas de su hermano. De ninguna de las maneras iba a casarse con un hombre que le resultaba ajeno y repulsivo. Un hombre que la había aterrorizado de semejante forma. Y saber que lo había hecho con el beneplácito de su hermano y ante la mirada de los sirvientes… se le revolvía el estómago.

Sacudió la cabeza para sacarse de la mente la imagen de aquel hombre que había tenido la osadía de tocarla de aquella forma indebida y que la había amenazado sintiéndose no solo impune, sino alentado por su hermano. Se sentía humillada y traicionada. Siempre había sabido que su familia no la quería, al menos, no como debía quererse a una hija, pero siempre había pensado que la elegirían por encima de alguien de fuera en caso de que lo necesitase.

Acababa de comprobar que no era así. Y comprenderlo la enfureció.

—Son los dos unos seres despreciables —farfulló mirando al frente.

Conocía Boston como la palma de su mano. Raychel le había explicado cientos de veces por dónde debía moverse en caso de que tuviese que salir sola a la calle siendo noche cerrada, una ruta que había diseñado ella para evitar que volviesen a atracarla o que intentasen secuestrarla, algo que le había ocurrido un par de veces al menos que ella supiese.

Pensando en las hermanas, sus pasos se dirigieron hasta la fábrica principal. La primera que había levantado Howard Beasley cuando no era más que un joven que intentaba abrirse paso en el mundo. Era cierto que su familia tenía cierta comodidad económica, pero nada que ver con el imperio y la fortuna que Howard había amasado. Una fortuna que Raychel —la mayor de sus hijas—, había aumentado aún más. No pudo evitar el ramalazo de orgullo al pensar en ellos. Los Beasley siempre habían sido su puerto seguro en la vida. Los constantes desprecios que sufría en su hogar palidecían cuando podía pasar tiempo con los Beasley.

Desde que Raychel y Cassandra se habían ido a Londres, el tío de ellas se había hecho cargo de los negocios americanos, con el beneplácito de la primogénita, claro. Pero desde que había ocurrido eso, el hombre trabajaba sin descanso y había dejado atrás todas las adicciones de las que había sido preso durante años.

Caminó por las calles escondida entre las sombras y atravesó la ciudad. Sin querer pensar en lo peligroso que era lo que estaba haciendo, llegó a su improvisado destino.

La fábrica de metalurgia se encontraba en una zona industrial de Boston, cerca de los muelles y vías fluviales que facilitaban el transporte de materias primas y productos terminados. El exterior del edificio era de ladrillo rojo, con grandes ventanas que permitían la entrada de luz natural para iluminar los espacios de trabajo. Una chimenea alta se alzaba en el cielo, emitiendo columnas de humo que daban testimonio de la actividad constante dentro de aquel lugar de trabajo.

Con manos temblorosas tocó la pesada puerta que se alzaba majestuosa frente a ella y accionando el pasador, accedió al interior. Sonrió al pensar de nuevo en las Beasley, gracias a ellas, sabía moverse por las calles y por las fábricas sin depender de nadie.

Al entrar, el ruido metálico resonaba en el aire mientras los trabajadores martilleaban, soldaban y moldeaban diversos metales. El interior estaba dividido en áreas de trabajo especializadas. En una esquina, se encontraba un área de forja, donde los herreros trabajaban en yunques gigantes, dando forma a barras de hierro al rojo vivo con pesados martillos. El sonido del choque de metal contra metal era constante y acompañaba el rugido del fuego en las fraguas.

En otra parte de la fábrica, los trabajadores operaban grandes tornos impulsados por correa. Ahí, el zumbido de las máquinas y el chirrido de las ruedas dentadas se entrelazaban mientras los operarios creaban piezas de precisión, como engranajes y ejes. El ambiente estaba lleno de aceites y lubricantes que ayudaban a mantener las máquinas en funcionamiento suave.

En una sala separada, se encontraban los soldadores, uniendo piezas de metal con antorchas y soldadura. Las llamas brillantes iluminan el espacio y el aire estaba lleno de chispas centelleantes. Las máscaras protectoras resguardaban los ojos de los trabajadores de la intensa luz y el calor.

El ambiente era cálido y ahumado debido a las actividades de fundición que ocurrían en una sección apartada. Grandes hornos ardían, derritiendo el metal para darle forma en moldes y matrices. El aroma metálico y el calor se combinaban para crear una atmósfera única y distintiva.

A pesar del ruido y la actividad frenética, existía una sensación de orden y precisión en la fábrica. Los trabajadores, vestidos con overoles y gorras para protegerse de la suciedad y las chispas, estaban coordinados en sus tareas y se comunicaban con gestos y gritos para maniobrar grandes piezas de metal.

Ella había pasado mucho tiempo allí, caminando con Raychel y Casie, aprendiendo de ellas, de la pasión que sentían por lo que hacían, profundamente orgullosas del legado que les había dejado su padre. Así que conocía la fábrica al dedillo así como sus costumbres y no era habitual que tuviese tanta actividad a esas horas de la noche, lo que quería decir que debían estar ocupándose de un pedido especial.

Se encaminó lo más silenciosamente que pudo, pues no quería llamar la atención y sabía que era probable que alguien la hubiese visto ya, pero prefería pasar lo más desapercibida posible, porque en cuanto su hermano supiese que había desaparecido, mandaría a alguien tras ella y el primer sitio donde preguntaría, sería en esa fábrica, pues de sobra conocía la predilección de Chloe por todo lo relacionado con los Beasley. De modo que se ocultó en las sombras y accedió por un estrecho pasillo lateral que daba a una escalerilla que subía a la segunda planta, donde se encontraban los despachos de los administrativos y el que ahora ocupaba el tío de Raychel.

Suspiró de alivio cuando vio luz.

Llamó con cautela y esperó el permiso distraído de aquel hombre que parecía que por fin había encontrado un lugar en el mundo, algo que no había hecho cuando Howard, su hermano y padre de las hermanas, aún vivía.

***

—Adelante.

Cuando abrió la puerta, observó al hombre alto y delgado que miraba con intensidad unos planos sobre el escritorio. Estaba claro que Michael, el tío de Raychel y Casie, se había recuperado de todas sus adicciones, aún no había recuperado del todo su forma física, pues ella recordaba que tanto Michael como Howard, su difunto hermano, eran hombres fornidos de brazos musculosos, vientres firmes y piernas definidas.

Observó con una mínima sonrisa las mangas de camisa enrolladas hasta los codos y manchadas de grasa y hollín. Estaba claro que le gustaba implicarse en el trabajo, al igual que en otro tiempo, lo había hecho su hermano, al igual que la misma Raychel había hecho cientos de veces.

No obstante, pese a todo por lo que había pasado y la intensidad con la que miraba esos papeles, no podía ocultar el corazón amable que se escondía en su cuerpo. Michael era una de las personas favoritas de Chloe. Siempre lo había sido.

Estar allí era casi como volver a casa. Siempre se había sentido muy segura en aquella fábrica y siempre se había sentido una más de aquella familia que era del todo inusual y adelantada a su tiempo a juzgar por sus hazañas.

Respiró hondo y captó, bajo el olor a metal fundido, los matices de madera, grafito, tinta y bergamota. Era una mezcla de olores que a ella la hacía volver a una época mucho más fácil y sencilla. En el sillón del fondo, las tres se habían quedado dormidas infinidad de veces mientras Howard trabajaba ya que solían escaparse para ir a verle a menudo. Nunca lo hacían solas claro, porque todos los sirvientes las conocían más que de sobra y las seguían a corta distancia, pero ellas fingían no darse cuenta porque era excitante caminar por las calles y depender solo de ellas para llegar a la fábrica.

Cuántos recuerdos, cuántas experiencias vividas entre aquellas paredes. La joven reprimió las lágrimas y se llevó una mano al pecho. Si conseguía su objetivo, iba a echar muchísimo de menos todo aquello.

Chloe carraspeó para llamar la atención de Michael y sonrió cuando este alzó el rostro con gesto confundido. Estaba claro que no la esperaba y que le costó unos segundos comprender de quién se trataba, pero entonces la reconoció y la sonrisa que le dedicó la hizo sentirse a salvo. Y ella suspiró de alivio.

—¡Chloe! —Se levantó de inmediato y ella acudió a refugiarse en sus brazos—. ¡Santo cielo, muchacha! ¿Qué te ha ocurrido? —preguntó con preocupación al notar cómo temblaba.

—Necesito ayuda, Michael, yo… tengo que huir, irme del país.

—¿Cómo dices? —La alejó un poco para mirarla a los ojos—. A ver, despacio, cuéntamelo todo, pequeña. Intentaré ayudarte en todo lo que pueda, sabes que lo haré.

Y con un delicado beso en la frente, Chloe se derrumbó. Comenzó a llorar y el miedo que había sentido se apoderó de todo su autocontrol, entre lágrimas, hipidos y chillidos histéricos, le contó a aquel hombre lo sucedido desde que Arthur se había ido de casa.

—Es mi hermano, está intentando forzarme a un matrimonio con Henry Diller, ¿le conoces?

—Sí —Michael la guio hasta un pequeño sofá y ambos se sentaron—. Hace años era como una lagartija asustadiza, pero parece que en los últimos años ha encontrado el valor y ahora no es más que un sinvergüenza —la miró con preocupación—. ¿Arthur ha perdido la cabeza? ¿De verdad quiere casarte con un hombre como él?

—Sí —se limpió las lágrimas—. Por eso he huido de casa. —Michael abrió los ojos como platos—. Y no pienso volver, jamás —sentenció con vehemencia—. Necesito salir del país, huir lo más lejos que pueda, por favor, te ruego que me ayudes, te prometo que te devolveré el dinero y que yo…

—Shhhh —el hombre la atrajo a sus brazos y la besó en la cabeza. Desde que sus sobrinas estaban en Londres, esa chiquilla lo era todo para él—. Tranquila, sabes que conmigo estás a salvo, pero deja que me asegure, ¿estás totalmente segura de lo que estás pidiendo? Destrozarás tu reputación y puede que lo pierdas todo, ¿has pensado en cómo te mantendrás a flote? ¿de qué vivirás?

—No lo sé, pero cualquier cosa es mejor que estar a merced de ese hombre, yo… —se obligó a mirarle a los ojos—. Me tocó —susurró avergonzada—. Me hizo daño.

—Ya, no digas nada más o puede que pierda la cabeza —la abrazó de nuevo con fuerza.

—Estoy dispuesta a todo, asumiré las consecuencias de mis actos, pero no voy a ceder a las ambiciones de mi hermano ni me dejaré poseer por ese hombre cruel.

—Bien, te ayudaré —la miró a los ojos—. Pero con mis condiciones, Chloe. —Le alzó la barbilla—. Nada de huir al otro lado del mundo, vas a ir a Londres.

—¡Londres!

—Sí, Raychel y Casie te mantendrán a salvo —le acarició el rostro—. Esos malditos ingleses se están llevando a todas las mujeres de mi vida. —La besó en la frente—. Estarás con la familia, no te voy a dejar en un país extraño, a merced del primer depravado que aparezca. Raychel es duquesa y una muy poderosa, ella sabrá qué hacer.

—¿Por qué no podías ser tú mi padre?

Era la primera vez que decía esas palabras en voz alta aunque las había pensado millones de veces. Nunca había pensado lo mismo con Howard y no porque no fuese un hombre increíble y maravilloso, sino porque tener esos pensamientos le hacía sentirse culpable, como si por su egoísmo quisiera arrebatarles el padre a sus mejores amigas. Así que había volcado sus sueños en Michael que era casi tan maravilloso como su hermano Howard y a ella siempre la había tratado con un cariño tan paternal que la hacía sentirse muy querida.

¿Y qué niña no quiere que alguien la quiera?

Chloe le abrazó con todas sus fuerzas mientras lloraba desconsolada. Quería con toda su alma a aquel hombre que desde que las hermanas se fueron a Inglaterra a cumplir la promesa que le habían hecho a su madre, se había convertido en un sustituto de su propia familia. La joven comía a menudo en casa de los Beasley, donde Josephine, la esposa de Michael, la trataba como si fuese su hija.

Michael observó cada detalle de la apariencia desgastada y vulnerable de aquella joven que

tenía tanto fuego en su interior y los recuerdos de risas infantiles llenaron su mente. Casi podía verlas juntas corriendo por el jardín de la casa de su hermano, a las tres, a Raychel, a Casie y a Chloe. Tres niñas risueñas y felices que compartieron miles de tardes juntas mientras Josephine, él mismo, Howard y Katelinn las observaban embobados. Dios no le había concedido el regalo de tener hijos propios, pero sabía que tanto su mujer como él, miraban a Chloe como la hija que habrían querido tener.

El contraste entre la vulnerabilidad y el miedo que desprendían sus ojos con la fuerza que siempre había demostrado, hizo que su corazón diese un vuelco.

Sabía que acceder a lo que ella le pedía podía traerle nefastas consecuencias, pero al tenerla entre sus brazos, se sintió como un padre protegiendo a su niña pequeña. ¿Realmente había alguna posibilidad de negarse? En lo más profundo de su alma sabía que no, que jamás podría negarle nada. Jamás había podido negarle nada a ninguna de las tres. ¿Cómo iba a hacerlo si cuando Chloe se había sentido insegura había corrido a verle? Quizá otro hombre hubiese podido pensar con más claridad, pero él solo podía pensar en que en esos instantes, él era su paladín.

Sintió la urgencia de tranquilizarla, de ser su refugio en la tormenta.

La decisión de ayudarla ya estaba tomada, pero eso no impedía que mantuviese una lucha interna entre su instinto paternal hacia Chloe y el peso de las posibles repercusiones de tal acto. Sobre todo, si alguien la había visto entrar en la fábrica.

Su propuesta de llevarla a Londres no era más que un intento desesperado por garantizar su seguridad.

Sintió el momento exacto en el que ella dejó de sollozar, en el que su respiración se volvió más serena y regular y suspiró.

—Mañana al amanecer sale uno de nuestros barcos en dirección a Inglaterra —le limpió las lágrimas de sus mejillas—. Tú estarás en él cuando lo haga, será una travesía dura porque nadie puede saber que te he dado asilo, tengo que proteger a Raychel y Casie también. Lo comprendes, ¿verdad?

—Sí, yo… ¡oh, Dios! ¡no quiero hacer nada que pueda perjudicarlas!

—Y no lo harás si sigues mis instrucciones, ¿de acuerdo?

Y pasó a explicarle, con todo lujo de detalles, cómo sería el viaje en aquel barco de mercancías en el que nadie sabría que una de las más ricas herederas de Boston estaba allí.

Capítulo 2

Cuando Chloe pisó tierra inglesa, sintió el fuerte impulso de besar el suelo y, de no estar en un asqueroso suelo cubierto por todo tipo de desperdicios, lo habría hecho. La travesía había sido horrible.

Durante tres semanas estuvo metida en un camarote bajo cubierta donde el hombre de confianza de Michael que la había acompañado al interior del barco, le había asegurado que estaría completamente tranquila y a salvo. Las comidas las haría en el camarote, un marinero leal a la familia se encargaría de llevarle algo de comer y beber. También le explicó, no sin cierto azoramiento, cómo hacer uso de los orinales para las funciones básicas del cuerpo y cómo deshacerse de los restos. Obviamente, ninguna doncella podría acompañarla.

Michael le había entregado un puñal que ocultaba en el corpiño que llevaba bajo la camisa y una pistola que ocultaba en uno de los enormes bolsillos del abrigo. Le había enseñado a cargarla, pero Chloe esperaba y rezaba que jamás tuviese que usarla porque la verdad era que no se veía capaz de disparar a nadie.

Tanto Michael como su hombre de confianza le habían advertido que no saliese del camarote bajo ningún concepto, si por lo que sea enfermaba o tenía alguna urgencia, debía esperar a que el marinero acudiese a verla y entonces haría lo posible por ayudarla. Pero si salía, dado que nadie sabía que iba a bordo, la tomarían por un polizón y la vida de los pobres desgraciados no era ni fácil ni larga, además, si descubrían que era mujer, sería aún peor.

—Lo que te hizo Henry Diller no será nada en comparación si te cogen estos brutos —le había advertido Michael—. No les importará quién eres ni cuánto dinero tengas. Por favor, Chloe, necesito que lo entiendas.

Y lo había hecho, porque se pasó tres semanas completamente aterrorizada cada vez que oía pasos cerca de la puerta de su camarote.

Apenas había dormido, la comida le había sentado fatal y no toleraba más que algo de cerveza aguada y pan con carne ahumada. Los mareos, los vómitos, el pánico que la dominaba y la culpabilidad, provocaron que tampoco tuviese mucha hambre.

Afortunadamente todo aquello había quedado atrás porque estaban en Londres.

El marinero había ido a buscarla y tras calarle el sombrero hasta las orejas, la metió en una

enorme saca y se la echó al hombro como si no pesase nada, después, silbando, se dirigió a la salida.

Chloe escuchó las bromas entre los hombres, las risas, las ganas de aliviar tensiones de aquellas personas y se encogió de miedo al pensar que aún podrían descubrirla. No obstante, aquel hombre que ni siquiera se había presentado, la dejó detrás de unas enormes cajas.

—Aquí termina mi protección, señora —la miró a los ojos —tenga cuidado y no se deje ver mucho, tenga.

Le entregó un papel doblado con un nombre y una dirección.

—Gracias.

De verdad, tenía ganas de besar el suelo que estaba pisando, pero de nuevo, decidió que no era una buena idea.

Lo que sí hizo fue pasear la mirada por aquella concurrida zona para ver si daba con lo que buscaba, como no fue capaz de hacerlo, se acercó a uno de los que acababan de descender de otro barco y preguntó por las oficinas de TransOceanic Freight. El hombre le dedicó una mirada altiva y con empujones la puso en la dirección correcta.

Aun con todo, le costó un buen rato encontrar las oficinas, las cuales estaban en un edificio frente a uno de los muelles, su imponente fachada de ladrillos rojos contrastaba con el cielo azul totalmente despejado de ese día. Era un edificio de varios pisos, con grandes ventanales. Sobre la puerta principal, un discreto cartel con el nombre de la compañía naviera.

El constante ir y venir de trabajadores del puerto, carretillas llenas de mercancías y marineros cargando y descargando barcos la tenían totalmente abrumada y desorientada. Toda esa incesante actividad era como un zumbido en el fondo de su cerebro.

Entró con paso resuelto y dio gracias por no encontrar a nadie que le cortase el paso, aunque como llevaba la carta que le redactó Michael, tampoco le habrían puesto muchos problemas. O al menos, eso suponía.

Las oficinas de TransOceanic Freight tenían un diseño discreto, elegante, con paneles de madera oscura y mostradores de recepción pulcramente organizados.

Había una pequeña sala de espera con asientos que parecían de lo más cómodo, también una mesa de madera pulida. Los grandes ventanales ofrecían unas maravillosas vistas del puerto, así como del movimiento de los barcos y de la actividad portuaria.

Chloe caminó por aquellas salas con delicados pasos, más por lo intimidada que se sentía que por otra cosa. Leyó los carteles con los nombres que había sobre mesas y al lado de las puertas y caminó hasta el fondo, donde pudo leer: Jackson Hawke.

Llamó a la puerta con delicadeza y entró cuando le dieron paso.

—¡¿Qué demonios te crees que haces aquí, chaval?!

El furioso grito de aquel hombre la puso tan nerviosa que se le cayó la carta y no acertaba a decir nada coherente, hasta que le vio levantarse de su silla y entonces el pánico actuó por ella. Se tiró al suelo en busca de la carta y cuando la encontró, se alzó y la entregó con manos temblorosas.

—¿Qué haces? —preguntó el hombre claramente confuso.

—Por favor, lea —se alejó de él en cuanto este tomó la carta entre sus dedos.

Desgarró el sobre sin miramientos y tras unos minutos, la miró de nuevo, gruñó algo que Chloe no entendió.

—Bien, señorita Hudson, si bien alabo el ingenio de Michael al vestirla de mozo de almacén, no puede permanecer así ni un instante más.

Ella señaló la ajada bolsa y él suspiró.

—Cualquier cosa que haya dentro estará para que lo tiren por la borda, algo que debió haber hecho —la miró de arriba abajo—. Bien, se parece usted a una de mis hijas. —Se dirigió a la puerta—. No salga de aquí, no hable con nadie y por el amor de Dios, vuelva a taparse ese pelo con la gorra. Espere aquí hasta que yo vuelva.

Chloe miró a su alrededor cuando el hombre salió del despacho y suspiró.

Ya estaba en Inglaterra, aún muy lejos de Raychel y Casie, pero por lo menos había logrado llegar sin que su hermano pudiese hacer nada para evitarlo, claro que cuando alguien se hubiese dado cuenta de su desaparición, ella ya estaría a punto de subirse al barco o quizá incluso en alta mar.

Pero en cualquier caso, estaba a salvo y eso era lo que importaba.

Observó aquella estancia. Era un lugar de trabajo, no había duda alguna, pero también le debía servir al señor Hawke como refugio, ya que en la pared contraria a la ventana, había un sofá que parecía de lo más confortable y sobre el respaldo, una manta que parecía ser muy suave. No pudo evitar acercarse y tocar aquel decadente tejido.

Después de eso, leyó los títulos de los libros de las estanterías y deambuló un poco más, hasta que al final, rendida y aburrida, se sentó en el sofá y poco a poco se fue recostando hasta que el sueño la venció.

—Señorita Hudson.

Chloe despertó sobresaltada y miró con terror al enorme hombre que tenía ante ella.

—Tranquila, soy yo, Jackson Hawke. Le he traído una maleta con algunas cosas de mi hija, la que creo que se parece a usted, quizá no sea perfecto, pero le servirán hasta que llegue a Londres y Raychel pueda organizar las cosas a su manera.

—¿Llama Raychel a la duquesa de Hawley? —parpadeó confusa y se puso en pie.

—Sí —se encogió de hombros—. La conocí hace un par de años, se presentó aquí y me dijo que si tanto título iba a servir para que no hiciese mi trabajo como debía, prefería que usase su nombre de pila, pero que me dejase de tonterías. —Sonrió ante el recuerdo—. Esa mujer vale mucho más que un título nobiliario.

—Sí, eso suena a Raychel —ella también sonrió —gracias por prestarme su ayuda, capitán Hawke.

El hombre se ruborizó y la miró serio.

—Ya no puedo salir a navegar, ¿sabe? Un mal golpe en la espalda me ató a ese maldito

escritorio, mi familia pudo haber pasado por muchas dificultades, pero Raychel apareció, fue como un ángel para mí, así que no me dé las gracias —carraspeó —ni en mil vidas podría devolverle el favor.

—Aun así, gracias —se acercó y colocó su mano sobre aquel bíceps tan definido —me está salvando usted la vida.

—Puede cambiarse aquí y dentro de media hora, la llevaré hasta las afueras, donde podrá coger un coche de postas que la llevará a Londres —le tendió un pequeño pedazo de papel—. Le he comprado el pasaje. —Sacó del bolsillo interior de su chaqueta un sobre—. Y esto es dinero, para que no esté usted sola sin medios. Yo no puedo llevarla personalmente a Londres y no confío en mis hombres tanto como para dejarles varios días a solas con una belleza como usted.

Chloe se sonrojó y con la mano temblorosa aceptó ambas cosas.

—Escuche, señorita Hudson, el viaje a Londres será de unos cuatro días, eso si todo va como debería ya que estamos en verano, pero no se confíe, ¿de acuerdo? —Le entregó un puñal que ella rechazó—. Cójalo.

—Tengo uno que me dio Michael Beasley y una pistola —rebuscó entre los bolsillos de la chaqueta—. Aunque ahora no sé… —Sí que sacó el puñal y se lo enseñó—. Gracias de todas formas. —Rechazó de nuevo el arma que le ofrecía aquel hombre.

***

El señor Hawke, tal y como le había prometido, la acompañó hasta las afueras en un carruaje de alquiler y esperó con ella hasta que el coche de postas llegó.

El carruaje era elegante y robusto, diseñado sin duda para resistir viajes largos y superar las condiciones variables de las carreteras. El aspecto era imponente y aerodinámico, con líneas fluidas. Pintado de negro con detalles decorativos en dorado. Las ruedas delanteras más grandes que las traseras, pero todas igual de fuertes y tirado por seis caballos que parecían tan robustos como el mismo carruaje.

Tras despedirse del señor Hawke, Chloe subió y se sorprendió por el aspecto del interior. Los asientos estaban tapizados con cuero de alta calidad y estaban acolchados. Aunque a todas luces el espacio era limitado, había capacidad para varias personas. Los seis caballos que tiraban del carruaje tenían un buen aspecto. Una vez sentada, le entregó su billete al cochero y después observó como el hombre colocaba las maletas en la parte superior del carruaje y las aseguraba con cuerdas.

Tardaron cinco días en llegar a Londres.

Hicieron noche en Whitchurch y hasta allí todo iba bien, pero al poco tiempo de salir, tuvieron que parar porque una de las ruedas se aflojó, la aseguraron hasta que llegaron a Newport, allí, un herrero y un carpintero, prácticamente rehicieron la rueda, pero cuando terminaron era demasiado tarde para emprender el camino, así que hicieron noche allí. Al día siguiente llegaron a Birmingham, cuando llegaron a Aylesbury, volvía a anochecer.

La primera impresión que tuvo Chloe de Londres, fue una mezcla de fascinación y caos. Se

sentía curiosa y asombrada al mismo tiempo.

La combinación de la grandiosidad arquitectónica y el bullicio callejero era abrumadora. El horizonte estaba dominado por los imponentes edificios de piedra y ladrillo que se elevaban hacia el cielo.

Se detuvieron en un barrio que a todas luces, era obrero. Chloe esperó paciente hasta que la ayudaron a bajar y después cogió su maleta.

—Disculpe, ¿cómo puedo llegar hasta Mayfair?

El cochero la miró de arriba abajo.

—Mi consejo es que se suba lo antes posible a un coche de alquiler, con su aspecto llama demasiado la atención.

—¿Y esos coches se cogen en…

—Justo ahí en frente —señaló una zona donde había un par de personas esperando.

—Gracias.

Las calles estaban llenas de actividad. Los comerciantes anunciando a gritos sus productos, los transeúntes apresurados, los carruajes y los caballos intentando hacerse hueco para seguir su camino… Chloe se sentía como si lo viese todo por primera vez, una experiencia vibrante y compleja llena de matices y contrastes, sentía la energía de la ciudad en lo más profundo de su ser y no es que Boston fuese pequeño precisamente, pero allí jamás se había sentido tan subyugada por lo que la rodeaba.

O quizá era la excitación por estar en una ciudad sola donde peligros desconocidos podían acecharla además del hecho de que huía de su hermano. En muchos aspectos se sentía como la protagonista de una novela gótica en la que ella, sin héroe a la vista, debía hacer todo lo posible por evitar un futuro lleno de dolor y sufrimiento. Y se permitió un instante de dicha al comprobar que de momento, todo iba bien.

Haciendo caso del hombre, paró un coche de alquiler y le dio la dirección de las Beasley en Mayfair.

La mansión de sus amigas era imponente, Chloe se quedó unos instantes en la acera contemplando aquella magnífica residencia.

Se alegraba muchísimo por ellas. Al ver aquella preciosa construcción sintió un tremendo alivio en el corazón, quizá no pudiesen ayudarla, quizá el duque —el marido de Raychel—, no estuviese conforme con dar refugio a una mujer que había huido de casa, pero aun con todo, ella sentía una profunda alegría por sus amigas, porque los Beasley habían sido la familia que ella habría elegido de poder hacerlo y aunque su situación en esos instantes, era precaria siendo generosos, Raychel y Casie estaban bien y eso era suficiente para ella.

Con una sincera sonrisa, subió los escalones y llamó con cierta energía a la pesada aldaba. Estaba nerviosa por volver a ver a las hermanas, por abrazarlas, sentirlas de nuevo cerca de ella. Las había echado de menos todos y cada uno de los días y ya hacía años que no las veía. ¡Cómo había pasado el tiempo! Más de cuatro años.

Aún podía recordar cómo las hermanas se despidieron de ella con lágrimas en los ojos en el

puerto de Boston. Debían cumplir la promesa que le habían hecho a Katelinn y aunque fuese una auténtica locura, Chloe se sintió profundamente orgullosa de ellas. Porque era muy valiente cruzar el océano, enfrentarse al mundo entero para devolver el honor a su madre.

Sintió un pellizco en el corazón al recordar la sonrisa de Katelinn.

—Chloe, cariño, nunca te rindas, el azar tiene preparado algo muy especial para ti. Cuando encuentres la fuerza de tu corazón, tú serás la dueña de tu destino.

Katelinn le había dicho esas palabras en su decimoquinto cumpleaños, justo antes de darle su regalo. Una pulsera con varios motivos colgantes: un ancla, una llave y una estrella.

Se acarició la pulsera justo cuando la puerta se abrió.

Un hombre alto, con aspecto pulcro y severo le dedicó una mirada sombría.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Busco a las hermanas Beasley —sonrió e hizo el ademán de dar un paso adelante, pero el hombre se interpuso en su camino.

—¿Acaso se refiere a la duquesa y a la vizcondesa? ¡Cómo se atreve a hablar de ellas con semejante descaro! Señorita, debería aprender modales si quiere pedir empleo en casa de una duquesa.

Chloe sintió cómo se le enrojecían las orejas.

—¡Yo no quiero buscar empleo! ¡busco a mis amigas!

—¡Qué desfachatez! —el hombre la miró y entrecerró los ojos —le aconsejo encarecidamente, señorita, que no trate de engañarme.

—¡Yo no quiero engañarle! ¡soy Chloe Hudson, amiga de las hermanas Beasley! ¡lo juro! ¡acabo de llegar de Boston!

Chloe se sintió intimidada por aquel hombre, después de todo lo que había pasado, y pese a todo el tiempo que había tenido para pensar —y tres semanas en un camarote minúsculo, daban para pensar mucho—, jamás se había planteado la posibilidad de que no fuese capaz de acceder a la casa de Raychel.

Aquel hombre la empujaba con la puerta y ella se aferró a ella como lo que era: su última esperanza de conseguir un poco de apoyo.

—Por favor, por favor —suplicó en voz baja —necesito ver a la duquesa…

—Esto es el colmo.

El hombre le soltó los dedos del borde de la puerta y gruñó un par de maldiciones mientras Chloe hacía lo que podía para no terminar en mitad de la acera en una posición sin duda, del todo indecorosa.

—¡Señorita! ¡haga el favor de soltar la puerta!

—¡Tengo que ver a las hermanas! —gritó perdiendo la compostura y los modales.

Pero empezaba a perder las fuerzas, llevaba un par de días sin comer apenas, los nervios a ser descubierta aún la carcomían y llevaba sin dormir en condiciones desde que había huido de casa. Estaba a punto de soltarse porque ya no podía seguir peleando más.

—¡Whiters!

Una mujer de mediana edad abrió la puerta del todo y miró reprobadoramente al hombre.

—¿Se puede saber qué haces? —Le dio paso a la joven—. Disculpe al mayordomo, señorita Hudson. No la esperábamos y me temo que todos somos muy protectores con su excelencia y con milady. —Le dedicó una sonrisa—. Sus excelencias no están aquí —la informó—. Partieron hace unos días a su residencia campestre.

El mundo se hundió bajo los pies de Chloe.

Miró a aquellas personas con una sonrisa triste.

¿Qué esperanza me queda ahora?

Sintió la necesidad de echarse a llorar, hasta podía sentir las lágrimas en la garganta y en los ojos, apretó los puños con fuerza para intentar controlar sus emociones, pero a todas luces, estas estaban totalmente fuera de control.

—Imagino que no sabrán cuándo volverán, ¿verdad?

—Pues no, señorita —la mujer la miró con preocupación —pero no se quede aquí en el recibidor, permita que la acompañe hasta la sala de visitas, estará agotada del viaje, ¿le apetecería un té?

Prácticamente se dejó arrastrar por aquella mujer desconocida y entró en una preciosa sala que rezumaba elegancia por doquier. Estaba claro que Raychel no había perdido su toque.

Se sentó en un cómodo sofá y suspiró.

—Si le soy sincera, señora…

—Coulton —la mujer sonrió y se sentó a su lado —puede confiar en mí, señorita Hudson.

—Gracias —se sentía tan estúpida y tan vulnerable que solo tenía ganas de llorar—. Salí de mi casa con lo puesto, yo… tenía que llegar hasta Raychel y Casie y ahora… ahora no sé qué hacer.

Una doncella les llevó el té y unos pasteles y el ama de llaves le sirvió una taza.

—Querida, ¿por qué no se queda aquí hasta que la duquesa vuelva? Le mandaremos una nota avisando de su llegada, ella sabrá qué hacer—. Le cogió las manos con ternura. —Su excelencia es generosa y siempre habla con cariño de usted, sinceramente, no me sentiría bien si supiese que está usted sola y sin duda, a su excelencia no le gustaría tampoco.

Ante la expresión de desolación de la joven, el ama de llaves decidió dejarla unos minutos a solas para que se recompusiese.

—Señorita Hudson —la miró con una dulce sonrisa —aquí está a salvo.

Chloe aguantó a duras penas hasta que la mujer cerró la puerta tras ella, en cuanto estuvo a solas, se echó a llorar.

Capítulo 3

Cuando Chloe despertó al día siguiente se sentía totalmente fuera de lugar, pero tenía que reconocer que había dormido como hacía años que no dormía.

La noche anterior, todo el personal de la casa se había esmerado en ponerle las cosas fáciles, unas doncellas le habían ayudado a probarse unos vestidos de Casie y de Raychel y se los habían ajustado para ella, aduciendo que a las damas no les importaría en absoluto y ella sabía que así sería, pero eso no la hacía sentirse mejor.

Se levantó de la cama y abrió las cortinas para permitir la entrada del sol. La verdad era que hacía un día espléndido.

—Ah, señorita, ya se ha levantado —la joven entró en la habitación con una pesada bandeja en las manos—. La señora Coulton me ha dicho que le traiga el desayuno, que necesita usted descansar. —Dejó la bandeja sobre la mesita y le entregó una nota—. También me ha dado esto para usted. —Le sonrió—. Si quiere, puedo venir cuando acabe de desayunar y prepararle un baño, ¿le parece bien?

—Eres muy amable, gracias, eso sería perfecto.

—Que disfrute del desayuno, señorita.

En cuanto se quedó a solas, leyó la nota: *"Hemos escrito a lady Hawley, esperamos recibir respuesta esta misma noche. Disfrute del desayuno, señorita. Atentamente, M.C."*

Chloe se sentó en la cama y suspiró. ¿Qué pensaría Raychel de que se hubiese presentado en su casa sin avisar? Sabía que no se enfadarían con ella, las hermanas Beasley eran demasiado buenas y generosas para eso, pero quizá sí que se sintiesen decepcionadas. Ellas habían cogido su propio destino en sus manos y, ¿qué había hecho ella? Huir en mitad de la noche debiendo dinero y favores a Michael Beasley.

Un profundo pesar le llenó el corazón.

Los Beasley siempre habían estado en su vida y siempre la habían protegido y ahora, volverían a hacerlo, porque ella era su amiga de la infancia y ni Raychel ni Casie serían capaces de dejarla en la estacada. ¿Y no era esa una horrible sensación? Chloe no quería ser una carga para nadie.

La tarde del día siguiente, paseaba tranquilamente por los preciosos jardines de la mansión

cuando un lacayo se acercó y le entregó una nota.

Mi querida señorita Hudson, soy Austin Burcham, vizconde Slawton.

Sería para mí y para mi esposa, un enorme honor que se hospedase con nosotros lo que resta de verano, si no tiene otros planes, por supuesto. Mi amada Cassandra está feliz y emocionada con la posibilidad de que quiera usted venir, si le parece bien, al día siguiente de recibir esta nota un carruaje la traerá hasta Osprey House, donde la esperamos con los brazos abiertos.

Atentamente,

Vizconde Slawton.

Chloe miró al lacayo que esperaba paciente a cierta distancia para darle privacidad para que pudiese leer tranquila.

—¿Usted conoce al vizconde Slawton? —preguntó al joven.

—En persona no, pero sí sé que es el esposo de la señorita Cassandra Beasley y que es socio en muchos negocios de la duquesa.

—Así que Casie se ha casado con un vizconde —sonrió llena de felicidad.— ¿Y ese caballero es buena persona?

—Por lo que sabemos sí, señorita —el joven sonrió.— Su excelencia le aprecia —lo dijo como si eso fuese una garantía absoluta.

Y en cierto modo, lo era, dedujo Chloe. Si Raychel aprobaba a alguien, ese alguien pasaba a ser de confianza para el resto del mundo, al parecer, había cosas que no cambiaban.

—Entonces imagino que iré a —consultó el nombre de la mansión campestre en la nota — Osprey House.

—Sí, señorita, iré a comunicar su decisión al lacayo que ha traído la nota y al ama de llaves para que le preparen el equipaje.

—Muchas gracias.

La cena, tal y como había ocurrido la noche antes, fue tremendamente agradable pese a estar ella sola en el comedor familiar y después, se fue a dormir con una enorme sonrisa en los labios. Al día siguiente podría ver a Casie.

¡Cuánto las echaba de menos!

Mientras disfrutaba de aquella maravillosa cena en aquel lujoso comedor, no pudo menos que suspirar soñadora. ¿Qué mujer no querría tener lo que tenía Raychel? Era inteligente, preciosa, divertida y una mujer de éxito en un mundo de hombres donde las mujeres no tenían ni voz ni voto.

Siempre la había adorado. Y siempre había soñado llegar a ser como ella.

Solo había una cosa de la vida de la duquesa con la que Chloe no se sentía a gusto y era esa vida tan pública. Bailes y cenas agotadoras durante semanas en la Temporada, porque poco

importaba que estuviese casada, era invitada a todas las fiestas de la alta sociedad y debía acudir.

Miró a su alrededor y suspiró de nuevo.

Siempre había vivido en una gran casa y no negaría que tener servicio le facilitaba la vida enormemente, pero ella no quería ese tipo de vida tan encorsetado. Siempre se había imaginado que viviría en una casa de proporciones más modestas, que en vez de veinte empleados tuviese tal vez solo tres, lo que sí quería era un marido con el que poder contar, un hombre que la amase y que la protegiese, que cuidase de ella y de los hijos que tendrían.

Porque sí, ella siempre había querido tener una gran familia.

Pensó en su hermano y en cómo se habría tomado la noticia de que había huido en mitad de la noche, no era estúpido, así que Chloe se imaginó que la primera parada la harían en la fábrica que dirigía Michael Beasley. Sabía que ese hombre jamás la traicionaría, de eso no tenía la menor duda, pero también era consciente del miedo que le tenían muchas personas a su hermano y que Arthur no dudaría ni un segundo en hacer lo necesario para obtener la información que quería.

Habían sido muy cuidadosos cuando Michael la llevó al puerto y la instaló en uno de los barcos de mercancías, pero eso no le aseguraba nada. Ella conocía a Arthur y sabía que él no se rendiría, que no dejaría de buscarla y menos si eso suponía que era un cheque en blanco para él.

Desde que su madre murió, tanto su padre como su hermano se referían a ella como una forma práctica de hacer dinero. Sí, le habían permitido estudiar, pero solo para que no espantase a los caballeros que ellos elegían como posible marido.

Se sintió terriblemente sola y triste.

¿Por qué su familia no podía quererla? ¿Qué había hecho ella para que la odiasen así?

Una vez que terminó de comer, se paseó por la casa sonriendo ante cada detalle que le recordaba a Raychel. Entró en un estudio con aspecto demasiado masculino y frunció el ceño, esa no podía ser la estancia de su amiga, seguramente era el despacho del duque, salió a toda prisa de allí y se topó con el ama de llaves.

—¿Quería ir al despacho de la duquesa? —Ella asintió avergonzada y la mujer, con una sonrisa encantadora, la guio por aquella mansión—. La duquesa transformó esa estancia hace años, cuando reformó la mansión —le explicó.

Entraron en una estancia que era acogedora y encantadora a partes iguales. Debía haber sido un salón de verano o una estancia parecida. Ahora, una de las paredes la conformaban enormes ventanales, los suelos estaban pulidos y había cómodos sillones y sofás repartidos por la sala. Por supuesto, grandes estanterías llenas de libros y un enorme escritorio, donde sin duda, Raychel se pasaba horas.

Todo estaba dispuesto de manera muy inteligente ya que el escritorio estaba colocado de frente a los ventanales, así la luz natural entraba directamente y si su amiga necesitaba tomar aire, solo tenía que alzar el rostro para observar los magníficos jardines.

Un enorme retrato del matrimonio presidía otra de las paredes y Chloe se acercó a observarlo con detenimiento.

—Están magníficos —murmuró y el ama de llaves soltó una risita.

—Ambos son atractivos e imponentes, pero es por esa mirada entre ellos, ¿verdad? —Chloe asintió totalmente de acuerdo—. Cuando la señora llegó a la casa nos dejó a todos sin palabras. Estábamos totalmente descolocados con ella.

—Puedo imaginarlo, Raychel es una fuerza de la naturaleza.

—Sin la menor duda —la mujer rio alegre—. Y es lo mejor que nos ha pasado nunca. No me malinterprete, la duquesa viuda y sus hijas son unas damas maravillosas, pero su excelencia salvó a esta familia y salvó a nuestro duque.

—Sí, así es ella —suspiró y miró los azules ojos de su amiga—. La echo de menos, a las dos en realidad, pero a veces creo que Raychel era el motor de mi vida y tanto tiempo sin apenas noticias, me ha hecho sentir… a la deriva.

—Bueno, ahora está usted en casa —Chloe la miró sorprendida—. Tanto la duquesa como la vizcondesa siempre han hablado de usted con cariño y también la echan de menos. —Le cogió la mano con afecto—. No importa qué la haya traído hasta aquí, es el hecho de que haya llegado lo que importa.

Chloe tragó con dificultad y le agradeció las palabras a la mujer.

***

El trayecto hasta la residencia campestre de Casie y su marido estaba a unas cuantas horas de Londres y la verdad, no tenía nada que ver con viajar en una diligencia con más personas. Una de las doncellas se había ofrecido a acompañarla para que no estuviese sola, pero había rechazado la idea. Había escogido un par de libros de la biblioteca de Raychel y se había subido al carruaje nerviosa y emocionada a la vez.

No se había concentrado en la lectura ni una sola frase y tampoco había podido cerrar los ojos y descansar como le había aconsejado el ama de llaves. A medida que pasaban los días, los nervios por cruzarse con su hermano por las calles de Londres la ponían más y más nerviosa, sabía que aunque la encontrase, no se iría con él sin quejarse y que los empleados de Raychel la ayudarían, pero sinceramente deseaba evitar la confrontación todo lo que pudiese.

No estaba lista para enfrentarse a su ira ni a otro de sus creativos castigos, tampoco se veía capaz de hacerle entrar en razón ni mucho menos de convencerle de desistir en su idea de que se casase con ese miserable de Henry Diller. Cuanto más tiempo pasaba, peor se sentía respecto al trato al que la había sometido.

Miró por la ventanilla y disfrutó de los verdes paisajes que ofrecía el verano en Inglaterra. Ella nunca había salido de Boston pues no tenían residencia campestre y todo aquello era tan diferente de todo lo que conocía que se sintió emocionada por poder vivir esa experiencia.

Cuando el cochero la avisó de que estaban entrando en la finca de los vizcondes, no pudo evitar sentirse realmente orgullosa de su amiga. La casa era soberbia.

El estilo clásico recordando a la arquitectura griega era el sello de identidad de la mansión. La puerta principal estaba en el centro de la fachada enmarcada y flanqueada por dos enormes ventanas con arco de medio punto además del frontón triangular en la parte superior. La piedra

de color dorado le daba un aspecto etéreo y casi mágico.

En el mismo instante en el que el carruaje se detuvo frente a aquella hermosa mansión campestre, Chloe saltó para reunirse con su mejor amiga.

—¡Chloe!

El abrazo que le dio Casie le sacó el aire de los pulmones pero ella con gusto dejaría de respirar ahora que de nuevo estaban juntas. La había echado terriblemente de menos y casi no podía creerse que estuviesen juntas.

—No me puedo creer que estés aquí —el susurro de Casie le rozó el cuello y ambas lloraron de alegría.

—Te he echado tanto de menos, Casie —la norteamericana se negaba a soltarla—. Creí que jamás volvería a verte, que jamás volvería a tener a una amiga como tú. ¡Oh, Casie! —Un sollozó escapó de su garganta.

—Shhh, ya está —la consoló la vizcondesa —ya estamos juntas de nuevo. —Miró a su esposo por encima del hombro y este se acercó con paso lento—. Chloe, deja que te presente a mi marido, lord Austin Burcham, vizconde Slawton.

—¡Eres vizcondesa! —La joven la miró con un profundo orgullo antes de volverse y con la cara empapada en lágrimas, hacer una reverencia a aquel hombre tremendamente atractivo que había conquistado a su mejor amiga—. Un placer, milord.

—Austin, te presento a mi mejor amiga en el mundo, la señorita Chloe Hudson.

—El placer y el honor es todo mío, señorita Hudson —Austin se llevó la mano de la joven a los labios—. Y me alegra mucho que pase con nosotros todo el tiempo que estime oportuno.

—No quiero molestar —se apresuró a explicar, pero Casie la detuvo con un gesto.

—Primero descansa —la miró a los ojos—. Después hablaremos de todo lo que quieras. —Enganchó su brazo con el de ella y la dirigió al interior de la mansión—. Tú jamás podrías ser una molestia, te lo prometo.

Chloe recibió el cariñoso beso de Casie y siguió a una de las doncellas que la llevaría hasta su habitación, pero antes de entrar en la mansión, miró por encima del hombro y sonrió al ver cómo aquel hombre miraba a su esposa.

Se llevó una mano al corazón para intentar tranquilizar sus latidos.

Un buen hombre. El vizconde era un buen hombre y quería a su esposa.

Nadie sabría jamás lo feliz que eso hacía a Chloe.

La joven sabía que Casie se había percatado de que el vestido que llevaba le quedaba algo grande, se había negado a presentarse ante ella con uno de sus vestidos, así que pidió que le lavasen las prendas con las que ella había llegado a Londres. No tenía mucho, pero aún tenía algo de orgullo y buenos modales.

Chloe miró a su alrededor y sonrió.

Aquella casa era una preciosidad y el cuarto que le habían adjudicado era tan bonito que tenía ganas de no salir en varias horas. No obstante, sabía que su mejor amiga no tardaría en

llamar a su puerta, era cierto que habían pasado varios años, pero ellas aún se conocían de verdad.

Casie no la decepcionó y llamó a su puerta con su habitual alegría.

—Esto es… —Chloe lo miraba todo con los ojos como platos —madre mía, Casie, vives en una mansión magnífica.

La vizcondesa sonrió y se acercó a su amiga.

—Sí, he tenido mucha suerte —le cogió las manos y la guio hasta la otomana que había bajo un enorme ventanal, donde el sol de la tarde caería sobre ellas—. Háblame de ti, de por qué estás aquí sola. ¿Qué te ha pasado?

Le cogió un mechón de cabello y se lo colocó tras la oreja, Chloe la miró y parpadeó con fuerza para no echarse a llorar, pero podía confiar en Casie, lo sabía, ella y Raychel siempre habían sido buenas con ella, por eso había seguido el consejo de Michael y acudido en su busca cuando tenía tantos problemas.

—Oh, Casie —la abrazó con fuerza y empezó a llorar con desconsuelo—. No quiero buscaros problemas, lo juro —sollozó—. Pero tenía que huir, tenía que hacerlo.

—Ay, querida —Cassandra la consoló lo mejor que pudo y esperó a que su amiga se sintiese con fuerzas de contarle aquello que la había hecho atravesar el océano.

En silencio, cada una con sus propios recuerdos, revivieron tantos momentos como habían vivido juntas. Los padres de Raychel y Cassandra la quería casi tanto como a ellas, Chloe era consciente de ello. Se había pasado horas y horas con Katelinn, hablando de sueños, de amor, de literatura… y había observado a Howard en cientos de ocasiones, a ella los números no se le daban tan bien como a Raychel, pero él jamás la hizo sentir mal por eso y siempre la trató con respeto y mucho cariño.

Jamás lo había dicho en voz alta, pero ella aprendió lo que significaba ser una familia en la casa de los Beasley.

Casie acarició el sedoso cabello de su amiga con infinita ternura.

—Estoy aquí —le susurró al oído —siempre, Chloe.

Y sí, sabía que sería así exactamente porque Casie era leal, cariñosa, amable y tenía una generosidad y una nobleza que le recordaban a Katelinn.

Aprovechándose de la situación, disfrutó de los mimos, las muestras de cariño y las sonrisas de su mejor amiga.

Porque ahora que había encontrado a Casie se sintió egoísta y quiso disfrutar de su compañía, su cariño y la paz que transmitía un poco más. Desde que ellas se habían ido de Boston se había sentido a la deriva, sola, sin nadie con quien compartir un té y una charla sincera.

En ese momento comprendió que de forma inconsciente, cuando se quedó en Boston ella sola, levantó un muro alrededor del resto de sus conocidos. Se limitaba a tener conversaciones insustanciales y aunque acudía a veces a charlas sobre feminismo y libertades sociales, no se permitía interactuar con nadie de los presentes.

Y era muy duro darse cuenta de que el miedo había ido transformando a la mujer que era. Ya no había risas espontáneas, ni bromas, ni siquiera excursiones hasta las zonas menos recomendables solo para comprar un dulce. Llevaba cuatro años viviendo con tal rigidez que se había perdido a ella misma por el camino y ahora, aunque quisiese explicar quién era, no se veía capaz.

Las lágrimas le quemaron la garganta, no había vivido, había sobrevivido en medio del silencio, la distancia y la soledad más abrumadora.

Se sentía perdida, sin una meta, sin nada que la hiciese sentir una mujer de valía.

Se aferró a Casie y lloró en su regazo hasta que se quedó sin lágrimas. Y su amiga —¡bendita fuera!—, no hacía más que acariciarla el pelo y consolarla en silencio.

Casie siempre había tenido ese efecto en los demás. Transmitía paz y calma, en eso se parecía muchísimo a su madre, también físicamente, de las dos hermanas, era la que más se parecía.

Se sintió peor aún. Ellas estaban solas en el mundo, sus padres habían muerto y habían logrado salir adelante, tomar las riendas de sus vidas y prosperar.

Pero ella, por mucho que lo desease, no era una Beasley.

Capítulo 4

Casie le ofreció tomar un refrigerio al aire libre y ella aceptó encantada. Desde que había salido de Boston apenas había disfrutado del aire libre aunque cuando vivía allí tampoco es que hubiese visitado alguna vez el campo. Cuando las otras familias invitaban a su hermano a sus otras propiedades, ella siempre se quedaba en Boston.

Así que tras caminar unos minutos, ambas se encontraban a orillas de un pequeño lago. Un lacayo las había acompañado y había extendido una manta sobre el césped para que pudiesen sentarse con comodidad, una vez que tuvieron todo dispuesto, las dejaron a solas.

Se sirvieron una copa de té helado mientras admiraban las vistas de la propiedad.

—Esta mansión es maravillosa —repitió Chloe mirando a su amiga—. Mírate, casada con un vizconde. Tu madre tiene que estar dando palmas de felicidad allí arriba. —Miró al cielo y sonrió—. Seguro que tu padre la está mirando como lo hacía siempre. ¿Recuerdas cómo eran? —Se sonrojó ligeramente—. Me encantaba espiarles cuando Katelinn entraba en el estudio de Howard.

—Sí, se amaban profundamente —Casie suspiró—. Gracias a ellos aprendí lo que era el amor de verdad, aunque me costó un poco reconocerlo cuando lo tuve delante.

—Tienes que contármelo todo —le pidió su amiga —Austin, perdón, quiero decir lord…

Casie se echó a reír, era evidente que Chloe tenía tantos problemas como ella con las normas y el protocolo social cuando llegó de Boston.

—En privado puedes llamarle Austin y a mí Casie; en público, él es lord Slawton y yo lady Slawton —agitó una mano—. Aunque en realidad ninguno somos muy dados a las formalidades. —La miró sonriendo—. ¿Qué te ha parecido el duque? ¿Qué tal estaba Raychel?

—No lo sé —se encogió de hombros—. No estaban en su casa cuando llegué. Me costó Dios y ayuda que me dejasen entrar, el mayordomo es de lo más estirado y desagradable.

—¿Whiters? —preguntó Casie desconcertada—. Pero si es un encanto de hombre

—¡Ja! —repuso la americana—. Será con vosotras, porque poco le faltó para echarme a la calle —se quejó—. De no ser por el ama de llaves, no habría dado con vosotras.

—¿Y cómo fue que diste con Hawley House en primer lugar?

Se enviaban misivas siempre que podían, pero como en Inglaterra todo el mundo conocía a los duques de Hawley, nunca se ponía la dirección real y completa, solo el nombre de la mansión, la ciudad y como mucho, el barrio donde estaba situada.

—Antes de irme de Boston fui a ver a tu tío Michael a la fábrica y él me dio la dirección, entre otras cosas —se encogió de hombros y suspiró —¿recuerdas al señor Diller?

Chloe le dio unos segundos a su amiga para que hiciese memoria y esperó paciente hasta que ella asintió con un gesto.

Al recordar al hombre con el que su hermano la había prometido, un escalofrío la recorrió de arriba abajo, pero por suerte, Casie no fue consciente de ello. Había acudido a ellas en busca de ayuda, pero prefería ahorrarse el bochornoso momento que vivió en el recibidor de su propia casa, con ese animal sobre ella, sobándola sin miramientos y con los criados de silenciosos observadores. Los ojos oscuros de aquel hombre aún la asustaban porque dentro de aquella mirada no había más que ambición, lascivia y crueldad.

—¿Llegué a contarte que mi padre murió? —Casie miró a su amiga y negó con la cabeza. La joven suspiró—. Sí, falleció el año pasado. Respiró con profundidad—. Ahora mi hermano es el cabeza de familia y se ha puesto al frente de todos los negocios de la familia, y al parecer me incluye entre ellos.

—¿Y qué tiene que ver el señor Diller?

—Me ha prometido con él —Chloe se tumbó sobre el césped y observó el cielo azul sin nubes. La calidez del sol de media tarde era de lo más agradable—. Ni siquiera me lo dijo, ¿sabes? Yo no sabía nada de nada, me enteré porque el muy tarugo quiso besarme y cuando le abofeteé, me dijo que me tenía que ir acostumbrando porque en una semana sería su esposa.

Pese a que se lo había contado al tío de Casie y lo había pensado innumerables veces desde que huyó de casa, aún le costaba comprender cómo era posible que su hermano la odiase tanto como para prometerla con un hombre como aquel y más aún, de una forma tan rastrera, tirando por tierra su reputación al permitirle vivir en su casa sin estar Arthur en ella.

Su futuro en Boston estaba condenado. Aunque hubiese encontrado algo con lo que convencer a Henry de que no se casara con ella, nadie más lo haría. Las lágrimas inundaron sus ojos y las controló a duras penas. No quería contarle nada de eso a Casie, tampoco quería que lo supiese Raychel, porque sí, había huido de casa, pero por un momento estuvo tan aterrorizada que ni siquiera fue capaz de hablar ni para negarse ni para defenderse y esa vergüenza le quemaba las entrañas.

Miró de reojo a su amiga y vio su expresión de absoluta incredulidad.

—Y por eso huiste —sentenció Casie tumbándose a su lado.

—Sí, tu tío me ayudó —sonrió—. Es un buen hombre. Se ocupó de que uno de los barcos de la empresa me trajese a Inglaterra y me dio dinero de sobra para que no tuviese contratiempos hasta encontraros.

Giró el rostro y miró a su amiga.

—Y ahora que estoy aquí, no sé qué hacer Casie. No puedo vivir con vosotros todo un año. —Casie frunció el ceño—. Acabo de cumplir los veinticuatro años. El año que viene recibiré la

herencia de mi madre esté casada o soltera. Con ese dinero podré huir de mi hermano para siempre, pero no sé qué hacer durante este año.

—¿Y quién dice que no te puedas quedar con nosotras?

—Mi hermano sabrá que he venido, vendrá a buscarme y legalmente él es mi tutor, no podéis esconderme de él, además, ha empezado a hacer negocios con los ingleses y tiene amigos entre la alta sociedad.

—No, de eso nada —Casie la miró—. Tendrá conocidos en la alta sociedad, eso no lo discuto, pero amigos no. La aristocracia sólo acepta entre los suyos a los de sangre azul. Nosotras somos nietas de un vizconde, mi hermana es duquesa y yo vizcondesa y futura marquesa y no se pelean por abrirnos las puertas. No nos las cierran, claro, porque Raychel les aterroriza. —Ambas rieron—. Pero te aseguro que ninguno de ellos haría nada por tu hermano. Sus amistades tienen que estar entre la burguesía, ahí sí que es probable que tenga amigos.

—Sea como fuere, el caso es el mismo, necesito esconderme durante un año y no sé cómo lograrlo.

—Mmmm —Casie entrecerró los ojos—. Dices que tu hermano tiene amigos en Inglaterra. —Chloe asintió con un gesto de la cabeza—. ¿Y en Escocia?

—No creo — la miró con los ojos entrecerrados—. ¿Pretendes que me exilie a Escocia?

Casie se echó a reír.

—En absoluto. Pretendo que vayamos a ver a Ewen y a Darlene. —Sonrió ante la expresión de Chloe—. Darlene es la hermana de mi cuñado Garrison y Ewen es su marido, un conde y *laird* escocés. Viven en un castillo. —Le guiñó un ojo—.Te va a encantar.

—¿Y qué dirá Austin? ¿te permitirá viajar conmigo?

—¿Las dos solas? —Se echó a reír—. ¡De ningún modo! —Se rio un poco más—. Pero resulta que mi marido ha heredado hace poco el título de vizconde de su tío con una propiedad en Northumberland en la que viven la vizcondesa viuda y sus dos hijas. Así que podrá aprovechar el viaje para controlar cómo van las cosas por allí.

—Tienes una vida fascinante —la americana la miró con admiración sincera—. Y me alegro tanto por ti que tengo ganas de llorar. Yo… cuando me contaste lo de ese desgraciado que te arruinó, pensé… temí que jamás lo superases, que no encontrases a un hombre que te amase como mereces. —Bajó la mirada—. Me avergüenza decir que incluso perdí la fe.

—Yo también lo hice durante un tiempo —encogió un hombro—. Por eso mi hermana me envió de viaje con su cuñada Grace y la duquesa viuda. Ahora se han convertido en familia. Pasamos dos años recorriendo el mundo y me enseñaron muchísimo, Chloe, más de lo que pensé que podrían enseñarme.

—¡Qué orgullosos tienen que sentirse tus padres! —Sonrió y después se le empañó la mirada—. Yo no recuerdo a mi madre, ¿sabes? Ya no sé de qué color tenía el pelo o de qué color tenía los ojos. —Suspiró—. No recuerdo su voz ni tampoco cómo me sentía cuando me abrazaba, si es que lo hacía. —Miró a su mejor amiga—. Y aun así, la echo de menos cada día.

—Es normal —Casie entrelazó los dedos con los de ella—. Yo tampoco la recuerdo, pero seguro que Raychel sí. Algo podremos averiguar y mientras tanto, pasaremos lo que resta de

verano en Escocia.

***

Chloe ocultó una sonrisa llena de picardía cuando vio entrar a su amiga y a su marido en el salón del desayuno. A juzgar por su aspecto, debían haber estado retozando al aire libre y aunque sintió una punzada de envidia sana, sintió una inmensa alegría por su mejor amiga.

Casie era la persona más buena, dulce y noble del mundo y se merecía a un hombre que la amase sin medida, tal y como parecía que el vizconde hacía.

—Buenos días, querida —Casie se acercó y la besó en la mejilla —no me acostumbro a tenerte aquí, siempre es una sorpresa cuando te veo.

—Buenos días —le devolvió la sonrisa y se puso en pie torpemente —disculpe, milord.

Austin sonrió.

—No es necesario que se levante, señorita Hudson, Casie y yo vamos a comer algo, ¿le apetece acompañarnos?

—Sí, por supuesto —les miró a ambos y sonrió, después frunció el ceño—. Casie, ¿cómo debo expresar que me parecéis una pareja imponente? —Y absolutamente encantadores, pensó.

Su amiga se echó a reír.

—Gracias por el cumplido, en privado y al dirigirte a mí, tal y como lo has hecho.

—Creo que puedo ayudar con eso —intervino Austin mientras le sujetaba la silla a su esposa—. Descansa cariño, yo te traeré el desayuno. —La besó en el pelo cuando ella se sentó y Chloe sintió que se derretía por la dulzura de aquel hombre—. Quizá, señorita Hudson, sería más fácil si nos tuteásemos.

—Eso sería un alivio, milord.

—Bien, entonces pruebe —la miró con una sonrisa —Austin.

—Gracias, Austin.

Chloe no se perdía un movimiento de aquel hombre elegante, guapo como un demonio y de manos firmes y seguras con un cuerpo más que bien cincelado a juzgar por cómo le sentaban aquellas ropas tan extrañas. En ese momento se fijó en que su amiga vestía pantalones y sonrió.

—En Boston algunas mujeres han empezado a llevar pantalones en sus haciendas —comentó—. Con la guerra a las puertas de sus territorios, los hombres se van a luchar y ellas se quedan al frente de las plantaciones. Dicen que es imposible hacer el trabajo con los pesados vestidos.

—Y tienen razón —aseveró Casie —son tremendamente cómodos, te lo aseguro.

—¿Los usas para montar?

—No —Austin le colocó un plato lleno delante de su esposa y la miró serio—. Come —le advirtió con un brillo lujurioso en la mirada—. Todo. —Le guiñó un ojo y ella se echó a reír—. Casie los usa para entrenar, soy practicante de ninpò y ha querido aprender.

—¿El arte marcial? —preguntó Chloe llena de admiración y Austin la miró a los ojos intrigado—. Hay muchos orientales que están llegando a las costas americanas —se encogió de hombros—. A veces les he visto practicar, parece algo muy agresivo y peligroso. —Miró a su amiga—. ¿Por qué quieres aprender?

—Porque sí —Casie sonrió a su amiga y miró a su esposo —porque quiero pasar más tiempo con él, porque quiero entenderle en todos los aspectos.

Chloe supo que no le estaba contando toda la verdad, pero no insistió en el tema porque hasta ella comprendía que los secretos del matrimonio debían permanecer entre los esposos.

Casie le explicó a Chloe que tanto Raychel como Garrison se encontraban en su mansión campestre, no muy lejos de ellos y que antes de partir a Escocia, Austin se acercaría para hablar de temas de negocios, después estarían un par de días en Londres y cuando Austin dejase todos sus asuntos en orden, emprenderían el camino hasta Northumberland, donde estaba la propiedad que había heredado hacía poco.

—Austin, ¿sería posible que le acompañemos a ver a Raychel? Me muero de ganas por verla.

El vizconde sopesó la idea durante unos segundos y miró a su esposa a los ojos, era una mirada extraña a ojos de Chloe y de nuevo tuvo la sensación de que allí ocurría algo que a ella se le escapaba, ¿acaso a Austin no le gustaba que Casie estuviese con Raychel? Eso sería una desgracia para ambas. Desde pequeñas soñaban con casarse con unos buenos amigos para no estar separadas mucho tiempo.

—De acuerdo —miró a su esposa a los ojos y la vio brillar de emoción —partiremos mañana.

—Gracias —susurró Casie.

—Cualquier cosa, Cassandra —respondió Austin en un tono tan intenso que Chloe comprendió que fuese lo que fuese lo que ocurría entre ellos, no tenía que ver con Raychel.

Se miraban de una forma que a ella le cortaba el aliento. ¿Cómo sería que un hombre como el vizconde la mirase a ella con semejante anhelo en sus ojos? Sin duda alguna se derretiría allí mismo y no sería capaz de aguantarle la mirada.

Pasaron el resto del día conversando y paseando mientras las doncellas de la casa preparaban los equipajes.

—Casie —esta miró a su amiga —¿eres feliz?

—Sí, absolutamente —sonrió encantada pero se le borró la sonrisa al ver el gesto de preocupación de su amiga —¿qué ocurre?

—No lo sé, tengo la sensación de que entre el vizconde y tú ocurre algo, algo importante —sus mejillas enrojecieron —¿me estoy metiendo donde no me llaman?

—Oh, no —se sentaron en un banco de piedra cerca del lago, Casie suspiró —no es entre nosotros, Austin ha recibido amenazas y le encantaría meterme en una burbuja de cristal para mantenerme segura, como yo no se lo permito, a veces se pone un poco intenso, pero estamos bien, te lo prometo, nos queremos muchísimo.

—¿Y las amenazas son graves?

—No —mintió con rapidez, lo último que quería era preocupar a su mejor amiga —qué va, pero Austin es tremendamente protector —se encogió de hombros.

—Mereces que te cuiden, Casie —la abrazó con cariño —y que te protejan.

—¿Sabes? Cuando conocí a Garrison creí que mi hermana terminaría loca de atar, era el hombre más primitivo que había conocido nunca —Chloe la escuchaba embobada—. Con el paso del tiempo empecé a sentir cierta envidia, porque si bien mi yo independiente y rebelde se retorcía de rabia al ver cómo se comportaba autoritariamente con ella, en el fondo me moría por saber qué se sentiría al saber que un hombre haría cualquier cosa por mí. —Miró a su amiga—. Hasta que me casé con Austin. —Suspiró soñadora—. Ahora puedo decir que es lo mejor del mundo.

—Te mira como tu padre miraba a tu madre —convino Chloe—. Tienes tu historia romántica. —Casie sonrió y se recostó en su hombro—. Me alegro tanto por ti y por Raychel, os merecéis ser felices.

—Y tú —la miró a los ojos y vio cómo Chloe miraba hacia otro lado —¿acaso no estás de acuerdo conmigo?

—Casie, he huido de casa, mi reputación está destrozada y las pocas opciones que tenía de casarme con un hombre que no se dejase mangonear por mi hermano salieron por la misma ventana por la que yo escapé.

—No estoy de acuerdo con eso —negó con la cabeza —quizá es que no has conocido al hombre adecuado.

—Quizá es que ese hombre no exista.

—No digas tonterías —la regañó con una sonrisa—. En Inglaterra hay muy buenos partidos, ya verás. —Le dedicó una de sus brillantes sonrisas—. Si yo, después de mi mala cabeza y peor criterio, he podido encontrar a un hombre que es el amor de mi vida, tú no vas a ser menos. —La miró seriamente—. A no ser, por supuesto, que hayas dejado el corazón en Boston.

Chloe se sorprendió y después se echó a reír.

—Nada más lejos de la realidad —suspiró —desde que vosotras os fuisteis todo ha sido triste y desolador.

—Tu hermano se puso más controlador, ¿verdad?

—No fue solo eso, es que era como si la ciudad hubiese perdido su brillo —encogió un hombro —o quizá fui yo quien se perdió, pero el caso es que no, no me dejé nada en Boston.

—Chloe, tenías amigas además de nosotras, también conocidos —la miró con preocupación —¿qué pasó? En tus cartas no contabas nada de esto.

—¿Y qué iba a decir? Desde que vuestro padre murió, el mío se afanó por hacerse con el lugar que él ocupaba en la sociedad y al que Raychel no podía acceder —respiró profundamente —. Y cuando Raychel se fue, todo se volvió más frío. Las personas que antes me hablaban como si me apreciasen empezaron a volverse fríos, ¿Sabes que los Hillgrance dieron un baile y no me

invitaron?

—¡No puede ser!

—Tampoco hubiese ido, la verdad, porque con la guerra entre el norte y el sur, los bailes, las soireés y demás me parece algo de lo más depravado, pero no —miró a su amiga—. Más o menos al año de iros vosotras empecé a sentirme aislada. Cuando me veían por la calle me saludaban, claro, pero no era como antes —suspiró—. No sé, creo que la mitad de ellos me aborrecen por quiénes son mi padre y mi hermano, y me toleraban a duras penas. Los demás solo querían tener contenta a tu hermana porque era la reina del metal.

—Pues entonces ellos se lo pierden —Casie la miró y sonrió—. Aquí todo será diferente, Chloe. Estarás con nosotras, con tu verdadera familia y te presentaremos a personas que son decentes y no una panda de palurdos interesados o de ratones asustados. ¡Tienes que conocer a las primas de Austin! Te van a encantar y te prometo que ni una sola de ellas hablará contigo para contentar a Raychel.

—¿Se llevan mal?

—Todo lo contrario, pero tampoco le tienen miedo alguno. Te lo prometo, Chloe, ahora que estás aquí, todo será diferente y mejor.

Capítulo 5

Al día siguiente ya lo tenían todo listo para partir.

Tal y como habían decidido, primero irían a visitar a los duques de Hawley para que las hermanas y su amiga pudiesen reunirse. Se quedarían unos días en Hawley Park y enseguida partirían para Londres, donde también permanecerían un par de días antes de poner rumbo a Escocia, donde al parecer, como había decidido Casie, se quedarían hasta que Austin tuviese que volver para atender sus diversos negocios.

No obstante, en el mismo instante en el que Austin se subió a su semental para cabalgar al lado del carruaje donde iban su esposa y su amiga, el jefe de cuadras llegó hasta él azorado y con el rostro cubierto de sudor.

—Milord —Austin se bajó de su montura sabiendo que era algo grave—. Varios mozos de cuadra han sido heridos de gravedad.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un cúmulo de accidentes, me temo —le miró con pesar—. El toro de lord Rowell se escapó de su cepo y entró en las caballerizas. Su nuevo semental se puso muy nervioso y pateó sin consideración al mozo que le estaba cepillando. Otto, otro de los mozos, entró para ayudar y se topó con las cornamentas del toro, que le embistió.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Casie escuchando aterrorizada a aquel hombre. Bajó del carruaje—. Austin, ¿quieres que me quede para ayudarte?

El vizconde lo sopesó durante unos instantes pero después negó con la cabeza.

—Con la habilidad que tienes para… —miró hacia el carruaje donde la americana amiga de su esposa les miraba con demasiada atención—. Los accidentes, eres la última persona a la que quiero cerca de un toro furioso. —La abrazó con ternura y la besó en los labios—. Voy a mandar a otro lacayo armado con vosotras, tened cuidado, prométemelo Cassandra.

—Te lo prometo —le besó ella a él —ahora vete a ocuparte de tus hombres, estaremos bien.

Y Chloe pensaba que así era, no era posible que con el vizconde al mando de la situación, hubiese problemas. Ella le veía como un hombre seguro de sí mismo, que irradiaba autoridad y conocimientos. Si bien se habían sucedido las desgracias, la aparente calma del hombre le hacía pensar que sí, que efectivamente había sido solo un descuido de algún trabajador.

La verdad era que Chloe no entendía cómo funcionaban las cosas en una mansión campestre como Osprey House. Ella era una mujer de ciudad que vivía en una gran casa de ciudad. Jamás había visto de cerca un toro, ni a un semental. Sí que había tenido caballos en Boston, pero ninguno tan impetuoso como los que poseía el vizconde.

Y entre todo ese caos, el hombre había tenido tiempo de aumentar la seguridad de su esposa. ¿No era eso una muestra de amor?

Ella se sentía totalmente fuera de lugar, tanto por ver la relación de pareja en primera fila como por la actividad incesante de aquel pequeño ejército de trabajadores. Y Casie decía que Hawley Park era aún mayor. No podía imaginar cómo se las apañaba Raychel.

Chloe miraba a su amiga y sonreía, pero permanecía en silencio, o al menos lo hizo hasta que Casie perdió la paciencia.

—¿Qué es lo que miras con tanta atención?

—A ti —murmuró—. Has cambiado, Casie. —Le cogió las manos—. Para bien, claro está, te pareces muchísimo a tu madre. —El corazón de la vizcondesa dio un vuelco—. Ese hombre te ama con locura. —Sonrió encantada por la felicidad de su amiga—. Algún día tendrás que contarme como lo lograste.

Casie se encogió de hombros y sonrió.

—No tengo ni idea, pero sí sé cómo él logró que yo me enamorase —sonrió con picardía.

Y durante más de una hora, Chloe escuchó embelesada cómo Casie le contaba una anécdota tras otra del extraño cortejo del vizconde, a veces sonreía, otras se enfadaba un poco, pero no podía ignorar el brillo en la mirada de su amiga cuando hablaba de su marido.

Estaban tan ensimismadas con la charla que ninguna se percató de que la velocidad del carruaje se hacía cada vez menor, hasta que se detuvo y ambas se miraron con extrañeza. Casie miró por la ventanilla pero no vio nada, de modo que se bajó y ahogó un grito de sorpresa, Chloe no tardó en bajar tras ella.

—Vaya, vaya, vaya —murmuró un hombre que llevaba un pañuelo tapándole la mitad del rostro.— Dos palomitas al precio de una.

Varios hombres se rieron a carcajadas y Casie se giró para mirarles. Las tenían rodeadas. Eran cinco hombres contra ellas dos solas. Chloe estaba temblando y se acercó un poco más a su amiga que parecía mucho más tranquila que ella.

—¿Les han matado? —preguntó Casie con preocupación en su voz al percatarse de que algunos hombres estaban en el suelo.

—A ese de ahí es posible —uno de los hombres pateó al cochero—. Me amenazó con una pistola. —Se encogió de hombros y la miró de arriba abajo—. Dígame una cosa vizcondesa, ¿cuánto pagará su marido por recuperarla?

—¡Ese no era el trato! —protestó otro de los hombres.

—¡Basta! —gritó el que había hablado primero—. Nos van a dar un buen dinero por las dos. La vizcondesa irá para nuestro socio que ya ha pagado por ella y la otra… bueno, seguro

que encontramos un burdel donde dejarla a cambio de muchas monedas. Los petimetres harán cola por meterse entre sus piernas.

Chloe enrojeció de la cabeza a los pies y nerviosa, miró a Casie que a juzgar por su expresión, hervía de rabia. Le cogió la mano y su amiga la miró a los ojos.

—Caballeros —Casie miró al jefe de aquella banda —está claro que me conocen y que saben quién soy, esto no es un robo ya que aún conservamos las joyas.

—De momento —se burló uno de los hombres pero Casie le ignoró.

—Bien, ¿podría decirme a qué ha venido el ataque a los hombres de mi marido? ¿Qué espera usted conseguir de mí?

El hombre la miró con lascivia hasta que la hizo sentir sucia.

—Por desgracia —respondió frotándose la barbilla—, sólo monedas, una gran cantidad de ellas, pero sólo monedas. —La miró de nuevo con total descaro.

Estaba claro que su amiga estaba tramando algo, tenía la misma expresión que cuando intentaba ganar a su padre al ajedrez cuando eran unas chiquillas.

Notó que Casie le apretaba la mano con disimulo.

—Estate atenta, cuando te diga, corre como el diablo, súbete a un caballo y sal de aquí lo más rápido que puedas y sin mirar atrás —murmuró su amiga en voz muy baja.

—Casie.

—Obedece —después miró al jefe y alzó la voz —¿dónde nos llevan y con quién?

—Esas son respuestas que no se ha ganado —se acercó a ella y la miró a los ojos —suban al carruaje antes de que decida quedarme con las dos.

Ver cómo ese hombre tocaba a su amiga la hizo palidecer, quiso decir algo, pero Casie aún tenía su mano apretada y se obligó a mantener la calma, si esos hombres se ponían nerviosos, podrían hacerles cualquier cosa, aunque a juzgar por la serenidad con la que Casie hablaba, creía posible que tuviese un plan.

Estaba claro que querían a la vizcondesa con vida y eso puso más nerviosa a Chloe, puede que Cassandra fuese valiosa, pero a ella planeaban venderla, ¡por el amor de Dios! Y los ingleses decían que los americanos eran unos salvajes. Se obligó a respirar con tranquilidad para no perder los nervios.

Sintió un nuevo apretón en la mano e hizo lo posible para controlar su respiración de nuevo, estaba claro que lo que fuese a hacer su amiga, lo iba a hacer pronto. Entonces Casie la soltó y la vio caminar con paso relajado hacia el carruaje y entonces, todo se volvió un caos.

Casie tiró de la manta y se la echó en la cabeza a uno de los sinvergüenzas que las habían parado, con los dos palos, golpeó con saña en los lugares que más daño causarían y con movimientos rápidos y certeros atacó al jefe de la banda dejándole inconsciente en el acto, los otros tres se pusieron nerviosos y uno de ellos se acercó demasiado a Casie por lo que recibió un severo golpe en la cabeza que le dejó aturdido y desorientado.

La vizcondesa se lanzó a por el cuarto cuando al que había dado por acabado se abalanzó sobre ella, Chloe le lanzó una piedra y con su tremenda puntería, no falló.

—¡Ahora, Chloe! —gritó Casie peleando contra el único hombre que quedaba en pie y que, claramente, también conocía varios trucos pese a la avanzada edad que ella le había achacado—. ¡Corre! Y asusta al otro caballo.

Chloe miró a su amiga y la vio con dificultades para defenderse por lo que dudó un instante, pero Casie la miró.

—Me quieren viva, no me harán daño, ¡huye! —le gritó de nuevo.

Y obedeció sin saber muy bien qué estaba ocurriendo. Sólo hizo lo que tantas veces habían hecho juntas, alzarse las faldas del vestido y montar casi de un salto sobre aquel caballo, después de hacerse con las riendas se lanzó contra el otro que huyó despavorido y empezó a galopar en dirección a Osprey House.

—¡Maldita bruja! —exclamó el hombre cuando Casie le derribó con aquel maldito palo cuando empezó a perseguir a su amiga—. Me las vas a pagar.

***

Chloe cabalgó como si la persiguiese el mismísimo diablo. Y en cierto modo, así era.

No estaba segura de si seguía el camino correcto, solo sabía que no podía detenerse hasta que se topase con alguien que le pudiese dar indicaciones de cómo llegar hasta la casa solariega. Estaba segura de que Casie sería conocida y querida por aquellos lugares, no podía ser de otra manera, con la candidez de su carácter y su hermosa sonrisa, nadie que la conociese podría querer desearle algún mal. No obstante llevaba demasiado tiempo cabalgando sin encontrarse con nadie y empezaba a asustarse de verdad. Estaba totalmente desorientada porque a su alrededor solo había campos de labranza, algunos animales y más campos.

Ella era una mujer de ciudad, se ubicaba gracias a los edificios, carteles… ¿pero cómo podía hacerlo en mitad de ninguna parte? Y no podía permitirse el lujo de perder tiempo, tenía que avisar al vizconde lo antes posible para que salvase a su esposa.

—Aguanta, Casie —susurró al viento.

Tenía lógica lo que le dijo su amiga, era evidente que la querían viva y por eso no la matarían, pero su reciente contacto con la violencia masculina, le había abierto los ojos y había cosas muchísimo peores que arrebatarle la vida a una mujer, al menos en su opinión. El miedo que sintió en el instante en el que Henry la golpeó contra la pared, le manoseó los pechos y le apretó el cuello, fue muestra suficiente como para que aún tuviese pesadillas.

Espoleó a su montura y rezó para encontrar a alguien que pudiese ayudar a Casie, jamás se lo perdonaría si a su mejor amiga le ocurría algo y ella no era capaz de hacer nada por ayudarla.

Empezaba a comprender que lo que fuese que le ocultase, tendría que ver con lo sucedido, pues aunque en Inglaterra tenían un problema con los robos, estos no se llevaban a cabo a plena luz del día, cerca de una residencia campestre y desde luego, no sabrían los nombres de quienes iban dentro del carruaje. Así que no, eso tendría que ver con eso que asustaba tanto al vizconde que las había enviado con varios hombres armados, aunque no hubiesen servido de mucho ya que les pillaron por sorpresa.

Observó una sombra a su lado y gritó con desesperación, acto seguido, comenzó a cabalgar en su dirección.

—¡Alto! ¡Alto! ¡caballeros! ¡ayuda! —gritó y para su alegría, ellos detuvieron la montura.

Los dos hombres se acercaron a ella con sendas sonrisas y a juzgar por sus ropas, eran jóvenes terratenientes de la zona.

—Señorita, ¿en qué podemos ayudarla? —el más esbelto de ambos se inclinó levemente y le sonrió seductor. Un gesto que a ella le pasó totalmente desapercibido.

—Mi nombre es Chloe Hudson, soy amiga de Cassandra Beasley, no —se corrigió de inmediato pues le costaba pensar, sentía que tenía toda la sangre en el cerebro—. Cassandra… la vizcondesa Sewton, la nuera de los marqueses de… —Se frotó las sienes con fuerza.

—¿Se refiere a lady Casie Burcham? ¿A lady Slawton? —ambos hombres se miraron con preocupación y ella asintió con la cabeza—. ¿En qué podemos servirla?

—Me he perdido —sus ojos se anegaron en lágrimas—. Y debo llegar cuanto antes a Osprey House y avisar a Austin, al vizconde. —Se corrigió—. Han secuestrado a Casie, por favor, por favor, les suplico que me ayuden.

Y en cuanto los rostros de aquellos jóvenes se contrajeron, ella se echó a llorar desconsolada, no bajó la mirada, pero tampoco era capaz de controlar las lágrimas.

El otro joven, el que había permanecido en silencio, la tomó de la cintura y la pasó a su caballo, colocándola delante de él.

—Su caballo está exhausto, yo la llevaré.

Y entonces se echaron al galope en dirección a Osprey House.

Nada más llegar a la magnífica mansión, se dirigieron a las caballerizas. Conocían el lugar, pues ambos habían estado en incontables ocasiones con el vizconde aprendiendo sobre caballos y cómo mejorar las tierras de sus padres y que algún día ellos heredarían.

—¿Dónde está lord Austin? —preguntó el más joven a un muchacho bajando de un salto de su caballo.

—¡Thomas! —el chico le miró —está en la sala de esencias, ha habido heridos y han tenido que coser a dos mozos y detener a un toro.

Tras cruzar una mirada con su compañero más silencioso, salió a la carrera sabiendo que la dama estaba en buenas manos, pues su amigo la cuidaría con ternura. Lo cual sería magnífico porque si la vizcondesa estaba en peligro, lo último que necesitaban era a una mujer histérica que no les pudiese dar la más mínima pista sobre el paradero de lady Slawton.

La escena que se encontró en la sala de esencias era dantesca. Un mozo sollozaba quedamente en un rincón con las ropas llenas de sangre. Pero había otro sobre la enorme mesa de madera que estaba siendo atendido por tres doctores y a juzgar por la expresión de su rostro, estaba más cerca de reunirse con el Altísimo que de levantarse por su propio pie.

Lo lamentó, pero a veces, con los animales, había fatales accidentes.

Lord Austin se giró y le miró a los ojos.

—Thomas, muchacho, ahora no es el mejor momento.

—Milord, necesito hablar con usted ahora, es imperativo, se lo ruego.

Austin conocía lo suficientemente bien a aquel joven como para saber que si insistía pese a su advertencia, es que el asunto era grave y dado que él no podía hacer nada por el mozo, decidió prestarle atención. Tenía una corazonada que le estaba perforando el corazón y le hizo estar más alerta.

No obstante, no se olvidó del hombre al que estaban operando.

—No reparen en gastos, en medicinas, en lo que necesiten ambos —miró al joven que sollozaba presa del miedo más que del dolor ya que sus heridas no eran graves —vamos.

En cuanto puso un pie fuera, una maraña de algodón azul cielo se abalanzó sobre él.

—La tienen Austin, se la han llevado.

El mundo se paralizó para él. Dejó de escuchar el trinar de los pájaros, dejó de sentir la suave brisa del verano, dejó incluso de respirar, su mente se llenó de imágenes aterradoras y un frío invernal se apoderó de todo su ser.

Incluso su propia voz le sonó extraña cuando se oyó hablar.

—Thomas, ve a Hawley Park —miró al muchacho a los ojos—. Busca al duque de Hawley y dile en privado lo que ha ocurrido. —Le cogió del brazo—. La duquesa no puede saberlo, está a punto de dar a luz. No podemos perder a las dos hermanas.

El joven no discutió, sólo se subió a su semental y salió al galope.

—Joshua —miró al otro joven que estaba temblando sobre la silla. Era un muchacho de tan sólo diecisiete años, fuerte como su padre, pero demasiado joven—. Avisa a los Brown y… —El corazón le dio un vuelco y necesitó un instante para seguir hablando, pero no encontraba la voz.

—Sí, milord, descuide.

El joven se alejó y Austin clavó sus ojos en los de aquella mujer a la que no conocía pero que era tan importante para su esposa.

—Cuéntamelo todo.

Chloe obedeció al punto. Le explicó cómo habían detenido el carruaje y cómo Casie las había defendido a ambas, el orgullo y el miedo chorreaban de cada palabra y el vizconde se percató de lo mucho que esa joven estaba sufriendo. Le había prometido a su esposa que cuidaría de ella y él siempre cumplía su palabra, más aún cuando se lo había prometido al amor de su vida.

La joven observó paralizada cómo aquel vigoroso caballero empezaba a dar órdenes a diestro y siniestro y antes de que ella pudiese decir nada más, le vio salir al galope con un enorme semental.

—Por favor, señor… —rezó mirando al cielo —permite que la encuentre sana y salva, Casie jamás le ha hecho daño a nadie en toda su vida.

—Señorita.

Se giró con el rostro anegado en lágrimas hacia el ama de llaves y esta la abrazó con cariño.

Era un gesto de lo más impropio, pero la mujer estaba convencida de que si alguien no sostenía a la dama, esta caería al suelo y ella jamás consentiría que una amiga de su señora sufriese en soledad.

Chloe se paseó nerviosa por la propiedad durante horas, el cielo ya se había oscurecido y el ama de llaves le había indicado que tenía la cena preparada, pero, ¿cómo iba a comer si Casie estaba en peligro? ¿cómo la iba a encontrar Austin? Ella había sido una completa estúpida, había perdido demasiado tiempo, seguramente aquellos energúmenos habrían lastimado a Casie y ella no se lo podría perdonar jamás.

Finalmente, decidió esperar noticias en el salón, sentada en la ventana que daba a la puerta principal, por si podía ver y oír algo.

Capítulo 6

Siendo noche cerrada llegó una misiva del duque de Hawley a la mansión y aunque Chloe se había negado a cenar, el ama de llaves se la entregó además de una bandeja con un cuenco de caldo y algo de carne asada. Pero la joven era incapaz de comer o beber nada antes de saber de Casie. Así que con manos temblorosas, cogió la nota y se apresuró a leerla.

Señorita Hudson,

He sido informado de que debía usted partir rumbo a Escocia lo antes posible para mantenerse a salvo, sé que quería usted ver a mi esposa, pero Raychel está en la última fase del embarazo y tantas emociones podrían hacerle daño a ella o al bebé, además, jamás me perdonaría que le ocurriese a usted algo, así que le envío a varios de mis hombres que la acompañarán todo el camino hasta el castillo de mi cuñado, donde mi hermana Darlene, la recibirá con los brazos abiertos.

No tema usted, ni dude en ponerse al cuidado de lord Hawthorne, el conde es un hombre poderoso que la cuidará y la protegerá hasta que mi esposa y yo podamos reunirnos con usted.

Le enviaré las noticias que tengamos de Casie, sé que está usted sufriendo y lamento muchísimo no poder consolarla como merece, por ello le pido paciencia y estoy seguro de que se hará cargo de la situación.

Un afectuoso saludo,

Garrison Wheatcraft

Duque de Hawley.

Chloe tragó con fuerza y miró a la mujer que permanecía a su lado.

—El señor encontrará a milady —le aseguró esta —se lo prometo y milady estará bien muy pronto, es una mujer especial, fuerte como una roca aunque parezca delicada y frágil.

—Veo que la conoce bien —tenía húmeda la voz.

—Coma algo y descanse, señorita, mañana a primera hora, partirá con los hombres del

duque hacia el norte —la arropó cuando se metió entre las sábanas —lo tendremos todo preparado, en cuanto tengamos noticias de la señora, enviaremos aviso, se lo prometo.

—Gracias.

Sin embargo, pese al reconfortante caldo y a la tisana que le subieron un buen rato después, Chloe fue incapaz de pegar ojo. Se removía constantemente y cuando conseguía dormir, se despertaba sobresaltada y empapada en sudor.

Cuando el sol despuntó el horizonte, aún no se sabía nada de Casie.

Y cuando una hora después, partió rumbo a Escocia escoltada por seis hombres, seguían sin tener noticias. No obstante, todo el personal la había asegurado que Austin y el duque cumplirían su palabra y la mantendrían informada.

Nadie pareció pensar que ella querría estar ahí cuando encontrasen a su amiga, que necesitaría estar cerca de ella, más bien parecía que querían quitársela de encima lo antes posible, pues la habían metido en el carruaje sin dejarla desayunar, aunque era cierto que tenía a sus pies una enorme cesta llena de delicias.

Emprendieron la marcha a una velocidad inusitada para tratarse de un carruaje y no pararon hasta que el sol estaba en lo más alto del cielo.

Uno de los hombres se posicionó frente a la puerta.

—No salga, nosotros le diremos cuándo puede hacerlo —le dijo con voz autoritaria que ella no se atrevió a contradecir.

Unos minutos más tarde, abrieron la puerta, y con cortesía, le tendieron la mano para ayudarla a bajar.

—Estará a salvo, señorita, no tema —otro hombre le tendió el brazo y ella se cogió a él —aun así, no se separe de mí, ¿de acuerdo?

No fue capaz de responder, solo asintió con un gesto y entraron en una posada.

Otros dos hombres se encargaron de encontrarles un comedor privado y pedir algo de comer. Comieron todos juntos y aunque Chloe sabía que eso no era lo habitual, no protestó. Aquellos hombres la estaban protegiendo por orden del duque, imaginó que las protestas tampoco servirían de mucho.

Era increíble el poder que tenía el duque, Chloe estaba a medio camino entre fascinada y asustada. Aquellos hombres la trataban con la máxima cortesía, no le dedicaban miradas incómodas y la conversación había sido superficial pero agradable, aunque no se le había pasado el hecho de que el sitio que ocupaba ella era el más seguro de todos, pues a su espalda tenía una pared y a su lado a cinco hombres armados.

Una hora después, emprendían el viaje de nuevo.

Chloe había leído, pues en la cesta, también habían metido un par de novelas y a juzgar por el estado de las páginas y las cubiertas, debía ser de los favoritos de Casie, pues se veía que habían sido leído en varias ocasiones.

También había cerrado los ojos en varias ocasiones y aunque de forma incómoda, había logrado dormir un buen rato. Sin embargo, no se volvieron a detener hasta que el sol comenzaba

su descenso. Estaban forzando las monturas y ella era muy consciente de ello, lo que no sabía era por qué lo hacían. Quien corría peligro era Casie. O eso era lo que ella pensaba, por un instante incluso llegó a imaginar que su hermano la había encontrado y que él estaba detrás de lo ocurrido con Cassandra, pero pronto descartó la idea, era cierto que ella llevaba ya unos días en Inglaterra, pero ni su hermano habría podido organizar algo así en tan poco tiempo, además, en Inglaterra él no tenía tantos medios ni tanta influencia como en Boston.

Pensar en ello la hizo llorar de nuevo.

Cuando el carruaje se detuvo, ni siquiera se acercó a la puerta. Esta vez el hombre no le había advertido, imaginó que porque aún recordaba la orden que le había dado la vez anterior y claramente no se equivocaba.

—Ya puede salir.

El protocolo fue el mismo. Se agarró al hombre y fue escoltada al interior de la posada.

La única diferencia es que en cuanto puso un pie dentro, un hombre de rostro afable y espalda fuerte, se acercó a ella.

—Milady, su excelencia ha enviado una nota para usted.

Casie parpadeó y cogió la misiva con manos temblorosas.

Los hombres, que se percataron del estado de la joven, la guiaron hasta una estancia privada y aunque entraron con ella, le dejaron una ligera distancia para darle sensación de privacidad.

Señorita Hudson,

Me alegra comunicarle que Casie se encuentra en su hogar en perfectas condiciones. Le ruego que siga su camino hacia el norte y en cuanto sea posible, mis cuñados se reunirán con usted.

Sea paciente, se lo ruego y obedezca a mis hombres, están ahí para protegerla y cuidarla en todo lo que necesite.

Un afectuoso saludo,

Garrison Wheatcraft

Duque de Hawley.

—Gracias a Dios —susurró apoyándose en la pared, entonces miró a los hombres —Casie está en casa.

—Nos alegramos —dijo uno con sinceridad —milady es una gran dama de gran corazón y nuestra señora la quiere muchísimo, habría sido una tremenda desgracia que hubiese sufrido algún daño.

Chloe sonrió.

—Sienten verdadero cariño por Raychel, ¿verdad?

—Así es, señorita, y nos enorgullecemos de ello —el hombre la miró a los ojos —el duque es un gran hombre, pero la duquesa es… no tengo palabras.

—Lo sé —le sonrió de nuevo —por cierto, muchas gracias por hacer este viaje conmigo.

—No tiene por qué darlas, haríamos cualquier cosa por la duquesa —el hombre se encogió de hombros y parecía ligeramente avergonzado —y todo lo que hagamos, sería poco, se lo aseguro.

Picotearon algo y bebieron y poco después, emprendieron de nuevo el viaje.

—No haremos más de dos o tres horas, el sol está a punto de ponerse y el duque nos despellejaría si viajásemos de noche y usted sufriese un altercado, pero debemos llegar a la siguiente posada, por lo que viajaremos más rápido, si sufre algún inconveniente, solo tiene que sacar la mano por la ventanilla, yo viajaré a su lado.

—Muchas gracias.

En cuanto el carruaje se puso en marcha, la sensación de Chloe de que ella también corría peligro empezó a atenazarle la garganta. Era evidente que algo ocurría, porque viajar constantemente, sin apenas descansar no era lo correcto ni para ella, ni para los hombres ni para los caballos, aunque estos fuesen reemplazados en cada parada.

Y esa fue la rutina del resto de los días, marchaban por los caminos hasta que las monturas empezaban a agotarse, descansaban un par de horas y volvían a emprender el viaje.

No hubo más notas del duque y aunque Chloe estaba muy preocupada, supuso que los acontecimientos habían alterado en demasía la vida diaria de ambas familias. Lamentó de veras no poder estar al lado de sus amigas en esos duros momentos, pero el duque había dictaminado que ella debía ir a Escocia y al parecer, nadie le decía que no a su excelencia. Ni siquiera ella. Ya que en ningún momento se había quejado, primero porque de hacerlo, se habría sentido profundamente desagradecida y culpable y segundo, porque tenía la molesta sensación de que había demasiadas cosas que ella no sabía, pero la urgencia del viaje y la rapidez con la que lo estaban haciendo, daban a entender que el duque sabía más que ella misma.

Lo cual era muy molesto.

***

Decir que Escocia era un regalo para la vista sería quedarse corta.

Habían salido de la última posada en cuanto el sol empezó a clarear el horizonte, cuando se cerró la puerta del carruaje, los tonos malvas y naranjas del cielo, prometían un día cálido y soleado.

Aquella mañana, con el sol en su cénit, Chloe se encontraba atónita ante la suntuosidad de los paisajes que se desplegaban ante sus ojos. Desde que habían comenzado el último tramo de aquel intenso viaje y habían llegado a las carreteras escocesas, se había quedado totalmente cautivada por la belleza indescriptible que la rodeaba.

Los verdes exuberantes de los prados que se extendían hasta el horizonte, el suave ondular de las colinas y los ríos que serpenteaban entre ellas. Los campos estaban salpicados por flores silvestres de colores vivos, como atrevidas pinceladas sobre un lienzo aún sin terminar. El aroma fresco, limpio y ligeramente dulce del aire la hacía sentirse en paz con ella y con el mundo. Era

como si en aquellas tierras estuviese completamente a salvo. Allí arriba, nada importaba.

Ligeras y esponjosas nubes blancas salpicaban un cielo de un intenso azul. A lo lejos, las montañas se mostraban orgullosas e imponentes, sus picos cubiertos de nieve brillaban bajo la luz natural.

Chloe se sentía como si estuviese contemplando un paisaje de cuento de hadas, se podía imaginar a sí misma como la princesa de un castillo en aquella tierra salvajemente hermosa, mientras observaba a su amado héroe cabalgar hacia ella. Sonrió ante sus pensamientos, estaba claro que Escocia era un lugar de ensueño donde la realidad y la fantasía podían entrelazarse de una manera mística.

Cada nuevo tramo del camino revelaba paisajes más impresionantes que los anteriores y la joven no podía evitar sentirse abrumada por la intensidad de sus propias emociones, enardecidas por las maravillosas vistas y la grandeza de todo cuánto la rodeaba. Ella venía de Boston, una ciudad en auge que aparte de unos pocos jardines, no tenía más que edificios y carreteras.

Suspiró sintiéndose agradecida por haber podido disfrutar de semejante experiencia pese a las circunstancias y, durase lo que durase su estancia en Escocia, supo sin lugar a dudas que aquellas tierras salvajes se habían ganado un lugar en su corazón.

Unos golpes en el carruaje la avisaron de que se acercaban al castillo, por lo que se asomó por la otra ventana para verlo y cuando lo divisó a lo lejos, se quedó sin aliento. Aquello era exactamente igual que los castillos de los cuentos con los que Katelinn la hacía soñar cada noche cuando se quedaba a dormir en casa de los Beasley.

Cerró los ojos un instante para absorber aquel recuerdo que la llenó de ternura, tristeza y melancolía. Echaba de menos a Katelinn y a Howard, también a sus queridas amigas, pero en esos momentos en los que se sentía tan confusa y asustada, hubiese dado todo lo que tenía por uno de aquellos abrazos de Katelinn, un gesto que podía sanar cualquier herida del corazón. Sus ojos se llenaron de lágrimas y casi pudo oler el perfume que la dama solía usar.

—Nos dejaste demasiado pronto —susurró al viento antes de abrir los ojos.

Después de ese momento de vulnerabilidad extrema, se obligó a centrarse y a observar cuanto la rodeaba. Estaba viviendo una experiencia única y aunque los condes no quisieran darle auxilio, todo aquello era un regalo que pretendía conservar.

En el mismo instante en el que carruaje se detuvo frente a las puertas del castillo, la portezuela se abrió y una fuerte mano se ofreció a ayudarla a bajar.

Chloe se apresuró en tomarla y cuando sus pies tocaron el suelo, alzó la vista para quedarse muda de asombro. Ante ella estaba el hombre más grande que había visto en toda su vida. De cabellos castaños, ojos intensos y presencia imponente.

—Señorita Hudson, bienvenida a Ishbel Castle —se llevó la mano de ella a los labios —soy Ewen McCrorey, conde de Hawthorne y *laird* de estas tierras.

—Es un honor conocerle, milord y lamento muchísimo que le hayan impuesto mi presencia.

—¿Impuesto, dice? —entrecerró los ojos —nada más lejos de la realidad, se lo aseguro, es un placer tenerla con nosotros, mi esposa está emocionada por su visita —le sonrió —¿me permite acompañarla al interior?

—No todo lo que se dice de los escoceses es cierto —el conde la miró un segundo mientras caminaban hacia las enormes puertas.

—Sí que lo es —le sonrió con picardía —somos tercos, brutos, incontrolables, apasionados y un sin fin de adjetivos más.

Ella se echó a reír. Y por primera vez en muchísimo tiempo, se rio de verdad con un desconocido. Definitivamente Escocia le estaba afectando de maneras que no comprendía.

Un instante después, se encontraba frente a una mujer de una belleza angelical. Tenía unos impresionantes ojos verdes, suaves y delicados rasgos y una sonrisa preciosa.

—Señorita Hudson, Casie me ha contado tantas cosas de usted, que es casi como si la conociese.

—Me temo que Casie tiende a ver a las personas mejores de cómo son en realidad, un honor conocerla, milady.

—Ah, no, aquí no hay milady ni milord —miró a su esposo—, ¿todo bien?

—Perfecto —respondió este mirándola con intensidad —¿Brodie?

—Con los caballos, han vuelto a escaparse…

—El día que se mueran, lo celebraré con un jodido baile —blasfemó y Darlene soltó una risita.

Acto seguido el conde se disculpó con ellas y salió apresuradamente del castillo.

—Disculpe a mi marido, esos caballos eran de su difunta hermana, ahora son míos y aunque les odia, jamás les haría nada y no es que no hagan por ganarse un final fatal, porque son bravos y salvajes a más no poder, con los hombres al menos —le tomó de las manos —Garrison me ha contado por carta algunas cosas, ¿puedo tutearte?

—Sí, por supuesto.

Chloe estaba abrumada por la intensidad de aquella mujer, por la relación tan íntima entre los esposos y bueno, por todo lo que la rodeaba. Apenas conseguía hilar un pensamiento detrás de otro.

—Estoy encantada de tenerte aquí —confesó Darlene —las mujeres del clan lo agradecerán también, las tengo mareadas con mis charlas y demás —se encogió de hombros.

—Yo… —se frotó las sienes, empezaba a dolerle la cabeza —se suponía que iba a venir con Casie, pero…

—Sí, sabemos lo del secuestro y también que ya está en casa —hizo un gesto con la cabeza —se está recuperando, según mi hermano, en breve estará dando guerra como es su costumbre, en cuanto se encuentre en perfectas condiciones, vendrá aquí.

—¿Y Raychel?

—Agotada por el incesante control de mi hermano, pero feliz, le falta poco para dar a luz y dice que está enorme, redonda como una mesa —la acompañó hasta el Gran Salón donde ahora había cómodos sofás y tomaron asiento —si quieres, puedo enseñarte tu habitación, dejarte un tiempo para que te relajes y después podemos tomar un té en el jardín.

—Eso sería perfecto, gracias.

La condesa la guio por los pasillos del castillo hasta que llegaron a una habitación bellamente decorada que la dejó con la boca abierta.

—He designado a Liana como tu doncella personal —indicó Darlene —es joven pero entusiasta y hace muy bien su trabajo, le he dicho que os presentaré más tarde, imagino que dado el ritmo infernal al que habéis viajado, estarás agotada.

—Lo cierto es que sí —miró a aquella mujer —¿por qué tantas prisas y tantas precauciones? Si Casie ya está a salvo, no tiene mucha lógica.

Darlene la miró y sonrió, después cruzó las manos por delante y le dedicó una mirada llena de sabiduría.

—Querida, te voy a contar algo sobre los hombres de honor, Casie está a salvo, jamás mentirían con algo así, pero por lo que tengo entendido, era de vital importancia que tú también estés a salvo, sea quien sea el que te persigue. Además, eres la mejor amiga de Cassandra y de Raychel, lo cual, según el retorcido sentido del honor y del deber de mi hermano, de mi marido, mi cuñado, de Austin y de todos los que les son leales, eso te convierte en familia, así que —tomó aire —mi consejo es que te lo tomes con calma porque mi marido ha dado su palabra de que aquí estarás a salvo.

—¿Y su palabra es ley?

Darlene se rio alegre y asintió con un gesto.

—Todo el mundo suele decir que los americanos somos salvajes, pero de momento en Inglaterra no me he encontrado con esos hombres amanerados y dulces de los que se burlan en Boston.

—Y al pertenecer a nuestra familia, jamás te los encontrarás o al menos, no se atreverán a acercarse a ti y créeme, no te pierdes nada, por otra parte, es cierto que pensamos que sois más salvajes, pero no encontrarás en nuestra familia alguien que crea que eso es malo —le guiñó un ojo con picardía —recuerda que nuestro primer encuentro con alguien de Boston fue Raychel Beasley.

Eso hizo sonreír a Chloe.

—Cierto.

Capítulo 7

Llevaba un día entero en el castillo y apenas había salido de su habitación, en el mismo instante en el que su cabeza tocó la almohada, se quedó profundamente dormida.

Lo cual no era de extrañar, pues no había dormido más que unas pocas horas durante el tiempo que les había llevado atravesar Inglaterra para llegar a Escocia, por no mencionar que pese a las comodidades del carruaje, no dejaba de ser un carruaje y aún sentía los músculos del cuerpo agarrotados.

Se levantó de la cama y tras desperezarse, se colocó la bata que amablemente habían dejado para ella y se asomó a la ventana. Las vistas eran impresionantes. Un par de caballos galopaban de forma salvaje saltando vallas y por cómo trotaban, se notaba que disfrutaban de unas horas de libertad.

Había gente por todas partes, un par de muchachas en el huerto, unos chiquillos corriendo alrededor de sus madres. Hombres atendiendo a los animales y… a la derecha había como una especie de zona de lucha donde dos hombres enormes y sin camisa, estaban peleando con espadas.

¡Santo cielo!

Se llevó la mano al pecho y a la boca y jadeó. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Acaso estaban tomando el castillo? Un segundo después se dio cuenta de que esa idea era absurda, ya no estaban en la Edad Media y el resto de los aldeanos se ocupaban de sus tareas sin alterarse lo más mínimo.

Aunque realmente era una imagen de lo más primitiva y sin duda alguna, desataba la imaginación de una mujer.

Observó a los dos hombres tan parecidos y a la vez tan diferentes. Sí, ambos eran altos, anchos de espalda y de presencia imponente, pero donde uno tenía el cabello oscuro, el otro lo tenía más claro, con dorados reflejos bajo la luz del sol. No podía distinguirles las facciones, pero se movían de forma similar aunque no igual. Uno era más impetuoso y el otro era más esquivo.

—Señorita.

Se giró ante la voz de la doncella.

—Es un honor conocerla, soy Liana, seré su doncella si le parece bien —la joven sonrió.

—Muchas gracias, Liana.

La mujer dejó la bandeja sobre la cómoda y se apresuró a sacar un par de vestidos del armario para que la dama eligiese cuál quería ponerse.

—Son de las hermanas Beasley, pero lady Hawthorne me ha dicho que puede usarlos, que a ellas no las importará.

—No, no se molestarán por esto —sonrió al recordar a sus amigas —muy bien, me asearé y después puedes ayudarme a vestirme.

—Tiene que comer algo señorita, mi *laird* ha sido muy claro al respecto, anoche no la despertamos porque parecía exhausta, pero tiene que comer algo, por favor.

—Está bien, me asearé, comeré algo y después me vestiré.

La joven solo sonrió y procedió a mostrarle lo que había en la pesada bandeja.

Cuando finalmente bajó, la doncella la llevó ante el *laird* que se encontraba en su estudio.

—Milord, la señorita Hudson —la puerta se abrió y ella entró como un cervatillo delante de un gran depredador.

—Señorita Hudson, me alegra verla más recuperada, ayer me quedé preocupado, parecía totalmente agotada.

—Y lo estaba —afirmó Chloe —hemos hecho el viaje desde Inglaterra a una velocidad endemoniada —él le ofreció asiento y ella aceptó con una tímida sonrisa.

—Esperaremos a mi esposa —la condesa entró justo en ese instante —ah, querida, justo hablaba de ti —le tendió la mano y Darlene se sentó a su lado —bien, cuéntenos qué es lo que necesita, mi cuñado no es que sea muy generoso en la expresión escrita.

Lo último que Chloe quería era explicar todo lo que le había contado a su mejor amiga, pero estaba allí por la caridad y la buena voluntad de aquellas personas. Además, Casie confiaba en ellos, de lo contrario, jamás la hubiese enviado a aquel castillo.

Cogió aire y les miró a los ojos.

—Mi hermano me prometió con un hombre horrible al que dejó en nuestra casa mientras él no estaba, me asusté y hui en plena noche.

Darlene se llevó una mano al corazón, el conde apretó la mandíbula, pero ninguno dijo nada.

—No podía casarme con él, así que me escapé, le pedí ayuda a Michael Beasley y llegué a Inglaterra, Casie me dijo que estaría más segura aquí, mi hermano me estará buscando y cuando me encuentre…

—Querrá decir, si la encuentra —intervino el conde.

—Lo hará —respondió sin dudar —mi hermano tiene amistades en todas partes y pese a que es un terrible hermano, tiene un don de gentes que no duda en explotar. A estas alturas ya sabrá dónde buscarme.

—Bueno, puede que la busque en Inglaterra, pero no lo hará en Escocia y menos aquí —argumentó Ewen.

—No estoy tan segura, milord —suspiró —Arthur es inteligente y sabrá que estoy en Inglaterra, no tardará en establecer la conexión entre usted y las Beasley.

El conde no parecía preocupado en lo más mínimo y esa actitud enervó los nervios de Chloe. Era cierto que aquella noche había dormido como hacía mucho que no lo hacía y que en cierta medida se sentía a salvo y protegida, pero tampoco quería engañarse, ella conocía a su hermano y sabía hasta dónde era capaz de llegar por lograr sus objetivos.

Claro que tampoco quería explicarles a aquellos desconocidos por qué era tan importante que la encontrase.

Puede que fueran familia de las Beasley, pero ella acababa de conocerles y aunque se sentía agradecida, no encontraba la forma de confiar lo suficiente como para admitir en voz alta que su hermano la había vendido al mejor postor porque era un traidor que luchaba en las sombras contra el presidente Lincoln.

Nadie estaba al tanto de las verdaderas intenciones de Arthur y de todo lo que había en juego y ella no se sentía capaz de pronunciar las palabras en voz alta.

—Permite la pregunta, Chloe —Darlene intervino viendo el nerviosismo de la joven —¿cuándo, o mejor dicho, en qué circunstancias podrías ser libre?

—Si me casara, por supuesto, y, con suerte, si logro estar inalcanzable para él hasta que cumpla los veinticinco, en ese momento podré cobrar la herencia de mi madre y desapareceré del mundo que conozco, no le tengo miedo a trabajar aunque nunca he tenido que hacerlo, pero cualquier vida es mejor que la que me espera en Boston.

—No digas eso tan a la ligera.

Darlene se estremeció recordando su propia historia. Había huido de casa con un desconocido para alejarse de un hombre al que creía conocer, y, al igual que la joven que estaba ante ellos, también estaba completamente segura de que sería capaz de soportar cualquier cosa con tal de no vivir como Garrison, su hermano, le ordenara.

Eso había sido antes de comprender lo cruel, malvado e inhumano que puede ser el mundo. Y lo dura, difícil y desesperante que puede ser la vida. Sobre todo para una mujer sola.

Ewen abrazó a su esposa y la besó en la sien.

—No pienses más en eso —le ordenó con firmeza pero sin ser amenazante.

Darlene le sonrió y después miró a Chloe.

—Yo también hui de mi casa —la americana abrió los ojos de par en par —y también estaba segura de que sería capaz de afrontar cualquier cosa antes que soportar a mi hermano.

—Espera, ¿su hermano?, el duque… —hizo un gesto con la mano —lo que sea, ¿el hombre que está casado con Raychel?

—El mismo —confirmó ella con una dulce sonrisa —solo que las cosas no eran tan sencillas o complicadas, según se mire, como yo imaginaba.

Chloe se sentía confusa y ahora sí que estaba asustada. ¿Acaso Raychel se había casado con

un mal hombre? El poco tiempo que había pasado con Casie no le había dado esa impresión, pero…

—En aquella época las cosas eran difíciles para los Wheatcraft —aclaró Darlene —mi padre era un hombre terriblemente cruel que separó a la familia y nos hizo sufrir demasiado, yo creía que mi hermano era igual, pero estaba equivocada —cogió la mano de su marido y le miró a los ojos en busca de su fuerza —¡oh, Dios! No te haces una idea —los ojos se le humedecieron —mi hermano me quiere muchísimo igual que yo a él, pero durante toda nuestra vida no supimos cómo demostrarlo, de no ser por Raychel y Casie —se llevó ambas manos al pecho —creo que no quedaría nada de nuestra familia.

—Oh —sintió un profundo orgullo por sus amigas y un alivio aún mayor —sus padres me enseñaron lo que era que alguien te quiera —reconoció emocionada —también lo que era ser una familia.

—En ese caso —el conde la miró a los ojos —comprenda que no tiene nada que temer, señorita Hudson, usted es como una hermana para las Beasley y yo las considero familia, eso la convierte a usted en mi protegida. Le prometo que en este castillo está usted a salvo. Y en todo Falstone, aquí todo el mundo es leal al clan.

Y ella quiso creerle con todas sus fuerzas.

***

Chloe se sentía inquieta y abrumada.

Parecía que nadie creía sus palabras acerca de que su hermano terminaría encontrándola, entendía que no tenían todos los datos, pero habría esperado un apoyo mayor, aunque solo fuese de parte de las hermanas.

Paseó por aquellas tierras tan verdes y prósperas y se acercó al par de caballos que pastaban tranquilamente a una corta distancia de la cerca.

No le había contado a nadie lo que realmente sucedió en el recibidor de su casa la noche que huyó, bueno, a nadie en Inglaterra. A Michael se lo había contado todo. Pero no se sentía capaz de repetir aquellas dolorosas palabras y tampoco era capaz de olvidarlo. A veces, cuando estaba sola, se sentía tan vulnerable, avergonzada y aterrorizada como en aquel momento.

Se acercó a la cerca y uno de los caballos no dudó en ir a inspeccionarla.

A Chloe le encantaban los caballos, aunque hacía tiempo que no disfrutaba de ellos porque su hermano se lo había prohibido, al parecer, no quería que sufriese un accidente que le impidiese hacer un buen matrimonio y de nuevo, le repitió que ella no era más que un activo de la familia y que su único deber en la vida, era hacer lo que él le ordenara.

—Hola precioso.

Acarició el cuello del animal y este pronto se dejó mimar. Un instante después, se acercó el otro. Eran dos magníficos ejemplares por lo que se podía ver, ella no entendía mucho de caballos. Uno de color ceniza, el otro castaño con las crines blancas. Dos auténticas bellezas.

—Se llaman Huracán y Tornado.

Chloe se giró rápidamente hacia la voz masculina y parpadeó.

¡Por el amor de Dios! ¿Es que acaso todos los hombres de aquellas tierras tenían ese aspecto? El conde era un hombre enorme y tremendamente atractivo, pero el hombre que tenía frente a ella era algo más. Un poco más bajo que el conde, pero con la misma imponente presencia. Y desprendía mayor intensidad.

Tragó despacio e hizo lo posible por calmar a su corazón.

De elegantes rasgos, ojos de un intenso verde, boca carnosa y amable y apariencia viril. Mandíbula cuadrada, nariz un poco torcida, señal de que había estado rota en algún momento, hombros anchos… y no se atrevió a seguir mirando con tanto descaro el resto de los atributos de aquel desconocido.

—Usted debe ser la señorita Hudson —ella asintió —mi hermano me ha hablado de usted. Soy Brodie McCrorey, el hermano pequeño del conde.

—Un placer conocerle, señor McCrorey.

—Veo que tiene usted buena mano con estas bestias.

Chloe le miró con el ceño fruncido y Brodie sonrió.

—Con los hombres son unas bestias, pero con las mujeres son como cachorritos, Darlene hace con ellos lo que quiere.

La joven sonrió sin dejar de acariciar a aquellos bellos animales. Era curioso, no conocía de nada a aquel hombre que estaba a unos pasos de ella, pero, pese a su más que intimidante presencia, ella se sentía cómoda, tranquila y relajada. Aunque su estado quizá se debiese a los caballos. En Boston, había quien creía que ocuparse de ellos de forma suave, ayudaba a controlar el propio estado de ánimo.

—Mi hermano me ha dicho que será usted su invitada durante una larga temporada.

Chloe se envaró y le miró por encima del hombro.

—¿Y eso le molesta?

Brodie arqueó las cejas y después, tras unos segundos, sonrió de forma extraña.

—No, solo quería entablar una conversación —la miró a los ojos un instante y después apartó la mirada —si la he molestado, lo siento, no era mi intención.

Y sin más se alejó de ella.

La joven se sintió avergonzada por su reacción. Se le había olvidado que estaba allí gracias a la generosidad del conde y ella acababa de insultar a su hermano.

—Maldita sea —farfulló y se giró para seguirle. Aquel hombre tenía una zancada enorme —¡Señor McCrorey!

Él se giró y ella llegó hasta él sonrojada.

—He sido tremendamente desconsiderada y desagradecida, le ruego que me disculpe —le sonrió ligeramente —no me ha molestado, es solo que… bueno, imagino que usted conocerá las circunstancias que me han traído aquí.

Brodie la miraba a la cara, aunque no a los ojos, pero permaneció en silencio y ella se sintió incómoda. Asumió que ese hombre de mirada inteligente sabía mucho más de lo que ella había imaginado. Y sintió un pellizco de decepción ante la idea de que Casie hubiese revelado a la condesa todos los detalles humillantes de su huida.

Se sonrojó aún más.

—No soy una mala mujer —se defendió —simplemente me negué a casarme con un hombre cruel, avaricioso y un traidor que me haría daño de todas las formas posibles —se enfrentó al hombre con los ojos húmedos —y si su hermano, el todo poderoso conde quiere echarme de aquí, que lo haga —apretó los dientes —yo…

—No sé de qué me habla —la interrumpió Brodie y tomó una de sus manos entre las de él —mi hermano solo me dijo que era usted amiga íntima de las hermanas Beasley y que estaba bajo nuestra protección, algo que se infiere del hecho de que la duquesa y la vizcondesa la consideren casi una hermana, según entendemos nosotros la lealtad —le alzó el rostro un poco para poder ver aquellos preciosos ojos verdes —si huyó de casa porque su prometido no la trataría como la princesa que es usted, hizo muy bien y mejor aún en llegar hasta Falstone, donde le puedo asegurar que tanto mi hermano como yo la protegeremos.

—No era mi prometido, no realmente. Yo… ahora me siento como una estúpida.

Brodie sonrió. Una preciosa sonrisa que dejó a Chloe sin aire en los pulmones.

—La entiendo mejor de lo que cree —le apretó ligeramente la mano antes de soltarla —mi casa está en aquella dirección —le señaló un punto en el horizonte —puede venir de visita si quiere, también nos veremos por el castillo, vengo mucho —se encogió de hombros —Darlene se asegura de no perderme de vista.

—No parece usted de los que admiten las órdenes de los demás y menos de una mujer.

—Darlene no es los demás y tampoco es una mujer —se sonrojó —quiero decir que yo no la veo como a una mujer —tosió —eso no es… —respiró profundamente —Darlene es mi cuñada, como una hermana para mí y no hay nada que no estaría dispuesto a hacer por ella, eso quería decir.

Chloe sonrió. No pudo evitar sentir una enorme ternura hacia aquel hombre. Era tan grande, tan fuerte, tan viril y tan masculino que era realmente encantador oírle reconocer con tanta sinceridad que Darlene era una mujer importante para él que podía darle órdenes.

—Debe ser precioso tener a alguien tan amable y protector —suspiró quizá con un poco de envidia —yo hace tanto tiempo que me siento desarraigada que ya no sé en quién confiar, ni si alguna vez volveré a hacerlo —le miró a los ojos —es muy fácil hablar con usted, señor McCrorey, le agradezco su tiempo y su paciencia y por favor, perdone de nuevo mi anterior desliz.

—No pasa nada, yo también tengo deslices y ni mi hermano ni Darlene me los tienen en cuenta.

Unos hombres se acercaron para hablar con Brodie acerca de un molino y ella poco a poco empezó a alejarse de ellos y volvió con los caballos. Se moría de ganas por montar y cabalgar por aquellas laderas que parecían tan esponjosas con la hierba y las delicadas flores.

En aquellos momentos también se sentía algo rebelde y combativa y no comprendía muy bien el motivo, simplemente quería demostrarle a todo el mundo que no era una completa inútil. El hecho de que no dejasen de repetir que estaba bajo la protección de ellos, la ponía de mal humor, lo cual era absurdo porque era cierto. De no ser por la protección del conde, ella podría estar en esos momentos en una cuneta ya fuese por la mano de su hermano o por la de algún desaprensivo que la tomase por lo que no era.

La sensación de no saber quién era o qué iba a ser de su vida a partir de ese momento le hizo respirar con dificultad. De momento estaba a salvo, o al menos, eso le aseguraban todos allí, demasiado seguros de sí mismos como para siquiera plantearse la idea de que el dinero lo compraba todo y a todos y Arthur era muy bueno detectando las debilidades humanas.

Se sentó al borde del potrero, en una enorme roca y observó con detenimiento el lugar en el que se encontraba. El clima era diferente, allí hacía más fresco pero por algún motivo, Chloe sentía que el aire era más puro. Respiró profundamente y siguió observando lo que la rodeaba, la verdad era que las suaves colinas, con las montañas al fondo, el sonido de la gente que trabajaba en los alrededores y los relinchos ocasionales de algún caballo le estaban proporcionando cierto estado de calma.

Capítulo 8

Chloe se sentó en la cama completamente agotada. ¡Por Dios! ¿cómo podía Darlene tener tanta energía? ¡y eso que tenía una hija pequeña!

Apenas llevaba unos días en el castillo y la había paseado por toda la hacienda, le había presentado a decenas de personas y le había contado mil y una anécdotas que ella no se veía capaz de recordar. Le había hecho preguntas sobre Boston, sobre cómo era la vida allí y cómo había conocido a las hermanas. Era más que evidente que sentía adoración por ellas.

Le había hablado de toda su familia: la duquesa viuda, su hermana pequeña Grace y de Garrison, el duque y marido de Raychel.

Y le había contado tantas cosas que tenía la sensación de que su cabeza iba a explotar en cualquier momento.

Se lo agradecía, por supuesto, porque era evidente que la condesa quería que se sintiese a gusto con ellos y quizá que por unos instantes se olvidase de sus propios problemas, pero desde que las hermanas se fueron de América no recordaba haber hablado tanto con otra persona.

Pero lo peor sin duda había sido cuando Darlene la interrogó sobre su amistad con las mujeres sufragistas. Chloe tenía la sensación de que solo había escuchado lo que le había interesado, porque ella jamás diría que era amiga de aquellas mujeres tan impresionantes. Sobre todo, teniendo en cuenta que acudía a las reuniones y a las charlas a escondidas y muchas veces casi disfrazada para que nadie la reconociese. Era cierto que sentía afinidad con algunas de ellas, sobre todo con Anna Elizabeth Dickinson a la que había conocido en una pequeña charla hacía unos años y con la que había coincidido en otras ocasiones, incluso se habían carteado durante unos meses, aunque Chloe decidió dejar de hacerlo por temor a las represalias de su familia si descubrían con quién se carteaba.

Pensar en las mujeres que peleaban día a día por abolir la esclavitud y por reconocer los derechos de la mujer sí que eran valientes, sí que eran merecedoras de atención.

Se recostó en los confortables cojines y suspiró.

Darlene le había dado el punto de vista de una mujer casada, feliz con su vida hogareña y sin embargo, también era rebelde a su manera. Y ella se sentía demasiado confusa consigo misma.

¿Quién era ella en realidad? ¿Qué había hecho por su propia vida?

Se había criado con las Beasley, había bebido de ellas, de su inquietud, de su rebeldía, de su fortaleza. Y aunque las admiraba de todo corazón seguía sin saber quién era ella. Y cuando más tiempo pasaba con Darlene, más confusa se sentía.

Por eso, y porque se sentía abrumada por la cantidad de atenciones, había pedido excusarse en la comida y descansar en sus habitaciones durante el resto del día.

Darlene agotaba su mente con tanta conversación, presentaciones y más conversación con las gentes de Falstone. Parecía que todo el mundo conocía a la condesa y ella no tenía ninguna prisa en terminar sus charlas y lo que era peor, en incluirla a ella también.

Se tumbó boca arriba y pensó en qué sería de su vida. Le faltaba menos de un año para poder acceder a la herencia de su madre. ¿Qué haría durante todo ese tiempo en ese castillo? El conde le había dejado claro que no tenía que trabajar en nada, aunque ella se había ofrecido varias veces porque tenía la sensación de estar viviendo gracias a la caridad de todos ellos, Darlene incluso se había sentido ofendida y le había dado una charla al respecto. Y ella, en cierto modo les comprendía, pero se sentía en deuda con ellos, le habían proporcionado ropa, incluso una modista había ido al castillo para adaptarle los vestidos de Darlene y tomarle las medidas para unos nuevos. Chloe había protestado pero la habían ignorado hasta que la buena mujer empezó a sacar las telas de vestidos de noche, ahí fue cuando la americana perdió los papeles por completo y Darlene comprendió que había alcanzado su límite.

No tenía la más mínima intención de acudir a bailes, cenas, reuniones, comidas, meriendas o lo que sea que hiciesen por aquellas tierras. Y se lo comunicó a los condes de una forma muy contundente, era probable que incluso les hubiese ofendido, pero Chloe sentía que cada segundo que pasaba era menos dueña de su propia vida y el terror la dominaba por momentos.

Su vida había cambiado muchísimo en muy poco tiempo, era verdad que en Boston no tenía grandes amistades, ya que su hermano se encargaba de romperlas todas, salvo las que él consideraba apropiadas, lo cual significaba que eran personas de las que no podía fiarse. Pero aun así, salía a pasear por la ciudad, se perdía durante horas yendo de tienda en tienda y salvo con su dama de compañía, no hablaba con casi nadie. Leía mucho y era una apasionada lectora y admiradora absoluta de escritoras como Mary Wollstonecraft y lamentaba profundamente haber perdido su ejemplar de *"Vindicación de los derechos de la mujer"*, un regalo que le había hecho Katelinn en su decimotercer cumpleaños. En su huida tampoco se acordó de sus ejemplares de Hanna Mather, Sarah Grimké o Lucretia Mott.

Suspiró y miró al techo de nuevo.

¿Qué sería de ella? ¿Viviría en un perenne estado de compasión e inactividad? ¿Viviría eternamente de la caridad de los demás? Ella no estaba hecha para ser así. En Boston, escondiéndose de su hermano por supuesto, había ido a decenas de charlas feministas y había conocido a grandes mujeres y hombres que apoyaban ideas revolucionarias sobre la igualdad de los sexos. También había aprendido mucho de forma autodidacta, pues jamás le permitirían acudir a una escuela superior.

Y había perdido todo eso. Lo que más había anhelado en su vida era la libertad y ahora lo había perdido todo, incluso esa chispa que la mantenía con energía y llena de ideas, de ánimo.

No era justo y lo sabía, pero se sentía prisionera, más incluso de como se había sentido en Boston bajo la tutela de su hermano y sin embargo, de haberse quedado, probablemente ya no estaría siquiera viva. Porque el miedo que había sentido cuando Henry Diller la avasalló de aquella forma tan cruel era real, no habían sido imaginaciones suyas. Y la había tratado así en su propia casa, delante de los sirvientes y bajo la autorización de su hermano.

¿Acaso había algo más cruel y deplorable que eso? ¿Qué tenía ella de malo que nadie la quería? ¿Por qué no podía encontrar a alguien a quien le importase? Siempre había pensado que esas personas eran los Beasley, pero Howard y Katelinn habían muerto y Raychel y Casie se habían ido a Inglaterra sin mirar atrás y ambas habían seguido con su vida. Ni siquiera había podido verse abiertamente con Michael y Josephine.

Sus ojos se humedecieron y sin darse cuenta apenas, comenzó a sollozar. Ya no le quedaba nada en la vida. La única pasión que había sentido alguna vez, había sido la de dibujar y pintar, pero tras los fuertes castigos que su hermano le había infligido siempre que la pillaba con un pincel o un lápiz en la mano, ahora casi sentía aversión por las artes.

Agradecía estar en un entorno amistoso para ocultarse, pero se sentía sola. Tan sola que le dolía hasta respirar.

En Boston no tenía amigas, su hermano no se lo permitía, pero sí había conocidos y estaba Michael Beasley y su esposa aun en la discreta distancia que debían mantener. En ausencia de Howard, Michael había sido como un padre para ella y le quería como tal. Pero si no quería descubrirse, no podía establecer contacto. Así que también le había perdido a él.

Había sido una ingenua. Mientras estaba en el barco había imaginado una vida idílica con Raychel y Casie. Sabía que Raychel se había casado, pero no pensó en ello, solo se imaginó a las tres juntas, de nuevo, como cuando eran niñas. Pensaba que todo volvería a ser fácil para ella, que si tenía miedo solo tenía que coger la mano de Raychel y si se sentía triste, solo tenía que hablar con Casie.

Pero la vida no era una fantasía infantil. Y ella ya no era una niña.

Raychel se había casado con un duque y ahora era duquesa, tenía fábricas y estaba a punto de dar a luz. Y Casie también se había casado con un vizconde y tenía sus propias guerras que luchar a tenor del secuestro que había sufrido. Según las notas del duque, se encontraba ya en casa y en perfectas condiciones. Y Dios sabía que ella se alegraba enormemente de ello, pero… se sentía sola.

Sola y abandonada y eso la hacía sentirse culpable porque tener esos pensamientos era de lo más egoísta. Y sin embargo, no podía hacer nada para soltar el apretado nudo de su garganta.

Se quedó dormida llorando.

***

Al día siguiente, tras un estupendo desayuno en el jardín, Chloe decidió dar un paseo por los alrededores ella sola, necesitaba aclarar su mente, encontrar en lo más profundo de su alma algún resquicio de perdón para su hermano y su padre porque cada vez que pensaba en la vida

que le habían dado, un odio profundo se instalaba en su corazón y hasta ella sabía que eso no era bueno. Que el odio solo dañaba a quien lo sentía porque se enconaba como una herida infectada.

Respiró despacio y miró a su alrededor. ¿Cómo podría dejarse llevar por el odio a su familia en aquel maravilloso paraje? Y sin embargo, no encontraba la forma de perdonarles.

Paseó por las suaves laderas del lado oeste y divisó a lo lejos la casa que Brodie, el hermano del conde, le había dicho que era suya. Era una propiedad preciosa. Exactamente el tipo de vivienda en el que ella había soñado vivir algún día. No demasiado grande, con un aspecto de coqueta granja, terrenos verdes a su alrededor y algunos pequeños animales que les proporcionasen comida suficiente.

Siempre había soñado con una vida tranquila. El amor de un buen hombre y las risas de sus amados hijos. Y, quizá, si su marido fuese un poco generoso, hasta le permitiría tener uno de esos graciosos perros domesticados que se estaban haciendo tan populares en Boston. Suspiró ante la imagen que se formó en su mente, ella sería muy feliz si pudiese tener uno de eso animales tan simpáticos y bonitos, si su memoria no le fallaba, se trataba de la raza: King Charles Spaniel. El aspecto del animal era pequeño, refinado y elegante, con una cabeza redondeada, ojos grandes y oscuros —en los que ella había visto, siempre muy dulces—, y unas preciosas orejas largas y caídas cubiertas de un pelo sedoso. Incluso en una ocasión se había permitido el lujo de acariciar a uno y se había sorprendido por la suavidad de su liso pelaje. En los parques de Boston había de muchos colores, pero su preferido era el de blanco perlado con manchas de un rico castaño rojizo.

Sí, era un precioso sueño.

Y siempre supo que ese no sería su destino.

Como una de las más ricas herederas de Boston, se casaría con un hombre que su familia eligiese por ella y viviría en una enorme mansión sin alma al que jamás podría llamar hogar. Sí, estaría atendida a las mil maravillas por un ejército de sirvientes, pero jamás sería libre ni en su propia casa, pues estos sirvientes, también serían sus carceleros e informarían a su esposo de todo cuanto ella hiciese. Tal y como los que había en casa de su padre hacían hasta que ella había aprendido a esconder sus más preciados tesoros incluso a ellos.

Si tuviese una mascota, esta sería un arma más que usarían contra ella.

Respiró despacio y profundamente, obligándose a no llorar más. Ya había derramado suficientes lágrimas la noche anterior. Y llorar nunca le había servido de nada.

Se sentó a observar la escena ante ella. Una mujer mayor, atendía primorosamente unas flores colocadas en preciosas macetas en las ventanas. Tenía que ser tan bonito vivir en un lugar así…

Ella nunca había querido ser una heredera. Sí, tener dinero, apellido y contactos le había servido para tener una vida privilegiada, no se engañaba al respecto, pero también había sido enjaulada desde que nació. No tenía libertad para hacer nada, ni siquiera para tomar sus propias decisiones. Su jaula era enorme, de dorados barrotes… pero no dejaba de ser una jaula.

Suspiró sonoramente.

—¿Se encuentra bien?

—¡Por Dios! —se puso en pie de un salto y miró a Brodie —cualquier día me mata de un susto.

El hombre la miró con curiosidad.

—Venía haciendo ruido, se lo prometo —alzó ambas manos —no quería molestar, solo he pensado que a lo mejor le apetecía venir al pueblo conmigo.

Chloe le miró a los ojos pero él no le mantuvo la mirada.

—¿Será seguro? Yo… sé que mi hermano terminará encontrándome. —Alzó una mano para detener la protesta de aquel hombre—. Sé que no me creen, que piensan que estoy exagerando, pero

—Nadie piensa eso —la cortó Brodie—. Estamos seguros de la lealtad del clan, pero seríamos unos necios si no escuchásemos a una mujer que ha vivido toda su vida con el hombre que la busca. Y le aseguro, señorita Hudson, que ni mi hermano ni yo somos unos necios.

El aire se atascó en los pulmones de la joven.

—He vuelto a ofenderle, ¿verdad?

—No.

—Lo lamento, es que… tengo la sensación de que nadie me cree y me siento sola y confusa y triste…

—Es normal.

Chloe le miró de nuevo y él se encogió de hombros.

—Ha dejado usted su hogar en mitad de la noche por la amenaza de un hombre que no eligió usted. Ha atravesado el océano para buscar a sus amigas y esas amigas ahora mismo no pueden estar con usted, lo que la ha llevado a vivir en un castillo en Escocia con perfectos desconocidos. —Un instante de conexión—. Yo no soporto los cambios y creo que es usted muy valiente por enfrentarse a uno tan radical.

—Vaya… gracias, yo… no sé qué decir.

—¿Quiere venir conmigo al pueblo? Le prometo que estará segura.

—Entonces sí —le sonrió —¿por qué me resulta tan fácil hablar con usted?

—No lo sé —Brodie se encogió de hombros.

Caminaron hacia el castillo donde un precioso carruaje ligero ya les esperaba.

El conde y Darlene también estaban allí.

—Brodie —Ewen llamó a su hermano y se apartaron ligeramente.

—Chloe —Darlene se acercó a ella y le sonrió —disfruta de tu día en el pueblo, hemos mandado notas a los comerciantes, de manera que puedes comprar todo lo que desees.

—Oh, no… yo…

—Sí, toda mujer necesita una serie de elementos para sentirse mejor —la condesa sonrió—. No te preocupes ni por el dinero ni por nada. Tarde o temprano, comprenderás que el concepto de ser la protegida de los Hawthorne abarca mucho más que alojamiento y comida.

—No sé qué decir.

—No digas nada —la abrazó con cariño—. Solo disfruta. Brodie es un hombre extraordinario que tiene millones de anécdotas que contar, conoce al dedillo la historia de la zona y sus conocimientos abarcan muchísimos temas. Seguro que no te aburrirás con él.

—Gracias, condesa.

—De nada.

La mano de Brodie se colocó delante de ella y la tomó nerviosa. Cada vez que se rozaba con aquel hombre, sentía un cosquilleo en todo su cuerpo y cuando le veía sonreír de verdad, era como si de golpe, el aire desapareciese y ella no pudiese respirar.

Un instante después, Brodie la alzó hasta el pescante y la sentó con delicadeza. Poco después, él mismo subió a su lado y se hizo con las riendas.

Tras despedirse de los condes, emprendieron el camino y Chloe se sorprendió al ver que irían ellos dos solos.

—¿En Escocia no se aplican las normas sociales del resto del mundo? —le preguntó con curiosidad.

—Sí, se aplican las mismas normas, pero esto es Falstone. Yo soy el hermano del laird y usted es su protegida. —Se encogió de hombros—. ¿Se siente incómoda por viajar a solas? Podemos volver a por una doncella.

—No —le cortó cuando empezó a detener a los caballos—. Solo estoy sorprendida. —Le sonrió—. Gracias por llevarme, la verdad es que los días se me hacen demasiado largos.

Brodie no contestó y Chloe se sintió estúpida, seguramente le había ofendido de nuevo. Con él se sentía ligeramente más segura que con el resto del mundo, pero también confusa y abrumada, continuamente metía la pata con él y aunque estaba claro que no la reprendía por su relación con las Beasley, ella no sabía cómo arreglar las cosas, así que mantuvo silencio.

Al menos durante un cuarto de hora.

Con él parecía que tampoco podía estar callada.

—Darlene me ha dicho que usted conoce muchos datos sobre la zona.

Él la miró pero no respondió. Y Chloe volvió a quedarse en silencio, incómoda ante la actitud de él. Era amable con ella y la trataba de la forma adecuada, pero esa frialdad que tenía a la hora de comunicarse la ponía terriblemente nerviosa. Empezó a retorcerse los dedos y a morderse el labio.

¿Cómo iba a sobrevivir a ese día?

Unos minutos después, Brodie detuvo el carruaje a un lado del camino y se giró para mirarla a la cara, que no a los ojos.

—Me parece que la he hecho sentir incómoda. —Ella no fue capaz de negarlo—. Tengo un problema aquí. —Se señaló la cabeza—. No entiendo bien las relaciones sociales, las ironías o las bromas. Además, si no se me hace una pregunta directamente, a veces no respondo. —Apretó

la mandíbula—. Darlene me ha pedido que se lo explique para que no se sienta nerviosa. Yo creí que no era necesario, pero al ver sus manos…

—Oh, yo no…

—No estoy loco ni soy un demente —se defendió—. Solo tengo algunos problemas para relacionarme. Soy listo y la mayoría de la gente me tolera bien. Claro que ser el hermano de Ewen ayuda. —Respiró despacio y profundamente—. Conmigo está a salvo, se lo prometo. Ewen jamás la habría dejado a mi cargo en caso contrario.

—Me siento segura con usted. —Brodie la miró a los ojos solo un instante—. Yo… creía que le había ofendido de nuevo. Si ha sido el caso, le ruego que me disculpe.

—Nunca me ha ofendido.

Chloe sonrió.

Capítulo 9

En cuanto el carruaje emprendió la marcha de nuevo, Chloe se permitió el lujo de observar a ese hombre. Era terriblemente atractivo y a juzgar por cómo le sentaba la ropa, tenía una musculatura envidiable. Quería hablar con él, cuando Brodie hablaba, ella sentía la gravedad de su voz dentro de su pecho y eso la calmaba sobremanera. Recordó lo que le había dicho escasos minutos antes, que si quería respuestas, debía hacerle preguntas.

—Señor McCrorey, ¿podría contarme alguna anécdota de la zona? Darlene me dijo que sabe muchas.

—Sí —la miró de reojo—. Me gusta leer y aprender cosas nuevas. —Se encogió de hombros—. A veces me obsesiono un poco con algún tema y leo mucho más. —Ella sonrió de nuevo—. ¿Le gustaría conocer la leyenda de la Espada del Rey Duncan?

—¡Me encantaría!

En ese momento, Chloe dejó de prestar atención al camino para centrarse solo en él.

—Cuenta la leyenda que durante el reinado del Rey Duncan, Escocia sufrió muchas invasiones por parte de los vikingos, en una de esas incursiones tan violentas, se desató el caos y entre tanta destrucción, el Rey, habiendo sido traicionado, se vio en la obligación de huir para esconderse en un lugar secreto hasta que pudiese reorganizar a su ejército.

—Oh…

Brodie sintió la necesidad de sonreír, aquella preciosa muchacha le tenía encandilado. Sus sonrisas le hacían sentir especial.

—Se dice que Falstone fue el lugar elegido, encontró refugio para él y para su guardia, así como para sus tesoros más preciados. Se solía decir que el Rey Duncan había recibido un regalo de los mismos Tuatha Dé Danann cuando ascendió al trono, una espada que ellos mismos forjaron para él.

—Los Tuatha Dé Danann son los dioses paganos de Escocia, ¿verdad?

—Realmente son dioses irlandeses, en Escocia, las divinidades eran los Aos-sídhe, o Sìdhichean, también llamadas “Hadas”, el cristianismo terminó agrupándolas con los Tuatha Dé Danann, a fin de cuentas, ambos pertenecen a la mitología celta.

—Siga con la historia del Rey Duncan, por favor —le pidió con los ojos brillantes de admiración.

—Cuando el Rey Duncan logró reunir de nuevo a su ejército, el pueblo de Falstone se levantó en armas con él para ayudarle a acabar con los saqueos y el Rey en agradecimiento, les dejó un gran tesoro escondido en el pueblo que este, enorgullecido por semejante presente, lo ocultó para que nadie se lo robase, se dice que la espada del Rey formaba parte de ese tesoro —ya habían llegado al pueblo y Brodie dejó el carruaje en una de las zonas apropiadas —muchos han venido buscando el tesoro del Rey Duncan.

La ayudó a bajar y cuando Chloe se sintió estable en el suelo, le miró a los ojos.

—¿Y alguien lo ha encontrado?

—No —le tendió el brazo galante y ella se sujetó a él —pero hay quienes dicen que el poder de esa espada era el de encontrar la verdad en los corazones para que el amor triunfase sobre cualquier mal, así que quién sabe, tal vez aún esté esperando a que alguien digno la descubra.

—¿Una especie de Excalibur para el amor?

Brodie la miró un instante y asintió con un gesto.

—No se olvide, señorita Hudson, que ahora está usted en el país de las leyendas y la magia.

La sonrisa que le dedicó hizo que Brodie tuviese que respirar muy despacio. Lo que ella le hacía sentir le ponía nervioso y eso le hacía sentirse intranquilo, pero a la vez, no quería alejarse de ella. La sensación era muy extraña para él.

Chloe quedó fascinada por la historia, sintiendo la emoción de una época pasada palpitar a su alrededor mientras caminaban por las antiguas calles empedradas de Falstone. A medida que Brodie continuaba narrando la leyenda, ella no podía apartar la mirada de sus ojos intensos y su voz resonante, encontrando en él una mezcla intrigante de conocimiento y misterio que la cautivaba más con cada palabra.

Cuando llegaron al corazón del pueblo, Chloe se detuvo y miró a su alrededor, imaginando a los antiguos habitantes de Falstone luchando codo a codo con el Rey Duncan para proteger su hogar de los invasores vikingos. Se sintió conectada con la historia y con Brodie de una manera que nunca había experimentado antes, como si en ese momento estuvieran unidos por algo más que solo palabras y recuerdos.

Brodie la miró con una sonrisa suave y extendió su mano hacia ella.

—Venga, déjeme mostrarle más de Falstone y sus secretos —dijo con un brillo de emoción en sus ojos.

Chloe asintió con entusiasmo, sintiendo una sensación de aventura y asombro llenar su corazón mientras se dejaba llevar por Brodie hacia un mundo de misterio y magia en el pintoresco pueblo escocés.

Mientras exploraban el pueblo juntos, Chloe y Brodie se sumergieron en la atmósfera única de Falstone. Pasaron por las antiguas casas de piedra, escuchando el eco de los siglos en cada paso, y se detuvieron en la iglesia parroquial de San Andrés, donde las sombras de los árboles se mecían suavemente en las antiguas lápidas del cementerio.

—¡Ah, Brodie! —un hombre de mediana edad se acercó a ellos con una sonrisa.— ¡Qué bien acompañado te veo!

—Padre George —Brodie y él se abrazaron —le presento a la señorita Chloe Hudson, es amiga de la duquesa y su hermana y por lo tanto…

El hombre le cortó con un ademán de la mano.

—Por lo tanto, protegida del *laird* —miró a la joven —nos alegra tenerla en el pueblo, muchacha.

—Lo mismo digo, tienen ustedes un pueblo encantador —miró a Brodie y se sonrojó —con unas historias preciosas llenas de aventuras.

El hombre soltó una carcajada y palmeó a Brodie con cariño.

—Tiene un pico de oro nuestro Brodie y es único contando historias. —Le miró lleno de orgullo—. Un buen hombre donde los haya, sí señor. —La miró de nuevo—. ¿Le apetecería un té? Mi esposa prepara una mezcla muy buena y un delicioso bizcocho de nata.

Brodie también la miró a ella y la verdad era que no sabía qué elegir, por una parte, le encantaría ir con aquel hombre que tan bien le había caído y por otra, le gustaría seguir a solas con el escocés, escuchando sus historias y olvidándose de su propia vida unos minutos al menos.

Pero ante la cara ilusionada del párroco, no se vio capaz de negarse.

Este les dirigió hasta la casa adosada a la iglesia donde vivían y una mujer algo más joven, pero que rebosaba salud, salió a saludarles.

Efectivamente el té y el bizcocho eran una delicia y la conversación fue ligera y divertida, pero en cuanto aquella pareja empezó a hablar sobre la infancia de Brodie, este se levantó como un resorte dando por finalizada la conversación y la visita. Los ademanes eran muy rígidos, pero la pareja no parecía ofendida en lo más mínimo ya que se despidieron de él con cálidos abrazos y buenos deseos.

Tras caminar unos minutos más, Brodie señaló hacia una colina cercana, donde una antigua torre de vigilancia se alzaba en silencio contra el cielo.

—Esa es la Torre de Duncan —explicó —se dice que fue construida por el Rey Duncan mismo como un bastión contra futuras invasiones.

Chloe asintió, impresionada por la historia que rodeaba cada rincón de Falstone. Se dejó llevar por las historias de Brodie, perdiéndose en la magia del lugar y en la compañía del apasionado joven que tenía delante.

—¿Le gustaría probar una buena cerveza escocesa? —le preguntó el joven cuando salió de una tienda de productos femeninos.

—¡Claro! Aunque nunca he bebido cerveza como tal, durante el viaje en barco hasta Inglaterra, mi estómago solo admitía un poco de cerveza muy aguada y en Boston, en las cenas a las que se me obligaba a asistir, solo bebía vino rebajado.

Brodie la llevó a la taberna *El Alce Rojo,* un lugar de paso para los viajeros. Un lugar limpio y respetable, donde los dueños siempre le habían tratado con ternura y respeto.

En cuanto atravesaron las puertas, Connor, el dueño, se acercó para saludarle.

—¡Bienvenido a mi casa, señor McCrorey! ¡qué grata sorpresa! Hacía tiempo que no le veíamos.

—Gracias, señor Thomson. —Brodie se giró hacia Chloe—. Señorita Hudson, le presento a Connor Thomson. —Después miró al hombre—. Ella es la señorita Hudson, protegida de mi hermano.

—Entonces señorita, permita que le muestre mi respeto y le doy mi palabra de que aquí estará usted siempre entre amigos.

—Es muy amable, gracias.

—Señor Thomson, nos gustaría deleitarnos con el pastel de carne que hace su esposa y apagar la sed con su cerveza.

—¡Eso está hecho! —les guio a través del local —usen el salón del *laird*, imagino que al conde no le importará.

—Está usted en lo cierto.

Les guiaron hasta un salón privado que tenía un aspecto acogedor y Chloe agradeció poder sentarse un rato, la verdad era que habían caminado durante muchísimo tiempo y ella, el único calzado que tenía era el que se había llevado de Boston. Unos zapatos ligeros de estar por casa que aunque eran bonitos y quedaban bien con casi todos los vestidos, no eran para nada apropiados para caminar durante horas.

Mientras degustaban las delicias locales, Brodie sintió curiosidad por cómo había resultado la travesía en barco y se rio en varias ocasiones cuando ella le contaba su experiencia. Fue un momento mágico que compartieron con absoluta dicha.

***

Hacía muchísimo tiempo que Chloe no disfrutaba de la compañía de otras personas, pero aquella tarde estaba siendo deliciosa. La comida era sencilla pero sabrosa y la cerveza le había refrescado la garganta, no había abusado porque Brodie le había advertido al respecto, pero lo mejor, estaba siendo la compañía.

Varios hombres se acercaron a saludar a Brodie y la mayoría le agradecían su buena mano con los animales o las plantas. Y ella se quedaba embelesada observando cómo interactuaba con los demás. Se había fijado en varias cosas, por ejemplo, casi nunca miraba a los ojos y las pocas veces que lo hacía, mantenía la mirada apenas un segundo, también se había percatado de que los demás le trataban con respeto y cuando él respondía de forma un poco más brusca, nadie se ofendía. Al parecer le conocían bien e incluso le habían hecho sonreír un par de veces.

—Así que eres botánico, veterinario, ingeniero… —le dijo mientras salían de la taberna, ella agarrada a su brazo.

—No, no soy nada de eso. —Se encogió de hombros—. Me gustan las plantas y sus propiedades medicinales, y ahora aún más. Gracias a ellas pudimos salvarle la vida a Darlene. —Un estremecimiento le pilló desprevenido—. Los animales se me dan bien, la mayoría no se ponen nerviosos en mi presencia. Y no soy ingeniero ni mucho menos, pero me gusta saber cómo

funcionan las cosas.

—Espera, ¿Darlene estuve enferma?

—No —la miró de reojo—. Un primo nuestro que quería arrebatarle el condado a Ewen la hirió con un cuchillo en el cuello. La herida se infectó y por poco la perdemos. Ni Ewen ni yo lo hubiésemos soportado. No de nuevo.

—¿A qué te refieres?

Brodie se detuvo en mitad de la calle y la miró con intensidad.

—A la muerte de mi hermana Seraphine, no pude salvarla.

—Oh —Chloe se llevó las manos a la boca —lo siento, lo siento muchísimo, no sabía… —respiró para calmar sus pensamientos —lo siento mucho, Brodie.

En algún momento de la tarde, habían empezado a tutearse y ella en ningún instante pensó en recriminárselo, es más, le gustaba oír su nombre en aquellos labios tan masculinos y le encantaba poder llamarle por su nombre a él. Les daba una nueva intimidad a su incipiente relación y la joven pensó que era algo bueno que fuesen amigos, sobre todo si ella iba a convivir con ellos todo un año.

—¡Brodie! ¡maldito hijo de perra!

El grito les sorprendió a ambos y un instante después Brodie caía al suelo tras el pesado puñetazo que aquel hombre tan grande le había propinado. Chloe había caído también debido a que no pudo soportar el peso de Brodie cuando cayó contra ella.

El hombre se abalanzó de nuevo contra Brodie y algunos brazos sujetaron a Chloe para ayudarla a ponerse en pie. Mientras eso ocurría, Brodie recibió dos puñetazos más sin defenderse hasta que comprobó que ella estaba lejos del altercado, un segundo después, estaba derribando al hombre y le golpeaba con la clara intención de dejarle inconsciente.

—¡Brodie! ¡no! —Chloe se abalanzó sobre él —vas a matarlo, déjalo.

—Te ha tirado al suelo —protestó pero dejó de golpear al individuo, le levantó la cabeza del suelo cogiéndole por las solapas de la chaqueta —discúlpate con la señorita Hudson de inmediato y reza para que Ewen no te eche del pueblo.

Se levantó del suelo y el hombre hizo lo mismo aunque de forma mucho más lenta.

—Lo lamento, señorita —tosió un par de veces —Hudson, mi intención no era lastimarla.

—Estoy bien —respondió ella pero más para Brodie que para el desconocido.

—Tienes que decirme dónde están —el hombre miró a Brodie —son mi mujer y mi hija, no puedes alejarlas de mí.

—Claro que puedo —dio un paso hasta que casi estaban pegados—. Maltratabas a tu mujer y a tu hija, tuve que emplear todos mis conocimientos para arreglarle el brazo a esa niña de seis años, hasta el doctor estaba superado por la brutalidad de los golpes.

—¡Son mías!

Chloe se encogió ante la agresividad de aquel hombre que claramente era un mal padre y mal marido, se preocupó de nuevo por si en otro arrebato, volvía a liarse a puñetazos con Brodie,

sin embargo, este parecía sereno hasta cierto punto y mostraba una total falta de temor. Claro que dado que le había dominado con sorprendente facilidad, estaba claro que no era la primera vez que se enfrentaban.

Por un momento se dejó llevar por el pánico y dio varios pasos atrás.

Brodie era un hombre grande, con fuertes músculos y una determinación férrea, no había más que verle para comprender todo eso. Había respondido con sorprendente agilidad a la violencia y ella no podía soportar más violencia en su vida. Era cierto que jamás la habían pegado hasta romperle algún hueso, pero sabía cómo de dolorosos podían ser los castigos físicos.

Su hermano era un maestro en esos menesteres y se había hecho más cruel desde la muerte de su padre.

Se estremeció y se abrazó a sí misma.

—Tienes que decirme donde están, las necesito en mi vida, ¿acaso no lo entiendes? —el hombre hizo el ademán de dar un paso al frente y Brodie apretó los puños con fuerza.

Y Chloe comprendió.

Era capaz de controlarse, no abusaba ni de la fuerza física ni de su posición como hermano pequeño del conde.

Brodie no se parecía en nada a su hermano y el alivio la inundó de tal manera que fue incapaz de evitar suspirar.

—Perdiste ese privilegio cuando decidiste usarlas como sacos de boxeo —le miró a los ojos un instante —y si vuelves a tocarme, ni la señorita Hudson podrá salvar tu miserable vida, ¿me has entendido?

—Se lo contaré todo al juez —le amenazó —la ley dice que puedo hacerles lo que quiera.

—En Falstone, la ley es mi hermano y Ewen ha dictaminado que no te las mereces —se cruzó de brazos —así que vuelve por donde has venido y olvídate de ellas porque nunca las encontrarás.

—¡Me las pagarás!

Brodie le miró un instante antes de lanzarle un puñetazo que le derribó.

—Eres la vergüenza de Falstone, no tienes honor ni dignidad.

Acto seguido se acercó a Chloe y la examinó a conciencia, estaba tan cerca que la joven se sonrojó pero no hizo nada para alejarse.

—¿Estás bien? —le tocó el pómulo magullado —voy a matarle.

—No —le sujetó las muñecas —no, por favor, estoy bien, ha sido más que nada el susto — él la miró con los ojos entrecerrados y ella sonrió —por favor, déjalo.

—Bien, ¿quieres que te vea un médico? ¿o prefieres volver al castillo?

—Querría volver al castillo aunque Darlene se morirá de preocupación cuando me vea.

—Tengo algo que ayudará.

Brodie dirigió el carruaje con mano firme y segura y Chloe se sonrojó cuando en vez de coger el desvío hacia el castillo, se aventuraron por el sendero que les llevaría a la casa de Brodie.

En el mismo instante en el que el carruaje se detuvo, una mujer mayor, de pelo canoso, pero vestida de forma impecable, salió de la propiedad y miró fijamente a la joven.

—Señora Froom —Brodie se bajó del pescante de un salto y ayudó a Chloe a bajar —le presento a la señorita Chloe Hudson, protegida de Ewen y Darlene, hemos venido porque hemos tenido un pequeño altercado en el pueblo y necesita un ungüento para su mejilla.

La mirada de la mujer se dulcificó cuando le miró.

—Mi querido niño —le acarició el rostro—. Siempre protegiendo a los demás. —Le sonrió con cariño—. ¡Qué orgullosos estarían tus padres del hombre en el que te has convertido!

Acto seguido se giró para mirar a la joven y tras evaluarla con la mirada, asintió con un gesto.

—Eso no tiene buena pinta, pero mi Brodie se lo curará, ¿querría acompañarme dentro? Quizá un té o una infusión le ayude a templar los nervios.

Chloe se dio cuenta en aquel instante de que sus manos temblaban y sus piernas parecían ser incapaces de soportar su propio peso.

—¿Con quién fue el altercado? —la mujer cogió las manos de Brodie y las examinó a conciencia.

—Con Malcom Flanagan, está buscando a su mujer y a su hija.

—Pues buena suerte con eso —miró al joven y le sonrió —¿qué tal está la niña?

—Bien, aún le duele el brazo, pero creemos que no perderá funciones con él —recitó como quien lee un libro de agricultura—. Están bien y felices. Rona escribe a Ewen una vez al mes, más o menos, y todo lo que cuenta es bueno. —Encogió un hombro.

—Eres un buen hombre, Brodie —le palmeó la cara con cariño —sí, señor, un buen hombre.

Él la miró con el ceño fruncido.

—En realidad es cosa de Ewen…

—Sí, sí, sí —le cortó ella con una sonrisa sincera—. Tu hermano es un dechado de virtudes también, pero él ya tiene una buena mujer que le acaricie el orgullo.

Chloe no pudo evitar sonreír al oír aquellas palabras. Estaba totalmente de acuerdo con la anciana, Brodie era un buen hombre de verdad y el conde tenía a su condesa.

Capítulo 10

La casa de Brodie era todo cuanto Chloe había podido soñar, era más grande de lo que se apreciaba a simple vista desde la distancia. La estructura de piedra era un fiel reflejo de la solidez y la elegancia de su noble linaje. El tejado de pizarra se extendía sobre múltiples niveles, con chimeneas que se alzaban con orgullo hacia el cielo. El amplio jardín delantero, meticulosamente cuidado, tenía infinidad de parterres con flores, arbustos y hierbas aromáticas, creando un ambiente sereno y ordenado.

Cuando la señora Froom la hizo entrar, Chloe se sorprendió por el amplio vestíbulo decorado con apenas un par de muebles aunque estos eran de excelente calidad. La condujeron a la sala de estar, a la derecha, y le gustó la sensación de calidez que le transmitía. Se trataba de un espacio acogedor y refinado pero sin resultar suntuoso, no había excesos de lujos, lo que daba a entender que Brodie no presumía de lo que tenía y eso le encantó a la joven americana. La gran chimenea aportaba la sensación de hogar y los grandes ventanales permitían la entrada de la luz cada vez más tenue del atardecer. Las paredes de piedra estaban decoradas con tapices y cuadros. Los muebles eran de gran calidad y estaban tapizados de terciopelo en tonos oscuros.

—Siéntate —Brodie le señaló su sillón y se arrodilló ante ella —iré al herbolario a por algo que te quite el dolor.

—¿Vas a volver al pueblo? —preguntó extrañada.

—No, tengo uno en casa, justo al lado de la bodega —Chloe abrió los ojos de par en par —¿te gustaría verlo?

Brodie hizo la pregunta sin estar muy convencido de que ella fuese a aceptar, pero de repente, él necesitaba que ella estuviese en sus dominios, lo necesitaba con todo su ser y se sintió abrumado por esa necesidad. Jamás había sentido nada parecido. De hecho, él prefería que nadie entrase allí, aunque no lo conseguía nunca. La señora Froom entraba por razones evidentes y Darlene lo hacía cuando él se pasaba un par de días sin ir por el castillo. Hasta Ewen había empezado a abordarle en aquel lugar, algo que jamás había hecho antes de casarse con Darlene.

Se puso en pie y le tendió la mano, cuando ella colocó la suya encima, sintió un ramalazo de deseo que le despertó todas sus terminaciones nerviosas. Y una palabra no dejaba de repetirse en su cabeza: *“mía”*. Era tremendamente primitivo e irracional.

Tragó con fuerza y la escoltó hasta la parte trasera de la casa, donde se encontraba la

bodega y a su lado, el herbolario.

Nada más traspasar la pesada puerta, Chloe tuvo la sensación de entrar en un santuario de conocimiento y curación, el aroma reconfortante de hierbas frescas la rodeó de inmediato. En el centro había una enorme mesa de roble con aspecto antiguo, bellamente ornamentada y pulida. Sobre ella, plantas extendidas en diversas fases de secado, cuadernos abiertos, plumas de escritura y botes de tinta. En casi todas las paredes, las estanterías llegaban del suelo al techo y albergaban una impresionante colección de libros, textos antiguos y manuscritos, así como una enorme cantidad de frascos de cristal que contenían hierbas secas, extractos líquidos y ungüentos curativos. Todos los frascos estaban debidamente etiquetados con una letra claramente masculina.

En una esquina, un escritorio antiguo, más bien femenino, destacaba en aquel ambiente. Sobre él había varias velas, hojas sueltas, más plumas y dos botes de tinta. De una de sus esquinas colgaban varias cintas de seda de colores pálidos.

Cuando Chloe terminó de revisar hasta el último rincón, se giró para mirar a Brodie y este se sonrojó.

—¿Era de tu madre? —le preguntó señalando el escritorio.

—Sí —se acercó a él y acarició las intrincadas formas con la punta de los dedos. Después, cogió una de las cintas—. Estas eran de Seraphine, mi hermana.

—¿Te molesta que esté aquí? —Brodie la miró a los ojos un instante antes de desviar la mirada.

—No —respiró profundamente—, pero, salvo la señora Froom, ninguna mujer ha entrado aquí. Al menos antes de que Darlene llegase. Ahora cada vez viene más gente. —Ella soltó una risita y le miró a los ojos—. No, de verdad que no me molesta que estés aquí.

—Gracias —cuando él la miró, ella sonrió de nuevo, esta vez un poco nerviosa —por mostrarme una parte de ti.

Brodie se giró hacia una de las estanterías y cogió un frasco de cristal, se acercó a ella y le acarició el pómulo magullado con delicadeza.

—Mañana apenas se te notará.

Le aplicó la crema con toda la suavidad de la que fue capaz y tras eso, siguiendo un impulso, la besó en la mejilla sana.

Chloe retuvo el aliento un instante.

—¿No necesitas algo de ese ungüento también? Si no me equivoco te golpeó en las costillas.

—Estaré bien —le pasó los dedos por el borde de la manga de su vestido, que estaba desgarrada—. Debí haberlo matado.

—No, no debiste —le cogió la mano entre las suyas—. Fue un accidente.

—No, fue un sinvergüenza atacando de nuevo a una mujer —apretó los dientes con furia—. Lo lamento. Por estar a mi lado, has resultado herida.

—Pues yo no lamento absolutamente nada, y no fue culpa tuya sino de ese animal. ¿Por qué

te acusó de todas aquellas cosas?

—Es un maltratador. A su mujer ha estado a punto de matarla de una paliza en varias ocasiones y a la niña… le ha roto varios huesos. Rona siempre la ha traído aquí porque no podía pagar al médico, y yo procuraba hacer lo mejor que podía por ellas. Pero esa última vez… ese malnacido las encerró en su casa después de haberle roto el brazo a Elsbeth. —La miró lleno de rabia y dolor, aunque no contra ella, eso podía percibirlo con total claridad—. Solo tiene seis años. —Se frotó la nuca con fuerza—. Tuve que volver a romperle el brazo para que se curase en condiciones. Jamás podré olvidar los gritos de la pequeña y sus lágrimas.

—Santo cielo —Chloe se llevó las manos a la boca y al pecho y se acercó un paso a él —y entonces las pusiste a salvo, ¿verdad?

—Sí.

—Bien hecho —Brodie alzó la mirada—. Y gracias. —El escocés enarcó una ceja—. Por proteger a los que no pueden hacerlo por sí mismos, de verdad, gracias. Ojalá hubiese más hombres como tú en el mundo.

Brodie la miró intensamente y antes de darse cuenta de lo que hacía, colocó una mano en el cuello de la dama y al segundo siguiente, se inclinó sobre ella. Sus labios se juntaron en una caricia tierna, sin prisa, la tanteó despacio, dándole tiempo para rechazarle o al menos, lo intentó, porque sin saber cómo, la tenía entre sus brazos y su lengua estaba intentando colarse entre aquellos sedosos y femeninos labios.

Cuando la oyó gemir, apretó los puños contra la cintura de ella y haciendo el mayor esfuerzo de su vida, se separó.

—Lo siento, no he debido hacerlo.

Se giró con la intención de irse de allí, pero una mano femenina le sujetó el antebrazo.

—Yo no lo siento —los ojos de Brodie brillaron de deseo apenas contenido—, pero no sé qué significa esto. —Ella parecía tan turbada y tan asustada que el deseo se apagó de repente.

—Nada si tú no quieres —le aseguró.

—¿Y si no sé lo que quiero?

Brodie le colocó un mechón de pelo tras la oreja y la miró con intensidad.

—Podemos descubrirlo juntos —ofreció—. O puedo… —Frunció el ceño—. Iba a decir que podría mantenerme lejos, pero no creo que pueda hacerlo de verdad.

Ella sonrió y le acarició el rostro.

—Háblame más de Rona y su hija.

La llevó de la mano de vuelta a la casa y se sentaron cómodamente en el salón, allí, aunque la puerta estuviese abierta de par en par como era el caso, él sabía que jamás les interrumpirían.

—Son solo uno de tantos casos de violencia que muchas mujeres se ven obligadas a soportar cada día de sus vidas, hago lo que puedo por ellas porque las comprendo muy bien.

—Yo… creía que tus padres te querían y te trataban bien.

—Y lo hacían —le sonrió —pero la violencia en el hogar no tiene que venir siempre de tus

padres, a veces es tu tío, tu primo y sus amigos… hay infinidad de opciones cuando alguien quiere hacer daño a otra persona.

—Me parece admirable que las hayas ayudado tanto, ¿y qué será ahora de ellas?

—Rona es una costurera excelente —se encogió de hombros —así que la hemos mandado a Inglaterra con Raychel, está muy feliz en Hawley Park.

—Entiendo —le miró a los ojos aunque él los apartó al cabo de un segundo —¿y qué pasaría si Raychel no hubiese necesitado una costurera?

—Que le habría encontrado otro puesto, o lo hubiese hecho Casie, la tía de Austin también se ofreció, pero en su caso me negué, no porque la dama no sea buena con el personal, sino porque allí son todas mujeres y dos de ellas aún niñas, en caso de que Malcom diese con ellas, podría hacerles daño a todas y eso no es aceptable, por no mencionar que Austin se sentiría muy ofendido.

—Me da la sensación de que no le tienes ningún miedo.

Él sonrió de medio lado y ella se quedó embelesada.

—Miedo no, respeto sí. Austin es un hombre sensato y agradable con muy buen humor pero si te dejas cegar por ese exterior te vas a llevar una sorpresa, en realidad es un hombre posesivo y muy protector con lo que él considera suyo, algo que me parece de lo más normal.

Ella soltó una carcajada.

—¿Y alguien les ha preguntado a las damas qué opinan ellas?

—Con todos mis respetos a las mujeres —Chloe arqueó una ceja —a veces tendéis a no evaluar correctamente los peligros a los que os enfrentáis y por eso, los hombres debemos tomar decisiones que os hacen enfurecer.

—Claro… porque, ¿qué sería de nosotras sin un hombre fuerte que nos proteja?

—Que estaríais indefensas ante los maleantes, los sinvergüenzas y los malnacidos —ella se puso seria al instante —no se trata de ataros o de encerraros, pero la naturaleza y Dios han hecho al hombre más fuerte y esa fuerza es para que podamos proteger a las mujeres.

Ella sonrió de nuevo.

—Sabias palabras.

—Y ciertas.

***

Chloe no se sentía capaz de bajar a desayunar a la mañana siguiente.

La señora Froom les había sorprendido estando demasiado juntos en el herbolario cuando él quiso enseñarle parte de su trabajo y ella se puso tan nerviosa que se tropezó, cayó contra una estantería y varios botes de cristal cayeron al suelo, lo que hizo que su vergüenza aumentase. Llegó al castillo completamente azorada y sonrojada, tal era su estado que incluso el ama de llaves pensó que tenía fiebre, por lo que le recomendaron que cenase en sus habitaciones.

Cuando Darlene se pasó a verla después de cenar, fingió estar dormida para no enfrentarse a aquella mujer que le había abierto las puertas de su casa y ella… se tapó la cara con ambas manos y suspiró. ¿Cuándo se había vuelto tan atrevida? En cuanto él se acercó a ella debió detenerle, le dio tiempo más que de sobra para hacerlo, pero por algún motivo, no pudo, se sintió atraída por su intensa mirada, esa que tenía entrelazada con la suya y cuando su mano la sujetó por el cuello acariciándole la mejilla con el pulgar, su sangre se aceleró en sus venas y todo su cuerpo se relajó al instante. Con el roce de aquellos firmes labios comprendió con confiaba ciegamente en aquel hombre al que apenas conocía.

La había besado tres veces y ella las había disfrutado plenamente todas y cada una de ellas. Es más, si con el tercer beso no les hubiesen interrumpido, ella no estaba segura de cómo habrían terminado, porque cada vez que Brodie acariciaba su cuerpo, ella sentía que dejaba de ser plenamente consciente de lo que la rodeaba para dejarse llevar por una pasión totalmente desconocida para ella. Pero atrayente, terriblemente tentador y al parecer, ella no era capaz de poner freno a esos deseos que le hacían arder la piel. Se sentía… reclamada.

Y eso era… adictivo.

El calor que tenía le hizo abrir las ventanas de par en par. El cielo tenía un color plomizo y dio gracias a Dios porque lloviese, así ella tendría la excusa perfecta para quedarse dentro del castillo, se encerraría en su habitación y no saldría nunca más.

Se sentó en el alféizar de la ventana y suspiró.

Brodie era un hombre espectacular, tenía un físico potente, fuerte y musculoso tal y como había podido comprobar con aquel intenso abrazo, una voz que hacía que su corazón latiese al ritmo de sus palabras y aquellos besos… había sido más de lo que ella había fantaseado alguna vez. Para su desgracia, solo la habían besado un par de veces antes de huir y la última fue el desgraciado de Henry Diller cuando la amenazó en el vestíbulo de su casa familiar ante la mirada oculta de varios sirvientes. Recordó que él la tocó de forma inapropiada, le había magullado los labios con los dos besos y le había apretado los pechos tan fuerte que los sintió doloridos durante varios minutos después y aquel azote que le dio antes de dejarla sola había sido tremendamente humillante.

Paseó la mirada por el potrero y suspiró. Brodie estaba entrenando a un potrillo y lo hacía sin camisa. ¿Cómo sería sentir sus tiernas caricias en su cuerpo? Ella no sabía nada de lo que ocurría entre un hombre y una mujer en la intimidad de su alcoba, solo sabía que el hombre siempre sabía lo que era mejor para la mujer y que a la mañana siguiente de compartir la cama, el cuerpo de ella habría cambiado para siempre, además de tener la posibilidad de quedarse embarazada.

Las atenciones de Henry no habían sido bien recibidas y al recordarlas, aún tenía arcadas, con él se había sentido en peligro, pero con Brodie… había sido todo distinto. Su corazón saltaba en su pecho cuando él estaba cerca y no podía evitar sonreír como una estúpida cuando él le prestaba atención.

Tras los ejercicios con el caballo, el escocés acarició aquel cuello y susurró unas palabras al animal, pero Chloe las sintió en lo más profundo de su ser. ¿Cómo sería que le susurrase palabras a ella mientras sus manos la acariciaban por todas partes? Se abanicó con rapidez y jadeó.

—Tengo que estar enferma, esto no es normal —murmuró para sí misma.

Se sentía extraña, todo su cuerpo estaba ansioso, febril casi y notaba un potente cosquilleo entre las piernas que no había sentido jamás. Cuanto más miraba a Brodie, más intensas eran las sensaciones. La lógica dictaba que se sentía enferma por culpa de verle sin apenas ropa por lo que lo más sensato sería apartar la mirada, pero Chloe no era capaz de hacerlo.

Y tampoco quería.

Estaba experimentando la vida en su máxima expresión y no quería renunciar a eso. Brodie era un hombre al que cualquier mujer con sangre en las venas desearía y estaba claro que a ella había logrado conquistarla.

Sin dejar de observar su buen hacer con los caballos, Chloe se imaginó cómo sería que él la tocase con la misma suavidad que usaba con la joven yegua con la que estaba, cómo sería sentir sus labios en su cuello o cómo suspiraría ella al sentir de nuevo aquel musculoso cuerpo contra el de ella.

La había besado con paciencia, con esa intensidad que siempre desprendía, pero sin exigirle más de lo que ella podía dar, sus caricias se habían mantenido en su rostro y en sus brazos, pero ella hubiese permitido que aquellas fuertes manos vagasen por todo su cuerpo y esa idea era tan escandalosa que la horrorizaba y la excitaba a partes iguales.

Capítulo 11

Brodie entró en el despacho de su hermano con los libros de cuentas en las manos, cerrando la puerta tras de sí.

—Buenos días —saludó sin mirar a Ewen. Tras dejar los libros sobre el escritorio, se sentó y le miró solo un instante—. Tengo que contarte algo y sé que vas a enfadarte. —Alzó ambas manos—. Si quieres que lo resolvamos a puñetazos, estoy dispuesto. Pero después de que te quedes a gusto, necesito que me ayudes.

Ewen miró a su hermano con el corazón en la garganta, ¿qué demonios le había pasado? Estaba nervioso e intranquilo, se movía más rápido de lo normal y sus ojos, habitualmente fijos en un punto detrás de su cabeza se paseaban ansiosos por la estancia.

—Tú dirás.

—He besado a Chloe y quiero repetirlo. —Se puso en pie de golpe—. ¡Maldita sea! Quiero desnudarla, meterla en mi cama y que no salga jamás de ella. —Le miró un instante y después se pasó las manos por el pelo—. Pero también quiero tenerla a mi lado a cada instante, protegida, lejos de las manos de su hermano y de su prometido o lo que sea ese del que escapó. —Dio otra vuelta por el despacho—. No dejo de pensar en ella a todas horas y no paro de imaginarla de mil maneras diferentes. Llevo toda la mañana con los caballos y ni aun así he conseguido sacármela de la cabeza. Es una sensación extraña, siento una necesidad ardiente de…

—Espera, ¿qué? —el conde se levantó —Brodie…

—No sé qué me pasa, Ewen —se acercó a su hermano—. Es pensar en ella y mi cuerpo se revoluciona y no puedo dejar de pensar en ella, a todas horas, huelo su perfume en mi casa, siento su mirada a todas horas… hermano, ¿estoy perdiendo la cabeza?

Ewen se compadeció de su hermano pequeño, jamás le había visto tan perdido y tan confuso, sabía que debía reprenderle por besar a la señorita Hudson, pero no pudo hacer otra cosa que abrazarle con todas sus fuerzas hasta que Brodie se empezó a relajar.

—Lo siento mucho, Ewen.

—No tienes nada que sentir —le palmeó la espalda con fuerza —¿ella te hizo alguna recriminación después del beso?

—No, la señora Froom nos interrumpió y… bueno, ella salió huyendo.

—Espera, ¿dónde estabais?

—En mi casa.

—No lo dices en serio.

—Escucha, ayer la llevé al pueblo —el conde asintió porque ya lo sabía—. Al salir de la taberna nos topamos con el impresentable de Malcom Flanagan y me derribó de un puñetazo. Chloe estaba detrás de mí y cayó al suelo.

—Brodie…

—No me defendí hasta que algunos aldeanos la alejaron de mí —explicó nervioso —te lo prometo, después sí, después zanjé el asunto, Flanagan me amenazó y le dejé las cosas claras, la llevé a mi casa para darle un ungüento que le rebajara la hinchazón del rostro y que Darlene no se preocupase mucho, quiso ver el herbolario y yo… no sé qué me ocurrió, Ewen, solo sé que no podía pensar en nada más que en besarla, en estrecharla entre mis brazos y no soltarla jamás.

El conde miró a su hermano y sonrió. Sabía que no estaba bien porque la señorita Hudson era su protegida, íntima de las hermanas Beasley y él sabía que los duques le arrancarían la piel a tiras si le tocaban un solo pelo de la cabeza. Raychel le había mandado una extensa misiva explicando que Chloe era como otra hermana para ella y que no perdonaría la más mínima tontería y él la conocía lo suficiente como para saber que no bromeaba.

También había recibido una misiva del duque. Garrison le amenazaba de una forma aún menos sutil que su esposa y aunque las misivas le habían hecho sonreír en su momento, ahora que sabía cómo estaban las cosas con su hermano, el asunto ya no le parecía tan divertido.

Pero por otro lado, él jamás había visto a Brodie en el estado en el que se encontraba en esos instantes.

—¿Has pensado en cortejarla?

—¿Crees que me lo permitiría? —El conde frunció el ceño y esperó a que su hermano comprendiese que esperaba una aclaración a esa pregunta—. Solo soy el segundo hijo de un conde, Ewen. Y, además, está esto de mi cabeza. Yo no soy como tú. Yo… ¿y si no le parezco suficiente?

—No eres como yo y doy gracias a Dios cada día por ello —le miró a los ojos, aunque su hermano jamás le mantenía la mirada—. ¿Y qué importa que seas un segundo hijo? No tendrás un título, pero no lo necesitas. Tienes casi tanto dinero como yo. —Le sonrió con sorna—. Eres inteligente, apuesto, un buen partido se mire por donde se mire. Además, si no me equivoco, la señorita Hudson es una rica heredera, pero tampoco ostenta título alguno.

—¿Me enseñarás cómo se hace? —Ewen se atragantó con su propia saliva.

—¿Disculpa? Creía que las chicas del pueblo te habían enseñado a… intimar.

—No me refiero a eso —Brodie se paseó nervioso—. Sé cómo tratar a una mujer en la cama. Lo que no sé es cómo hablar con ella, cómo entender sus miradas, sus gestos… ¿Y si me hace una broma y no la entiendo? Pensará que soy imbécil y no querrá tener hijos con un imbécil. —Se frotó las sienes con fuerza.

Ewen miró a su hermano y sintió un pellizco en el corazón. Jamás pensó que cayese

fulminado de forma tan tajante por una mujer, no es que pensase que se quedaría soltero, pues no había mentido antes y Brodie era el mejor partido de media Escocia después de él, pero él ya no formaba parte del menú de las damas porque estaba muy felizmente casado con Darlene. Eso convertía a Brodie en el blanco de las madres casamenteras y de las delicadas hijas en edad de casarse. Había recibido innumerables comentarios al respecto y si Brodie se prodigase en acudir a los eventos sociales, le acosarían como cazadores detrás de una presa.

Menos mal que su hermano odiaba ese tipo de eventos, porque con la falta de malicia que tenía, seguro que ya le habrían comprometido al menos un centenar de veces.

Mirando el desasosiego de su hermano se centró en la conversación que estaban teniendo.

—¿Desde cuándo piensas en casarte y tener hijos?

—No sé —bajó la mirada y Ewen entrecerró los ojos.

—Brodie, háblame.

Su hermano suspiró, cogió aire varias veces y lo expulsó despacio antes de empezar a hablar.

—Desde que… —cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz—. Una noche os vi a Darlene y a ti. No os espiaba, solo os vi. Ella estaba en tu regazo y tú le acariciabas el vientre con tanta delicadeza y ternura que ella se sonrojó y después la besaste.

—Fue la noche que me dijo que estaba embarazada.

—Lo sé, yo… todo cambió después de aquello, pero no es que tenga prisa, quería encontrar a una mujer que me cuidase como Darlene cuida de ti, una mujer que me calmase cuando el mundo me sobrepasa, pero pensé que yo jamás tendría eso porque no sentía nada especial por ninguna mujer, pero con Chloe todo es distinto.

—Entiendo —entonces sirvió dos vasos de whisky y le tendió uno a su hermano —entonces… ¿ya has hablado con ella?

—No, no sé qué decirle, sé que debería disculparme y anoche lo hice, pero es que ahora no me siento capaz de hacerlo porque no lo lamento.

—¿Cómo reaccionó ella?

—Me dijo que no lo lamentaba, pero que no sabía qué significaba el beso y que no sabía lo que quería —miró a su hermano —¿qué puedo hacer?

—Me parece que tenemos que hablar.

Ewen observó a su hermano en silencio mientras procesaba todo lo que acababa de escuchar. Las palabras de Brodie eran caóticas, precipitadas, y sus movimientos inquietos llenaban la estancia con una energía que Ewen reconocía. Su hermano estaba sobrepasado.

Sin dudarlo, se levantó, rodeó el escritorio para situarse frente a Brodie, le puso una mano firme en el hombro y le obligó a detenerse.

—Respira —le dijo con calma, dándole tiempo a su hermano para que se tranquilizase —lo resolveremos juntos. Ahora solo tienes que respirar.

Brodie apretó la mandíbula y asintió ligeramente aunque seguía con la mirada fija en el

suelo.

—No sé cómo. Hablar con ella es… diferente. Me cuesta encontrar las palabras cuando la tengo cerca, ¿y si se ofende porque no soy capaz de expresar lo que siento?

Ewen sonrió de medio lado y dejó caer la mano para darle un ligero golpe fraternal en la espalda.

—Lo que tienes que decir no importa tanto como la sinceridad en lo que digas. No necesitas ser un poeta, Brodie. Solo necesitas ser tú mismo.

—¿Y si digo algo que ella no entienda o se enfada?

Miró a su hermano a los ojos aunque este jamás le mantenía la mirada.

—Si es la mujer indicada para ti, no le importará que te cueste encontrar las palabras. Lo que importa es que seas claro respecto a tus intenciones y a lo que sientes, explícale que puede hacerte preguntas sobre todo lo que necesite saber.

—¿Y si me rechaza? ¿y si piensa que soy idiota?

El orgullo y el amor que Ewen sentía por su hermano le hincharon el corazón en ese instante. Para muchos, Brodie era peculiar, excéntrico incluso; para él, era su hermano pequeño y había pasado toda su vida intentando protegerle, aunque bien sabía Dios que había fracasado en innumerables ocasiones, pero Brodie, con su generoso y noble corazón, le había perdonado todas y cada una de las veces.

Y ahora, veía que el daño venía del propio miedo de Brodie a no ser suficiente.

—Si alguien no puede verte por lo que eres, no merece estar contigo —sentenció con firmeza —aunque no creo que ese sea el caso de la señorita Hudson.

—¿De verdad crees eso?

—Lo creo. Además, sé que eres mucho más capaz de lo que tú mismo crees. Como te he dicho hace un momento, lo más importante es que seas honesto con ella y contigo mismo.

Brodie respiró hondo dejando que las palabras de su hermano calaran en él. Si había una persona en la que él confiaba ciegamente, ese era Ewen.

—Gracias.

—Para eso estoy, ¿no? —el conde le palmeó la espalda y en un tono más ligero, añadió—: Y para recordarte que me debes una botella de whisky por todo este drama.

Brodie soltó una risa sincera, un sonido que Ewen no escuchaba tan a menudo como le gustaría. Aún seguía tenso. Casi podía ver cómo giraban los engranajes de la mente de su hermano.

—¿Te apetece un paseo al aire libre?

***

Brodie daba vueltas como un león enjaulado.

La conversación en el despacho de su hermano le había calmado un momento, pero cuantas más vueltas le daba al asunto, más nervioso se ponía y en esos momentos, se sentía totalmente fuera de sí.

Habían cabalgado hasta el antiguo molino, un edificio que estaba en desuso, pero que el conde mantenía en funcionamiento porque había sido el lugar preferido de su madre y para él era una forma de tenerla con él. Con el paso del tiempo se había convertido en un lugar en que el que ambos se sentían protegidos y seguros, era donde solían acudir para hablar de sus preocupaciones.

—No sé qué hacer —repitió por décima vez y le pegó una patada a una piedra—. Chloe es una mujer muy hermosa, inteligente y… —Se frotó el cabello y la nuca—. ¿Por qué no me puedo encontrar ya casado con ella como te pasó a ti con Darlene?

El conde soltó una carcajada y miró a su hermano con tanto cariño que este se removió inquieto.

—Para mí tampoco fue fácil, las mujeres nunca lo son y las que merecen la pena, menos aún.

—¿Crees que debería comprarle flores? ¿Eso aún se hace? —Miró a su hermano un segundo—. Recuerdo cuando Gavyn cortejaba a Seraphine, a veces le traía flores, bombones… ¿crees que debo hacer lo mismo?

Recordar a su hermana fallecida siempre le pellizcaba el corazón, pero desde que Darlene había llegado a sus vidas, ese pellizco ya no era de rabia y furia, ahora solo era el recordatorio de cuánto la echaban de menos.

—Es cierto que a las mujeres les gustan los regalos —le confirmó Ewen— pero, ¿sabes cuáles son sus flores preferidas? ¿o si es aficionada al chocolate? —Brodie frunció el ceño—. Me parece que no la conoces lo suficiente como para hacerle regalos de esa índole, ¿por qué no empiezas por un paseo por los jardines e intentas averiguar qué siente ella?

—Porque yo no sé hacer eso.

Ewen quería reírse, la inocencia y la sinceridad en sus emociones eran innatas en él y eso le provocaba una profunda ternura, porque pese a todo lo malo que había vivido, jamás había perdido esa esencia que le hacía ser como era. Pero conocía a su hermano lo suficiente como para saber que si cedía a la broma, él se lo tomaría como un ataque personal y una burla en toda regla. Así que reprimió la sonrisa.

—Con Darlene hablas sin problemas, siempre lo has hecho.

—Porque a Darlene no me la imagino desnuda y jadeando —respondió ruborizado, después se tapó la cara —esto no es sano.

—El amor nunca lo es.

—¿Cómo se sabe si es amor? —le miró y se sentó a su lado —dime, ¿cómo supiste que Darlene era el amor de tu vida?

—No sabría explicarlo —se encogió de hombros—. Hace mucho tiempo le pregunté a padre cómo sabría si la mujer que se convirtiera en mi esposa era la correcta y él me respondió que lo sabría porque la sangre me herviría en las venas, el corazón me empujaría a cuidarla y

protegerla a toda costa, que mis instintos más primitivos se controlarían para prodigarle placer y cuidado por encima de mis necesidades. —Miró a su hermano de reojo—. Me recordó que provenimos de una antigua raza de guerreros y que si encontraba a una mujer a la que quisiera proteger por encima de todo y de todos, esa sería la correcta.

—Yo no sé si protegería a Chloe por encima de ti.

El bravo corazón del conde escocés dio un brinco. A veces Brodie era tan sincero y tan directo que tenía que recordarse que él era todo un escocés y que no debía llorar. Pero en momentos como aquel, le costaba mucho. Porque su hermano había sufrido muchísimo siendo un niño, pero eso no le había convertido en un cínico, o peor aún, en un mal hombre.

—Yo jamás te pondría en esa tesitura —le golpeó el hombro con el suyo —¿por qué no te das algo de tiempo? Invítala a pasear, pregúntale por sus inquietudes, intenta conocerla, tenéis tiempo.

—¿Qué crees que dirán las Beasley? —preguntó con preocupación —no quiero meterte en más problemas, llevas toda la vida librando mis batallas.

—Son nuestras batallas, eres mi hermano. —Le pasó un brazo por los hombros—. Yo también te quiero, Brodie, siempre lo he hecho y siempre lo haré. —Ambos tragaron con fuerza —. Y creo que si Chloe es feliz, las Beasley no nos arrancarán la piel a tiras.

—Serían capaces de hacerlo, ¿verdad?

—Y Raychel lo haría sin usar las manos, solo con una de esas miradas suyas cubierta de hielo.

—Ewen.

Vio como su hermano debatía consigo mismo sin atreverse a decir lo que pensaba realmente y el estómago se le encogió, lo había pasado tan mal de pequeño que a veces aún se retraía demasiado y se contenía sin atreverse a decir lo que realmente pensaba.

Así que le dio tiempo. Todo el que necesitase.

—Creo que estoy enfermo. —Ewen frunció el ceño—. El corazón me late demasiado deprisa y mi cabeza es un caos, me cuesta muchísimo concentrarme y siento algo raro en el estómago.

¡Dios! Quería tanto a su hermano… era el hombre más bueno y noble del mundo.

—No estás enfermo, Brodie, eso es que empiezas a sentir algo muy fuerte por la señorita Hudson. —Le palmeó la espalda—. Pero te repito que tienes tiempo, no tienes que apresurarte. Cortéjala como se merece, habla con ella, pregúntale por sus intereses, gánate su confianza y poco a poco ella te irá indicando el camino. Si te preocupa ofenderla o molestarla en modo alguno, explícale que a veces necesitas que sea directa contigo, pero que eso no hará que pienses mal de ella. Las damas son excesivamente recatadas porque las educan así desde niñas.

—Gracias, Ewen —respiró profundamente —¿tú qué opinas de ella?

—Que si te hace feliz, estaré encantado de darle la bienvenida a la familia y que si es la mejor amiga de las Beasley, no puede ser mala persona. Pero, Brodie, tendrás que tener paciencia. Tengo la sensación de que salió de Boston herida de algún modo y puede que necesite

tiempo para aceptar los avances, ¿eso lo entiendes?

—Sí —miró al horizonte—. Yo también he pensado que quizá ese hombre con el que su hermano quería que se casase hiciese algo más que asustarla.

—¿Y la aceptarías de haber sido así?

—No lo sé.

—Te repito, tienes tiempo.

Después de esa conversación tan emocional volvieron al seguro terreno de hablar de las fincas, las inversiones y los animales. Todos ellos temas menos profundos que el amor y aunque Ewen quería saber más, sabía que forzar a Brodie nunca era buena idea, sabía que cuando él llegase al límite acudiría a él, como hacía siempre.

Les había costado muchísimos disgustos llegar a ese punto, pero ahora era algo grabado en piedra, la vida cambiaría a su alrededor, era algo inevitable, pero ellos siempre serían hermanos y siempre estarían el uno para el otro.

Y no obstante, aunque el conde quería y ansiaba la felicidad para Brodie, se sentía inquieto con la relación con la señorita Hudson. Sopesó durante unos instantes si debía intervenir o no y no encontraba la solución, pensó en hablarlo con Darlene, su más fiel consejera, pero para hacerlo tendría que asegurarse de que la vena romántica de su esposa comprendía que quizá el cortejo no saliese bien.

Quería a su hermano y para él era un hombre excepcional, pero no se engañaba en cuanto a sus dificultades, le había costado muchísimo esfuerzo y trabajo diario poder salir al pueblo, hacer gestiones o tratar con algunas personas y que esos encuentros no terminasen en terribles peleas.

Capítulo 12

Chloe llevaba dos días sin ver a Brodie, cuando había logrado reunir el valor suficiente como para ir a hablar él, este se había ido a comprar unos caballos a una granja vecina, de modo que ella se dedicó a pasear por los jardines, charlar con las gentes que trabajaban en el castillo y evitar a Darlene, no porque se arrepintiese de aquellos besos, tampoco porque se avergonzase, pero no sabía cómo enfrentarse a la mirada de la condesa si esta averiguaba la verdad. ¿Qué pensaría de ella? Seguramente que era una desvergonzada que había decidido aprovechar la oportunidad de seducir al hermano soltero del conde.

Suspiró y se sentó en uno de los bancos observando la pequeña fuente que había frente a ella. El día había amanecido un poco gris, pero aquellas personas parecían convencidas de que no llovería, aunque sí que había necesitado un chal para cubrirse porque estaba refrescando.

—Hola.

Se sobresaltó al oír la voz masculina y abrió los ojos de par en par cuando Brodie le tendió tres ramos de flores.

—No sé cuáles son tus favoritas y no sé cómo comenzar una conversación de ese tipo sin que te parezca que te interrogo o que soy un demente.

Chloe sonrió y aceptó las flores. Ya empezaba a acostumbrarse al estilo directo del escocés y había comprendido que le gustaba mucho que no se dirigiese a ella con subterfugios ni segundas intenciones.

—Muchas gracias —le miró a la cara—. Mis preferidas son las peonías rosas porque simbolizan el romanticismo y lo que se supone que se siente al inicio del cortejo, aunque yo nunca lo he experimentado.

Brodie frunció el ceño. De todas las flores que le había llevado, las peonías no estaban entre ellas.

Se quedó callado durante varios minutos y Chloe se puso nerviosa, pero al ver como el escocés miraba las flores, sonrió de nuevo.

—Pero me gustan todas —sujetó uno de los ramos con la otra mano —rosas rosas, azucenas y… ¿qué flor es esta?

—Lirios del valle —la miró un instante —lo interesante de ellos es su capacidad para

prosperar en las condiciones adecuadas. Prefieren la sombra parcial, lo cual es inusual ya que la mayoría de las plantas busca la luz del sol. Eso las hace diferentes.

Observó a la joven que parecía absorta escuchando sus palabras y eso le dio la confianza necesaria para seguir hablando, además, recordó que le había gustado la leyenda que le contó sobre la Espada del Rey.

—Hay una leyenda que dice que los lirios del valle protegen los jardines de los espíritus malvados, también se dice que al llevarlos, pueden abrir el corazón de quienes los reciben a nuevas posibilidades y a la felicidad.

Chloe sonrió encantada de la vida.

—Me encanta que sepas tantas cosas, cuéntame más. —Dejó el ramo sobre el banco y separó otro—. Este tiene gardenias, fresias y… —Acarició con delicadeza los pétalos azules—. ¿Qué son?

—Campanillas de Escocia, su nombre científico es Campanula rotundifolia y son bastante emblemáticas aquí. No solo por su vibrante color azul que captura la esencia de Escocia, sino por lo que representan: la lealtad y la constancia, también se dice que tienen una conexión con la magia y el folclore escocés, se cree que tienen el poder de alejar el peligro y que se usaban en antiguos rituales para invocar la protección, de pequeño, leí una vez que también podían abrir puertas a otros mundos que permanecen ocultos.

—Asombroso —sus ojos brillaban expectantes y llenos de emoción —¿qué puedes contarme del resto?

Le mostró el tercer ramo.

—Déjame a mí —le cortó cuando le vio abrir la boca—. Conozco casi todas las flores, lo prometo. —Le sonrió—. Veamos, esto son girasoles, dalias y claveles. —Le miró a los ojos—. ¿Verdad que sí?

—Exacto. —Se sentía cómodo con ella, hablándole de su interés en las plantas—. Los girasoles son fascinantes por muchos aspectos, pero el que más me llama la atención es el fenómeno conocido como heliotropismo, que es lo que les permite seguir la luz solar y lo convierte en una estrategia increíble para maximizar la fotosíntesis. —La miró ligeramente turbado, la joven apenas pestañeaba—. ¿Te molesto?

—¡Oh, no! Sigue por favor, me fascina la forma en la que me explicas las cosas, me gusta oírte hablar.

Brodie carraspeó.

—Las dalias son otro ejemplo interesante, no son nativas de Escocia, sino que los conquistadores españoles las trajeron de México en el siglo pasado y poco a poco se han ido popularizando, son un ejemplo perfecto de cómo la intervención humana puede aumentar la biodiversidad de una especie, ya que los botánicos llevan años probando híbridos.

—Sí, las personas somos especialistas en modificar la naturaleza a nuestro antojo, aunque los resultados no son siempre los que se esperan. —Le miró con intensidad—. ¿Qué puedes contarme de los claveles?

—Pueden durar mucho tiempo, incluso después de ser cortados. Su nombre científico es

Dianthus, que viene del dios griego Zeus y flor, literalmente sería la flor de Zeus.

—Es increíble —Chloe le miró a los ojos —te has tenido que pasar años estudiando las flores.

—Flores, plantas… cuando encuentro algo que me llama la atención me vuelvo un poco… —giró el rostro —Ewen dice que soy un poco obsesivo.

A la joven le pareció algo terriblemente tierno y encantador. La forma de ser de Brodie suponía todo un soplo de aire fresco para ella, ese hombre no mentía, en sus palabras no había ni una pizca de pedantería o intención alguna de intimidarla con sus conocimientos, ni siquiera un burdo intento de abrumarla. Era cierto que apenas la miraba a los ojos, pero había comprobado que no le mantenía la mirada a nadie, con la persona que más duraba era con su hermano.

Le observó durante unos minutos sin tener en cuenta que podría considerarse una descortesía. Brodie estaba observando las flores del jardín, ambos en silencio, disfrutando de unos momentos a solas y Chloe se atrevería a decir que en plena comunión entre ellos. El silencio era cómodo y en cierto modo, relajante.

—Tienes una estructura facial impresionante. —Brodie se giró y la miró un instante—. Me encantaría dibujarte, ¿me lo permitirías? —La joven estaba sonrojada—. Tendrías que acompañarme al pueblo a comprar material, pero …

—Darlene tiene de todo, Ewen y yo le compramos algunas cosas para que pinte. ¿Has visto las acuarelas? —Chloe negó con la cabeza—. Es muy buena, me regaló uno de sus cuadros. —Carraspeó incómodo—. Imagino que ella te prestaría lo que necesites. ¿Tú también pintas?

—Sí —el rubor se hizo más intenso—. Aunque se me dan mejor los dibujos a carboncillo o a lápiz.

—¿Y qué usas? Me refiero a si utilizas la versión de Nicolas-Jacques Conté o aún usas las técnicas de los maestros Miguel Ángel o Da Vinci?

—Jamás hubiese adivinado que conocías a Nicolas-Jacques Conté. —La joven sonrió—. Aunque por otro lado, no sé de qué me sorprendo, la verdad. —Se giró un poco más para poder mirarle de frente—. En Boston, los lápices que se usan habitualmente son la variación de Nicolas-Jacques Conté. Son los que más se han popularizado.

—¿Quién te enseñó a ti? Darlene me contó que tuvo un profesor de arte durante unos años, pero que su padre se lo prohibió un día sin darle explicaciones, aunque ella siguió practicando por su cuenta cuando era capaz de conseguir un lienzo.

Chloe frunció el ceño y le miró.

—¿Y crees que a Darlene le gustaría que yo fuese conocedora de ese hecho?

—¿Y por qué no?

—Porque me has contado que el padre de Darlene no era un padre devoto de su hija y que no le importaba su felicidad, también me has dicho que tenían apuros económicos y que ella no era muy apreciada en su propio hogar.

—¡Yo no he dicho eso! —Brodie se puso en pie.

Chloe se levantó y puso su mano sobre el antebrazo del escocés.

—Es cierto, con esas palabras no. —Brodie la miró a los ojos un instante—. Pero de tu comentario, en apariencia inocente, se sacaba mucha información.

—Yo no quería decir eso de Darlene —se soltó del agarre de ella —si me disculpas.

Acto seguido la dejó a solas, su forma de caminar indicaba lo furioso que se sentía. Chloe le observó a distancia y suspiró.

¿En qué me he equivocado?

Suspiró y se sentó de nuevo en el banco, pero esta vez de peor humor e infinitamente más triste. No terminaba de comprender a aquellas gentes, cada vez que tenía la sensación de avanzar un paso, sucedía algo que la hacía retroceder dos. Pero lo peor de todo era que tenía la sensación de que había ofendido a Brodie y de que ganarse su perdón no iba a ser una tarea fácil.

Ya se había dado cuenta de que él no tenía maldad ninguna y estaba segura de que su intención no había sido la de decir algo malo de Darlene a la que adoraba, por eso ella le había explicado lo que podía inferirse de sus palabras, pero por algún motivo, él se había enfadado con ella.

***

A la hora de la cena, cuando Chloe se disponía a bajar, el conde la interceptó justo antes de llegar a las escaleras.

—Señorita Hudson, ¿podríamos hablar un momento?

—Sí, por supuesto.

Le siguió hasta el despacho personal que el conde tenía en la misma planta que las habitaciones, un lugar en el que ella nunca había entrado y se sintió diminuta e insignificante cuando él no se sentó en su enorme sillón de piel negra, sino que se apoyó en el magnífico escritorio de caoba bellamente tallado.

Su poderoso físico la hizo tragar con dificultad cuando Ewen cruzó los brazos a la altura del pecho y clavó su mirada en ella.

—Hoy ha discutido con mi hermano.

—¿Cómo dice? Eso no es lo que ha pasado. —Se ruborizó de la cabeza a los pies—. Conde, le juro que yo no he… —Frunció el ceño—. ¿Su hermano le ha dicho que hemos discutido? No fue esa mi intención, yo …

Se tapó las mejillas con ambas manos y respiró con dificultad.

—Lo siento, yo… no quise… es solo que… —bufó con frustración—. Si quiere que me vaya, lo haré de inmediato.

Ewen observaba a la joven con interés. A esas alturas de su vida, no era la primera vez ni sería la última que tenía que dar explicaciones sobre algo que su hermano había hecho o dicho. Generalmente se encontraba con personas que culpaban a Brodie de empezar las peleas o las discusiones y él nunca lo había negado, por eso ya no le hacía llamar cuando surgía un conflicto.

Sin embargo, algo en aquella joven le instaba a pensar que no buscaba humillar a su hermano pequeño o pedirle dinero a cambio, que era lo más habitual.

—¿Sería tan amable de contarme usted su versión? —le señaló el amplio sofá —quizá estaríamos más cómodos allí.

—Sí, como desee, milord.

Chloe se retorcía las manos con fuerza y no se atrevía a mirar al conde. Se sentó lo más alejada que pudo de él y suspiró.

—En realidad, no sé muy bien qué pasó. Estábamos hablando de flores —su mirada brilló de emoción—. Su hermano tiene unos amplios conocimientos al respecto y yo me sentía… maravillada al escucharle hablar. Es… —Carraspeó incómoda, se removió en el asiento y finalmente respiró de forma profunda—. Estuvimos unos minutos en silencio, un silencio cómodo, tranquilo y lleno de paz. Entonces yo… —Se sonrojó aún más—. Le ruego que no me juzgue, milord. Creo que hacía demasiado tiempo que no me encontraba con alguien que llamase mi atención. —Suspiró—. Comenté que me encantaría dibujarle y que tendría que ir al pueblo a comprar útiles de dibujo y Brodie… —Carraspeó—. Perdón, su hermano… me indicó que seguramente la condesa estaría dispuesta a dejarme algo.

Miró al conde que no había emitido ni un solo sonido.

—Siga, por favor —la instó—. Y Brodie tiene razón, Darlene le proporcionará todo lo que necesite.

—Bien, pues… no sé qué pasó… en ese momento él comentó que… —miró al conde—. Esto es terriblemente violento para mí.

—Deje de pensar que soy conde o que voy a echarla de mi castillo —le respondió con voz grave pero serena—. Solo quiero saber lo que ha pasado. Ni más ni menos.

—Es que… yo no quiero causarle problemas a Brodie —se retorció las manos—. Mire, ¿y si me disculpo con su hermano y lo dejamos pasar? Por favor, milord, le juro que no volveré a… no sé, a hablar con su hermano… o… a salir de la habitación… yo… no me obligue.

Ewen entrecerró los ojos y la miró con más intensidad.

—Me temo, señorita Hudson, que ahora ha acicateado usted mi curiosidad, así que no saldrá de aquí hasta que me diga qué ocurrió.

La joven le miró con los ojos como platos y finalmente comprendió que era como hablarle a una pared. Aquel hombre estaba tan acostumbrado a salirse con la suya que jamás aceptaría un no por respuesta. Chloe se sintió intimidada y abrumada por la presencia imponente del conde, por su aura de poder apenas contenido.

—Como quiera —se rindió —su hermano me contó que Darlene tuvo un profesor de arte un tiempo pero que su padre se lo quitó sin darle explicaciones y que ella practicaba cuando era capaz de conseguir un lienzo.

Las facciones del conde se endurecieron, pero Chloe no se detuvo, estaba claro que la echarían de allí a patadas, así que sería mejor no quedarse con nada para ella.

—Yo le dije que no creía que a la condesa le gustase que me hubiese revelado que su padre

no era un buen padre, que tenían apuros económicos y que no era apreciada en su hogar —suspiró sin atreverse a mirar al conde—. Brodie se alteró y negó haberlo dicho, y era cierto, no fue con esas palabras. Pero cuando se lo intenté explicar… se fue. —Encontrando un valor que no sabía que tenía, se enfrentó a la fría mirada del conde—. Estoy segura de que su hermano no fue consciente de lo que decía en realidad y yo no quise afrentarlo. Lamento muchísimo haberle alterado y le juro que esa no fue nunca mi intención. Es que cuando estoy con él… se me olvida quién soy, qué hago aquí y lo peor… —Sonrió con tristeza, sus ojos se humedecieron—. Se me olvida quién es él.

—¿Y quién es mi hermano para usted?

—Un hombre fascinante, el más inteligente que he conocido —sonrió y a duras penas podía controlar las lágrimas—. Un hombre muy, muy lejos de mi posición. —Tragó con dificultad—. Es tan sincero, y directo… nunca habla con segundas intenciones y aunque no me mira a los ojos, sé que todo lo que dice lo dice con el corazón… y yo… —Se limpió una lágrima que se escapó a su control—. He vivido toda mi vida rodeada de codicia, envidia, sarcasmo, soledad, mentiras …

—Señorita Hudson… —Ewen le tendió un pañuelo.

—¡Oh, por Dios, qué vergüenza! —Cogió la prenda y se limpió los ojos—. ¿Podría pedirle a Raychel o a Casie que me acojan ellas? Yo no quiero ser un problema para nadie. —Más lágrimas surgieron de sus ojos—. Yo solo… solo quería huir de un hombre cruel y malvado y escapar del radio de acción de mi hermano. Jamás he querido causar problemas y menos a un hombre que ha sido tan bueno y amable conmigo.

—Señorita Hudson, en algún momento va a tener que comprender que no vamos a echarla del castillo y, desde luego, que nadie la juzga por no querer someterse a los deseos de un hombre que, en vez de cuidarla y protegerla como es su derecho y obligación, la puso en una situación peligrosa. —Chloe se envaró—. Mi hermano no es como los demás hombres. Él siempre habla de forma literal, no entiende los sarcasmos, la ironía, las metáforas… dice exactamente lo que quiere decir y de sus palabras no se deben sacar conclusiones, pues él no se expresa con segundas intenciones jamás. —La miró con cierta calidez—. Brodie es la persona a la que más quiero después de mi esposa y mi hija, ha sido mi mayor apoyo toda mi vida.

—Eso es precioso —la joven suspiró y se limpió más lágrimas—. Tiene que ser tan bonito tener una familia así de unida… —Miró al conde—. Es tremendamente afortunado, milord.

—Lo sé —sonrió—. Señorita Hudson, mi hermano está convencido de que la ha afrentado de alguna manera, aunque no fue capaz de explicarme cómo, y también se siente mortificado con Darlene. Se ha pasado más de una hora disculpándose con ella.

—Pero…

—Mi hermano es así —la cortó—. Leal, sincero y directo. Quiere a mi esposa como quería a nuestra difunta hermana Seraphine. —Miró de forma inconsciente al retrato de su hermana—. Él jamás haría o diría algo para ofender a Darlene.

—Eso lo sé.

—No se enfade con él, señorita Hudson, Brodie es un hombre intenso con muchas cualidades buenas, algunos defectos, como todos los seres humanos, pero con un gran corazón.

—¿Yo? ¿enfadarme con él? ¡jamás! —se llevó las manos al pecho —milord, yo…

—Creo que todo ha sido un malentendido —el conde se puso en pie—. Encontraré la manera de hacérselo comprender a mi hermano. —Le tendió una mano a ella—. ¿Me permite acompañarla a la cena?

Y para decepción de la joven, Brodie no cenaría con ellos aquella noche, por lo que la entrada en el comedor fue de lo más decepcionante para ella. Darlene se comportó como si no estuviese al tanto de nada, se mostró amable, dulce y encantadora y el conde no fue menos. Al parecer todos era muy felices y la que peor se sentía era ella.

Miró el sitio vacío donde solía sentarse Brodie y a duras penas contuvo un suspiro.

Todo era muy confuso para ella, creía que había ofendido a Brodie, pero el conde le había asegurado que no había sido así y que Brodie se sentía aún más avergonzado que ella…

Y mientras removía la comida del plato, comprendió que lo que Brodie sintiese o pensase le importaba muchísimo y apenas soportaba la idea de no volver a compartir tiempo con él.

O más besos y caricias.

Capítulo 13

Chloe tardó dos días en reunir el coraje suficiente para ir a hablar con Brodie. Desde que había aclarado las cosas con el conde, su mente no paraba de girar y de llenarse con todo tipo de frases que pudiese usar con él, había pensado noche y día y aunque no tenía claro un plan que seguir, sí que sabía qué quería expresarle. Lo primero de todo, sería disculparse, por supuesto, por haber sido tan torpe con él.

Se dirigió a las caballerizas con la intención de pedir un caballo, pero Darlene la interceptó y le dedicó una sonrisa.

—Brodie no está en su casa —se acercó a ella —ven conmigo, me parece que tengo que contarte algunas cosas.

Ambas se dirigieron a la salita privada de Darlene y tras pedir un refrigerio, la condesa la instó a tomar asiento asegurándose de que la puerta estaba debidamente cerrada.

—Ewen me ha contado la charla que habéis tenido.

Chloe bajó la mirada avergonzada.

—Mi marido es un hombre muy protector —la joven miró a la condesa —y mi cuñado es el hombre más bueno, noble y leal del mundo. Y muy dulce cuando estás en su círculo íntimo.

—Yo…

—Tranquila —la cortó la condesa—. Habrá más malentendidos como este, Dios sabe que cada semana tenemos varios y eso que en estas tierras todo el mundo conoce a Brodie. Pero es una forma estupenda de sacarle dinero a Ewen. —Suspiró con resignación.

A Chloe no se le escapó la importancia de las palabras de la condesa y cuando estas llegaron a su mente, se sintió ofendida en nombre de Brodie. Ella había visto cómo era tratado en el pueblo, las miradas amables, los gestos amistosos… y aun así, ¿se aprovechaban de él para sacarle dinero al conde? Su corazón se aceleró y su respiración se volvió más superficial.

Brodie no se merecía ese trato, era un hombre increíblemente inteligente, considerado y preocupado por su comunidad. Un buen hombre de esos que ya apenas quedaban en el mundo. Un hombre que protegía a las mujeres.

Y aun con todo, ¿había que se aprovechaba de él? Apretó los puños con fuerza dispuesta a

defender a Brodie ante la condesa. Ella jamás lo diría en voz alta, pero Brodie le resultaba tierno en muchas ocasiones, pues en todo el tiempo que habían pasado juntos no había percibido ni un leve rastro de malicia o de picardía.

Oh, es del todo indignante.

En ese momento entró una doncella para servirles el té y los bocadillos que la condesa había pedido y Chloe tuvo que morderse la lengua para no hablar más de la cuenta.

—Cuando mi cuñado te dijo esas cosas sobre mí, su última intención era revelar algo así. Sé que lo hizo —alzó ambas manos—, pero no fue consciente de ello. Sé que me quiere con toda su alma. —Sonrió llena de orgullo—. ¿Sabes que me salvó la vida? —Sus ojos se empañaron—. Sufrí una herida en el cuello que se infectó, me faltó muy poco para morir por la infección. Los médicos se habían dado por vencidos, pero Brodie no. Él no se rinde. —Se limpió una lágrima —. Me curó. —Se encogió de hombros—. Él… Dios… es tan intenso y tan… leal, tan… Se encerró en su herbolario durante días hasta que encontró la forma de traerme de vuelta. Lo hizo él, con sus propias manos. El doctor me había desahuciado. —La condesa se limpió las lágrimas —. Yo le quiero, le quiero muchísimo, tanto como a Garrison. Es como el hermano que no sabía que necesitaba, ¿lo entiendes?

—No —la joven también estaba llorando—. Mi hermano nunca me ha querido, así que no sé lo que es que alguien te quiera de esa manera. —Carraspeó—. Las Beasley son lo más parecido a una familia que tengo.

—Yo también me sentía así antes —alzó ambas manos—. Antes de saber cómo eran las cosas en realidad. No digo que mi situación y la tuya sean comparables, mi hermano jamás me vendió y jamás me puso en peligro. Aunque yo estuviese convencida de que era un demonio… porque no sé si estás al corriente, pero mi hermano, antes de conocer a Raychel, estaba considerado el peor calavera de Inglaterra. Las madres rezaban para que no se fijase en sus hijas. —Frunció el ceño—. Sé que tu vida ha sido muchísimo peor que la mía. Solo estamos hablando de este tema para que entiendas que aquí estás a salvo y que Brodie, diga lo que diga, jamás nos afrentaría a Ewen o a mí, eso nunca, y mucho menos a Jocelyn.

Ambas se quedaron calladas un instante, hasta que la condesa suspiró.

—No debería decirte esto, pero… a Brodie le gustas. —Chloe abrió los ojos de par en par, pero la condesa no le permitió interrumpirla—. Y él jamás ha experimentado lo que es la atracción con una mujer respetable, así que es probable que sea exagerado en sus acciones o incluso en su forma de hablar. Pero jamás estarás en peligro con él y jamás diría algo para ofenderte. —La miró a los ojos—. Si no sientes nada por él, déjaselo claro. No te andes por las ramas y no uses frases hechas. Simplemente, acércate y dile: Brodie, yo no te veo como un hombre, como un candidato a ser mi marido, jamás seremos algo más que amigos.

—Eso es cruel.

—No, en su caso, no —respiró profundamente—. Él necesita que seamos claros y directos con él. Su cerebro es impresionante, pero precisamente por esa enorme capacidad que tiene, no comprende y no ve el mundo como lo hacemos el resto. Si intentas endulzarle el golpe, vas a confundirle y eso no es bueno, porque cuando se siente frustrado se encierra en su casa y a mí no me gusta que se aleje de nosotros.

Chloe tenía la sensación de que la condesa acababa de amenazarla de forma muy sutil y sin embargo, no podría asegurarlo.

Comieron los bocadillos y se tomaron el té en silencio durante unos minutos, después una niñera llevó a Jocelyn hasta ellas y la niña pasó a ser el centro de atención.

Mientras observaba a la condesa jugar con su hija en el suelo, Chloe se imaginó qué tipo de madre sería ella. Y la imagen de una alfombra cálida llena de juguetes, donde ella y Brodie jugaban con un bebé y un perro de largas orejas se metió en su mente.

***

Chloe caminaba por el bosque que rodeaba el castillo sumida en sus pensamientos.

Cada día que pasaba se sentía un poco más segura bajo las alas de los condes, pero al hablar con Ewen se había percatado de que admiraba muchísimo a Brodie y de que estar con él, era como si se tumbase sobre la hierba y el sol le calentase la piel. Con él sí que se sentía segura, protegida… pero había algo más. Las facciones de su rostro eran como un canto de sirena para ella, se moría de ganas de recorrer esa poderosa mandíbula con la punta de los dedos, quería reseguir la línea de aquellos labios que podían pronunciar contar unas historias de una forma tan apasionada que ella se sentía transportada a otras épocas.

Se abanicó el rostro y agradeció estar sola, si alguien supiese qué imágenes tenía en la mente, la echarían de allí a patadas por ser una atrevida. No dejaba de fantasear con volver a estar entre los brazos del escocés, con volver a sentir la ternura de sus labios en los primeros instantes de un beso y la imagen de ellos dos como una feliz familia con un bebé y un perro no dejaba de abordarla a todas horas.

Había espiado a Ewen y a Brodie cuando entrenaban con espadas. Las mujeres del castillo le habían explicado que era algo que practicaban desde niños ya que ambos hombres tenían demasiada energía y necesitaban ese intenso ejercicio. Eso era algo lógico, no había más que verles para comprobar que agotar a aquellos hombres tan enormes no sería algo fácil, pese a la cantidad de trabajo diario que tenían.

Pero ella no les había espiado inspirada por su interés en la lucha de espadas. Lo hacía porque ambos hombres luchaban sin camisa y con unos pantalones que se amoldaban obscenamente a sus piernas, su trasero y su parte delantera, la cual dejaba muy poco a la imaginación. Y eso que Chloe jamás había visto a un hombre desnudo.

No tenía problema alguno en admitir que los dos hombres eran imponentes, atractivos como el pecado y absolutamente abrumadores para la visión de una dama inocente. Pero sus ojos recorrían las líneas de Brodie sin prestar atención a las del conde, lo que le daba algo de respiro a su alma, porque solo le faltaba sentirse atraída por el marido de Darlene.

Entonces la propia Raychel iría a Escocia a echarla de allí a patadas.

Suspiró y arrancó una flor.

No tenía claro lo que sentía por Brodie ni lo que él sentía por ella. Darlene le había dicho que ella le gustaba, pero claro, con un hombre con una mente como la suya, ¿qué podría

significar eso?

Se avergonzaba de cómo se sentía cuando pensaba en él. Su cuerpo se inflamaba y no podía dejar de recordar cómo se sentía al besarle, en cómo sería sentir aquellas poderosas manos sobre su cuerpo. El recuerdo de lo que le hizo el despreciable amigo de su hermano aún retumbaba en su mente y no podía negar que le asustaba mucho la intimidad con un hombre, más con uno tan grande como Brodie. Pero tampoco podía negar que la curiosidad se imponía cada vez más y se conocía lo suficiente a sí misma como para saber que si seguía así, encontraría la forma de saciar su sed de conocimiento.

Suspiró de nuevo y miró al horizonte.

Escocia era un lugar bellísimo. Sus parajes tenían un halo de salvaje esplendor, como si la misma naturaleza se hubiera empeñado en tallar cada colina, cada lago, con precisión artística.

Se encontraba maravillada por todo cuanto la rodeaba, cada rincón parecía tener su propia historia y gracias a Brodie sabía que aquella tierra estaba llena de leyendas y mitología. Y magia. Se giró y observó el castillo a lo lejos. Era imponente, eso nadie podía negarlo, pero lo que ella sentía no tenía nada que ver con el castillo y sí mucho que ver con las gentes que habitaban en él, más concretamente, con el hombre que vivía a pocos kilómetros de semejante construcción.

La presencia de Brodie la envolvía en un abrazo cálido y reconfortante. Su mirada esquiva, su sonrisa tímida, cada gesto de amabilidad que había tenido con ella, la hacía sentir como si finalmente hubiese encontrado el refugio seguro que tan desesperada había soñado encontrar. Su faro en mitad de la tormenta. Cuando él le contaba aquellas historias o compartía con ella parte de sus conocimientos, las preocupaciones y los temores de Chloe desaparecían por arte de magia.

Darlene le había dicho que ella le gustaba a Brodie. ¿Qué podía significar aquello? Porque lo que ella sentía cuando pensaba en él era algo más que gustar. Era un remolino de emociones intensas, abrumadoras y confusas a las que ella no era capaz de poner nombre.

Cada vez que Brodie se acercaba, su corazón latía con más fuerza y lo que les rodeaba perdía intensidad a su alrededor. Cada pequeña sonrisa, cada breve mirada compartida, provocaba en ella sensaciones que no comprendía y que jamás antes había experimentado.

La joven suspiró y se sentó en la hierba.

Quizá, lo que sentía por Brodie era más profundo, más trascendental que una simple amistad, quizá las palabras se quedasen cortas a la hora de explicar esos sentimientos. La imagen de Howard y Katelinn Beasley bailando en el jardín sin música una noche de verano llenó su mente y su corazón saltó lleno de nostalgia ante el recuerdo.

Casie y ella les habían observado desde la ventana de la cocina en el más absoluto silencio y cuando en mitad del baile, Howard abrazó a su esposa y la besó con pasión, ambas se sonrojaron y se cogieron las manos nerviosas. Pero nadie podría haber dudado jamás que ese hombre amaba a su esposa por encima de todas las cosas, que la adoraba y que besaba el suelo que ella pisaba. Y Katelinn sentía lo mismo por él.

Ese tipo de amor las había hecho suspirar a las tres muchas noches, cuando dormían juntas y hablaban sobre el futuro. Todas ellas demasiado jóvenes como para ser conscientes de las realidades de la vida, pero deseando enamorarse y ser tan felices como eran Howard y Katelinn.

Y en ese preciso instante, supo que la curiosidad insaciable que siempre había albergado en su interior había ganado la batalla. Tenía que saber qué significaban aquellas palabras que le había dicho la condesa, tenía que saber qué esperaba Brodie de ella y que Dios la perdonase, pero necesitaba saber cómo sería la reacción de su cuerpo a la cercanía de Brodie en un momento de absoluta intimidad.

***

Brodie entró en el despacho de su hermano con la mirada clavada en los libros que llevaba en las manos y no se percató de que no era Ewen quien estaba al otro lado de la mesa, hasta que no se sentó frente a ella.

—Hola, Brodie.

El hombre alzó la mirada y la apartó aún avergonzado.

—Vamos a tener que superar esto —comentó la condesa—. Han pasado tres días en los que prácticamente has desaparecido del castillo. Tu hermano te echa de menos, yo te echo de menos y Jocelyn te busca por todas partes. ¿Te hemos hecho algo para que nos rehúyas?

—No —la miró un instante —sabes que ha sido por lo que le dije de ti a la señorita Hudson.

—De eso ya hablamos y te dije que por mi parte no había problema.

—Pero revelé demasiado, cosas que me habías contado en confianza —protestó Brodie.

—¿Acaso te crees que es un secreto que mi padre era un malnacido y un desgraciado? —La condesa sonrió—. Brodie, sabes tan bien como yo que toda Inglaterra sabía que mi familia no tenía un solo chelín, que mi padre estaba enfermo por el mal francés y que mi hermano era uno de los peores calaveras de Inglaterra. Créeme, no le has revelado ningún secreto.

—Pero…

—Brodie —la dama se puso de pie—. Sabes que te quiero, que te queremos y comprendemos que tu mente funciona de otra manera, que no ves las cosas como nosotros y nos da igual. —Se encogió de hombros—. Esto que te pasa con Chloe… —Le miró sonriendo—. ¿Quizá hay algún interés romántico por tu parte? Quizá revelaste tanto porque te sientes tan cómodo con ella que no pensaste en qué palabras estabas utilizando. ¿Crees que eso sería posible?

—¿A qué te refieres? —La condesa lo miró con intensidad y Brodie se estremeció—. ¿Qué te ha contado mi hermano?

—Menos de lo que me gustaría, tranquilo. —Le puso una mano en el hombro—. Solo quiero que sepas que si quieres cortejarla, tienes nuestro permiso. Es más, me gustaría que acudieses a mí si tienes dudas.

Brodie soltó los libros y miró a Darlene.

Aún se sentía avergonzado porque cuando Chloe le explicó todas aquellas cosas, él había recordado que su cuñada llevaba mucho tiempo enseñándole lo que eran las dobles intenciones y que casi todo el mundo, para decir algo, decía otra cosa. Y se sintió estúpido y un traidor de la

peor calaña y para terminar de rematar la humillante situación, reaccionó como un niño caprichoso y salió de allí corriendo.

Y ahora era un cobarde, porque llevaba tres días sin ir al castillo. No quería cruzarse con ella por nada del mundo. Si su hermano no le hubiese mandado aquella nota urgente, él seguiría encerrado en su casa.

—No creo que ella quiera que la corteje —se puso en pie presa del nerviosismo—. Le regalé tres ramos de flores, ¡tres! —Miró a su cuñada—. La señora Froom me ha dicho que eso son muchas flores y que seguramente ella se sentiría abrumada. ¡Ni siquiera entiendo el significado de esa palabra!

Darlene le miró llena de ternura. Brodie era un hombre muy especial.

—Abrumada significa que se siente muy impresionada por tus atenciones —le explicó Darlene con calma, sabiendo que su cuñado estaba a punto de salir corriendo—. No creo que tengas de qué preocuparte. Lo que importa es que has sido amable con ella y ya le has dado tiempo y espacio suficiente como para que ella sopese si quiere seguir permitiéndote esas atenciones o, por el contrario, prefiere una relación más… distante, aunque amable.

Brodie asintió aunque parecía poco conforme. En su interior seguía sintiéndose confuso y angustiado. Sabía que había actuado de manera impulsiva, que él no entendía las sutilezas del cortejo y que a menudo se equivocaba en las relaciones interpersonales. No había más que ver la cantidad de aldeanos que acudían al conde por su culpa, todos pensaban que él no era consciente, pero lo sabía. Y era realmente humillante que su hermano mayor tuviese que calmar a las buenas gentes de Falstone con dinero casi todas las semanas. ¿Y si Chloe rechazaba sus atenciones? ¿qué pasaría si ella le decía que no quería seguir hablando con él?

Se llevó una mano al pecho y se lo frotó con fuerza. Él la deseaba como jamás había deseado a otra mujer, eso lo sabía, pero es que cuando estaba con ella, no se sentía tan torpe, exceptuando el último episodio. Es más, le encantaba cómo le miraba ella, cómo le sonreía y cómo era capaz de seguir sus pensamientos. Tenía una curiosidad innata que a él le resultaba de lo más seductora e interesante.

—¿Sabes? —Darlene interrumpió sus pensamientos—. Ahora mismo está en la biblioteca intentando escoger un libro. —Le besó en la mejilla—. Quizá necesite ayuda.

—¿Y qué pasa si digo algo inconveniente de nuevo?

—¿Y qué pasa si no lo haces? —Darlene le miró con cariño—. Has hablado más veces con ella y no te has equivocado. Un error lo tenemos todos, eso no te define. Tu forma de enfrentarte a los problemas es lo que lo hace, así que dime, ¿piensas seguir escondido mucho más tiempo?

—¿Y si ella me rechaza?

Darlene se encogió de hombros.

—Al menos sabrás a qué atenerte y yo estaré aquí para consolarte. —Le abrazó con cariño —. Y tu hermano estará a tu lado, como siempre. Nunca te dejaremos caer, Brodie, eres familia.

—Darlene —la llamó cuando ella casi había llegado a la puerta. Se miraron un instante a los ojos—. Te quiero.

Ella sonrió iluminando la estancia.

—Lo sé, Brodie —le lanzó un beso —yo también te quiero, y me siento muy orgullosa de que seas mi hermano.

Capítulo 14

Cuando Brodie entró en la biblioteca, no pensó que se encontraría a Chloe subida a una de las escaleras con un pie apoyado en la estantería y estirándose para alcanzar un libro.

—Santo Dios… —fue solo un murmullo, pero ella le oyó.

—¡Oh!

Y acto seguido el pie se le resbaló perdiendo el apoyo y haciéndola caer. Afortunadamente un par de brazos muy fuertes la cogieron antes de que sus huesos terminasen en el suelo.

—Gra… gracias —carraspeó pero se sujetó a aquellos hombros tan fuertes.

—De nada, ¿te encuentras bien?

—Eso creo, me has salvado de romperme algo —le sonrió —eres muy fuerte, ¿querrías dejarme en el suelo?

—No.

Chloe le miró confusa y un instante después se echó a reír y se agarró más a él. La sinceridad de ese hombre la dejaba sin aliento y con el corazón aleteando como si fuese un pajarillo aprendiendo a volar.

—¿Y piensas llevarme en brazos a todas partes?

—Sí.

—Eres maravilloso, Brodie.

Y así con ese sencillo comentario, toda la tensión que ambos habían estado sintiendo se esfumó como el humo arrastrado por la brisa. Ese instante fue una conexión casi mística entre ellos donde todo era perfecto, no existían problemas y tampoco malentendidos, solo una mujer en los brazos de un hombre viviendo la intensidad del momento.

Le besó en la mejilla y se ruborizó intensamente. Un instante después, él la dejó en el suelo con extraordinaria delicadeza lo que provocó que ella suspirase.

—¿Qué hacías allí arriba? —le preguntó con seriedad.

—Encontré una relación de libros y este —sacó la lista de un bolsillo de su vestido y le señaló uno de los títulos—. Me pareció interesante, quería leerlo. Tengo mucho tiempo libre,

poco que hacer y mi cabeza no deja de pensar en cosas que no debe. —Le miró a los ojos—. Quería y necesitaba distraerme.

—Esta lista es de antes de que naciese Ewen —explicó leyendo el papel—. Seguramente allí arriba no esté el libro que buscas. Mi madre cambiaba los libros de sitio constantemente.

Ella sonrió.

—¿Y por qué lo hacía?

—Porque eso volvía loco a mi padre. —Se encogió de hombros—. Nos reclutaba a Ewen y a mí y nos pasábamos horas cambiando los libros de sitio. Una vez, incluso tapamos algunas de las cubiertas con pliegos de papel. Jamás había escuchado a mi padre gritar de aquel modo.

—Oh… ¿castigó a tu madre? ¿os hizo daño?

—No —Brodie frunció el ceño—. Mi padre era un buen hombre que amaba a su esposa y a sus hijos por encima de todas las cosas. Jamás nos puso la mano encima y a mi madre menos aún. —Respiró despacio porque pensar en sus padres aún le dolía—. Mi madre hacía esas cosas constantemente y mi padre maldecía, gritaba y la perseguía por todo el castillo, pero cuando la cogía—y siempre lo hacía—, solo se oían risas.

—Oh —la joven se ruborizó—. Eso es… ¡qué bonito recuerdo! Muchísimas gracias por compartirlo conmigo.

—Quería disculparme por mi torpeza del otro día, yo… soy muy literal, según me dice Ewen, no pretendí…

—No me enfadé contigo —le interrumpió—. Más bien pensé que fue al contrario, que ya no querías volver a estar conmigo. —La joven suspiró—. ¿Por qué no nos sentamos y charlamos de todo esto?

Se sentaron en el cómodo sofá, Chloe muy cerca de Brodie, más de lo que las normas consideraban correcto. Él no pareció notarlo y ella iba a exprimir sus experiencias en Escocia tanto como pudiese, porque si finalmente todo se iba al infierno y la peor de sus pesadillas se hacía realidad, no quería terminar sus días sin haber aprovechado al máximo su tiempo con Brodie. Quería más de esa magia que él compartía con ella, quería más tiempo a solas, más de esa nobleza, esa sinceridad sin tapujos, de esas miradas tiernas y tan sumamente breves.

Se sintió terriblemente egoísta y frívola y aun así, supo que no se dejaría llevar por las buenas maneras o lo que se consideraba socialmente correcto.

Iba a arreglar las cosas con Brodie, porque el hecho de pensar que él estuviese sufriendo en modo alguno por sus palabras la dañaba el corazón, pero si podía hacer las cosas bien, recuperar su amistad y a la vez disfrutar de su cercanía… bueno, ella no se iba a quejar.

—Soy yo quien lo lamenta, Brodie, no quise ofenderte ni insinuar que Darlene no es una de tus personas favoritas en el mundo, solo… no sé, solo quería saber más, hablar más contigo, pero no quería que nadie pudiese reprocharte algo, me equivoqué en mis apreciaciones.

Brodie bufó y la miró a los labios. Esa mujer le volvía completamente loco. Mientras ella hablaba él solo podía pensar en tumbarla en el sofá, colocarse sobre ella y degustar aquellos labios tan sensuales, quería volver a tener la posibilidad de saborear su dulzura. Quería avasallarla con su lengua, empaparse de su sabor y acariciar cada milímetro de aquella piel tan

suave y que se mostraba orgullosa.

Las mujeres de baja moral que se dedicaban a satisfacer a los hombres del pueblo le habían enseñado todo tipo de maneras de darle placer a una mujer, él sabía que le trataban bien porque les pagaba una pequeña fortuna, pero le habían mostrado —con infinita paciencia—, qué se sentía cuando el deseo, la lujuria y la pasión calentaban su sangre.

Se imaginó acercándose un poco más a Chloe, acariciándole suavemente la piel donde el cuello se unía con el hombro, depositaría ahí un beso y después le acariciaría los brazos, despacio —eso lo recordaba bien—, muy despacio, sus manos se volverían más atrevidas y sus labios se apoderarían de aquella boca tan jugosa, poco a poco se colocaría sobre ella y…

—Brodie… ¡Brodie!

El escocés parpadeó y la miró un instante a los ojos antes de desviar la mirada.

—¿En qué estabas pensando?

—No puedo decírtelo, a una dama no se le dicen según qué cosas.

Y por algún extraño motivo, Chloe quiso reír. Brodie era un hombre especial, sincero como pocos, atento, generoso, intenso, pero no esa clase de intensidad que insta a las mujeres a correr en dirección contraria. Más bien de esa que hace que una mujer se pregunte qué misterios de la vida revelaría para ella y darle todo el tiempo del mundo para hacerlo.

—Parecía que pensabas en algo… deseado.

—No te haces una idea.

Esa vez no pudo evitarlo. Chloe sonrió abiertamente y le cogió una mano entre las suyas.

—Me encanta cómo eres —se sinceró y suspiró—. También quería darte las gracias de nuevo por tan hermosas flores. —Él bajó la mirada, avergonzado—. Eran preciosas y me hicieron sentir especial. ¿Sabías que nunca me habían regalado flores?

Eso llamó la atención del escocés que la miró de nuevo a los ojos.

—¿Qué les pasa en la vista a los hombres en América?

Chloe rio divertida y se encogió de hombros.

—Sé que te regalé demasiadas, yo…

—No fueron demasiadas —le sonrió de nuevo y se acercó un poco más a él—. No me sentí abrumada, sino encantada. Creo que eres un hombre maravilloso con un corazón demasiado generoso para el mundo en el que vivimos. Y cuando compartes conmigo tu conocimiento, me siento especial, en absoluto estúpida o ignorante. Tienes una forma de hablar que me hace sentir… emocionada.

—¿Puedo pedirte algo? —Ella asintió con un gesto—. Si alguna vez hago o digo algo que te moleste, ¿serás sincera conmigo y me lo explicarás? Yo… necesito tener la seguridad de que no te ofenderé y no dirás nada por compromiso o algo parecido. Con Darlene tengo un pacto, si alguna vez me equivoco, ella me lo dice sin reservas.

—¿Y si eres tú el que se ofende?

—Puede que me moleste algo, claro, pero prefiero las cosas claras y de frente, no

comprendo las dobles intenciones o las ambigüedades.

—Aceptaré ese pacto contigo si puedo pedir algo a cambio. —Brodie la miró con intensidad solo un segundo—. Que si yo hago algo o digo algo que te moleste, serás sincero conmigo. Es lo justo. —Le sonrió—. Me encanta pasar tiempo contigo, eres sincero y contigo me siento segura. Y desde que me fui de Boston, no he dejado de tener esa sensación de que alguien me persigue.

—Aquí estás a salvo.

—Durante un tiempo, sí —sonrió con tristeza—. Hasta que mi hermano empiece a atar cabos y mande a alguien a por mí.

—¿Por qué ese interés en encontrarte? A ojos de la sociedad estás arruinada, ¿no es cierto? —Ella asintió, sorprendida—. En ese caso, no tiene sentido que quiera encontrarte. Es más, debería rezar para que nunca aparezcas, así él se quedaría con todo.

Chloe suspiró y le miró.

—Es por el hombre al que me prometió sin decirme nada y sin mi consentimiento. —Brodie se tensó de la cabeza a los pies—. Le dio mucho dinero a mi hermano a cambio de tenerme para él. —Se retorció las manos con fuerza—. Yo… no puede encontrarme porque… —Cogió aire para darse ánimos—. Me ofreció casarme con él, ser una mujer respetable, pero si Henry Diller me pone las manos encima después de mi huida… bueno, tomará por lo que ha pagado pero sin el matrimonio.

—¡Eso es una ignominia! ¿Cómo puede tu hermano permitir semejante actitud?

Los ojos de Chloe se humedecieron.

—Porque él es mi dueño —susurró.

—Cuéntamelo.

Brodie la tomó entre sus brazos y la guio hasta el sofá del fondo, se sentó y la colocó sobre su regazo.

—Esto es del todo inapropiado —murmuró ella pero no hizo el más mínimo gesto para levantarse de donde estaba.

—Aquí es donde perteneces —la besó en los labios con delicadeza —cuéntamelo.

De lo último que ella quería hablar era de su pasada vida en Boston, de su relación atormentada con su hermano o del futuro lleno de desagracias que le esperaba si conseguían encontrarla. No quería recordar, no quería pensar en todas las razones por las que había huido, no quería… y sin embargo, no fue capaz de negarse.

Sentada sobre las piernas de Brodie, con sus brazos rodeándole el cuerpo, con el calor que él desprendía consolándola… ¿cómo podría negarse?

Estaba demasiado cerca de él y sin embargo no se sentía intimidada pese a la diferencia de tamaño entre ellos. No se sentía asustada pese a que claramente él era muchísimo más fuerte que ella y podría dominarla sin problema alguno. No se sentía coaccionada porque algo dentro de ella le decía, con total seguridad, que si le pedía que la soltase, él no tardaría ni un segundo en hacerlo y alejarse de ella.

Así que cogió aire profundamente y le miró a los ojos, aunque él no le mantuviese la mirada, porque si iba a tener que hablar de todas esas cosas, de todas las desgracias de su vida, ¿qué mejor momento y lugar que ese? Estaban los dos solos, ella sobre él, protegida por sus fuertes brazos.

Él tenía razón, sentía como si ese fuese el lugar al que pertenecía.

Y de nuevo se sintió profundamente egoísta, porque iba a disfrutar de aquella posición tan inmoral, tan poco apropiada e iba a atesorar esos momentos toda su vida. Si al final, su hermano daba con ella y volvía a Boston, tendría sus recuerdos para soportar los días y aunque ella quería y deseaba mucho más de las atenciones de Brodie, supo que en ese mismo momento, todo era perfecto y que estaba viviendo uno de esos instantes que se le quedaría grabado para siempre en su corazón.

—Las ambiciones de mi hermano van más allá de… —Tomó aire en profundidad—. Más allá de tener dinero o poder. Él… no sé cómo explicarlo, Brodie, tampoco tengo pruebas, solo retazos de conversaciones escuchadas a escondidas.

—Sé que es contrario a Lincoln, así que es esclavista, ¿qué más hay?

Chloe cerró los ojos un instante y apoyó su cabeza en el hombro del escocés. Olía tan bien… una mezcla de brezo, hierbas aromáticas con un toque cítrico y Brodie. Era embriagador.

—Es amigo cercano del general Lee —Brodie la miró a los ojos—. Y sé que se ha reunido con varios militares más de la causa Confederada.

—Entiendo, hablas de traición. —Le apartó con suavidad un mechón de pelo—. Si alguna vez volvieses a América, podrías destruirle. —Ella asintió—. Tal y como están las cosas, el gobierno de Lincoln es el claro vencedor.

—También es amigo de Jefferson Davis.

—Ah, el elegido como presidente de los Estados Confederados —ella asintió —¿y qué importancia tiene el hombre con el que te prometió?

—No lo sé, sé que son amigos desde hace muchos años, pues Henry ya hacía negocios con mi padre, pero yo nunca he tenido trato con él, nunca me ha gustado su forma de mirarme.

—Comprendo —la atrajo hacia su cuerpo —pero ahora estás a salvo, en este instante, estás completamente a salvo.

Y que Dios la perdonase, pero ella se sentía absoluta y completamente a salvo con él.

Podría quedarme aquí el resto de mi vida.

Durante varios minutos permanecieron en silencio, Chloe escuchaba el tranquilo latir del corazón de Brodie y eso la relajaba a ella, apoyó la cabeza sobre su hombro de nuevo y sonrió.

—¿Sabes? En Boston a veces me escapaba, me ponía ropas de criadas y salía a la calle.

—¿No tenías libertad de movimiento? —preguntó el escocés.

—Más o menos —suspiró —podía ir donde quisiera siempre y cuando fuese a lugares que mi hermano aprobaba o con personas que le debían algún favor.

—¿Y dónde ibas cuando te escapabas?

—A escuchar a las sufragistas, a los políticos progresistas… —Brodie soltó una risita y ella frunció el ceño—. ¿Te parece ridículo?

—En lo más mínimo. —La miró a los ojos y sonrió—. Darlene es una fiel defensora de las sufragistas. Tiene libros de Mary Wollstonecraft, de Louis Otto-Petters, aunque quizá la conozcas como Otto Stern. También tiene transcripciones de discursos de Susan B. Anthony y Elizabeth Cady Stanton.

—Conocí a Elizabeth Stanton. —Brodie la miró a los ojos solo un instante, pero ella sabía que estaba prestándole toda su atención—. Incluso llegué a conocer a Anna Elizabeth Dickinson. ¿Sabes que la llaman la Juana de Arco de la causa de la Unión? —Brodie negó con la cabeza—. En una de las ocasiones la escuché en el Music Hall, fue impresionante. —Encogió un hombro —. Nos escribimos algunas cartas, pero mi hermano empezó a registrar mis cosas y temí sus represalias, así que me despedí de ella y terminé la correspondencia.

—Tu hermano no sabe lo que es ser un hermano mayor —la miró un instante y la besó en la sien.

—¿Te molesta? Quiero decir, ¿alguna vez el conde te ha tratado así? —él la miró confuso y negó con la cabeza.

—No, mi hermano siempre ha sido bueno conmigo. Es un gran hermano mayor, un buen conde y un buen laird. Siempre me ha cuidado y siempre ha estado a mi lado. —La miró y la besó en la mejilla; su cuerpo casi le obligaba a tocarla de alguna forma. Pensó que los besos castos serían menos atrevidos que lo que realmente quería hacer con ella. Se obligó a centrarse en el tema del que estaban hablando—. Aunque sí que me pone de mal humor saber que no has sido cuidada como deberías.

Chloe soltó una risita y le miró sonriente.

—¿Y qué opinas de que lea a mujeres como ellas, que haya acudido a sus charlas y que piense que ellas son el futuro de las mujeres?

—Es un tema sobre el que tanto Ewen como yo hemos discutido con Darlene. —La acercó más a él—. Soy consciente de las restricciones que sufrís las mujeres por la condición de ser mujer. —Encogió un hombro—. Creo que no todas están preparadas para obtener lo que piden, pero también creo que al igual que los hombres tenemos el derecho de equivocarnos, vosotras deberíais tener las mismas opciones. —Cogió aire—. Jamás me parecerá bien que una mujer trabaje en una mina, por ejemplo, ni que algunas sean obligadas a ser prostitutas. —La miró un instante—. Mi padre nos educó con la premisa de que la fortaleza del hombre nos la dio Dios para proteger a la mujer, pues sois las mujeres las que cuidáis de los hombres, de los hijos, las que mantenéis el hogar… a mí me parece bien.

—Tenía la esperanza de que dijeses algo así. —Se recolocó mejor sobre él y sonrió—. La madre de Raychel nos llevaba a los mítines, a charlas… en su casa se tenían acalorados debates sobre los derechos de la mujer. —Soltó otra risa—. Katelinn me dijo una vez que su marido discutía con ella solo por llevarle la contraria. —Él le acarició el pelo y ella se estremeció, pero cuando él quiso apartar la mano, ella se lo impidió y él comprendió lo que ella quería—. Y creo que tenía razón. Howard educó a Raychel para que fuese su heredera, se enfrentó a mucha gente

y se ganó muchos enemigos, pero no se rindió.

—Puedo imaginarlo. —Brodie sonrió—. Mi hermana Seraphine tenía unas peleas horribles con su marido. Al principio, tanto Ewen como yo interveníamos y entonces ella se enfrentaba a nosotros. —Respiró despacio—. Nunca terminé de entenderlo, pero cuando le preguntaba a ella, siempre me decía: Brodie, es mi marido, me quiere. Solo nos enfadamos para poder hacer las paces.

—Oh —Chloe se sonrojó —¿era bueno con ella?

—Sí, la amaba con locura, hasta yo me daba cuenta de que el sol brillaba más para él cuando mi hermana entraba en la habitación. La cortejó durante meses y ella le volvía un poco loco. —Sonrió de nuevo—. Pero se querían. Cuando murió… bueno, él perdió la cabeza.

—Lo siento —le puso una mano en el pecho —les perdisteis a los dos.

—Más o menos. Seraphine estaba embarazada, pero apenas teníamos trato con Gavyn, era más extraño que yo, pero entendía a mi hermana y ella le entendía a él.

—Bueno, a fin de cuentas, eso es lo que importa, ¿no?

—Sí.

—Yo… creo que te comprendo, Brodie.

Y sintiéndose del todo atrevida, le dio un casto beso en la comisura de los labios.

La observó de reojo durante un buen rato mientras ella se mantenía tranquila entre sus brazos.

Brodie supo que eso es lo que él siempre había deseado. Tener entre sus brazos, sobre su regazo, a una mujer que le comprendiese, con la que pudiese hablar, acariciar y besar sin que ella le temiese. Una mujer que le miraba a los ojos, que le sonreía con dulzura y que parecía que no tenía la más mínima prisa por alejarse de él. Alguien con quien compartir una vida entera llena de conocimientos, aprendizaje, pasión, lujuria…

Su corazón dio un vuelco y la apretó más contra él.

Ambos permanecieron en silencio, él deseaba más, lo deseaba todo de ella, pero hasta él comprendía que a una mujer como Chloe no la podía tratar como a las mujeres del pueblo. Su hermano le había dicho que tenía que ser sincero, con ambos. Y aunque quería conocer las respuestas que ella le daría, ese momento estaba siendo tan perfecto que no quería que terminase nunca.

Capítulo 15

Brodie entró en el despacho de su hermano esa misma noche después de cenar.

—Me alegra que hayas arreglado las cosas con la señorita Hudson.

El joven apretó los puños y no respondió. Estaba tan tenso y tan frustrado que temblaba y en cuanto Ewen se percató de en qué estado estaba su hermano pequeño, se levantó de un salto y se acercó a él.

—¿Qué es? ¿qué te ocurre?

—Necesito una pelea, Ewen. —Su hermano le miró sin comprender—. Ahora no puedo explicar… —Cerró los ojos un instante y apretó la mandíbula con tanta fuerza que el conde pensó que iba a partírsela—. Me dijiste que acudiese a ti, que yo…

—Sí, siempre —le puso las manos en los hombros —a puñetazos o a espadas.

—Me da igual, no, con espadas, necesito… sangre.

—Déjame que avise a la señora Munro y vamos a la zona de entrenamiento.

Brodie salió disparado de su despacho y el conde le miró lleno de tristeza. Su hermano sufría tanto por aquellos que se habían ganado un pedazo de su corazón que ese sufrimiento a menudo amenazaba con destrozarle.

Salió al pasillo y cuando encontró a su ama de llaves, le explicó la situación, al igual que le pidió que avisase a la condesa para que no le esperase despierta.

Cuando llegó a la zona de entrenamiento, su hermano ya se había quitado la chaqueta, el chaleco y la camisa tan elegantes con los que había acudido a cenar. Él le imitó y se quedó solo con los pantalones y los zapatos. Un instante después, Brodie le lanzó una pesada espada que había pertenecido a su padre y no tardó en atacar.

Las espadas cortaban el aire con un agudo silbido cada vez que alguno de ellos hacía un movimiento. Brodie descargaba golpes con toda la fuerza que había acumulado en su interior. Cada choque de metal resonaba en la noche acompañado por el aliento agitado de los hermanos y el eco de sus pasos sobre la arena.

Ewen, más experimentado y más controlado, bloqueaba los ataques de su hermano con precisión, dejando que la rabia de Brodie se disipara en cada movimiento de espada. A pesar del

descontrol inicial, Brodie comenzó a encontrar un ritmo constante en su forma de combatir, canalizando así toda su ira en golpes calculados y certeros de los que Ewen tenía que protegerse con toda su habilidad.

La tensión que les rodeaba era casi palpable. No obstante, a medida que la pelea continuaba, Brodie parecía encontrar una especie de calma en el caos de la lucha. Cada golpe, cada movimiento, era una liberación de las emociones que lo atormentaban, un alivio de todo cuanto había conseguido encerrar mientras cenaban como si él fuese un hombre civilizado. Algo que no era en absoluto. Al menos desde que Chloe había dicho aquellas palabras que le habían atravesado como un cuchillo. Se había sentido tan embriagado por ella que no le había devuelto el beso, ni siquiera había sido capaz de responder.

Yo… creo que te comprendo, Brodie.

Cuando finalmente ambos hermanos cayeron rendidos al suelo, agotados y llenos de sudor, Brodie estaba más sereno y a juzgar por la relajación que se veía en su rostro, ya volvía a tener sus emociones bajo control. La rabia que le había llevado a combatir como si estuviesen en Culloden se había evaporado.

Ewen tenía preguntas que hacerle, pero también era consciente de que hacerlas solo alteraría a su hermano de nuevo y no quería enfurecerle ahora que había conseguido que se calmase.

Se quedaron tirados en el suelo durante algunos minutos, respirando pesadamente, dejando que las estrellas de aquel cielo despejado les confortasen.

El conde se levantó y Brodie le imitó, poco después, le sumió en un poderoso abrazo que transmitía todo el apoyo, el cariño y la confianza que Ewen tenía en su hermano.

—Lo has hecho bien —le susurró al oído —nunca dudes de mí, siempre voy a estar para ti. Pase lo que pase, puedes contar conmigo.

—Lo sé.

Ambos se vistieron y cuando iban a separarse para dirigirse cada uno a su hogar, Brodie detuvo a su hermano con una mano en el brazo y le miró un segundo a los ojos.

—Gracias —cuando Ewen fue a protestar, le detuvo con un gesto —no por esto de ahora, sino por todo, por protegerme, por quererme siempre, pese a lo… imperfecto que soy. Por no rendirte conmigo y por no abandonarme, pero sobre todo, te doy las gracias por haber cuidado siempre de Seraphine, por haberla protegido y haberla amado como lo hacías, ella siempre supo que si ella caía, tú estarías ahí para cogerla y yo siento lo mismo.

—Brodie.

—Te quiero hermano, eres la persona a la que más quiero en este mundo.

El conde tragó con fuerza y abrazó de nuevo a su hermano pequeño, le palmeó la espalda y le retuvo contra él hasta que su corazón dejó de golpearle con fuerza las costillas. Jamás había conocido a un hombre tan valiente como Brodie, no se protegía nunca, de nada. No se andaba por las ramas y decía lo que sentía sin tapujos, sin miedo a que se le considerase menos hombre, porque todo el mundo sabía solo con mirarle, que Brodie era un escocés de los pies a la cabeza. Más duro que la mayoría, más fuerte de lo que se podían imaginar.

Brodie se dirigió a su casa al galope, pese a la pelea con su hermano aún sentía que le hervía la sangre, podía pensar con mayor claridad, pero no podía deshacerse de la rabia que le invadía cada vez que pensaba que Chloe había sido una prisionera toda su vida y lo peor era que a veces parecía que ni siquiera se daba cuenta.

Las revelaciones que le había hecho sobre las inclinaciones políticas de su hermano eran un arma poderosa contra él, pero eso solo sería en América, si Chloe tenía razón y él no dudaba de ello, si iba a buscarla a Escocia no podrían hacer nada contra él, porque los escoceses ya tenían bastante con su pelea eterna contra los ingleses —aunque en esos momentos todos se comportasen como seres civilizados y fingiesen ser amigos—, como para preocuparse de lo que sucediese al otro lado del océano.

Y sin embargo, cuanto más tiempo pasaba con ella, más se sentía como un bárbaro y un guerrero medieval. A menudo fantaseaba con la idea de secuestrarla, retenerla en su casa a salvo de todo y de todos y dedicarse en cuerpo y alma a protegerla y a amarla de la forma más feroz que se le ocurría.

La señora Froom le esperaba en la puerta cuando llegó, se bajó del caballo de un salto y un mozo se hizo cargo de la montura.

—¿Algún corte importante? —preguntó la mujer evaluándolo con la mirada.

—Ni siquiera un rasguño.

—¿Esto es por la mujer? —Él la miró un instante pero no respondió—. Bueno, si he de decir algo, diré que al menos has elegido una dama. —Entraron en la casa y le cogió la pesada capa—. ¿Hay algo de lo que deba preocuparme?

—No lo creo —se dirigieron a su estudio y se dejó caer sobre el sofá —hablo con Ewen y con Darlene.

—Bien.

Cuando la buena mujer iba a salir, Brodie la llamó de nuevo.

—¿Cree que podría hacer feliz a una mujer? ¿que alguien aparte de la familia podría llegar a quererme?

Los ojos del ama de llaves se encharcaron.

—Mi querido y tonto niño. —Se acercó y le acarició el rostro—. Algún día harás muy feliz a una mujer y ya hay mucha gente de fuera de la familia que te quiere. —Le pellizcó la mejilla —. Eres un buen hombre, Brodie McCrorey, igual de extraño que tu padre e igual de bueno. Y él encontró a tu madre.

***

A la mañana siguiente, Chloe se despertó con una sonrisa en los labios.

Hablar con Brodie le había quitado un gran peso de encima y aunque no se lo había contado todo porque se avergonzaba y se sentía humillada, sí que le había hecho partícipe de sus mayores

temores.

Porque lo que más temía en la vida era que Arthur, su hermano, la encontrase. Pensar en él le pellizcó el corazón.

Durante ese tiempo en el castillo, había sido testigo de primera fila de cómo Ewen trataba a su hermano y de cómo trataba a su esposa, pero no solo a ellos. También a los demás habitantes del castillo y de Falstone. Nunca le faltaba una sonrisa para una mujer, un gesto cómplice para un hombre o bromas para los chiquillos.

Los niños del lugar le adoraban y a menudo le pedían que se uniese a sus juegos, el conde rara vez accedía porque tenía muchísimo trabajo, pero jamás les ofendía ni les hacía sentirse inferiores.

Ella jamás había sentido la más mínima amabilidad por parte de su hermano y eso la entristecía y la enfurecía al mismo tiempo.

Y sin embargo, pese a haberle contado a Brodie todo aquello sobre su hermano, su corazón se sentía ligero y aliviado. Habían pasado más de dos horas a solas en la biblioteca, ella sentada sobre él, con los poderosos brazos alrededor de su cuerpo. Incluso se habían besado con cierta timidez y ella había deseado llegar más lejos, saber qué podría llegar a sentir con él, pero también fue consciente de que aquel momento había sido casi mágico y había alimentado los imposibles sueños que ella albergaba en lo más profundo de su corazón.

Brodie sería un marido maravilloso. Tierno, dulce, cariñoso y protector con su mujer y sus hijos.

El corazón le dio un vuelco.

¡Qué afortunada será la mujer que se case con él!

No pudo evitar el pellizco de los celos y el dolor que ese pensamiento le provocó.

—¿Va a ser usted la mujer de Brodie?

Chloe se detuvo de repente y miró a aquel niño que la observaba a su vez con gran interés. Tenía unos preciosos ojos del color del caramelo, unos rebeldes rizos oscuros y la mirada de un niño que ha vivido más de lo que debería con su tierna edad.

—¡Brian!

La mujer llegó hasta él y le sujetó del brazo pero sin hacerle daño, aunque Chloe frunció el ceño.

—¿Qué te he dicho de molestar a los invitados del conde? —le preguntó sin soltar a la niña pequeña que llevaba sujeta con la otra mano.

—¡No la estoy molestando! Solo he preguntado —el niño se cruzó de brazos y miró desafiante a su madre —Raychel dice que si no pregunto no puedo aprender y Casie dice que siempre que no insulte, ofenda, amenace o grite, las preguntas pueden hacerse y que es privilegio de la otra parte responder o no hacerlo.

Chloe no puedo evitar reírse y la mujer la miró a los ojos.

—Milady, disculpe…

—No soy lady —la corrigió aún con la sonrisa en los labios—. Solo soy Chloe. —El niño abrió los ojos como platos—. Lo siento, pero su hijo tiene razón. —Se encogió de hombros—. Además, mis amigas tienen razón.

—¿Es usted amiga de Raychel y Casie? —preguntó el niño claramente emocionado.

—Así es, nos criamos juntas en Boston, su casa estaba al lado de la de mi familia —le tendió la mano —por cierto, un placer conocerte, Brian.

—¡Se me ha olvidado hacer las presentaciones! —exclamó el niño, haciéndola reír, pero él se puso serio—. Señorita Chloe, permita que le presente a mi madre, Fía Hood. Ella es mi hermana, Bonnie, y yo me llamo Brian.

—Es todo un honor y un placer conoceros a todos, ¿me permitís tutearos? —Miró a la mujer, que estaba sonrojada—. Eres la esposa del doctor, ¿verdad?

—Sí —intervino el chico—. No somos sus hijos de verdad, pero es nuestro padre, él quiere eso y nosotros también. —Miró desafiante a Chloe y esta asintió con seriedad.

La mujer estaba claramente avergonzada.

—Lo lamento, la duquesa siempre dice que…

—Que no hay que sentirse inferior por nuestro origen o nuestro pasado —intervino ella—. Que lo único que importa es que demostremos cada día que somos la mejor versión de nosotros mismos y el mundo terminará por comprender que merecemos un lugar digno en él.

Los ojos de Fía se humedecieron.

—¡Sí que conoces a las hermanas! —exclamó Brian emocionado.

—Ya te lo dije. —Le revolvió el pelo—. Eso lo solía decir su padre. —Recordó con auténtico cariño—. Howard era el hombre más inteligente que he conocido.

—No, ese hombre es Brodie —sentenció el niño con descaro y la hizo reír.

—Bueno, no has conocido a Howard —le miró sonriendo —yo creo que era tan inteligente como Brodie, ¿eso te parece mejor?

—Supongo.

—Tenemos que irnos, no deberíamos entretenerla tanto…

—Me ha gustado conoceros —le colocó una mano con delicadeza en el brazo —gracias por deteneros a charlar conmigo, espero que podamos repetirlo algún día.

—Mamá, ¿por qué no la invitas a tomar el té a casa?

—Brian… —la mujer se llevó una mano a la frente y la miró azorada —no le haga caso, yo…

—Me encantaría —la mujer palideció —si no es molestia, por supuesto.

—No, no… yo… —la vio mirar a su alrededor confusa —claro que puede venir a casa cuando quiera, ¿sabe dónde es?

Le explicó cómo llegar hasta la casa y poco después se despidió con prisa y casi arrastró a sus hijos tras ella.

Chloe se quedó confusa y sin comprender muy bien qué había pasado.

Continuó paseando y saludando a unos y a otros sin dejar de sentirse extraña por el comportamiento de aquella mujer. Ella no entendía qué había de raro en que una mujer viuda con dos hijos se casase de nuevo. No había nada malo en ello. Las mujeres debían mirar por su propio bien y si la señora Hood había encontrado a un médico que la protegiese a ella y a sus hijos… suspiró y recordó las charlas a las que había ido en Boston.

Era muy triste esa forma de pensar. Y soñaba con el día en el que las mujeres no tuviesen que entregarse a un hombre para poder sacar adelante a su familia. Un día en el que pudiesen casarse por amor, que la relación no fuese abusiva e injusta, sino que fuese segura y en igualdad de condiciones.

En un mundo así, ella no tendría que haber huido de su casa para ocultarse en un rincón de Escocia, no tendría que depender de la caridad de unos extraños para protegerse de hombres como Henry Diller o su hermano Arthur.

Sus mejillas se sonrojaron al darse cuenta de que estaba viviendo gratis en un magnífico castillo, que disponía de doncella para su cuidado, de comidas sabrosas, de preciosos vestidos y todo cuanto necesitase. Pero que nada de eso se lo había ganado, lo tenía porque Raychel y Casie la querían como a una hermana.

Pero en realidad, no era más que una rémora, un parásito que se aprovechaba de la estela que las Beasley dejaban a su paso.

Y se sintió avergonzada y muy triste, porque además de tener una situación que claramente no se merecía, había estado tonteando con el hermano pequeño del conde. Como si un hombre tan sumamente maravilloso como Brodie, pudiese sentir por ella algo más que lujuria pasajera.

La sangre se le heló en las venas. ¿Y si era eso lo que él quería de ella? ¿Y si la consideraba una mujer sin moral alguna? A fin de cuentas había huido de su hogar en plena noche, le había pedido ayuda a un hombre y no dudaba en quedarse a solas con Brodie, aunque sabía que en eso estaba muy mal visto. Y el día anterior, no solo le había permitido tomarse ciertas libertades sino que ella misma se las había tomado con él.

Sus mejillas se sonrojaron y el corazón se le aceleró.

Oh, Dios…

Confusa por sus propios pensamientos y sentimientos encontrados, Chloe se detuvo frente a los jardines del castillo sintiendo el abrumador peso de la incertidumbre. Había huido de una situación opresiva en su hogar en Boston solo para encontrarse en una posición igual de incómoda en Escocia.

Era consciente de que se había dejado llevar por la energía de las Beasley y en ese mismo instante, se preguntó por primera vez, si había hecho lo correcto al aceptar esa generosidad que en ellas era algo innato. Miró a su alrededor y otra pregunta le vino a la cabeza, ¿había hecho bien en refugiarse en aquel lugar?

Ella quería a las Beasley como a sus hermanas, pero en esos momentos no podía evitar sentirse como una carga para todas aquellas personas. Su independencia y orgullo, ambas aprendidas de Katelinn Beasley —la madre de las hermanas—, se veían acicateados y casi

heridos por la realidad de su situación.

Su vida en Boston no había sido agradable, al menos desde que las hermanas se fueron. Las miradas desaprobadoras, los susurros a su espalda, la constante opresión y el control al que se veía sometida por parte de su hermano, habían convertido su vida en un yugo de infelicidad y resignación. Y sin embargo sentía nostalgia de la ciudad que la vio nacer, crecer, madurar y encontrar una familia al otro lado de la calle. Las risas con sus amigas, los paseos por el parque, las visitas a los museos y sobre todo, las tardes dedicadas a su auténtica pasión: el dibujo y la pintura. Algo que no había vuelto a disfrutar desde hacía tanto tiempo que casi no recordaba el olor de las pinturas.

Podía decir sin miedo a equivocarse que se encontraba en la mayor encrucijada de su vida. Por un lado ansiaba la libertad y la oportunidad de perseguir sus sueños sin restricciones, algo que con Brodie se le antojaba un futuro absolutamente perfecto, pero por el otro, se sentía abrumada por la responsabilidad de reconstruir su vida en un lugar desconocido.

Suspiró.

Además de todo eso, estaba Brodie y sus sentimientos. Era el único hombre que había despertado en ella esas emociones que no comprendía, pero que la hacían desear más. La atracción que había entre ellos era totalmente nueva para la joven y todo era tan intenso que aunque ansiaba más de él, también temía lo que eso podría significar.

¿Realmente podía confiar en sus sentimientos hacia él? ¿o era solo una ilusión, una forma muy eficaz de evadirse de sus problemas? No sabía qué camino debía tomar y tampoco tenía a nadie con quién pudiese hablar y pedirle consejo. ¿O quizá estaba pecando de soberbia al imaginar que él quería algo serio con ella?

Sacudió la cabeza y cerró los ojos un instante.

Entre los gruesos muros de ese castillo era fácil olvidarse del mundo real, de cómo eran las cosas en realidad.

Brodie era el hermano pequeño del conde, seguramente administraría unos fondos más que generosos, tenía buenas relaciones con la mayor parte de los lugareños y la generosidad que demostraba con las mujeres en situaciones peligrosas no era más que la guinda del pastel que él era como hombre.

El mejor partido de Escocia, seguramente.

Capítulo 16

—Ven, me gustaría enseñarte algo.

Chloe miró a Brodie y sonrió. No podía ni quería evitarlo, cuando él estaba con ella, se sentía más tranquila, más segura y más centrada.

La conversación que habían tenido en la biblioteca en la que ella había empezado a abrirse a él había sido un punto de inflexión en su relación, fuese esta cual fuese. Pero lo cierto era que Chloe sentía que cuando él estaba cerca, la energía del aire cambiaba y todo era más excitante, más hermoso. La confianza que había entre ambos, al menos por su parte, era sincera y profunda y aunque habían pasado un par de días en los que apenas se habían visto, sentía que avanzaban juntos en la misma dirección y eso la asustaba en la misma medida que la hacía sentirse inquieta, nerviosa y totalmente emocionada.

A veces seguía pensando que ella no era digna de él y menos con los problemas que le iba a acarrear si su hermano finalmente la encontraba, pero entonces él sonreía y ella se olvidaba de todo. O peor aún, le besaba la mano y la miraba un instante a los ojos y ella se perdía en aquellos verdes valles donde se quedaría toda la vida.

La guio a través del castillo hasta la planta superior, allí accedieron a una de las habitaciones que tenía una puerta al fondo, al traspasarla, se encontraron con unas escaleras de caracol que les dejó en lo más alto de una de las torres.

Las vistas eran impresionantes.

La joven miró a su alrededor y suspiró maravillada por la belleza del paisaje que se extendía ante ella. Desde aquel punto tan alto, podía ver todo lo que les rodeaba: los verdes prados ondulantes, los bosques frondosos y los picos nevados de las montañas más alejadas. El cielo tenía un precioso color azul intenso, vibrante, que la hizo sonreír.

—Es increíble —murmuró Chloe mirando de reojo al escocés.

Brodie sonrió mientras observaba con detalle la expresión de ella. Había tenido la esperanza de que Chloe disfrutase de las vistas y que encontrara la inspiración apropiada para que volviese a practicar su arte. Había subido todos los objetos que pensó que podría necesitar: un caballete, varios lienzos, pinturas, pinceles, un cuaderno de dibujo, lápices de colores y carboncillo.

—Pensé que quizá te gustaría venir aquí a practicar tu dibujo y tu pintura —se encogió de

hombros mientras miraba hacia donde estaban los materiales.

—¡Oh! Eso es… gracias, muchísimas gracias.

La emoción que sintió Chloe al ver todas las molestias que Brodie se había tomado por ella, le calentó el corazón de una forma como jamás antes había sentido. No era solo que le hubiese proporcionado el material que podría necesitar, es que además estaba todo pulcramente ordenado y era más que evidente que había sido trasladado con cuidado.

Y que lo había hecho por ella.

Sin pensar demasiado en lo que hacía, se acercó y le besó en la mejilla.

—Gracias.

—No hay por qué.

Brodie la miró con intensidad y un instante después la estrechó entre sus brazos y la besó. En cuanto sus labios se tocaron, el mundo desapareció para ambos.

Chloe sentía que todo le daba vueltas. La fuerza de Brodie se veía más intensa por la delicadeza con la que la trataba. Sus caricias eran suaves, delicadas. Sus labios no le hacían daño, todo lo contrario, se mostraban ligeramente ansiosos por mostrarle más, pero no la forzaban y no la insistían hasta hacerla sentir incómoda.

Cuando la lengua de él le rozó los labios, Chloe gimió.

—Quiero seguir besándote —murmuró Brodie contra su mejilla.

—Hazlo.

El abrazo se tornó más íntimo y la joven pensó que nunca en la vida se había sentido tan protegida ni tan… satisfecha. Las manos de Brodie resbalaron por su cuerpo hasta colocarse en sus caderas y notó, con total claridad, la muestra de deseo del escocés. Chloe se sonrojó de la cabeza a los pies, pero no se apartó, si acaso, apretó con más fuerza sus brazos sobre los hombros de él.

—Me encantaría que estuviésemos en un lugar menos público —gruñó Brodie, pegando su frente a la de ella—. Tengo que irme. Si me quedo aquí un minuto más, se me va a olvidar que eres una dama respetable y que estamos a la vista de todo Falstone.

Ella le miró con los ojos brillantes de deseo y jadeando aún por la experiencia vivida pero no le detuvo. Algo en su mirada le advirtió que sus palabras no eran una simple forma de hablar, que de verdad se sentía al borde del abismo y por mucho que ella ansiara estar más tiempo con él, no estaba segura de querer hacerlo a la vista de todo el mundo.

Y tampoco se sentía preparada para llegar mucho más lejos. Aunque lo deseaba. Mucho.

Ese beso había sido lo más escandaloso que ella había hecho en toda su vida, casi más escandaloso que huir de su casa a medianoche. Se había permitido enredar sus dedos en aquel sedoso pelo y se había pegado de forma impúdica al fuerte cuerpo del escocés, sus pechos casi se salen del escote del vestido por el gesto y las manos de él le tocaron partes del cuerpo que no sabía que podían darle tanto placer.

Aún jadeando, comprobó que él le había bajado el vestido un poco y sus dedos paseaban inquietos por su clavícula y sus hombros. Sus ojos eran dos pozos de pasión incontrolada.

Y de pronto, cuando él se alejó de ella sin apenas mirarla y sin decir nada, la realidad de su situación la golpeó con tanta fuerza que le impidió respirar con normalidad.

—¿Me has besado de esa manera tan fervorosa porque mi reputación está destrozada? ¿por qué crees que soy… inmoral?

Brodie, que estaba camino a la salida, se giró bruscamente y en dos zancadas se plantó frente a ella de nuevo.

—No, te he besado porque te deseo, porque me resultas una mujer fascinante y porque quiero más de ti, pero aún no estás preparada. —Enmarcó su rostro con ambas manos—. Tu reputación no está destrozada, ni mucho menos. Y, desde luego, le rebanaré el cuello a todo aquel que insinúe que eres… —Apretó los dientes con fuerza—. Eres una dama, Chloe, y te trato como a tal. He perdido el control un momento y por eso te he besado así, algo que no se repetirá más.

Aquellas palabras le sonaron como una amenaza.

—No lo entiendo —murmuró —¿he hecho algo malo?

Brodie sonrió, esa sonrisa que solo le dedicaba a ella.

—No. —La besó con dulzura, apenas un leve toque de sus labios—. Pero a una mujer como tú no se la trata así, al menos, no en público. —Suspiró y retiró sus manos de ella—. Y yo quiero más, muchísimo más, pero aún no estás lista.

—¿Qué es lo que quieres? Dímelo —sujetó aquel fuerte brazo y él se estremeció.

—Te quiero en mi cama cada noche, cada mañana, a mi lado cada día —Chloe se llevó las manos a la garganta—. Te quiero desnuda, vestida y entre medias. Te quiero como a una amiga, como una amante, como mi esposa.

Un jadeo salió de la joven que le miraba con los ojos como platos.

—Pero no estás lista para todo lo que yo quiero. —Le acarició el rostro y la besó en la mejilla—. Por eso tengo que irme, ¿lo entiendes? —Ella consiguió asentir a duras penas—. Bien, que tengas una buena mañana.

Y sin más la dejó sola.

Sabía que seguramente ella se ofendería, pero tenía que irse o la tomaría allí mismo, sobre la gravilla del suelo. Y durante el intenso beso que habían compartido, algo le decía que ella no hubiese puesto resistencia alguna. En cuanto llegó al patio del castillo se subió en su montura y salió al galope, tenía que haber algo que pudiese librarle de la energía que estaba acumulando, sentía la sangre bullendo en sus venas, su corazón latiendo acelerado y su mente centrada en desnudar a Chloe de la forma más rápida posible.

A una hora más o menos de su propiedad había un lago de tamaño medio que a esas alturas del año ya estaría el agua medio congelada, pero no le importaba, porque de repente, el agua helada le parecía la mejor manera de enfriar su cuerpo y su mente.

Una vez allí se despojó de todas sus ropas y se zambulló de golpe. El intenso frío le cortó la respiración un instante pero ignoró la sensación y se dedicó a nadar como si le estuviesen persiguiendo.

Cuando su cuerpo ya no soportaba más la baja temperatura salió y se envolvió en el tartán que siempre llevaba a mano y observó la zona. En ese lago había sido donde su padre les había enseñado a nadar a Ewen y a él y de pronto, su mente se llenó con imágenes llenas de vida en las que su hermano y él enseñaban a nadar a Jocelyn y a un niño de cabellos cobrizos, ojos verdes y preciosa sonrisa.

Su hijo.

Tragó con fuerza.

No se había parado a pensar hasta ese mismo instante pese a lo que le había dicho a Chloe, pero él jamás había pensado que un día se casaría, aunque lo anhelase. Sabía que las mujeres le encontraban atractivo, pero pocas le toleraban más allá de un rato y desde luego, no podría compartir su vida con una mujer que no comprendiese su peculiar forma de ser. Pero Chloe le entendía y disfrutaba estando con él.

De pronto, podía imaginar su vida al lado de ella, teniendo hijos, nietos y enseñándoles todo lo que él sabía y si se equivocaba o se enfurecía porque no les comprendía, Chloe le haría entrar en razón y juntos tendrían la vida perfecta que su madre había imaginado para él cientos de veces.

Se sentó en la hierba y miró al horizonte.

Les echaba terriblemente de menos. Los fuertes abrazos de su padre cuando estaba tan triste y furioso que apenas podía respirar, las dulces y tiernas caricias de su madre cuando las heridas de las peleas le hacían llorar y las risas incontroladas de Seraphine cuando hacía una tontería tras otra solo para hacerle reír cuando se sentía melancólico.

Sí, les echaba de menos.

Miró al cielo y tragó con fuerza.

Hacía años que no hablaba de ellos con nadie, ni siquiera con Ewen.

***

La tormenta de emociones que la había barrido después del apasionado beso de Brodie, le dejó la mente confusa, el corazón acelerado y el cuerpo tembloroso.

Se pasó varios minutos sin ser capaz de moverse o de pensar y después, sus ojos se posaron sobre el material de pintura.

Él lo había hecho por ella. Su corazón dio un vuelco y una sonrisa se formó en sus labios, se acercó al caballete, montó un lienzo y comenzó a pintar.

Mi querido Brodie.

—Señorita Chloe.

Parpadeó y se giró para mirar a la señora Munro.

—Señorita, ya es la hora de cenar —la avisó —la hemos buscado por todo el castillo.

—Oh —se limpió las manos con el trapo y empezó a recogerlo todo —lamento las molestias, cuando pinto se me olvida todo lo demás.

La señora Munro se acercó con una sonrisa.

—Es precioso, señorita, tiene usted mucho talento.

Sonrojada, Chloe y el ama de llaves recogieron el material y lo metieron dentro de la habitación, después la joven se dirigió a su habitación para asearse y cambiarse de ropa. No podía presentarse delante de los condes con las manos llenas de pintura y oliendo a trementina.

Cuando llegó al salón sonrió.

Jocelyn estaba siendo acunada por su padre mientras su madre descansaba en un sofá. Chloe frunció el ceño, hacía días que no había visto a la condesa y su rostro mostraba signos de agotamiento.

—¿Te encuentras bien, Darlene? —se sentó a su lado y le cogió las manos.

—Sí, es que a la niña le están saliendo los dientes y llevo sin dormir varias noches.

—Porque te empeñas en no despertarme —le recriminó el conde —también es hija mía.

—No tengo energías ni ganas de discutir —Darlene miró a su marido—. Tienes un condado del que ocuparte, solo intento que puedas hacerlo descansado. No debería ser motivo para que te enfades conmigo.

Chloe sonrió. Si así eran las discusiones entre los condes, era más que evidente que se amaban con toda su alma.

—¿Puedo sugerir algo? —Los condes la miraron—. En Boston hay una mujer que es muy famosa debido a la buena mano que tiene con los bebés. Cuando les salían los dientes, solía darles un aro de madera pulido que había sido enfriado en hielo. Si el dolor persistía, a veces les aplicaba una crema con extractos vegetales.

—¿Y esos remedios funcionaban?

—Sí —asintió con la cabeza —yo misma vi en un par de ocasiones como los bebés dejaban de llorar.

—Hay que hablar con Brodie.

Nada más terminar de hablar el conde, su hermano hizo acto de presencia. Sus ojos se clavaron en Chloe hasta que todo el mundo se sintió ligeramente incómodo, algo de lo que él no se percató.

—Brodie, la señorita Hudson nos ha contado que en Boston hay una mujer que trata los dolores de los bebés cuando les salen los dientes —resumió el conde.

—Un aro de madera pulido enfriado en hielo —terminó la condesa —¿podrías hacerle algo así a Jocelyn?

—Por supuesto, mañana mismo lo tendrá por la mañana. —Se acercó y cogió al bebé entre sus brazos—. Mi princesa. —La besó en la frente con cariño y miró de reojo a su cuñada, pero le hablaba a la niña—. ¿Por qué no duermes esta noche conmigo y dejas dormir a tu pobre madre?

—Oh, no puedo pedirte eso —se excusó Darlene.

—Lo he dicho de forma amable, pero no era una petición —sonrió a la condesa y acunó a su sobrina que empezó a quedarse dormida—. He utilizado una de esas formas de hablar que me has enseñado.

Todos sonrieron y Chloe sintió que el orgullo la recorría.

—Si dejas que se duerma, te dará una noche horrible —vaticinó Darlene justo antes de bostezar —lo siento.

—No me importa en absoluto —respondió Brodie—. Haría cualquier cosa por ella. —Le acarició el rostro—. Daría mi vida entera por ella, sin pensarlo.

Chloe estaba fascinada. Jamás había visto a un hombre tratar así a un bebé y mucho menos a uno que no fuese suyo. Llevaba en el castillo el tiempo suficiente como para haber coincidido en más de una ocasión con Ewen mientras este se ocupaba de su hija. Muchas veces la envolvía en el tartán y se la llevaba a cabalgar, por supuesto al paso más lento del caballo, pero presumía de su hija tanto como le era posible.

Pero hasta ese momento, jamás había visto a Brodie en la misma situación. Aunque a juzgar por cómo la cogía y por la tranquilidad en los rostros de los condes, el escocés estaba más que acostumbrado a tener a la niña con él.

—Se te dan bien los niños —Chloe se acercó y sonrió —es una dama con suerte.

Él la miró a los ojos un instante y le devolvió la sonrisa.

—Ahora ya no es tan fácil, pero cuando era una recién nacida, me escabullía con ella y me la llevaba durante horas, hasta que el llanto me hacía saber que tenía hambre, entonces se la devolvía a su madre.

—¿Y Darlene no tenía nada que decir al respecto?

—Decía muchas cosas. —Encogió un hombro—. Pero las primeras semanas estaba tan cansada que a veces fingía que no me veía.

La americana rio y él la observó detenidamente.

—Eres preciosa. —Ella contuvo el aliento—. Disculpa, no debería haber dicho eso.

—Señorita Hudson, hermano. —Ambos se giraron y vieron a Ewen con su esposa en brazos, estaba totalmente dormida—. Me la voy a llevar a la cama para que descanse, ¿te haces cargo de Jocelyn?

—Por supuesto, me la llevaré a casa para que Darlene no se despierte con su llanto. —Miró a su cuñada con cariño—. ¿Está bien?

—Solo cansada —afirmó el conde —pero mañana le pediré al doctor que le haga una revisión.

—Cuídala —respondió Brodie —de la princesa me ocupo yo.

En cuanto el conde salió de la sala, la señora Munro entró y observó la escena.

—Cena para dos y un bebé —sonrió a Brodie —¿quieres que llevemos el balancín al comedor?

—Sí, y preparad todo para que pase la noche y el día de mañana conmigo.

Chloe estaba fascinada.

No era la primera vez que durante las comidas los condes tenían a su hija entre los brazos, algo que Brodie copió, ya que cenó sin soltar a la pequeña. Había intentado dejarla en el balancín un par de veces, pero ella se agitaba, se retorcía y lloriqueaba y su tío la sostenía de nuevo contra su pecho y se calmaba de inmediato.

Cenaron y hablaron en voz baja para no molestar a la niña.

Chloe le habló de lo que había pintado, de que se le habían pasado las horas sin darse cuenta y le agradeció una y mil veces que le hubiese hecho semejante regalo.

Durante el tiempo que duró la cena, Chloe no pudo evitar que su mente de nuevo divagase sobre lo que estaba viviendo.

Así serían las noches con Brodie a su lado. Una cena tranquila con sus hijos en sus brazos mientras ellos comían y charlaban de cómo les había ido el día. Quizá no tendría los mismos lujos que en el castillo, pero ella no los necesitaba.

Era una imagen idílica. Brodie le murmuraba palabras cariñosas a Jocelyn y esta le atrapaba el rostro entre sus pequeñas manitas y sonreía encantada.

Todo el cuerpo de Chloe se revolucionó. ¿Había algo más encantador que un hombre con un bebé en brazos? Ella lo dudaba.

“Te quiero en mi cama cada noche, cada mañana, a mi lado cada día, te quiero desnuda, vestida y entre medias. Te quiero como a una amiga, como una amante, como mi esposa”.

Las palabras de Brodie la golpearon con fuerza.

Su esposa.

Ese pensamiento la llenó de un intenso calor, su cuerpo parecía querer liberarse de todas las capas de ropa que llevaba encima. Sus pechos se habían vuelto pesados y la sensación era incómoda, por no hablar de cómo se sentía en el lugar secreto entre sus piernas. Su corazón galopaba en su pecho y sus manos…

Brodie se había puesto en pie y paseaba meciendo a Jocelyn con delicadeza entre aquellos poderosos brazos.

Y ella se moría de ganas por levantarse, rodearle la cintura con sus manos y besarle en la espalda.

Tragó con dificultad y se permitió imaginar que él llevaba a la niña hasta su habitación, la acostaba y después volvía con ella. Si eso sucedía, ella no se negaría, le daría todo lo que quisiese y un poco más.

Su respiración era pesada y cuanto más veía a Brodie con la niña en brazos, más sentía la imperiosa necesidad de quitarse la ropa.

Sus mejillas estaban totalmente enrojecidas y le ardía el rostro.

¿Qué me ocurre?

Brodie se giró y la miró con el ceño fruncido.

—¿Te encuentras bien? —ella consiguió asentir a duras penas —Jocelyn se ha dormido, creo que es hora de que me vaya.

Cuando pasó por su lado, se detuvo y la miró con intensidad a los labios.

—Dulces sueños.

Ella no fue capaz de responder.

Capítulo 17

Al final, la pequeña se quedó con Brodie un par de días ya que el médico le había recomendado a la condesa descanso. Incluso comentó que sería apropiado que recibiese las comidas en la cama.

Chloe le hizo compañía la primera tarde mientras la condesa se quejaba una y otra vez de que vivía con un energúmeno que la tenía secuestrada.

La verdad era que Ewen iba a verla más o menos cada hora y cuando la pillaba de pie, la cogía en brazos y la metía de nuevo en la cama, después la besaba con pasión. La americana había presenciado aquel ritual un par de veces y no podía evitar sonreír.

—Tienes mucha suerte, Darlene. —La inglesa la miró con el ceño fruncido—. Dos hombres valientes, viriles y capaces se desviven por cuidarte, por protegerte. Deberías sentirte agradecida.

Darlene la miró y sonrió.

—Y me siento agradecida, pero si me muestro sumisa, no tardarán en mantenerme aquí para siempre, en especial Ewen, y claro, Brodie le ayudaría sin pestañear. —Le cogió las manos —. No soy desagradecida, pero encontrar el equilibrio necesario en un matrimonio no es fácil. Si encima te casas con un escocés sobreprotector, la cosa empeora. —Le dedicó una brillante sonrisa—. Así ellos se mantienen alerta y yo no pierdo mi libertad.

—Entiendo —sonrió —para mí es extraño.

—Puedo imaginarlo, nunca hablas de tu hermano, ¿tan mala persona es?

Chloe miró a la condesa y sopesó mentirle o como poco, adornar la verdad, pero es que estaba cansada y se sentía sola y confusa y Darlene se había portado muy bien con ella. Aunque evidentemente no podía contarle todo y ni con lo agradecida que se sentía sería capaz de hablar como lo hizo con Brodie.

—Sí —suspiró—. Está a favor de la esclavitud, le ha dado fondos a la causa confederada y ha cometido traición al presidente Lincoln. Me prometió con un amigo y socio suyo, un hombre cruel. —Tragó con fuerza—. Por eso hui, yo… tuve tanto miedo que ni siquiera pensé en las consecuencias hasta que estuve en el despacho de Michael Beasley. —Sus ojos se humedecieron —. Y para entonces, ya era tarde. Si mi hermano me encuentra… no me atrevo ni a pensar en lo que hará conmigo.

—Aquí estás a salvo.

—Siempre que no sepa que estoy aquí —convino la americana.

El resto de la tarde la pasaron charlando animadamente y bordando, pese a lo mal que se le daba a Chloe.

Para la joven, la complicidad que se había establecido con la condesa era como un regalo del cielo. Le había contado cómo habían sido los inicios de la relación entre Raychel y su marido y si bien sufrió cuando se enteró de la pérdida del bebé de su amiga, se sintió feliz porque al fin hubiese encontrado la felicidad que en su opinión, tanto merecía.

No se podía imaginar a Raychel perdiendo los papeles con su marido Garrison tal y como Darlene afirmaba haber presenciado, pero no podía evitar sonreír al escucharla.

Darlene también le había contado cómo había sido su infancia y adolescencia, incluso como habían sido sus primeros años como debutante y Chloe solo podía dar gracias por no tener que pasar por semejante tortura. Para ella, las encorsetadas normas sociales de la alta sociedad inglesa eran como una cadena que se debía apretar más y más alrededor de las libertades de las mujeres.

Charlaron también sobre la Guerra de Secesión, de las últimas noticias que habían llegado a Escocia al respecto y como no, de los planes de futuro que tenía Chloe una vez que tuviese la libertad para hacer lo que quisiese.

—No tengo planes como tal. —Se encogió de hombros—. Pero el año que viene podré cobrar la herencia de mi madre y eso me dará los recursos para mantenerme lejos del alcance de mi hermano. Para mí esta situación no es agradable.

—¿Por qué? ¿no estás a gusto?

—No es eso, más bien todo lo contrario, me habéis tratado con tanta amabilidad y cariño que me siento muy agradecida, pero esta no es mi casa, en realidad solo me habéis acogido porque os lo han pedido Raychel y Casie.

—Eso es cierto, o al menos, así empezó. —Darlene le dedicó una brillante sonrisa—. Pero ahora continúas con nosotros por méritos propios. Yo adoro tenerte en el castillo y, si la información que tengo es correcta, Brodie y tú tenéis intereses comunes.

—Brodie… —susurró el nombre y miró a la condesa—. Es un hombre fascinante. —Sonrió avergonzada—. Pero a veces me asusta que ese interés se deba a que… ya sabes. —Darlene parpadeó confusa—. A que piense que soy …

—¡Ah! —comprendió la condesa—. Te refieres a que pueda pensar que tiene derecho a tomarse libertades porque huiste de casa. —Chloe asintió y Darlene agitó la mano para quitarle importancia—. No tienes nada que temer. Si bien Ewen conoce a la perfección todas las normas sociales, para Brodie son cuanto menos confusas. Te puedo asegurar que él te ve como una mujer decente. —Frunció el ceño ante la expresión de ella—. ¿Ha hecho o dicho algo que te haga pensar así?

—No —suspiró—. Me besó, pero no fue… —Se tapó la cara con las manos—. Es que me siento tan indigna y tan de baja clase en comparación que tengo miedo.

—Bueno, jamás pensé que una americana diría algo así, quizá porque estoy acostumbrada a

Raychel y a Casie.

—Ellas son nietas de un vizconde —Darlene se echó a reír.

—¡Cierto! —Se rio con más ganas—. Y no les podría importar menos, a Raychel ni siquiera le importa ser duquesa. —Ambas sonrieron—. Querida, creo que deberías hablar con Brodie, ser sincera y directa. Imagino que no será una conversación fácil, pero para él las etiquetas sociales son complicadas y, si le hablas con ironía o metáforas, es probable que no te comprenda del todo.

—¿Y qué puedo decirle? Porque no pretenderás que me acerque a él y le diga algo así como: hola, Brodie, dime, lo que sientes por mí es de índole romántica y perpetua o solo esperas un alivio momentáneo de tus necesidades más básicas.

Darlene se echó a reír a carcajadas.

—Pues te voy a decir algo —pronunció aún entre risas—. Si le hablas así, te comprenderá y lo agradecerá. —Se acomodó mejor en la cama y la miró a los ojos—. Chloe, aquí nadie va a juzgarte por haber huido de casa. —Palmeó el colchón para que se acercase más a ella—. ¿Te he contado ya que yo estaba convencida de que Garrison era igual de malvado que mi padre? —La americana asintió con la cabeza—. Lo que no te he dicho es que conocí a un hombre en Londres que me convenció de que era el conde de Hawthorne. Tuvimos un par de citas a escondidas y poco después hui con él hacia Gretna Green.

Chloe la miraba parpadeando sin cesar. Sabía parte de la historia porque entre unos y otros había ido recogiendo pedazos de esta, pero nadie le había contado los detalles reales.

—El caso es que salí de mi casa a escondidas igual que tú hiciste de la tuya, pero en mi caso fue todo mucho más vergonzoso porque yo deseaba tanto alejarme de mi familia que acepté estar a solas con un hombre que me podría haber hecho mil cosas y yo no habría podido defenderme.

—¿Pero no las hizo?

—No, solo Dios sabe por qué. El caso es que llegamos a Gretna Green y, después de la boda, en la posada… —Darlene se sonrojó—. Ahí sí que quiso llevar a cabo… bueno, la intimidad entre un hombre y una mujer, pero de una forma tremendamente desagradable. Tanto que me asusté y volví a huir. Gracias a Fía, una mujer que trabajaba en aquella posada, logré evitar a ese hombre. Pasé la noche aterrorizada en el bosque y me desmayé al llegar a una cabaña. Gracias a Dios que eran leales a Ewen o, ahora mismo, sabe Dios dónde estaría.

—¿Y quién era ese hombre?

—Era el primo de Ewen y Brodie, un ser malvado y envidioso donde los haya —la miró de nuevo —pero el caso es que aquí nadie va a juzgarte porque yo hice exactamente lo mismo que tú y además lo hice por mis propios miedos y prejuicios, no por una pesadilla real, así que deja de pensar que nos estorbas, que no eres suficientemente buena o tonterías de ese estilo, estás aquí porque lo mereces y nos gusta que estés aquí.

***

Chloe estaba convencida de que lo que iba a hacer era una estupidez.

Pero pasar la tarde con Darlene le había hecho reconsiderar sus posibilidades y saber que contaba con el apoyo de la condesa era un alivio.

Así que a la mañana siguiente, pidió un caballo en el establo y se dirigió a la casa de Brodie. Esta estaba a unos pocos kilómetros del castillo y era una construcción preciosa. Comparada con el castillo era modesta, pero a medida que se acercaba pudo comprobar —de nuevo—, que no era pequeña en absoluto.

La estructura de piedra reflejaba la solidez y la elegancia de su propietario, el tejado de pizarra se extendía sobre varios niveles y destacaban las varias chimeneas de ladrillo.

El jardín delantero era amplio, muy bien cuidado y adornado con parterres de flores y arbustos recortados. Era como un mar de belleza ordenada que encantó a la americana. En el mismo momento en el que se acercó, un mozo de cuadra se acercó para ayudarla a bajar del caballo.

—Bienvenida, señorita Hudson.

—Buenos días… ¿Matt? —el joven se sonrojó y asintió con la cabeza —he venido a ver al señor McCrorey, ¿sabes si está en casa?

—Si no me equivoco está en el herbolario, voy a avisar a la señora Froom para que la acompañe.

—No es necesario que me avises, Matt, ya estoy aquí.

Chloe miró a la mujer y le sonrió con amabilidad. Era una mujer de mediana edad, con el pelo casi grisáceo en su totalidad, profundas arrugas en la cara y de estatura más bien baja, pero irradiaba una fortaleza y una energía que fascinaron a la americana.

—El otro día no me dio tiempo más que a verla unos momentos, señorita Hudson. Mis chicos no dejan de hablar de usted. —Se le acercó y la observó con detenimiento—. Pero sigue siendo igual de bonita que hace unos días. —Chloe se sonrojó, pero no bajó la mirada—. ¿Quiere que la acompañe al herbolario?

—Si no es molestia y si tampoco molesto al señor McCrorey.

—¡Qué va a ser una molestia! No está trabajando. Cuando consigue robar a Jocelyn, se pasa las horas haciendo monerías a la niña. —Una sonrisa genuina llena de cariño se extendió por aquella cara que tantas cosas había vivido—. Ya le regaño para que la robe más a menudo, no se crea, pero la condesa… ah… es muy lista y no se deja engañar tan fácilmente.

—Lady Hawthorne es una buena madre. —Se vio en la obligación de defender a Darlene.

—¡Por supuesto que lo es! —La mujer se rio con genuina alegría—. Eso no quita que yo necesite a más niños alrededor, y de momento, es ella la única que puede dármelos. Ya se lo digo siempre que la veo, que voy a tener que quedarme con la pequeña más tiempo para que se apresten ambos a darse más brío a engendrar a más McCrorey.

Chloe, sonrojada hasta la raíz del pelo, terminó echándose a reír.

Mientras hablaban, la mujer la había guiado por los jardines hasta la parte trasera donde un anexo a la casa las recibió.

La mujer llamó a la puerta y acto seguido entró arrastrando a Chloe con ella y para su

sorpresa, comprobó que lo que había dicho aquella mujer era cierto.

Su corazón se saltó varios latidos para empezar a funcionar a marchas forzadas.

Brodie estaba jugando con la niña y ella reía a carcajadas. Le había construido un balancín y se lo había llenado de flores y ramas de brezo. Mientras la niña se movía a su antojo en el juguete donde estaba bien sujeta por unas cuerdas acolchadas, él estaba sentado en el suelo haciéndole cosquillas.

Chloe se quedó quieta, no se atrevía ni a mover un músculo, parecía que el escocés aún no se había percatado de su presencia y no pudo menos que sonreír al ver el cariño con el que trataba a la pequeña.

—¿A qué es un delito que no tenga hijos propios? —susurró la señora Froom y ella asintió encantada con la visión —mi chico es especial, muy especial.

—Eso es algo que comprobé desde el primer instante nada más conocerle —respondió Chloe sin ser consciente de lo que decía.

En ese momento, Brodie se percató de su presencia y les dedicó una sonrisa llena de encanto, se levantó del suelo, cogió a la pequeña y se acercó a ellas.

—Señora Froom, ¿viene a quitármela? —le preguntó con una sonrisa.

—¡Pues claro! —Se la arrebató de las manos y la niña parecía encantada—. ¡Atiende a la señorita como es debido! —Le miró con los ojos entrecerrados.

—A sus órdenes —se burló él, pero en cuanto iba a girarse la besó en la mejilla.

Después abrazó y besó a Jocelyn que le recompensó con una sonrisa radiante.

En cuanto se quedaron a solas, Brodie la miró con intensidad.

—¿Te ha mandado Darlene para recuperar a la niña?

Chloe se echó a reír y negó con la cabeza.

—No, aunque no hace más que quejarse de que no dejas de secuestrarla. —Entró más en el herbolario y lo miró todo con admiración—. Es un lugar impresionante.

El aroma era reconfortante. Una mezcla perfecta de hierbas frescas, secas, flores y otros elementos que Chloe no reconoció, pero que le hicieron sentir como si estuviese en una especie de santuario. Las amplias ventanas permitían el paso de una suave brisa.

Había cestas de mimbre de diferentes tamaños que contenían hierbas en distintos momentos de secado.

En una de las esquinas estaba el tocador de la madre de Ewen y Brodie y las delicadas cintas de su difunta hermana colgaban de él. Recordó todo lo que Brodie le había contado en su visita anterior.

Chloe se acercó y miró a Brodie.

—¿Tenerlo aquí te hace recordarla mejor?

—Sí. —Se acercó y acarició con reverencia unas marcas que había en el lateral—. Es como si pudiese tener un pedazo de mi madre aquí conmigo siempre. Ewen tiene el molino y yo esto. —La miró de reojo.

—He visto varios retratos de ella, era una preciosidad —Brodie sonrió —y tu hermano y tú os parecéis mucho a vuestro padre.

—¿A quién te pareces tú? —Chloe le miró sorprendida y después sonrió ligeramente.

—Mi padre y mi hermano me decían que era igual que mi madre. —Se encogió de hombros —. Pero no sé si se referían al aspecto físico o al carácter, ya que dichas comparaciones solían criticar algo de mi comportamiento.

—Ya sé que tu hermano no es buena persona, pero, ¿qué pasaba con tu padre? ¿cómo te trataba?

Chloe paseó por la estancia observando y tocando algunas hierbas.

—Menos cruel que mi hermano —suspiró—, pero no fue un buen padre. —Colocó las manos a la espalda y siguió paseando—. Me permitieron cierta educación porque querían que me casase con un hombre de posibles que, por supuesto, elegirían ellos. —Se acercó a uno de los ventanales y miró las extensas tierras—. Nunca tuvieron un gesto amable o cariñoso conmigo, ¿sabes una cosa? La primera vez que Katelinn me abrazó, pensé que estaba ocurriendo algo horrible.

—¿Te refieres a la madre de las Beasley?

Se giró y le miró a los ojos, un segundo después, él apartó la mirada.

—Sí —suspiró—. Los Beasley me acogieron con los brazos abiertos desde el primer día. Howard despreciaba a mi padre, pero jamás dijo algo malo de él en mi presencia. Yo lo sabía porque mi padre, cada vez que se enfrentaban, gritaba durante horas. —Acarició las hojas secas de una rosa blanca que había colgada al otro lado de la ventana—. Katelinn era maravillosa, fue como una madre para mí y Howard me trató siempre igual que a sus hijas. —Se abrazó a sí misma—. No me permitieron ir al entierro. —Confesó avergonzada—. Lloré durante días y mi padre se desesperaba, al igual que mi hermano. Aún hoy les echo tanto de menos que me duele el corazón.

Se estremeció cuando Brodie la abrazó por detrás y la besó en el pelo.

—¿Recibías castigos físicos? —la voz de él sonaba más feroz que habitualmente. Chloe se giró entre sus brazos para responder.

—De vez en cuando. —Los ojos verdes de él se oscurecieron llenos de odio y promesas de venganza—. Pero nada demasiado cruel, no tengo ni una sola marca en el cuerpo. —Le acarició el rostro—. Eres un hombre muy atractivo. —Se ruborizó en cuanto esas palabras salieron de su boca—. Perdona, no sé por qué lo he dicho.

—Espero que lo hayas hecho porque lo piensas. —Sus brazos se tensaron más a su alrededor y la pegó más a su cuerpo—. Tú eres una mujer preciosa. —Le besó los labios con dulzura.

—Brodie, necesito saber qué hay entre nosotros. —Él la miró sin comprender—. Sé que a lo mejor es soberbio o presuntuoso por mi parte, pero tengo que saber. —Respiró despacio para coger valor—. ¿Piensas en cortejarme o en seducirme?

—En las dos cosas.

—No pueden ser las dos cosas, Brodie. —Le miró a los ojos—. El cortejo termina en matrimonio y la seducción termina en abandono. Además, el primero es para las damas y el segundo es para las mujeres echadas a perder, y yo aún no soy una mujer de moral distraída.

—No estoy de acuerdo. —La besó en los labios con delicadeza y la miró a los ojos un instante—. Sé que las normas sociales dicen lo contrario, pero yo quiero seducirte por completo y a la vez cortejarte. —Ella se tensó—. Chloe, ya te dije en la torre que no estabas preparada para lo que yo quiero de ti y sigo pensando lo mismo. —Le acarició los brazos con delicadeza—. Por eso te dejo tiempo y espacio. Lo hablé con Ewen y me hizo comprender que a lo mejor te sentías abrumada por todo lo que has tenido que vivir, pero no abandono, Chloe.

—Entonces… tus intenciones… ¿cuáles son?

—Honorable y no tan honorables. —La besó con un apetito voraz mientras la apoyaba contra la ventana. Una mano le acarició el trasero y ella se estremeció—. ¿Tienes dudas sobre lo que quiero? El cortejo no se me da bien, ¿qué necesitas para sentirte segura?

—Pasar tiempo contigo.

Capítulo 18

Chloe debería haber imaginado que cuando un hombre como Brodie, tan intenso y decidido, tomaba una decisión, lo hacía a lo grande. Pero ser consciente de eso no la preparó para el momento en que, con total naturalidad y en medio del desayuno, él le preguntase si un paseo por Falstone con una carabina apropiada, sería de su agrado como parte de su cortejo.

El té le quemó la garganta al tratar de tragarlo de forma apresurada y al toser, había escupido una pequeña cantidad que la abochornó haciendo que sus mejillas enrojeciesen. Tosió un par de veces más mientras intentaba recuperar la compostura. La torpeza de la situación la hizo sentirse ridícula, especialmente al notar cómo Ewen abría los ojos como platos y Darlene reprimía —a duras penas—, una sonrisa detrás de su taza mientras la miraba con una mezcla de ternura y diversión.

—¿Entonces? ¿te parece bien? —le preguntó Brodie de nuevo al ver que ella no respondía.

Chloe carraspeó intentando, aunque sin éxito alguno, no parecer afectada.

—Por supuesto, sería… sería un placer.

Él no tardó ni un segundo en ponerse en pie, como si hubiese estado esperando esa respuesta para ponerse con los preparativos necesarios.

—Espero que no piense que… —Chloe se dirigió a Ewen, pero este alzó una mano y se quedó en silencio.

—No soy yo quien tiene que pensar al respecto, señorita Hudson. —Le dedicó una sonrisa y cogió la mano de su esposa—. Ya sabe lo que pienso al respecto y también lo que piensa mi condesa. —Besó la muñeca de Darlene y esta se ruborizó—. Solo le pido que tenga paciencia.

Ella sonrió encantada y se puso en pie.

—Milord, su hermano es un hombre especial para mí, lo sabe —Ewen asintió con un gesto y ella se movió nerviosa—. Esto es totalmente nuevo para mí.

—Y para él, se lo aseguro.

Chloe se dirigió a su habitación para coger un chal que ponerse sobre los hombros y un sombrero, además de unos guantes. Seguían estando en verano, pero el tiempo se había levantado muy revuelto esa semana.

Durante el trayecto, que hicieron en una calesa cerrada dado que ese día llovía sin tregua, él le describió cómo era la vida en Escocia, en aquel pedazo de tierra que les pertenecía y ella le escuchó totalmente embelesada. Era tal la pasión que se desvelaba de sus palabras, la emoción que sus ojos revelaban que ella se sentía cada vez más y más enamorada de él y de Escocia.

—Es más que tierra y rocas —Brodie miró a su alrededor—. Es nuestra historia, nuestra sangre. Cada valle, cada colina, guarda un pedazo de nuestra alma.

Chloe asintió sintiendo cómo las palabras de él calaban en su corazón.

Ya apenas echaba de menos Boston. Allí había vivido cosas muy buenas pero también muy malas y saber que si alguna vez volvía, su hermano le daría caza como si fuese un zorro, la ponía triste y muy nerviosa.

En Inglaterra no había pasado el tiempo suficiente, pero en Escocia llevaba ya unos meses y podía decir sin duda alguna que la belleza subyugante de aquellas salvajes tierras se le había clavado en el corazón y en el alma.

Cuando llegaron al pueblo, la primera parada fue en la posada donde Brodie insistió en que debían tomar algo caliente, especialmente después de que ella le comentase en el trayecto que apenas había llegado a tocar el desayuno. La calidez de la bebida y la comida ligera le sentaron bien a Chloe. Estar con Brodie era bueno para ella, cuando conseguía quitarse de la cabeza las emociones más ardientes o los sueños sobre familias felices jugando en el campo con un pequeño perro doméstico, estar con él era… simple, natural, correcto.

La lluvia no amainaba, pero eso no impidió que Brodie sacara un paraguas enorme del carruaje que servía para taparles a ambos y lo llevaba con una sola mano. Al observarle, ella pensó que lo hacía con tal sencillez y naturalidad que daba la impresión de que el paraguas no pesaba nada.

De modo que ligeramente protegidos de la lluvia, pasearon por la calle principal mientras Brodie saludaba a la gente y miraban escaparates. A Chloe no se le escapó que muchas personas se acercaban al escocés para pedirle consejo sobre una inmensa variedad de temas y él siempre respondía sin perder la paciencia. Tampoco se le escapó las miradas asombradas que les dirigían.

A pesar del frío, Chloe se sentía cálida a su lado y quizá esa sensación fue lo que le dio el valor de preguntar.

—¿Alguna vez has estado interesado en una mujer? De forma… íntima, me refiero —las palabras salieron de su boca con más facilidad de la que había imaginado.

Acababan de salir de una dulcería donde Brodie le había regalado unos bombones con tal naturalidad que la había hecho sonrojar.

—Sí —la miro de reojo —pero si lo que preguntas es que si alguna vez he querido casarme con una mujer, la respuesta es que antes de ti, no.

El rubor le tiñó de nuevo las mejillas, pero no pudo evitar sonreír absolutamente encandilada con él. En un arrebato, le dio un fugaz beso en la mejilla, un gesto tan rápido que nadie más que Brodie lo notó.

Tras el almuerzo, se encaminaron hacia la librería y Chloe sonrió llena de emoción. Era una

lectora compulsiva y le encantó que él se hubiese dado cuenta de ello.

Era la última parada del día y apenas podían contener la emoción. El aroma a papel viejo y madera era muy reconfortante.

—Sé que ya has leído casi todos los libros de la biblioteca del castillo que no tienen que ver con la agricultura, la ganadería o la administración de tierras.

Ella sonrió y asintió con un gesto de la cabeza.

—¡Brodie! —el hombre que regentaba la librería salió de detrás del mostrador y le dio un afectuoso abrazo —¡qué poco te dejas ver, muchacho! —entonces reparó en la joven—. Oh, discúlpeme…

—Está disculpado —murmuró ella.

—Ian, ella es la señorita Chloe Hudson, amiga de las Beasley —los ojos del hombre se iluminaron —estoy empezando a cortejarla.

Chloe se sonrojó de los pies a la cabeza, pero el hombre la miró apreciativamente y asintió con un gesto.

—¡Ya era hora! —Le miró con una sonrisa—. Una bonita muchacha, me alegro mucho, Brodie. Os deseo toda la felicidad del mundo. —Después la miró a ella—. Si accede a casarse con él, señorita Hudson, tendrá usted un marido que la adorará cada día. Brodie es el hombre más leal y honorable del mundo.

—No más que mi hermano —defendió al conde.

—Bah… de él se espera que lo sea, es el *laird*, pero tú eres especial, muchacho, te lo he dicho desde que no medías más de medio palmo.

Tras unas palabras más de cortesía, Brodie guio a Chloe a través de aquellos pasillos poco iluminados pero que escondían verdaderos tesoros literarios.

Sacaron varios libros y tras echarles una ojeada, los llevaban al mostrador o los devolvían a la estantería.

—Tu hermano va a pensar que quiero arruinarte —miró a Brodie con expresión culpable.

—Lo dudo, si lo dices por los libros, está acostumbrado —se encogió de hombros —he pasado infinitas tardes aquí con el señor O’Connell, al principio me costaba elegir qué temas me gustaban más y solía volver a casa con decenas de libros. En una ocasión, me llevé tantos que tuve que mandar aviso a mi padre para que viniese a pagarlos porque yo no tenía dinero suficiente.

—¿Y qué hizo tu padre?

—Observó que de una estantería había dejado tan solo cuatro libros más y los cogió para añadirlos al pedido, después me miró y me dijo: hijo, si todos los vicios que tienes son libros, bien te puedes permitir cogerlos todos.

Ella sonrió. Le hubiese encantado conocer a los padres de Brodie. Naturalmente eso habría provocado que ella fuese más consciente aún de sus carencias tal y como le había ocurrido con los Beasley, pero adoraba ver a las familias unidas. Y aunque en cierta forma le dolía no haber conocido algo similar con los miembros de su misma sangre, la llenaba de ternura ver cómo él

valoraba esas relaciones, aunque fuesen algo normal en su día a día.

No lo había dado por supuesto.

Como si ya no estuviese totalmente enamorada de ti…

—Tuviste suerte.

—Sí. —La miró a los ojos—. Mis padres me han querido toda la vida, mi hermana Seraphine era mi faro en la oscuridad y mi hermano es… —Carraspeó, pero no dejó de hablar pese a que le embargaba la emoción—. Mi hermano es una de las personas más importantes de mi vida.

—Imagino que las otras son Darlene y Jocelyn.

—Te has dejado a la más importante —ella le miró —tú —le susurró al oído.

Un estremecimiento la recorrió de los pies a la cabeza.

—Eso podría considerarse demasiado personal.

—¿Quieres que me disculpe? —le preguntó él con verdadera preocupación.

—Lo cierto es que no —le sonrió —adoro que seas tan valiente como para expresar tus emociones sin tapujos y que seas tan directo que jamás tengo que preocuparme por si intentas engañarme con requiebros verbales.

Paseó un poco más por los pasillos y cogió tímidamente un ejemplar de "*Vindicación de los derechos de la mujer"*, de Mary Wollstonecraft, miró de reojo a Brodie y lo dejó de nuevo en la estantería, se percató de que allí había más libros de temática feminista y suspiró recordando sus ejemplares perdidos para siempre.

***

El resto de la tarde la pasaron paseando tranquilamente ya que la lluvia había cesado y había en el ambiente un intenso aroma a tierra mojada.

—¿Te gustaría volver a Boston alguna vez?

La pregunta de Brodie la sorprendió y tras pensarlo un instante, respiro hondo.

—Depende de las circunstancias, mientras esté el peligro, no —le miró de reojo —mi hermano es muy poderoso en Boston, desde que Howard murió, mi padre y él se hicieron con el poder que dejó libre, Raychel tenía demasiado que abarcar con las fábricas aunque nunca supe si era consciente de la situación global.

—¿Y si esas circunstancias cambiasen?

—Pues imagino que sí. Boston es una ciudad impresionante. Las calles están llenas de actividad, hay bulliciosos mercados, las calles están empedradas y hay gente de todas las clases sociales y nacionalidades. —Le miró sonriente—. Están la State House, que es emblemática por su cúpula dorada, y el Faneuil Hall, que es un importante mercado y centro de reunión política.

—¿Cómo es la división de la ciudad?

—Pues más o menos como Londres supongo, las comunidades étnicas y culturales tienden a unirse, así tenemos a la comunidad italiana en el North End, la clase media está en el South End, aunque sus casas son elegantes copias de las viviendas inglesas, la zona más rica de la ciudad es Beacon Hill, donde se encuentran las casas señoriales.

—Tengo entendido que Boston tiene un puerto comercial casi tan importante como el de Londres —ella asintió —¿y qué me dices de la cultura?

—Tenemos prestigiosas universidades como Harvard y hace pocos años se inauguró el Instituto de Tecnología de Massachusetts, que abreviado se le conoce como MIT, hay grandes e importantes bibliotecas y varios museos.

—Creo que te encantaría volver a Boston. —Chloe le miró y parpadeó—. Cuando hablas de allí, tu mirada se ilumina. —La detuvo y se colocó delante de ella para poder mirarla de frente—. Dime, si volvieses como una mujer casada, ¿tu hermano podría hacerte algo?

—No lo sé. —Encogió un hombro—. Y no quiero averiguarlo. Boston es la ciudad que me vio nacer y crecer y sí, como ciudad progresista me gusta mucho, pero si lo que quieres saber es si querría volver a vivir allí, la respuesta es no. —Brodie frunció el ceño—. Es la misma ciudad en la que murieron los Beasley, la misma en la que viví atormentada por mi padre y mi hermano y, de no ser por el tío de Raychel y Casie, me habría vuelto loca.

—¿Y qué te parece Escocia?

—De momento he vivido solo cosas buenas aquí —dio un paso para acercarse más a él —y creo que aún hay más por vivir.

Brodie sonrió y le robó un beso antes de que ella se diese cuenta de que se estaba moviendo.

—Eso es muy atrevido por tu parte —le recriminó con una sonrisa.

—No pienso disculparme —le ofreció el brazo y ella se colocó a su lado —creo que te robaré más besos.

Mientras caminaban de vuelta al carruaje, Brodie le preguntó si no tenía más amistades que las Beasley y ella negó con la cabeza, aunque sí que le explicó que gracias a Katelinn, había conocido a mujeres muy interesantes y con emoción, se lanzó a explicarle que había conocido a Lucretia Mott, a Sarah Grimké, a Lucy Stone y a Dorothea Dix. Todas ellas reformistas y muy implicadas en todos los asuntos sociales. Le explicó que Lucretia había sido una de las organizadoras de la Convención de Seneca Falls en 1848, algo que fue conocido como el inicio del movimiento sufragista en Estados Unidos. Lucy Stone, además de ser una de las primeras mujeres en obtener un título universitario, fue fundadora de la Asociación Americana de las Mujeres Sufragistas.

Y Brodie, una vez más, la sorprendió al confesarle que había leído a Sarah Grimké.

—¿Qué opinas del movimiento sufragista y de los derechos de las mujeres?

Ya estaban en el camino de vuelta al castillo, los dos sentados dentro del carruaje y mirándose de frente.

—Soy escocés. —Se encogió de hombros—. Sé que las mujeres soportan el peso de los hogares y que mantienen unidas a las familias, que se encargan de las economías familiares y de

mil cosas más. —La miró un segundo a los ojos—. Creo que deberíais poder decidir sobre vuestros cuerpos y sobre vuestras vidas. El simple hecho de que tú misma hayas tenido que huir de tu hogar para salvarte de ser… —Apretó los puños con fuerza—. Ninguna mujer debería vivir algo así. Creo que una mujer debería poder abandonar a su marido sin perder nada si este la maltrata. —Respiró hondo y despacio—. Pero, dicho esto, debo confesar que mi mujer jamás tendrá esa libertad y que, si considero que está en peligro, no dudaré en aplastar sus libertades y derechos si con eso la mantengo a salvo.

—Eso se contradice.

—En absoluto. —La miró intensamente—. No quiero controlar y dominar a mi mujer, al menos no en todos los aspectos de la vida marital. —Chloe se sonrojó de la cabeza a los pies—. Pero sí que haré lo necesario para mantenerla a salvo.

—¿No debería ser ella quien tomase la decisión de arriesgarse o no?

—No. —Ella abrió los ojos con sorpresa—. Porque de la vida de mi mujer dependería la mía y la de nuestros hijos. Así que no, la protegería de todo y de todos, aunque ella patalease mientras lo hago.

Chloe no pudo evitar sonreír.

—Darlene no parece muy impresionada cada vez que Ewen se impone por la fuerza.

—Darlene es una mujer terca y cabezota que disfruta haciéndonos sufrir. —Chloe soltó una carcajada—. Cuando estaba embarazada de Jocelyn, tuvo un pequeño sangrado. Ewen y yo nos volvimos locos, tuvimos terribles peleas para lograr que se mantuviese en la cama haciendo el reposo que el doctor aseguraba que era necesario.

—¿Y ella no os lo permitía?

—No le dejamos otro remedio —confesó —pero no lo hizo de buena gana.

Chloe le miró sin comprender muy bien a qué se refería. Casi no podía creerse que Darlene hubiese puesto en peligro su embarazo a propósito cuando era más que evidente que adoraba a su hija.

En ese momento un lacayo les abrió la puerta, pues ya habían llegado al castillo y para su sorpresa, Darlene y Ewen les estaban esperando.

—Brodie me ha contado que tuviste que guardar cama durante tu embarazo.

—Y también le he contado que te negabas a hacerlo —continuó Brodie.

—¡Madre del amor hermoso! —Darlene le miró con los ojos entrecerrados y después miró a la americana—. Tuve un ligero sangrado en el segundo mes de embarazo, algo que es de lo más habitual, y guardé cama una semana tal y como me indicó el doctor. Lo que seguramente no te haya contado este energúmeno es que mi marido y él pretendían que me quedase en cama hasta varios meses después del parto.

—Cariño. —Ewen le pasó una mano por la cintura y la apretó contra él—. Sabes que no puede pasarte nada y, aunque todo salió bien, sigo sin entender qué tiene de malo que quisiéramos cuidar de ti.

—¿Lo ves? —le preguntó Darlene a Chloe —¡están locos!

Chloe se echó a reír para sorpresa de todos y después miró a Brodie a los ojos.

—Acabo de comprender lo que me has dicho antes y tienes razón, no es excluyente una cosa de la otra.

Para deleite de Chloe, durante la cena, los condes anunciaron que en dos días llegarían Austin y Casie, iban a hacer una parada en la propiedad del vizconde para asegurarse de que la viuda de su tío y sus sobrinas seguían estando bien.

La noticia llenó a Chloe de una mezcla de nervios y emoción. Echaba de menos a su mejor amiga y tal y como estaban las cosas con Brodie, necesitaba desesperadamente, hablar con ella a solas. Pedirle consejo, escuchar su dulce voz mientras hablaban de lo humano y lo divino. Sin darse cuenta, había destrozado un pedazo de pan y las migas caían de la mesa.

Brodie, que estaba sentado a su lado, le cogió la mano y le dio un ligero apretón mientras la miraba. El gesto le llegó a lo más profundo de su alma a la americana.

—¿Todo bien? —miró de reojo el pan destrozado y ella suspiró.

—Sí, sí. —Repitió—. Es que estoy deseando ver a Casie y… bueno, hablar de todo lo que está pasando. —Le miró a los ojos, aunque solo fue un instante—. ¿Te parece bien? Quiero contarle lo del cortejo. Es mi mejor amiga y… bueno, hasta que se fueron de Boston lo compartíamos todo.

—¿Por qué estás preocupada? —Brodie la observó con detenimiento—. ¿Te arrepientes de algo? ¿Crees que Cassandra se molestará? Sé que no tengo título, pero …

—¡Oh, no! —Ella le cogió ambas manos—. No, Brodie, te lo prometo. Ni me arrepiento ni creo que Casie tenga nada en contra. Lo del título a ella le da igual y yo lo agradezco, no sé si soportaría la cantidad de obligaciones que tiene la nobleza. —Le sonrió—. Solo quiero volver a verla. Después del secuestro no tuve oportunidad y… la echo de menos.

—Es como una hermana para ti —ella sonrió y asintió con la cabeza —eso lo entiendo.

Chloe bebió un sorbo de agua y al alzar la mirada se encontró con los ojos del conde fijos en los de ella, él movió su copa en su dirección y le dedicó una sonrisa amable.

—Bien hecho —pudo leer ella en sus labios y se sonrojó de nuevo.

Capítulo 19

Chloe no podía soportar más la espera. Llevaba sentada en la ventana más de tres horas esperando divisar el carruaje del marido de su amiga.

Ese día había despertado muy oscuro, llevaba lloviendo toda la noche y los caminos se habían vuelto lodazales intransitables. Ella había preguntado al conde si en esas condiciones no sería mejor que atrasaran el viaje, pero él le había indicado que Austin sabía cómo conducir el carruaje por aquellas tierras y que si estaban en problemas, les avisarían.

No se quedó tranquila del todo, pero sí que fue capaz de dejar de pensar en atroces accidentes.

Cuando ya casi no era capaz de controlar los nervios, un muchacho llegó cabalgando a toda velocidad hasta la puerta del castillo y Chloe bajó a las carreras impaciente por averiguar qué era lo que ocurría.

—Parece que se han quedado atrapados en el camino —informó Ewen mirándola a los ojos —. Voy a avisar a Brodie e iremos a sacarlos de allí. —Le dedicó una sonrisa—. Darlene también está nerviosa, ¿sería tan amable de hacerle compañía?

—Por supuesto.

Y cuando entró en el salón se encontró a la condesa dando vueltas y más vueltas con la pequeña en brazos.

—El conde y Brodie van a ir a ayudarles, al parecer se han quedado atrapados en el camino —informó de inmediato.

—Bueno, menos mal —la condesa suspiró y sonrió a su hija antes de ponerla en el suelo para que caminase un poco —ya estaba de los nervios, debían haber llegado hace horas.

Cada una cogió una mano de la pequeña Jocelyn y dieron unos pequeños pasos aunque pronto se cansó y se dejó caer al suelo.

—Creo que voy a pedir que empiecen a preparar las bañeras, con este frío necesitarán calentarse en cuanto lleguen.

La dejó sola con la niña y Chloe se sentó en el suelo a su lado. Había juguetes por toda la estancia y aunque Jocelyn tenía niñeras, la americana rara vez las había visto en compañía de la

niña. Eran sus padres o Brodie quienes la cuidaban a todas horas.

Por extraño que pareciese, en el despacho del conde, había una enorme y gruesa manta en un rincón y sobre ella juguetes infantiles y cojines.

Chloe había visto muchas veces a la pequeña ensimismada escuchando a su padre mientras este le leía los informes de la finca. También le había visto dormirla en sus fuertes brazos y pasearla durante horas.

La verdad era que Jocelyn se había convertido en el centro de la vida de todos en Falstone, en cuanto su madre la sacaba al exterior, todos los que vivían y trabajaban en el castillo o en los alrededores, se afanaban por hacerle carantoñas y mimos.

Mientras jugaba con ella, Chloe comprendió que la pequeña sería muy feliz en aquel lugar. Que siempre se sabría amada y protegida. Su tío solía llamarla *"princesa"* y no había duda de que eso era exactamente lo que era. También se preguntó si alguna vez sería consciente de que aunque se naciese en una familia noble y con recursos, no todos los niños podían disfrutan de semejante privilegio.

Estaba recordando su propia infancia cuando unas voces llegaron desde el pasillo. Cogió a la niña en brazos y corrió a la puerta principal a ver qué ocurría.

Se quedó con la boca abierta.

Tres hombres espectaculares estaban descamisados mientras arrastraban dos baúles. Una mujer sonriente caminaba a su lado y varias doncellas y lacayos habían empezado a entregarles toallas y a ayudarles con la pesada carga.

Chloe admitió en su mente que los tres eran un auténtico espectáculo para la vista, pero tras mirarles a todos, sus ojos volvían una y otra vez a Brodie. Sus elegantes músculos, sus fuertes brazos y poderosos hombros, tenía el vientre firme surcado de crestas y valles y una ligera mata de vello que se perdía bajo la cintura de los pantalones.

Se le secó la boca.

Se obligó a mirar a la mujer y su corazón se retorció de alegría.

—Casie.

La americana pareció escucharla pese al alboroto que había a su alrededor y salió corriendo hacia ella.

—¡Chloe! ¡Jocelyn! —las abrazó a ambas aunque estaba empapada por la lluvia —¡pensé que no llegaríamos nunca!

Poco después, Casie y Austin estaban en sus habitaciones tomando un largo y reconstituyente baño caliente.

—¿Qué te parece que Brodie esté cortejando a Chloe? —Austin rodeó el cuerpo de su esposa y la apoyó sobre su pecho.

El escocés se lo había contado en cuanto llegó donde estaban, justo antes de empezar a quitarse la ropa para poder empujar el carruaje con mayor libertad de movimiento. Ewen y él le imitaron. Y ahora le castañeteaban los dientes por el frío que les había congelado los huesos, Casie se había reído de ellos dos, pero ni el conde ni él iban a permitir que Brodie pareciese más

duro que ellos. Aunque por supuesto, no confesaron en ningún momento.

—Ya sabes que tanto Raychel como yo apreciamos a Brodie y pensamos que es un hombre excepcional —miró a su marido por encima del hombro cuando este gruñó —no te pongas en plan primitivo.

—Soy primitivo cuando te empeñas en ensalzar las virtudes de otro hombre. Sobre todo a uno al que has visto casi desnudo.

La risa de Cassandra llenó la estancia.

—Hay otros hombres con virtudes aparte de ti en el mundo, Austin. Y no estaba más desnudo que tú mismo o que Ewen.

—No para tus ojos —le puso las manos sobre los pechos y le acarició los pezones —te amo, Cassandra. Por favor, no hables de otros hombres.

Ella sonrió de nuevo y apoyó la cabeza sobre su hombro y se dejó acariciar por él. Las tiernas caricias, poder vivir un momento tan íntimo con el hombre al que amaba era un privilegio y después de todo lo vivido, Casie no lo daba nunca por sentado. No negaba que se divertía haciéndole bromas al respecto, pero jamás podría admirar a otro hombre, no cuando su corazón latía solo por Austin, no cuando su alma le reconocía como su otra mitad. Había estado a punto de perderle para siempre y nunca pondría su matrimonio en peligro ni por otro hombre ni por nadie.

Porque para ella, Austin era su principio y su fin. Su elección final. Su destino. Y se sentía agradecida y honrada por ello.

—Creo que Chloe sería feliz en Escocia —continuó —en realidad, a ella nunca le gustó Boston, aprecia la diversidad que la ciudad le ofrecía pero como jamás le permitieron disfrutar de ella, no tiene una idea realista de lo que es una gran urbe —suspiró cuando las manos de su marido bajaron por sus muslos —no he podido compartir mucho tiempo con ella, pero la he visto más saludable que cuando vino a Osprey House, ¿qué opinas tú?

—Brodie es un buen hombre con fortuna propia, no tiene un título, pero no creo que eso le importe mucho a tu amiga. —Ella se lo confirmó con un gesto de la cabeza—. Te diría que es demasiado intenso para la mayoría de las mujeres, pero las americanas parecéis hechas de lo necesario para dominar a hombres intensos. —Le subió las caderas para frotarla contra su erección—. Creo que tendrán una buena vida.

—Austin.

—Dime amor mío.

—Vamos a la cama.

Y antes de que se diese cuenta, su marido la había sacado de la bañera, la había envuelto en una esponjosa toalla y la llevaba en brazos hasta la cama del dormitorio adjunto.

—Te amo, Cassandra.

—Yo también te amo —le acarició el rostro —más que a nada en el mundo, gracias por no impedirme hacer este viaje.

Él le besó los pechos mientras empezaba a acariciarla entre las piernas con delicadeza.

—Para ti es importante ver a tu amiga y, aunque estás embarazada, te encuentras bien. —Ella asintió con un gesto—. No quiero cortarte las alas, te lo prometí antes de casarnos y lo mantengo. Confío en ti, Casie, no me mientas y no me ocultes nada, por favor.

—No lo haré —le besó en los labios con dulzura —te amo.

Y durante mucho tiempo, en la habitación solo se oyeron jadeos y gemidos de placer.

***

La cena fue abundante y divertida.

Contraviniendo todas las normas sociales, las mujeres se sentaron juntas para poder charlar animadamente y los hombres hicieron lo propio. Jocelyn, que se había quedado dormida, había sido llevada al cuarto de los niños por una de las niñeras.

—Estoy encantada de tenerte aquí. —Darlene miró a Casie y le cogió la mano entre las suyas—. Os echo muchísimo de menos, aunque la presencia de Chloe me alivia. Ojalá Grace viniese de visita.

—Normal —sentenció Casie con una sonrisa—. Pero Grace está disfrutando de ser la niña mimada de Londres. —Soltó una risita—. Su tía la lleva de un lado a otro y, aunque nadie la apremia a casarse, como ya sabes, la temporada se le está dando de maravilla. —Con la sonrisa aliviada de Darlene, Casie miró a su mejor amiga—. ¿Qué tal llevas todo esto del cortejo? —preguntó en un susurro.

—Bien. —Sonrió ruborizada—. Brodie es… intenso, pero cariñoso, tierno, amable y es muy inteligente. —Miró a su amiga—. Pero hablaremos de eso después, cuéntame qué tal está Raychel.

Se moría de ganas por poder hablar con Casie acerca de su relación con Brodie, pero aún no se atrevía a hablar abiertamente de ese hombre en presencia de los condes, tenía la impresión de que Darlene no la juzgaría, pero no quería que el conde pudiese malinterpretar sus miedos o sus reticencias.

Casie sonrió y su mirada brilló de emoción.

—¡Fabulosa! —Exclamó encantada—. Y tengo los sobrinos más guapos del mundo. —Miró a Darlene—. Incluyo a Jocelyn, por supuesto.

—Cuéntanos cómo fue todo. —Darlene sonrió y dedicó una mirada a su marido—. Mellizos… madre mía… casi no puedo ni imaginarlo. ¿Cómo lo están llevando?

—Ya conocéis a mi hermana. —Encogió un hombro—. Es una mujer excepcional. Dio a luz a los dos casi sin despeinarse, aunque esa no es la versión de su marido, por supuesto. —Todas sonrieron—. Garrison estaba peor que ella. —Se burló haciéndolas reír—. Pero se portó de maravilla, la ayudó durante todo el parto. El médico, la partera y la duquesa viuda protestaron, pero bueno, Garrison es Garrison. —Darlene y ella pusieron los ojos en blanco—. Tenéis que ir a verlos, Raychel está deseando veros a todos.

—Iremos —sentenció Darlene mirando a su marido.

—Por supuesto que iremos —convino Ewen con una sonrisa —¿cuándo sería apropiado?

—Podemos salir mañana si queréis —Casie sonrió —con Ellene allí y el ejército de doncellas y criados que ha contratado Garrison, no seremos una molestia.

—Cariño —Austin miró a su mujer —tal vez deberías descansar un par de días antes de someterte a otro viaje infernal durante varios días.

Ella sonrió y le lanzó un beso con descaro antes de mirar al resto de los presentes.

—Estoy embarazada —anunció y todos comenzaron a felicitarla.

La cena se alargó más de la cuenta debido a las nuevas noticias, pero todos disfrutaron de la compañía de los demás. Después se trasladaron todos juntos al salón y Chloe sonrió al ver las tiernas atenciones que Austin tenía con su mujer.

Casie era dulce, buena, cariñosa y noble y ella estaba feliz por el hecho de que hubiese encontrado a un hombre que la amase de esa manera. Les observó a distancia mientras Ewen le servía una copa a Brodie y Darlene pedía a un lacayo que les llevase algunos juegos.

Era una estampa magnífica. Sonrisas sinceras, miradas llenas de cariño y ternura. Su corazón se contrajo compungido al recordar cómo había sido su vida.

Las cenas en Boston habían sido casi dolorosas. Los hombres la miraban como si fuese un trozo de carne mientras su hermano la ofrecía sin el más mínimo pudor, nunca había llegado tan lejos como lo había hecho con Henry Diller, pero sí que había insinuado en multitud de ocasiones que su hermana se casaría con el que hiciese la mejor oferta.

Se había sentido muy humillada y avergonzada.

No había habido risas ni miradas cómplices, al menos con ella. Y ella estaba tan tensa, nerviosa y asustada que no se atrevía a mover ni un músculo. Apenas participaba en las conversaciones ya que su punto de vista era totalmente contrario al de su hermano y sus invitados y no quería que se repitiese el castigo que le impuso este la única vez que se atrevió a hacer algunas insinuaciones. Y eso que apenas había rozado la superficie de lo que realmente pensaba, de haber dicho todo lo que le había pasado por la cabeza, su hermano quizá la hubiese matado.

—¿Te encuentras bien? —Casie se había acercado a ella sin que se diese cuenta.

—Sí —sonrió con tristeza —es que parece que por mucho tiempo que pase, no logro olvidar lo que dejé atrás.

—¿Te arrepientes?

—No. —La miró a los ojos—. Nunca. —Suspiró—. Pero estar aquí, con vosotros, me hace pensar en por qué yo no tuve una buena familia. Ya sé que no todas son como los Beasley, pero… sueno como una demente o, peor aún, como una envidiosa. —Se disculpó con una sonrisa culpable.

—Sé lo que quieres decir. —Su amiga la abrazó con ternura—. Estás en casa, Chloe. —Le limpió una lágrima suelta—. No pienses ni por un momento que no es así. Ahora que el tema de mi seguridad está resuelto, volverás a Londres con nosotros o, mejor aún, a Osprey House. —Chloe se tensó—. O puedes quedarte aquí, Darlene está encantada teniéndote para ella sola.

—¿Qué opinas de que Brodie…

—¿Y qué importa lo que piense yo? —Casie sonrió —¿él te gusta? Es un buen hombre, eso ya lo sabes.

—Nunca soñé con casarme por amor, tú lo sabes. —Miró a su mejor amiga—. Siempre supe que yo jamás tendría lo que tenían tus padres, pero… —Miró al otro lado del salón y vio a Brodie reír a carcajadas con su hermano y con Austin—. ¿Es posible enamorarse en apenas unos meses?

—Raychel siempre dice que se enamoró de Garrison en el mismo instante en el que lo vio. —Se encogió de hombros—. Para mí no fue tan evidente, pero sí que sentí algo diferente cuando conocí a Austin.

Darlene se unió a ellas y la conversación se volvió más caótica pero mucho más interesante.

Jugaron a las cartas y cuando Casie empezó a bostezar dieron la noche por finalizada.

No obstante, Brodie solicitó a Chloe que pasease con él por el interior del salón antes de retirarse.

—No me gusta nada que tengas que salir ahora. —La joven miró a través de las ventanas, volvía a llover a mares—. Aquí hay decenas de habitaciones, ¿no puedes quedarte a pasar la noche?

—Si hago eso, mañana los dos nos arrepentiremos. —La rodeó con sus brazos y la besó con delicadeza, pues les habían dejado a solas—. No puedo pasar la noche bajo el mismo techo que tú y no pasarla entre tus brazos, y eso nos llevaría a una situación muchísimo más íntima.

—No puedes desearme tanto —declaró con timidez.

—¿Qué no? —la abrazó más intensamente y la miró a los ojos un segundo —aún sigues sin estar lista para todo lo que quiero, así que seguiré cortejándote hasta que lo estés, pero nunca dudes de que para mí, eres perfecta y muy deseable.

Un ahora después, Chloe estaba tumbada en la cama pensando en Brodie.

Estar con él era intenso, abrumador incluso y sin embargo, lo sentía perfecto. Como si ella hubiese sido creada para encajar con él. Se ruborizó intensamente al imaginar cómo sería compartir el lecho con un hombre como él, estaba segura de que aunque no la trataría mal —sencillamente porque esa no era su naturaleza—, quizá no tuviese toda la paciencia que ella necesitaba y no es que no le deseara, porque lo hacía y cada vez más, cada beso que compartía con él encendía su cuerpo como una hoguera hecha de ramas secas.

La forma que tenía de mirarla, de tratarla, la hacía sentir la mujer más importante de Escocia y aunque jamás lo revelaría en voz alta, se había sentido profundamente aliviada cuando pudo comprobar cómo miraba Brodie a Casie. Había tenido sus dudas al respecto, porque Cassandra Beasley era una auténtica belleza, pero parecía que Brodie no era consciente de eso. La trataba de la misma manera que hacía con Darlene, sin pizca de interés romántico. Desde luego no lo hacía como la miraba a ella que la mayor parte del tiempo casi sentía que la desnudaba con la mirada.

Y ella haría lo mismo con él si no fuese porque cuando lo había intentado, le costaba hasta respirar. Y lo deseaba con todas sus fuerzas.

Era extraño, pero cuanto más tiempo pasaba con Brodie, más se sentía ella misma y eso la llevó a pensar que no había sido consciente de cuánto había cambiado. Desde que murió su madre siendo ella una niña casi, algo que empeoró al morir su padre, se había acostumbrado a ocultar sus pensamientos, sus emociones y su verdadera forma de ser. Había vivido enjaulada tras barrotes que ella misma se había impuesto para no sufrir los creativos castigos de su hermano.

Se incorporó y se acercó al espejo del tocador, tras encender una vela, se miró con atención.

—¿Quién eres ahora, Chloe?

Acababa de comprender que la nostalgia, la tristeza e incluso todo el miedo que había sentido desde que Henry Diller se presentó en la casa de su hermano, se debía a que en algún punto del camino, se había perdido a sí misma. Recordó con un peso enorme en el corazón que incluso se había sentido traicionada por las Beasley cuando estas se fueron de Boston, también había sentido envidia cuando se enteró del matrimonio de Raychel. La culpabilidad la mordió con fuerza.

Incluso la terrible soledad que la había dominado durante días se debía a que ya no sabía quién era, ni si lo que pensaba o lo que sentía incluso, se debía a que aún permanecía dentro de esa jaula mental que ella misma había creado.

—No, lo que siento con Brodie no es ficticio —le dijo a su reflejo —quizá él sea lo único honesto que hay en mi vida ahora mismo.

Y siguió dándole vueltas a todo hasta que el sol despuntó en el horizonte y empezó a teñir los cielos.

Capítulo 20

—¡Milord! ¡Milord!

Los gritos despertaron a Ewen que gruñó en respuesta, tapó a Darlene con las mantas y salió de la cama desnudo, se cubrió con una bata y descalzo se acercó a la puerta con grandes zancadas.

—¿Qué demonios pasa? ¿están atacando el castillo? —le preguntó al chiquillo que jadeaba y estaba sudando.

—He venido corriendo desde Falstone —le informó —hay agentes de la ley preguntando por la americana.

Ewen se frotó la cara con fuerza y observó a la señora Munro que estaba a unos pasos de ellos.

—Llévalo al salón y que coma y beba todo lo que quiera. Despierta a la señorita Hudson, al vizconde. —La miró a los ojos—. Sin despertar a su vizcondesa. —Le advirtió—. Está embarazada y necesita dormir. Envía también a alguien a por Brodie. —Mientras ambos se alejaban de él, se frotó la cara de nuevo—. ¡Maldita sea!

Entró de nuevo en la habitación y se acercó a su esposa.

Darlene era el sueño de todo hombre con sangre en las venas. Una piel delicada y suave, un rostro hermoso como pocos. Le acarició el pelo con una sonrisa. En esos momentos dormía con una placidez tan evidente que era un sacrilegio tener que despertarla, pero sabía que no se lo perdonaría si no lo hacía.

Le había cogido mucho cariño a Chloe y se habían hecho amigas y la verdad, él también la apreciaba. Era una muchacha alegre, divertida, inteligente y hermosa, pero sobre todo, miraba a su hermano como Darlene le miraba a él y eso le hacía tremendamente feliz, porque si algo quería Ewen, era que Brodie encontrase a esa mujer que le amaría por encima de todas las cosas.

—Darlene, mi vida —la besó en la mejilla —despierta, cariño mío.

—¿Qué ocurre? —la condesa miró a su marido con el ceño fruncido —¿Jocelyn está bien?

—Sí, mi amor —la besó en los labios —pero hay un problema con Chloe y debemos solucionarlo, imaginé que querrías estar presente.

—Sí, por supuesto.

Desde el mismo momento en el que Ewen descubrió a Darlene inconsciente en la cama de la cabaña de su antiguo jefe de cuadras, supo que nunca la dejaría marchar. Lo que no se podía imaginar era que cada día se sentiría tan dichoso al despertar a su lado. Antes de conocerla, las responsabilidades habían empezado a minarle el ánimo, pero ahora, con ella a su lado, se veía capaz de soportar cualquier cosa.

La amaba más cada día que pasaba.

La ayudó a vestirse y después se vistió él.

—Vamos a ayudarla, sea lo que sea, ¿verdad? —la pregunta nerviosa y asustada de Darlene le encogió el estómago.

—Por supuesto —la abrazó y la besó con todo el amor que sentía por ella —lo solucionaré, te lo prometo.

Cuando Ewen y Darlene llegaron al salón, el muchacho ya había terminado de comer y estaba impaciente dando pequeños botes en la silla, Chloe ya estaba allí también claramente nerviosa, llevaba un sencillo vestido de estar por casa y a juzgar por los lazos retorcidos se lo había puesto ella sola y a las carreras, se giró inmediatamente en cuanto entraron al salón, en sus enormes ojos verdes había una súplica que le apretó el corazón. Austin se estaba sirviendo un café y aunque sus movimientos eran calmados, la tensión de su cuerpo indicaba que no estaba tranquilo en absoluto.

—No temas —la tranquilizó Ewen tuteándola por primera vez —te protegeré, ¿de acuerdo? —asintió mientras Darlene se acercaba para abrazarla con todas sus fuerzas.

En ese instante, entró Brodie claramente alterado, apenas iba vestido. Llevaba solamente unos pantalones, las botas de montar y una camisa abierta. El pelo revuelto, lo que significaba que había ido cabalgando a toda velocidad.

—¿Le pusiste la silla al caballo? —preguntó Ewen con una sonrisa.

—No, ¿qué ocurre?

—Ray nos lo contará —Ewen miró al pequeño que se había puesto de pie de un salto —y por favor, sé claro, apenas ha amanecido.

—Sí, *laird* —el joven le miró a los ojos—. Hace más o menos un par de horas, han llegado a la posada diez hombres que se han identificado como agentes de Northshire Constabulary. Han venido portando retratos de ella. —Señaló a Chloe—. Dicen que ha sido secuestrada y que su marido la busca y ofrece una recompensa.

—No estoy casada. —Miró a Brodie y después a los condes y al marido de Casie—. Lo juro. Si hay algún documento que diga lo contrario, es falso.

Brodie se acercó a ella y la abrazó sin importarle que otros pudiesen verle. La miró a los ojos.

—Yo te creo, todos lo hacemos, tranquila.

Permaneció abrazado a ella mientras le hacía un gesto al chico para que continuase.

—Nadie les ha dicho nada, claro, porque somos leales al clan, pero mi madre oyó que uno de ellos tenía una orden para registrar el castillo.

—Por encima de mi cadáver —murmuró Ewen—. Además de conde y laird, soy juez. ¿En qué se habrán basado para semejante agravio? —Miró a su hermano—. Hay que hacer algo. Y hay que hacerlo ya.

Este asintió con la cabeza y miró a la joven que temblaba como una hoja.

—Cásate conmigo.

—Brodie.

—Ahora, cásate conmigo ahora mismo, Chloe —la miró a los ojos —Gretna Green está a pocas horas de aquí, llegaremos aún antes en mi caballo, di que sí y nadie podrá llevarte jamás de mi lado.

El silencio que les envolvió fue atronador.

Hasta que Chloe, con lágrimas en los ojos, asintió.

—Voy a despertar a Casie —murmuró Austin.

Mientras el vizconde salía de la estancia, Darlene miró a su amiga y esta, con una mirada atormentada, asintió con la cabeza. Parecía que la americana no era capaz de hablar, simplemente permanecía con los brazos de Brodie a su alrededor sintiendo que toda su vida se desmoronaba a su alrededor y lo que era peor, había arrastrado con ella a buenas personas que no habían dudado en ofrecerle toda su protección, su cariño, su amistad.

Para cuando Casie entró en el salón, Ewen ya había organizado a todo el mundo.

Chloe estaba aturdida sentada en un sillón, mientras Brodie —tras pedir permiso a Ewen—, había subido a las habitaciones de su hermano para vestirse de forma apropiada, sobre todo si iba a fugarse con ella para casarse. El joven Ray había vuelto a la posada, esta vez, en una carreta que conducía un lacayo. Y Darlene había subido a la habitación de Chloe con una doncella para prepararle una pequeña bolsa de viaje, ya que la americana no parecía ser capaz de hacer algo aparte de respirar.

—¿Es lo que quieres? —le preguntó Casie.

—Sí. —Se limpió las lágrimas—. Solo que no quería que ocurriese así. —Sabía que el conde podía oírla, pero estaba tan triste que no le importaba—. Me he enamorado de él, Casie, pero no quería atraparlo de esta manera… yo… —Abrazó a su amiga con todas sus fuerzas.

—Podemos hacer algo, lo que sea —Casie miró a su marido —por favor.

—Cariño —Austin se acercó y la besó en la cabeza —sabes que haría cualquier cosa por ti, pero es la ley, la señorita Hudson aún no puede tomar sus propias decisiones porque aún no tiene la edad apropiada.

—Lo sé, pero…

—Cassandra —Ewen se acercó y la miró a los ojos—. Soy juez, puedo evitar que entren en el castillo un par de días máximo, pero con eso solo lograremos empeorar las cosas. —Miró a

Chloe—. Lo siento. Si tienen una orden para registrar mi castillo, significa que alguien ha validado los documentos que te nombran esposa de alguien. —Decidió tutearla de nuevo—. Y sé que son falsos, nadie duda de tu palabra. Pero si te cogen aquí, cuando pudiésemos probar que son una falsificación, estarías ya en América y mi poder no llega tan lejos, por no hablar de lo que podría sucederte por el camino.

Chloe le miraba con los ojos encharcados.

—Es muy duro lo que estoy diciendo, lo sé. —Se agachó para quedarse a su altura—. Si quieres a Brodie, ve con él. Mi hermano cuidará de ti y te mantendrá a salvo, te lo prometo.

—Pero si se casan, ¿no podrían denunciarles por bigamia? —preguntó Austin.

—Sí. —Miró a Chloe—. Si ponemos la fecha de hoy, pero no tiene por qué ser así. —Le acarició el rostro—. ¿Entiendes lo que quiero decir? —La joven asintió.

Casie miró al escocés que le dedicó una sonrisa tranquilizadora y después las dejó a solas. Austin hizo lo mismo.

Cuando Brodie regresó al salón, el sol ya estaba brillando en el cielo. Ese día no se esperaban lluvias, aunque debido al mal tiempo de días atrás, los caminos estarían casi intransitables.

—Tenemos que irnos, hay jinetes en el camino de entrada —les había visto desde la habitación de Ewen. Le tendió una mano a Chloe—. Vamos, confía en mí.

***

Brodie y Chloe salieron por la parte trasera del castillo y en cuando se subieron al caballo, salieron al galope y Ewen, que ya había tenido tiempo de vestirse de forma apropiada, bajó al salón a esperar a los hombres que estaban a punto de entrar en su propiedad.

Darlene, Casie y Austin estaban a su lado y podía sentir la fe que tenían en él y en su capacidad para arreglar la situación.

En menos de diez minutos, los diez hombres se bajaron ante las puertas y exigieron de malos modales que se les permitiese el paso.

—Caballeros. —Ewen se acercó y los miró a los ojos—. Estoy convencido de que saben quién soy.

—Conde. —El cabecilla se acercó con unos papeles en las manos—. Tenemos una orden de registro para buscar en el castillo a la señora Diller.

—No conozco a tal dama. —Ewen seguía delante de él impidiéndole entrar. Tendió la mano para que le entregasen los papeles—. ¿Qué insensato juez les ha firmado esto?

—Yo.

Ewen alzó el rostro y entrecerró los ojos un instante.

—Por supuesto, lord Crow —el conde esbozó una sonrisa—. ¿No te cansas nunca de atacar a mi familia y salir trasquilado como las ovejas? —se apartó de la puerta permitiendo el paso de

los agentes—. Deberías advertir a tus hombres que cualquier desperfecto que ocurra durante el registro será debidamente notificado— el otro apretó los dientes—. Te lo explico porque sé que no estáis acostumbrados a tener nada de valor, pero mi castillo está repleto de obras de arte demasiado caras para tu bolsillo.

—¡No toquéis nada! —Ladró el juez a sus secuaces—. Solo podéis mirar lo que esté a la vista y hablar con el personal del castillo.

La helada sonrisa llena de confianza de Ewen le hizo enfurecer.

Lord Crow era juez senior de la Corte de Sesión de Escocia, lo que legalmente hablando, significaba que estaba por encima de Ewen a nivel judicial. No así socialmente, ya que sólo era barón y Ewen era conde y *laird*. Pero en esos momentos, Ewen no estaba en posición de negar la entrada a su castillo. Y no era un hombre que estuviese acostumbrado a que se negasen sus deseos, por lo que su mal humor empeoró.

Cuando el juez intentó entrar, Ewen le puso una mano en el pecho deteniéndolo.

—Fuiste el recadero de mi tío y sigues siendo un segundón.

Las rivalidades entre los Crow y los McCrorey databan de hacía siglos, pero se habían acentuado durante las guerras jacobitas. No obstante, la particular guerra silenciosa entre lord Crow y Ewen venía desde que eran niños y se habían peleado en el colegio, mientras que el difunto padre de Dougal le había dado una paliza delante de todos por pelearse con el primogénito de un conde, su padre, le había mirado a los ojos y explicó que resolverían el asunto en la privacidad de su hogar. Dougal no había encajado el golpe con elegancia y se dedicó a alimentar el resentimiento que sentía de tal forma que incluso se puso de parte de su tío cuando este impugnó el testamento de su abuelo.

Perdieron el juicio y Dougal quedó de nuevo en la boca de todos por permitir semejante escarnio a un noble. Y tampoco había encajado con elegancia esa pérdida.

Aunque no todo era culpa del barón —si Ewen tenía que ser sincero—, pues desde aquel primer juicio, Ewen no dudaba a la hora de dejarle en ridículo cada vez que podía o tenía la ocasión.

—Voy a encontrar a la mujer y a detener al engendro de tu hermano —le amenazó el juez —. Varios aldeanos los vieron juntos en el pueblo y, pese a todo lo que haces, no cuentas con la lealtad de todos los que viven en Falstone. —Le apartó la mano de un manotazo—. ¿Cómo le sienta a tu ego de santurrón saber eso?

Ewen apretó los dientes con fuerza pero fue capaz de mantener la calma, el hecho de que Darlene estuviese a su lado y le sujetase la mano con fuerza, influyó.

Ajustarían cuentas, se prometió, pero no en aquel instante con tantos testigos. Le dedicó una fría mirada que hizo estremecer al otro y Ewen supo que seguía siendo el mismo cobarde que cuando eran niños y le atacó por la espalda.

—Lord Crow. —Austin se presentó ante él—. Soy Austin Burcham, lord Slawton y futuro marqués de Woodbridge.

—Un placer. —Le tendió la mano, pero Austin no se la estrechó y lo miró con una ceja arqueada, como si el otro no tuviese derecho a respirar el mismo aire que él.

—Me ha parecido entender que buscan a una mujer que paseó con el señor McCrorey hace unos días por el pueblo.

—Así es —le miró con un brillo de malicia en los ojos.— ¿Qué sabe al respecto?

—¿Saber? —Puso una expresión inocente que no engañó a nadie—. Por lo que yo sé, el señor McCrorey paseaba con su esposa. —Le miró fijamente a los ojos—. ¿Acaso son tan bárbaros en Escocia que eso es delito? —Miró entonces a su mujer—. Cassandra, de ser así, nos iremos de inmediato. No permitiré que nadie me acuse de un delito por pasear en público con mi propia esposa.

—Muy gracioso —murmuró el juez—. La mujer a la que buscamos es americana, de media altura, pelo castaño y ojos verdes. Guapa, delgada. De soltera, su nombre era Chloe Hudson.

Todos se quedaron en silencio mientras los hombres del juez entraban en todas y cada una de las estancias del castillo.

Nadie ofreció un refrigerio y nadie les mostró la más mínima cortesía, era más grave aún, ni siquiera les habían acompañado hasta la sala de visitas. Mantenían a lord Crow en el recibidor lo más cerca de la puerta que podían. La tensión era palpable en el ambiente y aunque no se habían cruzado más palabras, era evidente que Ewen y Dougal tenían asuntos pendientes.

El juez también miraba de soslayo a Austin y este hacía muecas divertidas. Era muy consciente de lo que la gente veía en él, un hombre ligero de pensamiento que rara vez se tomaba nada en serio, era una fachada que le había costado mucho crear y prefería que fuese así, de esa forma tendían a infravalorarle y a fin de cuentas, su familia y amigos que eran las personas más importantes de su vida, sabían cómo era en realidad.

Lord Crow se mantuvo firme casi todo el tiempo pero empezaba a impacientarse, no obstante, sabía que pese a los hombres que había llevado con él, el castillo era enorme y registrarlo, aunque no pudiesen tocar nada, les llevaría mucho tiempo. Ardía de rabia al ver el desprecio y el desdén con el que le estaban tratando, hasta el mayordomo estaba montando guardia en aquel recibidor vigilándole, no se había quitado ni el sombrero ni la capa porque nadie se había ofrecido a recogerle las prendas. Por no hablar del ejército de lacayos que siguieron a sus hombres.

Pero estaba convencido de que esa vez lograría por fin detener a Brodie por secuestro. Odiaba a Ewen con toda su alma, pero lo que sentía por el hermano del conde iba más allá. Nadie sabía, o al menos, eso pensaba él, las veces que Brodie le había ganado en una pelea o las veces que se había adelantado en sus negocios dejándole a él sin beneficios.

Les odiaba y estaba deseando poder destruirles y confiaba ciegamente en que esa era su ocasión dorada.

Pero más de una hora después, sus hombres volvieron con las manos vacías.

—Hay varias habitaciones usadas recientemente, pero ni rastro de la mujer. Hemos interrogado al personal, pero juran y perjuran que aquí solo están los presentes y que, de vez en cuando, vienen a pasar el día el loco de atar y su esposa —informó uno de los agentes con evidente desprecio.

En cuanto la última palabra salió de su boca, Ewen se lanzó a por él, le derribó de un

puñetazo y le puso el pie en el cuello.

—Vuelve a insultar a mi hermano y te rompo el cuello, Brian —el hombre jadeaba—. Te faltan arrestos para decirle eso a mi hermano, sobre todo ahora que ya no le sacas ventaja en altura y complexión.

—¡Ewen! ¡suéltale de inmediato! —le ordenó lord Crow.

—Lord Hawthorne para ti —le miró a los ojos y levantó el pie—. Saca a tu basura de mi casa, ahora.

—Esto no quedará así.

—Por supuesto que no, ya que te estás quedando sin acólitos —terció Ewen—. También te advierto de que el duque de Atholl será informado de inmediato.

—Por no mencionar que estáis incomodando a la hermana de la duquesa de Hawley. —Casie dio un paso al frente y miró al hombre que abrió los ojos de par en par—. Sí, soy la hermana de Raychel Wheatcraft y tanto mi hermana como mi cuñado estarán furiosos cuando se enteren de semejante atropello. ¿Es usted consciente de quién es esa mujer? —Miró a Darlene—. Es la hermana del duque y ¡oh! ¿Oyen ese llanto? Es la sobrina del duque y la hija de los condes. ¿De verdad quieren seguir aquí?

El juez ordenó a todos los agentes que abandonaran el castillo lo antes posible y salieron al galope.

—¿Debería ofenderme el hecho de que tu hermana les dé más miedo que yo? —se burló Ewen y provocó las risas de todos.

—Mi hermana da miedo en todas partes —siguió la broma Casie—. Y doy gracias a Dios por ello.

Capítulo 21

En cuanto salieron por la parte trasera del castillo, Brodie le colocó una pesada capa de cuero curtido y sellado con grasa animal que repelería la lluvia y la ayudó a subir a un semental fuerte que parecía ansioso por empezar a correr, él se subió a otro y tras una mirada intensa, emprendieron el camino.

Ella no iba vestida para cabalgar, pero en aquellos momentos no importaba. Porque lo que Ewen le había explicado era una verdad que no podían obviar, si la cogían, la ley les obligaría a entregarla y una vez que le pusiesen las manos encima, estaría perdida. Poco importaría que se pudiese demostrar que ese matrimonio era falso o lo ridículo que era pensar que alguien la había secuestrado, cuando eso ocurriese, ella ya no sería dueña de sí misma. Y además había otro problema que no había querido decir en voz alta, ¿quién pelearía por ella? Proteger su honor era algo de familia y había sido la única familia que le quedaba con vida quien la había puesto en aquella desagradable posición. Así que nadie podría hacer nada por ella y una vez de vuelta en Boston, la verdad era que no importaría lo que fuese cierto o falso.

Su suerte estaría echada.

Aún tenía el estómago revuelto al pensar en que el desgraciado de su hermano la había casado de forma ilegal con su malvado amigo y socio. Y sin embargo, de alguna manera, ella siempre había sabido que acabarían por encontrarla y que su vida habría terminado para entonces. Quizá no la matarían, pero la harían sufrir y teniendo en cuenta las libertades que el depravado de Henry Diller se había tomado con ella en su propia casa y que lo había hecho con total impunidad, se podía imaginar a qué clase de torturas se enfrentaría.

Miró a Brodie y gimió.

No había querido hacerle algo así a él. A nadie en realidad, pero a Brodie menos aún. Era un hombre noble, leal, al que iba a obligar a mentir para mantenerla a salvo y sin embargo, cabalgaba a su lado, manteniendo el ritmo y con expresión concentrada. No había signos de ira o de decepción. O por lo menos no los había habido cuando le colocó la enorme capa que la cubría casi hasta los pies.

Cabalgaron sin parar hasta que llegaron a Gretna Green. Cuando por fin se bajaron del caballo, Chloe no se sentía las piernas, tenía la espalda dolorida y trastabilló cuando Brodie la puso en el suelo, por fortuna, sus reflejos eran excelentes y la mantuvo en pie.

—Lo siento, ha tenido que ser brutal para ti. —Le acarició el rostro, empapado por la lluvia que había comenzado escasos minutos antes—. Pero tenemos que hacer esto antes de que lleguen hasta nosotros.

—Brodie… —Él la miró un instante y después fijó la mirada en su rostro—. Dime que no haces esto obligado, que no… que no es solo por salvarme, que… ¡oh, Dios! No quiero destrozarte la vida.

Él sonrió y la abrazó con fuerza.

—Me alegro de que te hayan encontrado y de que hayamos tenido que huir. —Ella jadeó por la sorpresa—. Quiero casarme contigo, y te regalaré flores, pasearemos y haremos lo que quieras, como si siguiese cortejándote. Pero quería casarme contigo, te quiero a mi lado por el día y por la noche, y estaba empezando a impacientarme. —La besó en los labios con vehemencia—. Así que sí, me alegro muchísimo de que las circunstancias lo hayan precipitado todo. Y no, nadie me obliga a hacer esto.

No le quedó más remedio que sonreír mientras su corazón se le desbocaba en el pecho.

Sujetaron las bridas de los caballos y se encaminaron hacia una de las herrerías que había en aquella estrecha calle, Brodie parecía saber exactamente a dónde se dirigía y ella le siguió siendo consciente de que lo haría hasta el fin del mundo.

Tras llamar a la pesada puerta de madera, Brodie entró y observó todo a su alrededor. Chloe hizo lo mismo y jadeó cuando vio una decena de ramos puestos a secar en una de las paredes y un yunque que a todas luces no se había usado para modelar metal.

—¿Quién va? —Un hombre de unos cuarenta años apareció por la puerta del fondo con una escopeta en la mano—. ¡Ah, Brodie! —Bajó el arma y se acercó sonriente—. ¡Dichosos sean los ojos!

—¿Qué tal está tu padre?

—Mejor. Las medicinas que le envías le van bien y no tiene tantos dolores. —El hombre se mostró compungido—. Te estará eternamente agradecido, ya lo sabes.

—Es hora de que pagues la deuda —le dijo sin más demora—. Necesito un par de favores.

—Lo que quieras —se apresuró a responder.

Erroll hijo, era el primogénito del juez de paz que había casado a Ewen y a Darlene, solo que en realidad el certificado de matrimonio podría haberse considerado nulo ya que el novio que se presentó no era Ewen sino su primo, un hombre cruel y malvado que estaba dispuesto a todo con tal de destrozarle la vida al conde.

Tanto Ewen como Brodie habían querido vengarse y hacerles pagar por lo que habían hecho, pero en el último momento, Ewen recuperó el buen juicio y en vez de juzgarle, condenarle y arruinarle la vida a toda la familia, les perdonó con la condición de estar en deuda con él. Les había faltado tiempo para aceptar, claro. Y ahora, Brodie se alegraba de la cabeza fría de su hermano y de su capacidad para anticiparse al destino.

Y como acababa de decir, era hora de pagar la deuda.

—Te presento a mi prometida, Chloe Hudson. —Le miró a los ojos un instante—. Lo que

necesito es un certificado de matrimonio y un documento que acredite que vive en Escocia desde un mes antes de la fecha que pondrás en el certificado de la boda, para que esta sea legal.

—Pero… ¿la boda será legal o…

—Por supuesto que será legal, es mi esposa, o lo será cuando firmes el maldito certificado, solo quiero que modifiques la fecha de ambos documentos. Y no sería mentir, ya que la señorita Hudson lleva más de un mes viviendo en el castillo de mi hermano, ¿tengo que hacerle venir a él? ¿o a mi cuñada?

—No. No será necesario, tu palabra es garantía suficiente y, la verdad, preferiría no volver a toparme con tu hermano. —Respiró profundamente—. Por supuesto que fecharé los documentos como me indiques. —Miró a la joven—. Aun a riesgo de hacer enfurecer a Brodie y al conde, debo preguntar, señorita: ¿hace esto por decisión propia o está coaccionada en modo alguno?

—Erroll —gruñó Brodie.

Pero Chloe le puso la mano en el brazo y le sonrió antes de mirar al hombre que parecía realmente preocupado.

—Hago esto en plenas facultades y por decisión propia, se lo prometo.

—Muy bien, en ese caso… —Miró al escocés—. Tenéis que escoger ramo, anillo, y mis hermanas actuarán de testigos. —Le palmeó el hombro—. Felicidades.

El rito del matrimonio en sí fue demasiado sencillo para la idea que Chloe tenía de lo que debería ser una boda: unas pocas palabras, intercambio de anillos, un ramo y una bonita canción de fondo en un idioma que no entendía.

Pero cuando todo estuvo hecho, Brodie la estrechó entre sus brazos y la besó con vehemencia.

“Todo ha merecido la pena”, pensó Chloe aún ligeramente aturdida por el beso.

El hombre les dejó a solas unos minutos y ella miró a Brodie. La expresión de él era totalmente neutra y por un instante temió que se hubiese arrepentido.

—¿Estás bien? —él la abrazó de nuevo y volvió a besarla —¿te… te arrepientes de todo esto?

Brodie enredó las manos en su pelo húmedo y la besó con tal pasión que ella solo podía dejarse llevar. Cuando Chloe gimió por el placer que sentía, él se separó para poder mirarla a los ojos un instante.

—Estoy perfectamente y no, jamás me arrepentiré de haberme casado contigo —miró hacia el fondo del lugar.— Ha ido a redactar los documentos y a inscribirlos —la informó —¿y tú? ¿estás bien? Porque de los dos, la que se ha visto obligada a este matrimonio precipitado, eres tú.

—No sé muy bien cómo me siento. —Él se tensó, pero ella no le permitió alejarse—. Todo ha sido repentino y demasiado espartano, frío incluso, pero sí sé que a tu lado me siento segura. —Se sonrojó—. Y sé lo que siento por ti. ¿Es eso suficiente para empezar un matrimonio?

—Los hay que empiezan con menos incluso —la besó de nuevo—. Nosotros nos llevamos bien, nos entendemos y la atracción física está ahí —ella asintió completamente ruborizada—. Según mi hermano, que tu mujer sea tu mejor amiga es algo magnífico y mi mejor amiga eres tú.

—Oh, Brodie… —ocultó el rostro en aquel fuerte pecho masculino y se tragó las lágrimas —te prometo que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para hacerte feliz.

Él no respondió, pero su mano se enredó en su melena de nuevo y sus labios la besaron con auténtica adoración.

Brodie estaba convencido de lo que estaban haciendo, sabía que cuando volviesen a casa se encontrarían con algunas dificultades, pero ahora que ella era su esposa, contaba con poder hacerles frente y que Chloe se quedase para siempre a su lado. Cuando estaba con ella se sentía mejor, poder besarla, abrazarla y que ella buscase consuelo en él le hacía sentirse más hombre, más completo y más seguro de sí mismo.

Y también estaba convencido de que su matrimonio sería un éxito, no solo porque la deseaba más allá de la razón sino porque era cierto que Chloe era una buena amiga, se entendían y se complementaban cuando hablaban. Y él quería explorar todas esas emociones.

***

Tras firmar los documentos, Brodie dejó los caballos dentro de la herrería y caminaron bajo la fina lluvia hasta el final de la calle donde había una posada para los amantes que huían de sus familias para casarse por amor.

Eso de las bodas repentinas se había convertido en un negocio para las gentes del pueblo, incluso con la ley que se había aprobado hacía años en el que se requería que la novia y el novio debían vivir en Escocia durante un mes antes del matrimonio. Tal y como había hecho él mismo, por unas pocas monedas, un juez de paz firmaba lo que le pidieses. Era moral y legalmente censurable y todo el mundo era consciente, pero por otra parte, ¿quién quería ser el responsable de que unas almas enamoradas no pudiesen estar juntas? En el caso de Brodie no había sido todo tan poético, pero le había venido de maravilla poder sobornarles con tanta facilidad. Aunque como le había aclarado al juez, no era mentira del todo, pues Chloe llevaba más de un mes viviendo en Escocia, lo único que realmente falsificarían serían las fechas.

Tenía en sus manos ambos certificados y varias copias de ellos. Al día siguiente enviaría un mensajero con una de las copias para su hermano.

Al entrar en la posada, ayudó a Chloe a quitarse la pesada capa que había llevado durante horas sin quejarse lo más mínimo, le acarició el rostro y la besó en la mejilla.

—Conseguiré un baño y una habitación confortable —la miró con intensidad —¿estás bien?

—Sí —le sonrió —aturdida y nerviosa.

—No tienes por qué estarlo, nadie nos encontrará y mañana saldremos hacia Edimburgo.

—¿Vamos a seguir huyendo? —preguntó con cierto temor.

—No, esposa, vamos a pasar un tiempo a solas los dos. —Le acarició el rostro, porque le resultaba imposible no tocarla—. Ya no tienes nada que temer, nadie te alejará de mi lado. Te lo prometo.

Ella respiró aliviada y Brodie, tras saludar al posadero y a su mujer, la guio de la mano

hasta las habitaciones que les habían dado. Mientras las doncellas llevaban cubos de agua caliente, Brodie encendió la chimenea y la instó a que se sentase frente al fuego.

Aún faltaba algo más de un mes para Navidad, pero las noches ya hacía semanas que no eran apacibles en Escocia y habían hecho parte del viaje con frío y una fina lluvia que había hecho el trayecto más incómodo de lo que ya era de por sí.

En cuanto el baño estuvo preparado, Brodie le tendió la mano a su mujer y le sonrió.

—¿Me permites? —ella asintió nerviosa y confusa y él empezó a desnudarla —tranquila — la besó con ternura —solo quiero cuidar de ti.

—Puedo bañarme sola.

—Lo sé —la miró a los ojos un segundo —pero quiero hacerlo, quiero cuidar de ti.

—Esto es…

—Íntimo… —Ella asintió—. Ahora somos marido y mujer —le recordó—. Vamos a vivir muchas situaciones íntimas, y yo quiero vivirlas todas contigo.

—Estoy nerviosa, yo… pese a lo que han dicho esos hombres… nunca…

—No tienes de qué preocuparte —el vestido cayó al suelo—. Sé que no era cierto — empezó a deshacer los lazos que mantenían en su lugar la ropa interior—. Cuidaré de ti —la besó en el cuello y ella gimió—. Seré tierno y cariñoso y jamás te haré daño —se tensó y la miró a los ojos un segundo—. Salvo cuando atraviese tu virginidad, eso no se puede evitar, ¿me das permiso?

Ella parpadeó confusa y se estremeció.

—¿Vas a hacerlo ahora? ¿cómo lo harás?

Brodie sonrió y la besó de nuevo en el cuello estrechándola entre sus brazos.

—Te lo iré explicando.

Cuando la tuvo desnuda, para evitar que siguiese tan tensa, la llevó en brazos hasta la alta bañera portátil y le metió dentro con cuidado. Agradeció el detalle de las doncellas de verter en el agua esencia de rosas.

Hizo espuma con el jabón y empezó a acariciarle los hombros con delicadeza.

—Quiero acariciar, besar y lamer toda tu piel —ella se estremeció cuando sus manos bajaron por los brazos—. Te tocaré de formas placenteras hasta que te rindas a mí —le acarició los pechos con ternura y se entretuvo ligeramente en las rosadas puntas, la besó en la sien—. Veneraré y adoraré tu cuerpo —bajó las manos por el torso introduciéndolas en el agua mientras ella empezaba a agitarse y a respirar con dificultad.

Se entretuvo unos minutos acariciándole el cuerpo, con tranquilidad, con suavidad, como si tuviesen todo el tiempo del mundo y para Brodie, era así exactamente. Por él, incluso podría acudir el ejército entero de Su Majestad que nadie impediría que le diese placer a su esposa esa noche.

Se lo había imaginado demasiadas veces como para poder detenerse y había hablado largo y tendido con su hermano. Sabía que la necesidad que tenía de ella podría precipitar las cosas, pero

Ewen le había hecho ver que el placer de ella lo era todo, sobre todo la primera noche, ya que si se asustaba, el resto de su matrimonio sería un desastre.

Y él no quería dañarla en modo alguno.

Deslizó las manos hasta el vértice de sus piernas y ella las cerró de forma instintiva.

—Brodie, no…

—Sí, cariño —le susurró al oído —déjame tocarte, acariciarte, confía en mí, abre las piernas.

Chloe jadeaba y gemía de forma incontrolada. Estar a solas, en aquella confortable habitación, con el ambiente oliendo a rosas y con Brodie tocándola de esa forma además de las dulces palabras que le susurraba al oído estaban terminando con todo su autocontrol.

Finalmente cedió y separó los muslos, los curiosos dedos de su marido —qué extraño se le hacía pensar en que ahora eran un matrimonio—, se abrieron paso en un lugar que ni siquiera ella se había atrevido a tocar nunca. Y la invadió un rayo de placer cuando él tocó una parte oculta de su cuerpo.

—Me encanta tu cuerpo —Brodie la besó en la sien mientras Chloe tenía la cabeza apoyada en el pecho de él y se agitaba bajo el agua—. Quiero comprobar lo rápido que te excitas.

Introdujo un dedo dentro de ella y Chloe gimió más alto.

La sensación empezaba a ser incómoda, pero el placer que la recorría era tan delicioso que no le prestó atención. Volvió a tocarle el sensible lugar anterior y su cuerpo cimbreó de placer, con la mano libre, Brodie le acarició los pechos y jugó con sus pezones mientras Chloe perdía el control de su cuerpo.

Hasta que algo se rompió dentro de ella y estalló en un orgasmo demoledor que fue fascinante para Brodie.

Saciada y satisfecha, la sacó de la bañera, la secó con una enorme toalla y se desnudó lo más rápido que pudo. La llevó a la cama y él se metió en la bañera casi de un salto, se lavó lo más deprisa que pudo y antes de que Chloe se hubiese enfriado, él estaba de nuevo a su lado.

Se metieron bajo las sábanas y Brodie le cogió la mano.

—Tócame —ella le tocó el pecho y él contuvo la respiración—. He soñado tantas veces con esto que casi no puedo creer que sea real —confesó.

Le guio la mano por todo su cuerpo hasta que llegó a su pesada erección, Chloe pareció no querer tocarlo y él la miró a los ojos.

—No sé lo que debo hacer —le sonrió y la besó en los labios.

—Todo lo que quieras —le dijo con ternura —soy tuyo, Chloe, siempre y para siempre —colocó la femenina mano en su miembro —esto irá dentro de tu cuerpo cuando estés lista y nos proporcionará a ambos un placer indescriptible.

—Enséñame, Brodie.

Y él, con una paciencia infinita, la enseñó a tocarle mientras la besaba con vehemencia. Tampoco perdía la oportunidad de acariciarla todo lo que podía, pero cuando ella perdió el

control fue cuando Brodie se metió un pecho en la boca y empezó a torturarla, ella dejó de pensar con claridad y se centró en lo que sentía en esos momentos.

Una cruel imagen se filtró en su cerebro y se tensó, Brodie se percató.

—¿Voy muy rápido?

—No —le miró y suspiró —es que…

No le salían las palabras pero había comprendido que ante semejante intimidad, ella no podía comenzar aquel matrimonio mintiendo.

—Henry me atacó en mi casa, por eso hui muerta de miedo, él… me besó y me hizo daño en los labios, después me tocó los pechos con tanta fuerza que estuvieron doloridos durante un rato después, me amenazó con lo que podría hacerme y —una lágrima se escapó de sus ojos — los sirvientes lo estaban viendo y nadie hizo nada para ayudarme, ni siquiera yo misma.

—Estabas aterrorizada, es normal que no reaccionases. —Le acarició el rostro—. Quiero matar a ese malnacido. —La ira y la rabia eran patentes en su voz—. Pero mi hermano me explicó que, para las mujeres, todo esto del sexo es mucho más íntimo y que era importante que la primera vez fuese agradable para ti. —La besó con dulzura—. Le cortaré las manos por atreverse a tocarte, pero te demostraré que yo no soy él.

Le acarició los pechos con delicadeza mientras la miraba al rostro.

—¿Lo ves? —ella asintió con la cabeza —soy yo quien te toca —le lamió los pechos con perezosa lentitud y ella se estremeció —soy yo quien te adora.

Al cabo de un tiempo, cuando ella casi ya no soportaba más caricias lánguidas y más atenciones de su boca, le suplicó que la tomase.

Capítulo 22

Brodie retiró las mantas y descubrió su cuerpo desnudo, se embebió de la imagen y sonrió cuando ella quiso taparse, le retiró las manos con suavidad.

—No te avergüences de tu cuerpo —le dijo con la voz grave —no tienes motivos para ello, eres preciosa.

Le acarició los pechos y mientras la miraba a los ojos un segundo, se metió un pezón en la boca. Chloe jadeó y gimió. Una mano masculina continuó acariciándole el cuerpo y cuando se colocó entre sus piernas, ella se estremeció.

Le tocó la entrada con unos suaves toques.

—Te penetraré por aquí —le dijo pegado a sus labios —pero solo cuando estés lista, lo que significa que me voy a dar un manjar con tu cuerpo.

Y durante varios minutos que a Chloe le parecieron una eternidad, Brodie se dedicó a tocarla por todas partes, a besarla, lamer y mordisquear mientras ella sentía que la necesidad de algo más la abrumaba a cada segundo. Finalmente, Brodie colocó una mano entre sus piernas y le besó el cuerpo mientras se deslizaba hacia aquel lugar secreto.

Le abrió las piernas y le sonrió antes de poner la cabeza entre ellas, su lengua pronto encontró el lugar exacto que la hacía delirar de placer.

Quería decirle que aquello tenía que ser pecado, que no debía… pero las palabras morían en su garganta entre gemidos y jadeos. Notó que introducía un dedo dentro de ella y se tensó, pero las caricias de aquella traviesa lengua pronto la distrajeron y el placer aumentó, cuando se quiso dar cuenta, tenía dos dedos dentro de ella y su cuerpo cimbreaba al son que marcaba Brodie.

—Eso es, esposa mía —la animó él que la sentía próxima al orgasmo —déjate llevar para mí, para que pueda poseerte.

Y esas parecieron las palabras mágicas, porque un instante después, su cuerpo se tensó como la cuerda de un arco y gimió el nombre de su marido.

Brodie se colocó sobre ella manteniendo las piernas abiertas, antes de que el orgasmo la abandonase, colocó su miembro viril en la entrada de aquel magnífico cuerpo y cuando la sintió relajada, comenzó a empujar. Chloe estaba deliciosamente húmeda y aunque su cuerpo parecía resistirse a la invasión, ella le miraba con total adoración.

—Relájate, cariño —la besó en los labios y se introdujo más en ella —te prometo que haré que sea lo menos incómodo posible.

Mientras la besaba y la acariciaba, su virilidad entraba en ella centímetro a centímetro en una dulce agonía que estaba aumentando el placer de ambos. Cuando llegó a la virginidad de ella, la besó con más pasión y la penetró de una estocada. Ella ahogó un grito y él se mantuvo quieto mientras sus manos y su boca hacían lo que podían para que su cuerpo se relajase y volviese a sentir placer.

Cuando notó cómo sucedía, la miró a los ojos un instante antes de besarla con ternura.

—Ya no te dolerá nunca más, cariño mío, ahora haré que disfrutes.

—¿Y tú? —la pregunta de ella le dejó turbado.

—Para mí está siendo como visitar el paraíso —la besó en los labios.

Poco a poco ella se fue relajando y él empezó a poseerla con delicadeza. Ewen le había explicado que pese a todo, el cuerpo de ella aún sería demasiado sensible y que debía tomárselo con mucha calma y aunque la pasión y la lujuria le embargaban, estaba decidido a que Chloe sintiese solo placer.

Cuando notó que otro orgasmo se apoderaba de ella, se movió con algo más de vitalidad hasta que se dejó ir con un gruñido de satisfacción. La besó en los labios durante unos segundos antes de apartarse hacia un lado. La atrajo a sus brazos y la besó en el pelo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó con miedo de la respuesta.

—Extraña —alzó el rostro para mirarle —pero satisfecha y… saciada.

—¿Te arrepientes?

—No, nunca —le acarició el rostro —jamás me arrepentiré de estar contigo.

Brodie la besó y la acarició hasta que se quedó dormida y después, se limitó a contemplarla a la luz de las velas. Era preciosa.

Cuando su estómago rugió se dio cuenta de que no habían cenado y con gran habilidad se escabulló de la cama, se puso la ropa aún húmeda del baño y salió para pedir un par de bandejas de comida. Cuando volvió a la habitación, Chloe se había despertado y le miraba asustada.

Dejó las bandejas con rapidez en el suelo y se acercó a ella para abrazarla.

—¿Qué te ocurre, Chloe?

—Estaba sola —gimió —pensé que… me habías abandonado.

—Shhhh, no —la abrazó con más fuerza —nunca, eres mía, solo he ido a buscar comida —le alzó el rostro y la miró a los ojos —jamás te abandonaré, confía en mí.

Cuando ella asintió y parecía más relajada, Brodie cogió las bandejas y tras colocarlas en la cama, se desnudó de nuevo.

—La ropa está húmeda, cogeré un resfriado si no me la quito. —Después se tumbó a su lado—. ¿Me permites que te dé de comer? —Ella asintió, no muy convencida.

Brodie cogió un trozo de pollo asado y se lo colocó en los labios, después se acercó a ella con mirada provocativa. Le costó comprender el juego, pero cuando lo hizo, una sensación de

desinhibición la embargó y pronto se encontró besando a su marido y olvidándose de la comida.

Al final comieron todo frío pero a ninguno pareció importarle.

Para Chloe, la experiencia había sido absolutamente memorable. Brodie tenía un cuerpo hecho para el pecado o por lo menos, para hacerla pecar a ella, porque en cuanto le miraba, algo dentro de ella se encendía y ya no podía hilar dos frases seguidas, por no hablar de que su cuerpo gritaba que él la poseyese de nuevo.

Siempre que había imaginado cómo sería compartir el lecho con Brodie, pensaba que la intensidad de él sería tan abrumadora que el placer no sería algo fácil para ella, o que no sería capaz de tratarla con ternura y delicadeza debido a su ingenuidad en esos menesteres, pero como siempre, él la había sorprendido y de una manera sumamente deliciosa. No solo había logrado darle un placer que jamás habría creído posible, sino que había logrado que nada ni nadie estuviese en su mente mientras él la tocaba, la besaba y la hacía suya.

Pensar en cómo se había deslizado dentro de su cuerpo, la enorme cantidad de sensaciones que la habían recorrido, hizo que su sangre se espesara de deseo y que su corazón comenzase a latir de nuevo con fuerza. Miró a su marido y el fuego se extendió por su piel. Quería más y lo quería ya.

Qué equivocada había estado cuando pensaba que deseaba a Brodie. No tenía ni la más mínima idea. Estaba segura de que los besos y las delicadas caricias eran el máximo de placer que había entre una pareja.

Jamás había comprendido por qué había hombres que traicionaban a sus mujeres o viceversa. Pero ahora sí que lo entendía, la intimidad entre un hombre y una mujer, sobre todo cuando el hombre era Brodie, era… tan intensa, revitalizante, maravillosa, descontrolada y sublime, que sabía que en esos momentos había terminado de entregarle su corazón. Porque además, no podía olvidar que en todo momento, ella había sido su prioridad, ni por un instante sintió que él no se preocupase por ella.

Brodie era el hombre de sus sueños. Y ahora era su marido.

Todos mis deseos se han hecho realidad.

Cuando sus manos se colocaron alrededor del miembro de su marido, este se las retiró con suavidad.

—No es que no quiera hacerte mía de nuevo. —La besó en los labios—. Pero estarás dolorida y no quiero que te asustes de la intimidad que tenemos. Además, mañana salimos de viaje y prefiero que descanses. —La abrazó contra su cuerpo—. Eres perfecta, Chloe, has superado todos mis sueños.

Entre lánguidas caricias, dulces besos y su voz grave y baja, Chloe sucumbió al sueño. Y esta vez durmió del tirón.

***

A la mañana siguiente, tras un desayuno que consistió en varios bollos dulces y una gran taza de chocolate caliente, Brodie ayudó a Chloe a ponerse la capa antes de guiarla hacia una

caja justo enfrente de la posada donde habían pasado la noche.

La mujer que les abrió la puerta era menuda, de mediana edad, con un moño apretado y una expresión severa, a juzgar por el breve asentimiento de la cabeza antes de dejarles pasar, era evidente que no le sorprendía encontrarse a una pareja en su puerta a esas horas de la mañana.

El salón al que entraron estaba abarrotado de telas, hilos y cintas. Dos jóvenes trabajaban en silencio, concentradas en coser bajo la luz tenue que entraba por las ventanas. Chloe observó aquel lugar con cierta incomodidad mientras Brodie daba un paso al frente y se dirigía a la mujer de más edad.

—Necesito un par de vestidos para mi esposa. Salimos de viaje hacia el norte de inmediato.

—Sí, señor —salvo porque elevó una ceja, no hizo ni dijo nada más.

Antes de que Chloe pudiese reaccionar, la mujer comenzó a quitarle la capa y a desabrocharle el vestido mientras gritaba órdenes a las muchachas.

—¡Un momento! —protestó Chloe. Intentó retroceder, pero la mujer la ignoró por completo —. Brodie, no creo… que todo esto haga falta. —Le miró con desesperación, esperando que él la salvase de semejante vergüenza.

—Cariño, vamos al norte. —La miró con intensidad—. Sí hace falta, hasta que lleguemos a nuestro destino y allí pueda proveerte de ropa apropiada. —Le cogió la mano y le besó los nudillos—. Confía en mí.

Chloe comprendió en ese momento que Brodie la tenía prácticamente dominada con la frase: *"confía en mí"*, porque sí, ella confiaba. A ciegas. Y aunque sabía que él siempre sería bueno con ella, a veces le asustaba la facilidad con la que ella le había otorgado dicha confianza.

No es que pudiese negar que él tenía razón ya que había salido del castillo con una gruesa capa de lana sobre un vestido de día y aunque la capa que le puso Brodie encima la protegió del viento y la lluvia, no podía decirse que fuese ni cómoda y extremadamente cálida.

Se pasaron en aquella casa convertida en tienda de una modista varias horas —entre ajustes, medidas, probarse y quitarse ropa—, y cuando por fin salieron, Brodie cargaba con un pesado bulto que contenía un par de vestidos cálidos con sus respectivas capas. El vestido que llevaba en esos momentos también era nuevo, prácticamente se lo habían cosido con ella dentro.

—¿De verdad era necesario todo esto? —le preguntó con una mezcla de reproche y resignación.

—Ya te he dicho que sí.

—¡Pero te ha cobrado demasiado por los vestidos! —se detuvo delante de él y suspiró —Brodie… por favor…

—¿Qué es lo que te preocupa? ¿estás enfadada conmigo?

Chloe le miró y recordando todo lo que sabía de él y lo que Ewen le había dicho, se obligó a respirar despacio y le miró a los ojos, aunque él enseguida apartó la mirada.

—No, Brodie, no estoy enfadada contigo, pero sí con esa mujer que se está aprovechando de las circunstancias y sí, también estoy preocupada, te has gastado muchísimo dinero, ¿acaso no tienes que rendirle cuentas a tu hermano? ¿qué va a decir él de este gasto tan frívolo?

—Chloe… —El escocés dio un paso hacia ella—. Esa mujer tiene que vivir, como todo el pueblo, y lo hacen de las parejas que huyen hasta aquí para desafiar las normas y las obligaciones. —La americana tragó con fuerza—. No he gastado mucho dinero, pero lo haré. Te voy a comprar ropa nueva, joyas, flores, dulces, botas decentes para el clima escocés. —Miró hacia sus pies y ella se sonrojó—. Es mi privilegio mantener a mi esposa debidamente atendida. —Frunció el ceño—. ¿Por qué crees que le debo explicaciones a mi hermano sobre mi dinero? Me ocupo de mis propios fondos desde hace años, es más, soy yo quien lleva las cuentas del castillo, bueno, salvo los días que Darlene me releva. —La miró con más intensidad y pareció comprender—. ¿Crees que no puedo mantenerte? Tengo dinero y propiedades.

—¡Oh, Dios!… —Chloe se tapó el rostro con ambas manos—. Lo siento, lo siento… yo… Es que todo esto me supera, Brodie. Te seguiría hasta el fin del mundo porque quiero estar contigo, pero yo… —Se limpió una lágrima solitaria—. Supongo que soy demasiado ignorante sobre la vida marital.

—Pues aprenderemos juntos —se acercó un poco más a ella—. Bésame, esposa, tengo los brazos ocupados y no puedo abrazarte.

—Brodie —se acercó y le besó en los labios, aunque muy castamente —gracias.

Después se dirigieron hacia unos establos donde se podían alquilar carruajes con cochero y caballos. Tras la negociación y transacción oportuna, dispusieron de un carruaje robusto, no demasiado elegante pero era seguro y adecuado para un viaje por los caminos escoceses.

Hicieron una breve parada en la panadería y compraron pan fresco, varias empanadas de carne, también algo de bebida y con un suave beso que la llenó de confianza, emprendieron el viaje hacia el norte.

—Nos dirigimos a Dalkeith, cerca de Edimburgo, allí vive un amigo mío de la universidad, podremos alojarnos en su casa algunos días, alquilaremos una casa si te gusta el lugar y cuando mi hermano nos lo indique volveremos a casa, ¿te parece bien?

Chloe respiró profundamente y le miró a los ojos.

—¿Sabes? He desafiado al destino prácticamente desde que nací —sonrió con tristeza—. Siempre fui una niña rebelde, después me hice amiga de Raychel y Casie, y sus padres me protegieron de la ira de mi familia siempre que pudieron. —Miró por la ventana un momento—. Después hui de Boston y, siguiendo el consejo de mi mejor amiga, terminé en Falstone, donde te conocí. —Brodie cogió su mano y le besó los nudillos—. Ahora hemos huido de nuevo, nos hemos casado y no tenemos un destino. —Suspiró—. Me parece bien todo lo que dispongas. Después de haberte arrancado de tu hogar, no creo tener derecho a quejarme.

—¿No eres feliz con nuestro matrimonio? —preguntó el escocés preocupado.

—Sí lo soy —le sonrió sinceramente—, más de lo que podía imaginar, pero me entristece haber tenido que hacer las cosas así, a escondidas, mintiendo, huyendo de los agentes de la ley. Ahora, en vez de disfrutar de nuestra casa en paz como una pareja de recién casados, nos vemos obligados a deambular por Escocia. —Parpadeó para evitar las lágrimas—. ¿Tú no estás triste?

—No —le cogió de la mano y tiró de ella hasta que la sentó en su regazo—. Desde luego que no. Los viajes improvisados me ponen nervioso y tenso, pero tenerte en mis brazos alivia toda esa tensión. —La besó en los labios—. Si quieres que volvamos a Falstone, lo haremos. No

tengo problema alguno con eso, nadie te va a llevar de mi lado, eso te lo prometo. La única que podría alejarse serías tú y no estoy seguro de permitirlo, y sé que eso es primitivo. Darlene se encarga de explicármelo cada vez que tiene ocasión, pero no puedo evitarlo.

Chloe le rodeó el cuello con las manos y le besó por iniciativa propia.

—Podemos ir a ver a tu amigo si quieres y pasar algunos días en…

—Dalkeith —le recordó él.

—Pero si es legal que estemos juntos y yo estoy a salvo, quiero volver a casa.

—También podemos hacer un viaje de novios, luna de miel, lo llaman.

—No quiero eso —suspiró—. A ti no te gusta estar lejos del castillo y creo que a mí tampoco. —Le besó—. Confío en ti, Brodie. Siempre.

El escocés la abrazó con más fuerza y sonrió.

—En ese caso…

—¡Brodie! —Chloe soltó una carcajada cuando él le bajó el corpiño y se apresuró a besarle aquella zona —¡para! ¡no podemos!

—¿No podemos? —le preguntó con los ojos llenos de picardía.

—Estamos en un carruaje —murmuró con la respiración agitada ya que él había metido la mano bajo sus faldas.

—Eso no es impedimento alguno —metió la mano entre sus piernas —tenemos un camino muy largo por delante y esta es una forma magnífica de no tener frío y de no aburrirse.

—No creo que pueda hacerse en un carruaje —jadeó.

—Tengo muchas cosas que enseñarte —le introdujo dos dedos dentro y cuando empezó a acariciarla, la besó en la boca —quiero tomarte de tantas formas como sea posible.

Pero Chloe no era capaz de decir nada, el vaivén del carruaje añadido a las íntimas caricias de su esposo la estaban precipitando hacia el clímax con demasiada rapidez.

Cuando estaba casi a punto, Brodie se detuvo, la alejó un poco para poder abrirse los pantalones y cuando liberó su miembro la miró con esa intensidad tan suya.

—Ven, siéntate sobre mí.

—Yo…

—Ven —su voz sonaba más grave y la piel de ella se erizó —vas a cabalgarme mientras te devoro los pechos —le explicó —tú impondrás el ritmo que más te guste —le alzó las faldas hasta la cintura y la colocó sobre sus rodillas con las piernas abiertas.

Cuando empezó a penetrarla, sujetó sus caderas con ambas manos y bajó su boca hasta sus pechos. Los lamió, mordisqueó y chupó hasta que la sintió tensarse de nuevo, entonces la penetró de golpe y se tragó el gemido de ella.

—¿Estás bien? —la miró a los ojos.

—Sí —gimió —sí, yo oh… Brodie…

Parecía que las caderas se le movían solas, de pronto se vio clavándole los dedos en los

hombros y devorando su boca con un hambre desconocida para ella, las fuertes manos de él guiaban sus movimientos y notaba cómo la excitación aumentaba entre ellos con rapidez.

Le sentía tan adentro que su sangre se había convertido en melaza a causa del profundo placer.

Enredó las manos en el pelo de él y le besó con ardiente pasión mientras el orgasmo la recorría por completo, las embestidas aumentaron de ritmo e intensidad y un instante después, Brodie gruñó contra sus labios para después abrazarla con todas sus fuerzas.

—Te amo —no pudo reprimir las palabras, aunque se arrepintió de haberlas dicho.

Seguramente Brodie no apreciaría ese sentimiento en particular, siempre que le había expresado que quería estar con ella, lo hacía como si se tratase de su posesión más preciada, jamás había hablado de sentimientos más allá de expresar que la quería en su cama a todas horas y eso era lujuria, no amor.

Brodie le alzó el rostro y aún dentro de ella, la besó con ternura.

—¿Aún no te habías dado cuenta de que yo también te amo? —le preguntó mirándola a los ojos —te quiero, Chloe, te quiero desde el día que te conocí.

Capítulo 23

Cuando llegaron a Dalkeith, Brodie la despertó con suaves besos en sus pechos desnudos. No podía apartar las manos de ella y le encantaba la sensación de poder tocarla siempre que quisiera.

En el momento en el que ella se había quedado dormida, Brodie la cogió entre sus brazos, la tapó con su abrigo y procedió a relajarse.

—Ya hemos llegado —ella se ruborizó y él la encontró aún más atractiva—. Aún faltan unos minutos para llegar a la casa de mi amigo, nos dará tiempo para que te vistas.

—Oh, sí, por supuesto.

Se sentía torpe y sus manos apenas eran capaces de atarse los lazos del corpiño, pero Brodie aceptó la tarea por ella mientras la miraba con esa intensidad tan propia de él.

—¿Por qué te sientes incómoda? ¿te he hecho daño?

—No —le miró y le besó en los labios—. No, es que… —suspiró y se dejó caer contra él —. Contigo me siento tan libre, tan libertina incluso, y tan viva que a veces me asusta. —Volvió a incorporarse y le miró de nuevo a los ojos—. No pensé que se pudiese ser tan feliz pese a que las circunstancias no sean propicias.

—En la intimidad de nuestro matrimonio, no eres una libertina en absoluto —le acarició el rostro con ternura—, y para mí, las circunstancias son perfectas porque te tengo entre mis brazos. Eres mía para siempre. —La besó con vehemencia—. No tienes de qué tener miedo.

—¿Acaso a ti no te asusta lo intenso que es todo entre nosotros?

—No —enredó sus dedos en el pelo de ella—. Yo ya sabía que sería así, eres puro fuego, Chloe, aunque estés reprimida y te contengas a ti misma.

La ayudó a terminar de vestirse y cuando el carruaje se detuvo frente a la mansión del amigo de Brodie, ella estaba más o menos presentable, aunque no habían podido hacer nada para devolver a su recogido la elegancia que tenía al empezar el día.

Antes de que pudiesen llamar a la puerta de la imponente mansión de estilo isabelino, esta se abrió de par en par y un estirado lacayo se inclinó ante ellos.

—Señor McCrorey, un placer tenerle con nosotros.

—Gracias, Tom —rodeó la cintura de Chloe con una mano —te presento a mi esposa, Chloe McCrorey.

—Todo un honor, señora —devolvió la mirada al escocés —¿les apetece esperar en la sala de la familia?

—Sí, mi esposa está cansada del viaje.

—¡Samuel! —un lacayo apareció de la nada —acompaña a los señores McCrorey a la sala de la familia mientras yo ordeno que preparen un refrigerio y aviso a lord Barnton.

Tras recogerles las capas, les guiaron hasta una sala en el piso superior y les dejaron a solas.

—¿Quién es tu amigo, exactamente? —preguntó Chloe al ver la opulencia de aquella mansión.

—John Hamilton, hijo del conde de Aberdeen, fuimos juntos a la universidad en Saint Andrews.

Chloe le miró y parpadeó un par de veces, después se obligó a respirar despacio.

—A veces se me olvida que perteneces a la clase alta de la sociedad escocesa e inglesa —se frotó las manos con fuerza —espero estar a la altura.

—No tienes que estar a la altura de nada, Chloe —le cogió una de sus manos y le besó los nudillos—. El conde es mi hermano, no yo. Tengo amigos en todos los estratos sociales, pertenezco a una de las familias más poderosas y ricas de Escocia, pero eso no te hace menos importante a mis ojos.

Chloe sonrió y se ruborizó ante la imperiosa necesidad que tenía de besarle en aquellos momentos, por supuesto no lo haría, pero la necesidad estaba ahí y ambos eran conscientes de ella.

Al cabo tan solo de un par de minutos, la puerta se abrió y dio paso a un hombre alto, de intensos ojos azules, cabello cobrizo y sonrisa sincera.

—¡Brodie! —Ambos hombres se abrazaron con fuerza y se palmearon las espaldas—. Hace siglos que no sé nada de ti, viejo zorro. —Entonces se percató de la presencia de la dama—. Disculpe mis modales, señora, pero por un instante, la antigua amistad que profeso a su marido ha eclipsado su presencia. —Se inclinó ante ella y le besó los nudillos.

—No se preocupe —Chloe se ruborizó de nuevo y miró nerviosa a Brodie.

—Tomad asiento, por favor —miró a la dama —¿me permite tutearla? No creo que sea capaz de guardar las formas con la esposa de mi mejor amigo.

Ella sonrió agradecida.

—En realidad, casi lo prefiero, milord, soy americana y las estrictas normas sociales se me hacen confusas.

—Perfecto entonces —miró a su amigo —¿a qué debo esta visita? Te conozco y sé que no vienes por el placer de mi compañía.

—Tienes razón —Chloe bajó la mirada avergonzada, pero Brodie parecía tranquilo.— Tengo que hablar con tu padrino, lord Derby.

El hombre miró con más intensidad a su amigo y tras reclinarse en el sofá, cruzó las manos sobre su regazo.

—¿Y por qué necesitas que yo te apadrine una entrevista con el Primer Ministro Británico?

Chloe miró asustada a su marido pero este ni siquiera se percató de su nerviosismo, miró a su mejor amigo y sacó de un bolsillo el certificado de matrimonio. John lo leyó detenidamente y después volvió a mirar al otro escocés.

—No comprendo lo que estoy viendo, Brodie, explícamelo.

—Nos casamos ayer —el hombre leyó de nuevo la fecha de los documentos y después a la dama un instante.

—Tu hermano tiene poder suficiente como para solucionar cualquier problema que haya al respecto. —Le devolvió el certificado—. Asumo que, en caso de que haya hijos antes de tiempo, se podría aducir …

—No se trata de eso —Brodie le cortó secamente—. Chloe es una heredera americana con un hermano con demasiadas ambiciones políticas en aquellas tierras, partidario de los confederados, traidor a Lincoln. La vendió a un amigo y ella huyó de casa y llegó hasta mí.

John miró de nuevo a la dama que parecía querer desaparecer en aquellos momentos. Él estaba acostumbrado a la fría y brutal franqueza de Brodie e imaginó que ella aún no se había hecho a la idea de con quién se había casado. O quizá, conociendo a su amigo, este ni siquiera se habría molestado en mencionar quién era él. Para ella tenía que ser atroz que su esposo revelase datos tan personales de su vida con un completo desconocido.

—Brodie, tu esposa no tiene buen aspecto.

El escocés se levantó de un salto y la tomó entre sus brazos.

—¿Qué tienes? ¿Qué te ocurre? —Le acarició el rostro con delicadeza—. ¿De qué no me he dado cuenta? —Miró a su amigo en busca de ayuda.

—Bueno, imagino que le está resultando violento el hecho de que me cuentes sin tapujos datos tan personales, ¿le habías advertido de nuestra amistad? ¿le has asegurado que sus secretos están a salvo conmigo?

La cara de culpabilidad de Brodie fue suficiente respuesta.

—Querida, puede estar tranquila, jamás traicionaría su confianza —ella no parecía ser capaz de decir nada —se lo prometo, pero si prefiere que no sigamos hablando, no tiene más que decirlo.

—No —farfulló nerviosa —yo… —suspiró —confío en Brodie, si él confía en usted, yo también.

—Lo siento, Chloe —Brodie la besó en la frente antes de soltarla—. No lo pensé. —La miró a los ojos un instante—. Nos será de ayuda cuando tu hermano nos demande, cosa que hará.

—Lo entiendo —le sonrió —solo que no me lo esperaba.

Cuando todos volvieron a estar sentados, John tomó la palabra.

—Comienza desde el principio, Brodie —alzó una mano—. Pero espera a que nos traigan

algo de beber, por la cara de tu esposa, deduzco que el té no será lo suficientemente fuerte para la ocasión.

Y durante más de media hora, Chloe escuchó impasible cómo su esposo le explicaba hasta el último detalle de su vida a aquel hombre que le miraba intentando mantener la expresión y que no lo conseguía la mayor parte del tiempo.

Escuchar lo que había hecho de boca de otro la estaba mortificando, pero sabía que si salía corriendo, solo empeoraría las cosas. Tragó con fuerza y cuando Brodie le tendió una taza de té con un chorrito de brandy, ella negó con la cabeza. Brodie ni siquiera fue consciente de que algo iba mal, pero el otro caballero se estaba percatando absolutamente de todo.

***

Un par de horas después, Chloe y Brodie eran conducidos hasta una de las habitaciones de invitados de aquella enorme y lujosa mansión. El suelo de madera pulida crujió bajo los pasos de los lacayos que transportaban las pocas pertenencias de la pareja, mientras una doncella joven y solícita se presentaba como la nueva doncella personal de Chloe.

—Si necesita algo, señora, por favor, no dude en llamarme —dijo la muchacha antes de hacer una leve reverencia y salir de la habitación tras los lacayos.

Chloe no fue capaz de responder, ni siquiera miró a la joven, su atención estaba fija en las delicadas molduras doradas que decoraban las esquinas del techo. Sentía el peso del lugar, de su propia presencia allí, como si aquel ambiente opulento le recordara lo fuera de lugar que estaba.

En cuanto se quedaron a solas, Brodie observó a su esposa en silencio durante unos instantes. Ewen y Darlene le habían enseñado a observar detalles como la postura y claramente, su esposa estaba muy tensa y demasiado callada.

—He hecho algo mal —dijo con cautela. Ella le miró y suspiró.— Dime qué ha sido —su voz era suave, casi un ruego.— Sabes que no se me da bien leer a las personas, ni comprender las situaciones sociales.

La joven no pudo evitar sonreír con tristeza ante la sincera confesión. Esa vulnerabilidad era una de las razones por las que se había enamorado tan profundamente de él.

—Lo sé —su voz sonó llena de melancolía.

Se acercó a ella y la abrazó, sentía la necesidad de sostenerla lo más cerca posible pues tenía miedo de que ella se alejase de él.

—Habla conmigo, Chloe, por favor —la estrechó más entre sus brazos —no me castigues con tu silencio.

—No es un castigo, Brodie —le acarició el rostro y se obligó a respirar despacio —es que ha sido… muy humillante para mí.— Hizo una pausa, luchando por contener las lágrimas que amenazaban con desbordarse—. Seguramente tu amigo estará pensando que soy una fulana y que te he atrapado en este matrimonio que claramente es muy ventajoso para mí.

—¿Por qué iba a pensar eso? —el ceño fruncido de él le mostraba su desconcierto.

Ella se zafó de sus brazos y se separó un par de pasos en dirección a la enorme ventana. El reflejo del sol en el cristal iluminó la expresión de su rostro.

—Brodie, le has contado a un desconocido que escapé de casa, incluso en América es un escándalo y mancha mi reputación, no creo que en Escocia ese hecho sea mejor visto.

—No lo es —respondió sincero —pero John comprende las circunstancias.

—O si no lo hace, por lo menos las conoce con detalle —se obligó a no sonar resentida, pero no lo estaba logrando—. Le has explicado que Henry abusó de mí, Brodie. —Él la miraba confundido—. ¡Por el amor de Dios! ¡Me has presentado como una mujer que se deja tocar y manosear por cualquiera!

Brodie se quedó helado. Sus ojos reflejaban tanta confusión como dolor.

—No, no he hecho eso.

—Sí, Brodie, es exactamente lo que has hecho. —Se tapó la cara con ambas manos en un burdo intento de contener el torrente de emociones que la abrumaba—. Me siento tan avergonzada que no creo que pueda bajar a cenar. —Le miró a los ojos—. Casi me arrepiento de haberte dicho que sí. —Tragó con fuerza y alzó una mano para que él se detuviese, pues había empezado a acercarse a ella—. ¿Podrías dejarme a solas unos minutos?

Brodie asintió con lentitud, inseguro sobre cómo actuar o qué decir a continuación.

—Chloe —dio un paso hacia ella, pero ella se alejó de él. El gesto le dolió en el alma—. Sí, por supuesto —se dirigió a la puerta, pero antes de tocar el pomo, se giró a mirarla—. ¿Debo pedir otra habitación para esta noche?

—No —se apresuró en responder —eso solo haría que la situación fuese aún peor de lo que ya es.

Brodie se fue sin decir nada más y el leve sonido de la puerta al cerrarse tras él, sonó atronador en el pecho de la joven.

Chloe se dejó caer sobre la cama, su cuerpo sintiéndose más pesado de lo que recordaba. El lujo de la habitación no lograba mitigar el torbellino de emociones que la consumía. Mientras sus dedos acariciaban de forma inconsciente el delicado bordado de la colcha, su mente volvía una y otra vez a las palabras de su marido. No dudaba de su intención a la hora de protegerla y estaba completamente segura de que todo lo que hacía era con ese fin, pero el resultado solo había aumentado su vergüenza.

Sentía que toda su vida se resumía en decisiones impulsivas y consecuencias desastrosas. Y aunque amaba a Brodie con cada fibra de su ser, no podía evitar pensar que ella no era más que una mancha en la impecable reputación que él había construido.

Tumbándose por completo en la cama, dejó vagar la mirada sobre las intrincadas molduras del techo. El peso de su pasado y de su futuro parecía aplastarla y notaba cierta dificultad para respirar. Sabía que debía hablar con su marido, que debía aclarar todas las cosas con Brodie, pero en esos momentos lo único de lo que se sentía capaz era de seguir observando aquel precioso dormitorio.

La habitación era tan lujosa como el resto de la mansión. Muebles de madera de calidad en tonos oscuros contrastaban con las paredes de color verde claro y ligeras decoraciones doradas.

Las delicadas cortinas estaban retiradas y eran livianas. El enorme ventanal permitía la entrada de la luz del sol.

Chloe comprendía lo que Brodie intentaba, no era estúpida, pero no podía evitar sentirse mortificada al respecto. Al escuchar a Brodie explicar los detalles, se vio a sí misma como una mujer caprichosa, lo suficientemente estúpida como para no haber comprendido a tiempo las intenciones de su hermano y lo bastante arrogante como para pensar que podría estar a salvo con un hombre como Henry Diller en su propio hogar.

Era indignante y humillante lo que su hermano estaba haciendo con ella, pero sus propias acciones no decían nada mejor.

Se sentía tan confusa, dolida e insignificante que le dolía hasta respirar. Lo que veía el amigo de Brodie sería lo que pensaría todo el mundo, que ella había huido de un matrimonio concertado para aprovecharse de la amistad de la duquesa de Hawley y así seducir al hermano del conde de Hawthorne, casualmente, el marido de su cuñada.

¿Y qué había hecho ella en cuanto había habido complicaciones? Volver a huir desesperada y aceptar la primera proposición de matrimonio que le habían hecho.

No se arrepentía de haberse casado con Brodie porque estaba segura de que le amaba, enamorarse de él había sido natural, como una tranquila marea. Todo lo que él representaba, cómo era, cómo pensaba… todo había influido en sus sentimientos hacia él y estaba convencida de que ningún otro hombre podría hacerle sombra jamás.

Y se sentía muy egoísta porque a todas luces, ella no era más que una mancha en una existencia privilegiada, seguramente terminarían siendo apartados de la buena sociedad cuando su hermano y Henry Diller hiciesen público el escándalo al acusarla de bigamia.

Quería echarse a llorar, de verdad que sí, pero no fue capaz de encontrar lágrimas que derramar. Era todo tan injusto y tan frustrante que apenas podía soportarlo.

No habían mentido a nadie aún, porque tanto el juez que les casó como el amigo de Brodie eran muy conscientes de la realidad, pero eso no lo hacía más fácil, ya que a ojos de todo el mundo, les estarían mintiendo descaradamente. En el certificado de matrimonio ponía que se habían casado al día siguiente de llegar ella a Escocia.

Y de eso hacía ya más de tres meses.

Se sentía una completa farsante y totalmente indigna de la confianza que Brodie parecía tener en ella, él se había implicado totalmente en ese matrimonio y no había dudado a la hora de pedir a un amigo que le ayudase con el fin de lograr anular el supuesto matrimonio con Henry Diller.

Suspiró con pesar y se recostó en la cama.

¿Cuánto daño más podría hacerle a la reputación de Brodie? Sabía que él no lo había tenido fácil cuando era pequeño, pero ahora era un hombre respetado en Escocia y ella rompería para siempre esa confianza que sin duda alguna, le habría costado muchísimo esfuerzo ganar.

¿Cómo iba a mirarle de nuevo a la cara? ¿Cómo iba a poder enfrentarse a aquel hombre que estaba relacionado con el Primer Ministro de Inglaterra?

Capítulo 24

Brodie estaba en el estudio de su amigo con una copa de whisky que aún no había bebido.

—No lo entiendo.

John le miró y sonrió.

Aquel enorme escocés era la persona más leal y noble que él había conocido jamás. Y todo lo que tenía de inteligente, lo tenía de buena persona e inocencia.

—Es normal que se sienta como lo hace, la has expuesto delante de un desconocido —le explicó de nuevo, pero su amigo parecía no comprenderlo—. No tenías mala intención, eso lo sabemos los dos, y es cierto que vas a necesitar ayuda si al final os denuncian por bigamia. El escándalo va a ser apoteósico. —Bebió un trago—. Pero ella no me conoce de nada.

—¿Quieres decir que he traicionado su confianza? —preguntó claramente preocupado.

—Es posible que ella sienta que así es —dejó su bebida a un lado—. ¿Por qué no le contaste tus planes? Quizá si la hubieses preparado, te habrías ahorrado todo esto.

—No lo sé —se encogió de hombros—. No lo pensé. Cuando salimos de Gretna Green, solo pensaba en que tú podrías ayudarme a que no me obliguen a alejarme de ella.

—Creo que ni la Reina misma sería capaz de semejante hazaña —sonrió a su amigo, que parecía realmente abatido—. ¿La amas?

—Sí. —Siempre había admirado la sinceridad de Brodie a la hora de reconocer sus sentimientos, aunque después no supiese qué hacer con ellos.

—¿De verdad hay alguien que sea capaz de separaros? Por lo que yo sé, tienes una fortuna más que considerable. No tienes título, pero tu parentesco con familias prominentes de la alta sociedad lo suple. —Se cruzó de brazos—. En vez de venir a Escocia, podríais haber ido al continente o incluso a América. Tengo entendido que es lo suficientemente grande como para evitar a su hermano.

—No quiero volver a separarla de Raychel y Casie. —Brodie suspiró y dejó la bebida sin tocar—. Vivir en Escocia ya será muy duro para ella. Las considera casi hermanas, pero aquí podrían escribirse y verse con relativa frecuencia. Eso no pasaría si me la llevo al extranjero o si no consigo que el Tribunal Superior dictamine que el matrimonio válido es el nuestro en vez del

suyo con ese malnacido.

John miró a su amigo y suspiró.

—A riesgo de que te ofendas, tengo que preguntar, ¿de verdad te crees su historia? Es rocambolesca cuanto menos.

—El tío de Raychel confirmó cada palabra de ella. —Se recostó contra el respaldo—. El duque es un hombre que no permite que nadie desconocido para él reclame la amistad de su esposa.

—Espera, ¿qué duque?

Brodie parpadeó y después se enfureció consigo mismo. Había vuelto a dar por hecho que todo el mundo era consciente de los datos que él tenía en la cabeza.

—Lord y lady Hawley.

—¿La reina del metal americana? —Brodie asintió con un gesto de la cabeza—. ¿Qué tiene que ver con… espera, ¿cuándo has mencionado a dos mujeres, ¿Te referías a ellas?

—Por supuesto, Raychel Wheatcraft es la esposa del duque de Hawley y la hermana del duque, Darlene, está casada con mi hermano.

—¿Me estás diciendo que estás emparentado con los Hawley y has acudido a mí? ¿por qué no a ellos?

—Raychel acaba de dar a luz a mellizos y todo esto le causaría gran pesar, sé que quiere muchísimo a Chloe, no tengo la menor duda de que movería cielo y tierra para ayudarla y eso podría causarle alguna complicación o afectarle de alguna manera a la salud, dudo que se haya recuperado del parto.

John sonrió. Su amigo no cambiaría jamás. Y él rezaría para que así fuese, no quedaban hombres como él en el mundo y sin duda alguna, se necesitaban más.

—¿Y la otra mujer quién es?

—Cassandra Beasley, ahora Cassandra Burcham, lady Slawton, futura marquesa de Woodbridge.

—¿Te refieres al consejero de la Reina? —Brodie le miró sin responder porque la verdad, él desconocía por completo ese dato—. Por el amor de Dios, Brodie, esa gente tiene más poder que yo o que mi padrino incluso. —Soltó una carcajada—. ¿Ellos avalan el matrimonio con Chloe?

—Austin y Casie estaban de visita en el castillo cuando vinieron a buscarla.

—Pues solo puedo decirte que, si ellos no son testigos apropiados de vuestro matrimonio, ni siquiera el mismísimo Dios lo sería entonces. —Apuró el whisky de un trago y se puso de pie—. Brodie, tus secretos están a salvo conmigo y lo sabes. No tengo el más mínimo problema en declarar que conocía tu matrimonio desde la fecha que pone en el certificado, pero mi recomendación es que los lazos familiares la protejan en vez de meter a más desconocidos en esto. —Se apoyó en el escritorio y le miró a los ojos—. Intenta imaginar cómo se siente tu esposa: tuvo que huir de su hogar en plena noche para no ser violada, ha tenido que tener fe ciega en que sus amigas de la infancia la socorriesen, después tuvo que confiar en que unos desconocidos le permitiesen vivir con ellos. En mi opinión, Chloe ha hecho demasiadas

concesiones y se ha visto obligada a confiar su seguridad y su honor a demasiados desconocidos.

—No me había dado cuenta —respondió Brodie poniéndose en pie—. No sé cómo arreglarlo.

—Siendo sincero —le aconsejó—, volved a casa. Por una vez en tu vida, deja que las largas alas de tu hermano te protejan a ti y a tu esposa. No tengas reparos en aprovecharte de los poderosos lazos familiares que tienes.

—Mi hermano siempre me ha cuidado y protegido —se defendió.

—Sí, pero esto trata de algo más que un par de matones dándote una paliza, Brodie, se trata de tu esposa, su felicidad está en juego.

Sabía que su amigo sufría con ese tipo de situaciones porque no comprendía los matices de las relaciones sociales y daba por sentado que todo el mundo tenía la misma nobleza de corazón que él y cuando sucedía algo que le demostraba que estaba equivocado, el sufrimiento era mayor aún.

—No obstante… —le puso la mano en el hombro—, si me necesitas, allí estaré. —Brodie le miró un segundo, como siempre hacía—. Eso lo sabes, y no me temblará la voz al declarar que yo mismo estuve en vuestra boda si es necesario.

—Sería extraño que no hubieses actuado como testigo —rebatió el escocés.

—No tanto —respiró despacio —sabes que haría cualquier cosa por ti, Brodie.

—No tienes ninguna deuda conmigo. —Se frotó la cara con ambas manos—. Solo pensé que esto sería la solución perfecta. Yo la quiero y la necesito. Con ella me siento mejor, menos torpe y menos estúpido, y que nos forzaran al matrimonio me pareció que era lo mejor que me había pasado en la vida. Después de anoche, solo quería protegerla a toda costa. No puedo perderla.

—Y no lo harás. —Le miró con una sonrisa en los labios—. Brodie, salvaste a mi hermana del depravado de su marido cuando yo no pude hacerlo. Podrás arreglar las cosas con tu esposa, ya tienes lo más importante, que es su confianza.

—¿Crees que aún confía en mí? —preguntó con cierto nerviosismo.

—Creo que confiará en ti toda su vida —se sirvió más whisky —¿quieres saber lo que pienso de ella?

Brodie asintió.

***

Cuando Chloe despertó se sintió aún peor que la noche anterior, la vergüenza le había impedido bajar a cenar y había alegado tener un terrible dolor de cabeza, cosa que en aquellos momentos era cierta. Al ver la luz que las pesadas cortinas dejaban pasar, empezó a dolerle de nuevo.

Se giró y una profunda tristeza se apoderó de ella al comprobar que Brodie no había dormido a su lado. Sintió ganas de llorar. ¿Había destruido su matrimonio en tan solo un día?

—Buenos días.

Se sobresaltó y se giró demasiado rápido. Brodie estaba sentado en una cómoda butaca y la miraba con ojos cansados.

—¿Has dormido ahí?

—Cuando subí después de cenar ya estabas dormida y no quería volver a traicionar tu confianza, no sabía si sería bien recibido en tu cama y no quería obligarte a nada.

—Ay, Brodie…

Chloe se sintió la peor esposa del mundo. Le tendió ambas manos.

—Ven conmigo —le hizo un hueco en la cama y cuando se acostó a su lado le besó en los labios —siempre serás bienvenido a mi cama.

—Anoche estabas enfadada conmigo —la abrazó despacio como si le pidiese permiso para hacerlo—. John me ha hecho ver que te he traicionado al contar tus secretos y lo siento mucho, tienes que saber que jamás ha sido esa mi intención. Después de nuestra noche de bodas solo podía pensar en no perderte jamás y la persona más importante que se me ocurrió después de la Reina era el Primer Ministro, entonces recordé que John era su ahijado y lo demás fue por instinto, lo siento mucho, Chloe, ¿puedes perdonarme?

La americana respiró despacio y profundamente y se apoyó sobre el pecho de él para poder mirarle a los ojos, sabía que él no le mantendría la mirada, pero el efecto sería el mismo.

—El problema no eres tú, Brodie —le acarició el rostro —el problema soy yo.

—No, tú no eres…

—Shhh —le cortó, poniendo un dedo sobre sus labios—. Sí que lo soy, porque me avergüenza mi historia. En el fondo de mi alma sé que hice lo correcto, por mal que lo vea la sociedad. Sé que hubiese muerto en vida si, por miedo o, peor aún, por acatar las normas sociales, me hubiese rendido ante ese cerdo asqueroso de Henry Diller, pero eso no significa que al hacerlo no haya perdido todo lo que soy. Incluso creo que antes de eso me perdí a mí misma y… —respiró profundamente, intentando encontrar las palabras—. Ahora os he puesto a todos en el punto de mira de la sociedad. El escándalo va a ser inevitable y todos os veréis salpicados por mi mala cabeza y mi falta de sentido común.

—A mí me parece que fuiste valiente. —Ella negó con la cabeza, pero él la silenció con un dulce beso—. Sí lo fuiste, Chloe. Y sé que has perdido muchas cosas, pero lo material puedo reponerlo. En cuanto a lo emocional, bueno, tendrás que ayudarme. Me dijiste que no tenías auténticas amistades en Boston y te prometo que iremos a ver a las Beasley siempre que quieras. Podrás escribirles a diario si quieres. Haré lo que sea necesario con tal de que estés a mi lado.

Los ojos de ella se humedecieron y él se estremeció.

—No, no llores. —Le limpió las lágrimas con delicadeza—. ¿Qué he dicho mal? Solo quiero hacerte feliz.

—No lloro porque hayas dicho algo mal, sino por todo lo contrario. —Le besó en los labios —. Es lo más bonito que nadie me ha dicho nunca.

—No entiendo por qué lloras.

—Porque mi familia, con quienes he compartido y aún comparto lazos de sangre no me ha querido jamás y tú, que me conoces de hace solo unos meses, me has dado tanto y me demuestras cuánto me quieres que me siento abrumada.

—¿Qué puedo hacer para que confíes en mí? ¿para que me perdones?

—Es que no tengo nada que perdonar, Brodie —le silenció de nuevo—. No, escucha, lo que te dije ayer era cierto, si tú confías en John, yo también, sé que si has decidido contarle la verdad es porque sabes que él puede ayudarnos, solo me entristece arrastrar tu buen nombre por el fango por las desgracias de mi vida. Por mis decisiones. Me apena que tus amigos pierdan el cariño que sienten por ti debido a mis acciones y me siento culpable y egoísta porque no me arrepiento de haberte arrastrado a este matrimonio.

—No me has arrastrado a ninguna parte, yo quería casarme contigo. Te lo hubiese propuesto hace tiempo, pero Ewen me convenció de esperar. —La abrazó y la besó en los labios —. John opina que hay que tener mucho valor y mucho coraje para arriesgarlo todo y huir de una vida llena de maltrato y vejaciones. —Le acarició el rostro—. Dice que eres la mujer que yo necesito y que merezco: una mujer preciosa, valiente y con mucho corazón. Dice que te has visto obligada a confiar en desconocidos y que lo has hecho sin perder la bondad. —Ella parpadeó—. Eso me dijo anoche. Y yo estoy de acuerdo con él.

—No me siento traicionada por ti —le explicó con sinceridad—, pero verme a través de tus palabras me hizo sentir sucia, caprichosa y estúpida. —Se obligó a respirar despacio—. Vamos a mentir a mucha gente, Brodie, gente que te importa, solo porque mi hermano, con su sed de venganza y ambición, me ha seguido hasta Escocia.

—No vamos a mentir a nadie. —Ella parpadeó, confusa—. En Falstone todo el mundo sabe cómo son las cosas, y fuera de allí, los que nos importan saben la verdad. John me hizo comprender anoche que me equivoqué viniendo aquí. Donde deberíamos ir es a Inglaterra, a ver a Raychel.

—Acaba de dar a luz, no creo…

—Es la duquesa de Hawley y el padre de Austin es consejero de la Reina.

—No, Brodie, no metas a nadie más, por favor…

—No —la interrumpió con un beso—. No quiero que mientan por nosotros. Con decir la verdad será más que suficiente. —La besó de nuevo—. Te lo prometo. —La miró a los ojos—. Y si no lo es, huiremos de Escocia y de Inglaterra y viviremos lejos de todo el mundo, como un par de locos enamorados dignos de una de las historias de Shakespeare.

Chloe se echó a reír y le besó con más vehemencia.

—Te amo, Brodie.

—Yo también te amo, Chloe.

Cuando bajaron a desayunar ya era tan tarde que incluso habían retirado la comida del salón, pero Brodie solicitó que les sirviesen té y algo sustancioso para comer. Pidieron que lo llevasen todo a la terraza cubierta.

El día estaba gris y hacía frío, pero en aquella terraza totalmente acristalada se estaba muy a gusto y como aún no había empezado a llover, podían disfrutar de las vistas del precioso jardín.

Cuando estaban terminando de comer, John se unió a ellos.

—Espero que esté recuperada del todo, señora McCrorey. —Se inclinó ante ella como saludo y miró a su amigo—. Me temo que vais a tener que pasar aquí unos días. Los caminos están intransitables y la calzada que lleva a Edimburgo está cortada por un accidente con una diligencia.

—¿Ha habido muertos? —preguntó Brodie.

—No, sin heridos, aunque ya están siendo atendidos. —Se sentó al otro lado de la mesa—. En cuanto al tema que hablamos ayer, mi oferta sigue en pie. Si lo necesitas, os acompañaré a Londres y hablaré con mi padrino por vosotros.

Brodie miró a su esposa y tras cogerle la mano, le besó los nudillos.

—No, he decidido seguir tu consejo. Buscaremos ayuda en la familia. —Le miró de reojo —. ¿Podrías …

—No tienes ni que mencionarlo. —John sonrió—. Siempre, Brodie. —Después miró a la americana y sonrió—. ¿Sabe usted cómo nos conocimos?

Chloe negó con la cabeza sin atreverse a mirarle a los ojos.

—Fue en Saint Andrews —comenzó John—. Me estaban pegando la paliza de mi vida. —Ella abrió los ojos como platos—. Ya sabe, cosas de chicos. —Hizo un gesto con la mano para quitarle importancia—. De repente, una mole se abalanzó sobre mis atacantes y, de unos cuantos golpes, se deshizo de todos.

—Eran cinco contra uno —Brodie apretó los puños con fuerza—. No soporto las injusticias.

—Y yo doy gracias por ello. —John sonrió de nuevo—. Ahí nos hicimos amigos. Pero cuando esa amistad se convirtió en lealtad fue cuando Brodie protegió a mi hermana de su perverso marido y, además, evitó que me metiesen en la cárcel por matarle.

Ella le miró a los ojos.

—Mi cuñado es un protegido del duque de Atholl, un ser avaricioso, cruel, sanguinario y malvado, pero nos engañó a todos cuando cortejó a mi hermana. Mi padre ni siquiera se planteó nunca negarse al matrimonio, y yo tampoco, la verdad. Era cierto que Brianna era un poco joven, pero muchas damas de alta cuna se casan antes de los dieciocho, y Seamus no era tan viejo, acababa de cumplir los cuarenta. —Con una seña, pidió un servicio de té—. Al mes de la boda, mi hermana apareció en un callejón de Edimburgo, apaleada y medio desnuda. —Cogió con tanta fuerza la jarra de leche que la hizo estallar—. ¡Maldita sea! —Miró a Chloe—. Lo siento. —Se limpió como pudo—. Han pasado algunos años, pero aún me afecta.

Varias doncellas acudieron a limpiar el estropicio y a curarle los cortes que se había hecho con la fina porcelana. Cuando todo estuvo repuesto de nuevo, les dejaron a solas.

—Fue una enfermera del hospital social quien se atrevió a ponerse en contacto conmigo, mi padre se encontraba en Inglaterra, sin perder más tiempo acudí a comprobar si aquella mujer que habían encontrado era mi hermana.

—¿Y lo era? —preguntó Chloe totalmente embelesada por la historia.

—Sí. —Sonrió con tristeza—. El muy cabrón le desfiguró la cara y, a causa de la paliza, ella perdió al bebé. Resulta que estaba embarazada de cuatro meses, es decir, que la sedujo en el mismo instante en el que mi padre aceptó el matrimonio. Según me contó mi hermana, el mismo día que se anunció el compromiso. —Miró a la joven a los ojos—. Así que Brianna huyó y Brodie la protegió sin dudar ni un solo instante. Permaneció en Ishbel Castle durante cuatro largos meses, mientras se recuperaba de las lesiones y mientras mi padre y yo hacíamos lo que podíamos para lograr el divorcio.

—¡Santo cielo! Pero… ¿divorcio?

John la miró y sonrió con cierto brillo de deleite.

—Lo sé, yo también habría preferido que se convirtiese en viuda, pero Brodie me metió sentido común a base de puñetazos.

—No fue para tanto —intervino el escocés.

—Imagino que tenemos recuerdos diversos de aquel momento, creo que cuando me dejaste inconsciente y encerrado en una de las mazmorras del castillo, perdí parte de los recuerdos —comentó con deje burlón.

—Espera, ¿el castillo tiene mazmorras? —preguntó Chloe.

Brodie asintió con una sonrisa.

—¿Y le encerraste allí?

—Es que no me escuchaba —se encogió de hombros.

—En todo caso, fue lo mejor que pudo hacer. —Ella volvió a prestarle atención—. Ewen intervino también, por supuesto, y a mi hermana le concedieron el divorcio.

—¿Y dónde está ella ahora?

—Vive en Thornhill —explicó—. Se casó con un barón que la trata como si fuese la Reina de Inglaterra. Tienen un hijo de dos años y, según me asegura en sus cartas semanales, es absoluta y delirantemente feliz. El escándalo no llegó hasta allí y, ahora, con el paso de los años, todo se ha olvidado. —Hizo un gesto con la mano—. O, si no lo han olvidado, fingen haberlo hecho. —La miró a los ojos—. ¿Entiende por qué se lo he contado?

—Secreto por secreto —respondió Chloe y él asintió—. Puede tutearme si quiere, si es amigo de Brodie, también es amigo mío.

—Lo mismo le digo, Chloe.

Capítulo 25

Tal y como había predicho John, tuvieron que permanecer en su hogar casi una semana entera. Los caminos se habían vuelto lodazales de barro y piedras y no era seguro ni para los caballos ni mucho menos para los carruajes.

Durante aquellos días, Chloe y Brodie pasearon por el interior de la mansión y hablaron de todo y de nada, de cosas importantes y de cosas sin la mayor relevancia. Lo único que les importaba era que estaban juntos, lejos de todo el mundo, pues el amigo de Brodie les dejaba total intimidad y pudieron dedicar esos días a descubrirse el uno al otro.

Una tarde, Brodie sorprendió a su esposa con un cuaderno de dibujo y varios carboncillos.

—Oh, gracias —le besó como agradecimiento —¿le has pedido permiso a John?

—No hace falta. —La rodeó con sus brazos y la besó con vehemencia—. John tuvo una época en la que creyó que se convertiría en un dibujante de fama y lo intentó durante un tiempo, pero era evidente que no era una de sus habilidades.

Chloe rio y miró a su marido encantada.

—Me haces muy feliz, Brodie. —Él la miró con intensidad—. Soy consciente de las circunstancias que nos rodean y de que en algún momento tendremos que volver a la realidad, pero estos días a solas han sido la mejor época de mi vida. Tenerte a mi lado cada día y cada noche me hace sentir segura. —Le besó con ternura—. Pero, sobre todo, feliz.

—Podemos quedarnos aquí si lo deseas, echaré a John.

Ella rio de nuevo y volvió a besarle.

—Te quiero, Brodie.

Un buen rato después, Brodie estaba sentado en una butaca leyendo un libro mientras Chloe dibujaba algo en el cuaderno.

Para el escocés era un momento perfecto. Él se sentía tranquilo y seguro porque ella era feliz, se la veía disfrutar de lo que hacía en esos momentos, cada poco alzaba el rostro y le miraba con una sonrisa y él fingía que no se daba cuenta. Le hacía sentirse poderoso ser quien le proporcionase seguridad y felicidad a Chloe.

La verdad era que estaban viviendo como en un sueño. Por el día compartían pensamientos,

bromas, juegos, intensas charlas científicas, filosóficas o literarias y por las noches se entregaban a una pasión desmedida que les dejaba saciados.

Él también era consciente de que se les acababa el tiempo, hacía un día entero que no llovía y el sol había salido con fuerza esa mañana, lo más probable era que en uno o dos días más, las carreteras ya fuesen transitables.

Lo alargaron todo lo que pudieron, pero finalmente, ambos partieron hacia Inglaterra. Les esperaban varios días de viaje y no sería algo cómodo ni fácil, pero eran conscientes de que no podían seguir huyendo ni escondiéndose, debían enfrentarse a los problemas de cara y tanto Chloe como Brodie, se sentían capaces de todo si permanecían juntos.

Viajaron con relativa tranquilidad ya que no esperaban que nadie buscase a un matrimonio joven de apellido McCrorey, y durante las dos semanas que les llevó llegar a la propiedad campestre de los duques de Hawley, Chloe fue mucho más consciente de que había elegido al hombre perfecto con el que compartir su vida.

No solo porque estaba locamente enamorada de él y tenerle al lado le hacía sentirse profundamente querida y protegida, sino porque a medida que pasaban los días se había dado cuenta de que congeniaban a la perfección tanto dentro como fuera de la cama y aunque ella no entendía mucho sobre las relaciones maritales, le parecía que era algo maravilloso que su esposo, además de ser su amante, también era su confidente y su mejor amigo.

Sin duda alguna, Ewen había estado muy acertado en aquel comentario que le había hecho a Brodie acerca de la amistad en el matrimonio.

Durante el tiempo que habían estado juntos ella le había contado muchísimas cosas sobre su niñez, su adolescencia y cómo era su vida en Boston. Incluso le había llegado a contar que en el castillo se había imaginado que estaban juntos, que tenían un hijo y que ambos jugaban con él mientras un perrito saltaba y ladraba a su alrededor. Le había abierto su corazón por completo y sin reservas y él había hecho lo mismo, en algunos momentos le costaba más hablar de las cosas y ella le daba tiempo y espacio si lo necesitaba y Brodie siempre volvía a ella.

Vivía un sueño que no sabía que tenía hasta que había empezado a vivirlo.

Cuando llegaron a Hawley Park, en el condado de Southampton, ambos miraron la enorme mansión que aún estaba sin terminar a juzgar por la cantidad de andamios y material de construcción que había en un lateral de la casa. Aunque los jardines delanteros mostraban un aspecto magnífico y el sendero de grava estaba bordeado por parterres de alegres colores y arbustos. La luz del sol empezaba a ponerse y le otorgaba a la mansión de piedra clara, un dorado que la hacía parecer más bien un edificio místico.

En cuanto Brodie bajó del carruaje, la puerta principal se abrió y un lacayo se apresuró a ayudarles con el equipaje mientras él se encargaba de su esposa.

—¿Estás lista?

Chloe se había ido poniendo más nerviosa a medida que se acercaban a la mansión de Raychel. En algunos momentos estaba segura de que su amiga la consolaría y haría todo lo que pudiese por ella, en otros momentos temía que la echase en cara su mala cabeza o peor aún, que

criticase el matrimonio con Brodie.

Sabía, porque así se lo había contado él, que las Beasley adoraban a su marido, aunque él no había usado esos términos, pero si Raychel no había cambiado, que se sentase a hablar con él de finanzas, inversiones, propiedades y que le escuchase sin interrumpir era toda una declaración en sí misma.

Nada más acercarse a la puerta principal, les recibió un mayordomo de aspecto serio y rígido que se inclinó profundamente ante Chloe.

—Señorita Hudson, le ruego que me disculpe. —Ella parpadeó—. Cuando la conocí en Londres no sabía quién era usted, aunque no es excusa para mi comportamiento, por supuesto. Su excelencia me ha puesto al día. —Les ofreció entrar con un gesto—. La familia se encuentra en las dependencias de la familia. Si son tan amables de seguirme, les guiaré hasta allí.

Chloe le miró y sonrió.

—¿Su nombre era?

—Whiters, para servirla.

—Entiendo que proteja a mis amigas y se lo agradezco. Quizá yo no me expresé de la forma correcta, estaba muy nerviosa. —Le tendió la mano y el hombre la miró confuso—. ¿Amigos?

—Querida… —Brodie sonrió al mirarla—. No es nada apropiado que le tiendas la mano así, hasta yo comprendo la turbación del buen hombre. —Después le miró a él mientras Chloe bajaba la mano avergonzada—. ¿Todo bien?

—De maravilla, señor McCrorey, es un placer tenerle con nosotros.

El recibidor era elegante y acogedor, con paredes revestidas de paneles de madera en un tono marfil suave que se complementaba con molduras y detalles dorados. El suelo, de mármol blanco y granate, tenía un intrincado diseño geométrico. El techo era alto y en el centro, había una lámpara de araña de cristal que arrojaba destellos de luz. A un lado, un precioso aparador de madera tallada con un enorme espejo sobre él.

Tras entregar las capas, se dirigieron a la magnífica escalinata que les llevaría hasta la planta superior. Los peldaños eran de madera de roble pulida, el pasamanos estaba tallado con intrincados detalles florales y geométricos y descansaba sobre barandillas de hierro forjado decoradas con elegantes volutas y adornos ornamentales.

El mayordomo llamó con suavidad a la puerta antes de abrirla y entrar para anunciarles.

—El señor McCrorey y la señorita Chloe Hudson, excelencia.

Garrison miró al hombre, daba igual el tiempo que pasase, ese estirado mayordomo hablaba pero parecía que solo informaba a Raychel.

—En realidad… —Brodie cogió la mano de Chloe y se la besó—. Es mi esposa, Whiters, nos casamos hace ya algún tiempo.

El hombre se sonrojó y les miró a los ojos.

—Mi más sincera enhorabuena.

Cuando se retiró dejándoles a solas con los duques, Chloe temblaba de emoción, miedo… se sentía confusa y por un instante, pensó que habían cometido el mayor error de sus vidas al haber abandonado la mansión de John en Escocia.

Raychel se levantó del sofá en el que estaba sentada y la miró a los ojos un instante antes de abrir los brazos y dirigirse a ella.

Chloe corrió a refugiarse en ellos.

—Es como volver a casa —murmuró.

—Y gracias a Dios que ya estás aquí. —Raychel la separó y la miró a los ojos—. ¡No sabes cuánto te he echado de menos! —La abrazó de nuevo—. ¡Por fin estás donde debes! —La besó repetidamente en las mejillas—. Oh, no llores, porque entonces yo no podré parar —la advirtió —. ¡Estás preciosa!

Se abrazaron durante unos minutos mientras Garrison saludaba a Brodie.

—¿Cómo están las cosas? —le preguntó tras el apretón de manos.

—Bien, ¿qué sabéis?

—Lo necesario. Darlene y Ewen están aquí —informó—. Casie y Austin también, aunque repartidos por la propiedad. ¿Necesitáis descansar?

Brodie miró a su mujer y después al duque y él comprendió. Estaban cansados, pero Chloe necesitaba estar con Raychel.

—Tenía miedo. —Chloe miró a Raychel—. Yo… he hecho tantas locuras que… pensé…

La duquesa frunció el ceño.

—¿Creíste que no serías bien recibida en mi casa? ¿acaso he hecho algo para que pienses que no eres de la familia? Porque yo no recuerdo nada parecido.

—Te he hecho enfadar.

—Pues sí. —La abrazó de nuevo—. Si hubiese podido, te hubiese arrancado de las garras del sinvergüenza de Arthur hace años. —La obligó a mirarla a los ojos—. Lo sabes, ¿verdad?

—Por un momento creo que lo olvidé.

***

Unos minutos después estaban disfrutando de una deliciosa taza de té mientras los duques esperaban que les pusiesen al día.

—Nos casamos en Gretna Green —confesó Chloe y miró a su marido con una sonrisa—. Brodie me salvó. —Este le cogió la mano y se la besó—. No sé hasta dónde sabéis.

—Todo, o eso pensamos. —Raychel miró a su amiga—. Darlene, Ewen, Casie y Austin están aquí, así que nos contaron lo que ocurrió. —Les miró a ambos a los ojos—. ¿Estabais de acuerdo en casaros?

—Si por mí fuese, llevaríamos casados meses —Brodie le devolvió la mirada y la duquesa

sonrió.

—Lo entiendo, Chloe es un tesoro. —La aludida se sonrojó—. Bien, pues, tal y como están las cosas ahora, creo que lo mejor que podemos hacer es llevar la documentación pertinente a las autoridades para que el miserable de tu hermano y el cruel señor Diller se vayan de Inglaterra lo antes posible.

—¿Han venido a verte? —preguntó Chloe con preocupación.

—Por supuesto que lo hicieron. —Sonrió con picardía—. Y fueron recibidos por un duque iracundo y armado.

—Entraron al galope en mi propiedad, donde están mis hijos —se defendió Garrison sin el menor sentimiento de culpa—. Les podría haber ocurrido algo.

—Son bebés, Garrison.

—Pues, a más a mi favor. —Se inclinó y besó a su esposa—. En mi opinión, tuvieron suerte de encontrarse conmigo y no con Austin. Tiene una cuenta pendiente con el tal Arthur. —Miró a la joven—. Lo siento, señora McCrorey, pero su hermano no es bien recibido ni muy apreciado.

—Lo imagino.

Chloe miraba al duque con los ojos como platos. Admiraba a Raychel por estar casada con un hombre como él, la verdad es que era un hombre intimidante cuanto menos. Aunque todos ellos lo eran de alguna manera, solo que en el duque esa intensidad parecía más dispuesta a perder el control.

Pero era evidente que amaba a Raychel.

—Me enseñaron el documento —siguió la duquesa— y parecía legítimo. No se les ha informado de vuestra boda, de forma que ganaremos algo de tiempo, pero todo esto tendremos que solucionarlo en Londres.

—Nosotros tenemos nuestro propio documento al respecto y con las declaraciones adecuadas, el Tribunal tendrá que atender a razones.

—Probablemente. —Raychel miró a su marido con una sonrisa burlona—. Es una suerte que tengamos a todo un duque de nuestro lado.

Garrison sonrió y de nuevo, besó a su esposa.

—Cierto, deberías recordarlo más a menudo. —Miró a la pareja—. Soy miembro del Parlamento y tengo buena relación con las personas adecuadas. No creo que haya demasiados problemas, lo solucionaremos.

—Gracias. —Chloe miró al duque—. Sé que os estoy ocasionando problemas que no queréis ni necesitáis, y mucho menos con dos niños recién nacidos.

El hombre agitó una mano en un gesto despectivo.

—La familia siempre da problemas, pero es familia. —Les miró a ambos—. Aún falta para que sirvan la cena. ¿Por qué no subís a descansar y seguimos con esto después, con todos presentes?

Cuando Chloe entró en la habitación que les habían asignado con Brodie detrás de ella, se estremeció.

—¿Crees que hemos hecho bien?

—Creo que deberías dejar de temer que te demos la espalda. —Ella frunció el ceño—. Ya has oído a Garrison, la familia da problemas. —Le apartó un mechón de pelo y la besó en los labios—. Estaremos bien, nos desharemos de tu hermano y de tu falso marido, y volveremos a Falstone a vivir la vida que queramos.

Mientras tanto, en el salón familiar, Raychel estaba sentada en el sofá recostada contra el cuerpo de su marido y este, muy cariñosamente, le acariciaba el brazo.

—Todo esto es tan injusto que me hace enfurecer.

—Querida.

—Lo sé, debo estar tranquila. —Le miró de reojo—. No puedo abandonarla de nuevo, Garrison, no te haces una idea de lo mucho que me costó dejarla en Boston. Nos hemos criado juntas y sé que, legalmente, no somos familia, pero… —Suspiró—. No lo voy a dejar pasar.

—No tienes por qué. —La besó en el pelo—. Iré con ellos a Londres, hablaremos con el Tribunal, mostraremos las pruebas y citaremos a los testigos, y nos darán la razón.

—¿Y si no lo hacen? ¿y si Arthur consigue convencerles? Él puede hacer exactamente lo mismo que nosotros y la fecha de su documento es anterior al de Chloe.

—Cierto. —Le soltó un mechón del flojo recogido y aspiró su aroma—. No va a ser fácil y, desde luego, no va a ser barato, pero Chloe estará a salvo. Además, no creo que Brodie permita que se la arrebaten.

—Merece tanto ser feliz… —Se giró para poder mirarle a los ojos—. Ha vivido encerrada y sola toda su vida, se merece vivir como quiera, con quien quiera. —Garrison sonrió.

—Jamás vas a perder esa vena rebelde que tienes. —Ella sonrió también—. Te prometo que todo se arreglará. —Le acarició los brazos y la besó de nuevo—. Hemos salido de peores embrollos.

Raychel soltó una carcajada pero después se giró para poder mirarle a los ojos.

—Pues ahora mismo no recuerdo ninguno.

Fue el turno de Garrison de reírse.

—Cariño, que Chloe huyese de Boston y se haya casado con Brodie cuando hay otro documento y otro hombre que acreditan que ya estaba casada, será todo un escándalo, pero nada con lo que no podamos.

—¿Y si esto afecta a Grace?

Garrison la subió a su regazo y la besó con todo el amor que sentía por ella. No importaba de qué tema hablasen, ella siempre miraba por todos los miembros de la familia y eso hacía que

se enamorase de nuevo cada día.

—Grace sería la primera en decirte que el principal derecho de toda mujer debería ser poder elegir al hombre con el que compartir su vida.

—Cierto. —Miró a su marido con una sonrisa—. Nos ha salido más rebelde de lo que contabas, ¿verdad?

—No me puedo imaginar por qué. —Le dio un delicado azote en el trasero—. Has llenado su habitación con libros y tratados de todas las mujeres reformistas que has encontrado, por no hablar de la estrecha relación que tu hermana tiene ahora con las damas de Langham Place.

—¿Y te he contado ya que va a empezar a escribir artículos para *"La Revista de la Mujer Inglesa"*?

—¡Que Dios nos asista! —Abrazó a su esposa y la besó con vehemencia—. A la señora Bárbara Bodichon ya se le ha pasado el susto, parece.

Mencionó el incidente que tuvo lugar en Langham Place, cuando habían intentado envenenar a Cassandra.

—No seas malvado, será algo bueno para Casie. —Enredó las manos en el pelo de él—. Austin está encantado y el marqués también.

—¡Pues claro que lo están! —Colocó las manos en sus nalgas—. No quieren perder el acceso a las camas de sus mujeres.

—No seas obtuso. —Pero el brillo en los ojos de él indicaba que estaba de broma—. Hablábamos de Chloe y de si todo este escabroso tema afectará a Grace.

—Mi amor… —Garrison la abrazó y la besó en la sien—. Chloe obtendrá lo que ella desee, y si es permanecer casada con Brodie, la apoyaremos, porque para eso está la familia. Y en cuanto a Grace… —Bufó—. Si hay algún hombre que la desprecie por ser familia de Chloe y Brodie, entonces no la merece y, por primitivo que te suene, a mí no me parece mal que no se case nunca.

—¡Pobre Grace! —Se burló Raychel—. ¿Pretendes acaso librarla de los placeres de la dicha conyugal?

—Por favor —se tapó los ojos con un brazo—. Es mi hermana pequeña, te lo ruego, no sigas.

—Darlene también es tu hermana pequeña, está casada y tiene una hija, ¿acaso te crees que la concibió rezando?

Garrison tumbó a su esposa en el sofá y se abalanzó sobre ella. Después le dio un juguetón mordisco en el cuello.

—Exactamente así fue —metió la mano bajo las faldas de ella—. Rezó mucho y muy sola en una capilla aislada y Dios le concedió el deseo de ser madre, Ewen jamás le ha puesto una mano encima.

Las carcajadas de Raychel eran un bálsamo para el alma torturada del duque. Había cometido muchísimos errores con su esposa pero ella, con su noble corazón, con su inquebrantable fortaleza, le había perdonado de corazón. Y su vida era absolutamente perfecta y

maravillosa, mucho más de lo que alguna vez se atrevió a soñar.

Jamás podría expresar cuánto la amaba.

Capítulo 26

Dos días después, Chloe y Brodie se encontraban ante el magistrado jefe del Tribunal Superior de Justicia, un hombre de baja estatura y con una cabeza demasiado grande en comparación, tenía unos ojos inteligentes y una mirada penetrante, por lo demás era un hombre físicamente poco notable.

—Un placer verle de nuevo, señor McCrorey. —Le tendió la mano a Brodie, y este, aun frunciendo el ceño, se la estrechó—. Confío en que su hermano se encuentre en buen estado.

—Inmejorable. —Le miró un instante a los ojos—. Casado y con una hija, le envía saludos.

—Estoy seguro de ello. —Miró a la dama y su sonrisa pasó a ser seductora—. ¿Y quién es esta deliciosa criatura?

—Mi esposa. —Alexander Cockburn miró al escocés y arqueó una ceja ante el tono tan brusco.

—¿Y a qué debo la visita?

—Hay un hombre que afirma estar casado con mi mujer, pero, obviamente, eso no es cierto, ya que ella está casada conmigo. —Le tendió los documentos que lo acreditaban.

—Comprendo.

El juez les guio hasta los sillones al otro lado de su despacho y les invitó a sentarse, después se tomó su tiempo para leer los documentos, así como la declaración jurada de los duques de Hawley y los vizcondes de Slawton.

—Explíquenme el caso con detalle —les pidió a ambos.

Y Brodie procedió a hacer tal y como había ensayado con Ewen. Le contó que Henry Diller, el hombre que afirmaba estar casado con Chloe, la había afrentado en su propia casa y que había sido cruel, por lo que ella, asustada, había huido de su hogar en plena noche y a través de unos conocidos, logró viajar hasta Inglaterra para pedir ayuda a sus mejores amigas: la duquesa y la vizcondesa.

Le explicó también que debido a un incidente en la finca campestre de lord y lady Slawton, y dado que la duquesa estaba a punto de dar a luz, se organizó el viaje de Chloe a Escocia, donde el conde de Hawthorne se haría cargo de la protección de la dama hasta que pudiese volver a

Inglaterra.

—Qué oportuno todo, ¿no es cierto? —el juez les miró a ambos —¿y qué relación tiene su hermano con la duquesa? —le preguntó a Brodie.

—Ewen está casado con la hermana del duque.

—Ah, comprendo. —Miró a la joven y pareció sopesar sus palabras durante unos momentos—. Si bien me siento favorable a creer su palabra, debo obtener todas las pruebas. Como seguramente sabe, soy concienzudo con los detalles. —Les devolvió los documentos y miró a Brodie—. Quiero hablar con todas las partes implicadas, señor McCrorey, y le aconsejo que contraten a un buen abogado.

—Mi hermano nos representa —indicó, y el juez sonrió de medio lado.

—Ah, así que volveré a medirme con el conde. Eso está bien, quizá esta vez le gane.

—En realidad, usted sería el juez del caso.

—Lo sería, pero de momento, no ha habido ninguna denuncia formal, señor McCrorey, o al menos, no ha llegado a mi tribunal.

—Pero para eso estamos aquí. —Le tendió nuevos documentos—. Acusamos a Henry Diller de fraude matrimonial, falsificación de documentos, conspiración, intento de extorsión y perjurio. Además, también queremos denunciar a Arthur Hudson, hermano de mi esposa, por complicidad en fraude matrimonial, encubrimiento, conspiración y omisión de denuncia.

El hombre se puso en pie, llamó a alguien tras abrir la puerta y pidió un té y unos dulces, después volvió a sentarse con ellos en el sofá.

—Acusaciones graves todas ellas. —Miró al escocés—. Me temo que esta conversación nos va a llevar un buen rato. —Entrecerró los ojos—. Quiero los detalles.

Esperaron en silencio hasta que la doncella les llevó el refrigerio y cuando les dejó solos de nuevo, Brodie le contó al magistrado todo lo que sabía sobre su cuñado y el amigo de este. Era consciente de que no podía revelar las inquietudes de Chloe respecto a las ambiciones políticas de Arthur dado que no tenían la más mínima prueba.

Durante toda la reunión, Chloe se mantuvo todo lo estoica que pudo, respondió a las preguntas que le hicieron y se obligó a no echarse a llorar cuando el juez le dijo con claridad que su comportamiento había sido escandaloso y temerario.

Brodie no fue tan comedido.

—¿Debo entender que le parece bien que un hermano deje a su hermana pequeña en su propia casa con un desconocido y que este se tome libertades que no le corresponden? ¿debería haber dejado que la violasen? ¿eso le parecería menos escandaloso y temerario?

El juez se coloreó como la grana y miró ofendido al escocés.

—¡Por supuesto que no! Lo único que digo es que, en las calles de Boston, podría haber sufrido un destino aún más cruel que acabar en las manos de ese hombre. —Miró a la joven—. Debe sentirse afortunada por no haber sido víctima de los depravados y los delincuentes que se ocultan en las sombras. ¿No tenía a nadie de confianza en su casa?

Chloe le miró a los ojos y negó con la cabeza.

—Cuando Henry me empujó contra la pared y me agredió, había varios sirvientes observando la escena y ninguno de ellos hizo o dijo nada para ayudarme. Y cuando les increpé por ello, me respondieron que no todo el mundo nacía con una cuchara de plata. —Después miró a Brodie y gimió—. Henry me dijo que todos los sirvientes habían firmado un documento en el que juraban que yo era la prometida del señor Diller y que me habían visto meterme en su cama.

Brodie la miró y ella bajó la cabeza.

—No sabía eso.

—Acabo de recordarlo. —Tragó con fuerza—. Pero le juro que es mentira, era… virgen cuando me casé con Brodie.

—Lo era —convino el escocés sin dejar de mirarla.

—Bueno, no puedo negar que todo esto complica las cosas. —El juez se frotó las sienes y les miró a ambos—. Me parece demasiado rebuscado que aún la persiga si es consciente de que usted está casada con otro hombre. —Ante la expresión de ambos, comprendió—. Ah, pero es que él no lo sabe aún.

—No, nos fuimos de Ishbel Castle, nos casamos y hemos estado de luna de miel, al volver a casa fue cuando nos enteramos de que Henry Diller y Arthur Hudson estaban buscando a una americana en Falstone.

—Y vinieron a Inglaterra en busca del favor de la duquesa.

—No, vinimos a Inglaterra para apoyarnos en la familia —corrigió Brodie —si habla usted con la duquesa, ella le aclarará que mi esposa es como otra hermana para ella.

Cuando Brodie y Chloe salieron del despacho del juez ambos tenían dolor de cabeza, pero en el caso del escocés además estaba furioso. El hecho de que la agresión hubiese tenido testigos que se negaron a ayudarla le enfurecía, pero lo hacía aún más saber que con las declaraciones firmadas de esos sirvientes, podrían declarar nulo su matrimonio con Chloe.

—Brodie —le cogió la mano y le obligó a mirarla.

—Ahora no.

—Por favor, no quise mentirte, de verdad que no lo recordé hasta ahora. —Le miró llena de preocupación—. ¿Debería haber ocultado ese dato? ¿He cometido un error?

—No, habría sido mucho peor que esas declaraciones saliesen durante el juicio. Así podemos prepararnos. —Le acarició el rostro—. Estoy furioso porque podrían darlas por válidas, invalidando así nuestro matrimonio. —Se obligó a respirar despacio—. Estoy muy, muy furioso —repitió—, así que necesito llegar cuanto antes a Hawley Park y batirme con Ewen para sacar toda esta rabia de dentro.

—Lo siento —murmuró ella llena de culpa—. Lo siento muchísimo.

***

En cuanto llegaron a la residencia de los duques, Brodie buscó a su hermano pero este había acudido a visitar a unos conocidos que tenían contactos en América, así que tuvo que reprimir las ganas del combate, no obstante, sabiendo que en esos momentos no era capaz de controlarse, decidió que sería una buena idea salir a pasear por la propiedad, solo que todo aquello le parecía tan ordenado y tan cuadriculado que le enfurecía aún más.

—¿Buscas a Ewen? —Austin le interceptó en el pasillo con una sonrisa burlona y Brodie asintió.

—Ya sé que no se encuentra aquí. —Se frotó las sienes con fuerza—. Quería pelear con él. —Miró al hombre y respiró profundamente—. Tengo demasiada energía y, cuando no consigo controlarla…

—Lo entiendo. —Le puso una mano en el hombro—. Créeme, me pasa lo mismo. ¿Necesitas un mano a mano?

—¿Tienes espadas?

—Me temo que no, y de tenerlas, Raychel no nos dejaría usarlas. —Sonrió—. Pero soy practicante de *ninpō*.

—Me sirve, necesito sacarme la rabia de dentro.

—Pues vamos. —Le alentó—. ¿Nos vemos detrás de las caballerizas en unos diez minutos? Lo siento, si me bato contigo con la ropa de las visitas, Casie me despellejará vivo… y ella me da más miedo que tú.

Brodie sonrió.

—Gracias.

En el mismo instante en el que Austin puso un pie en aquella apartada zona, Brodie se abalanzó sobre él. El vizconde no perdía la concentración ni un solo instante, era muy consciente de por qué Brodie necesitaba pelear y también de que no era un adversario al que subestimar.

Garrison se apoyó en la parte trasera de los establos con los brazos cruzados bajo el pecho y les observaba. Ambos eran excelentes luchadores y él mismo empezaba a tener la necesidad de quitarse la camisa e ir a pelear con ellos.

—Te mueres de ganas por ir a jugar con ellos, ¿verdad?

Sonrió de medio lado a su esposa y la atrajo a su cuerpo.

—Sí —le robó un beso —Brodie está alterado.

—¡Pues menuda sorpresa! Un hombre mandón y misógino que no lleva bien que le lleven la contraria.

Garrison le pellizcó el trasero y ella soltó una carcajada.

—Van a estar bien —sentenció y el duque asintió con un gesto.

—¿Sabes? Jamás pensé que yo tendría esto. —Ella le miró con sus fríos ojos—. Tú a mi lado, mi familia en mi casa, todos juntos, felices. Tú me has dado todo esto, Raychel, me haces ser mejor hombre.

La duquesa se limpió los ojos y sonrió. Aún tenía las emociones a flor de piel.

—Te dije que cambiaría tu vida —bromeó, y él la abrazó con más intensidad—. Te quiero, Garrison, y te voy a amar toda mi existencia.

—Todo va a salir bien. —La besó de nuevo—. Al verles así, me imagino a todos nuestros hijos juntos, aprendiendo a pelear, a montar a caballo…

—¿Sólo los varones? —Raychel arqueó una ceja y el duque soltó una carcajada.

—Me encantaría decirte que sí, que solo los varones, pero ni mis hermanas ni vosotras lo ibais a permitir. Y aprendí hace tiempo a pelear solo por lo que merece la pena. —La besó otra vez—. Además, ¿quién sabe cuándo una mujer puede necesitar vencer a un hombre?

—Casie entrena con Austin —la tensión en el cuerpo de la duquesa se hizo evidente.

—Ahora está a salvo, es feliz y él se asegurará de que siga así.

Raychel le rodeó con sus brazos y se alzó para besarle.

—Entonces… ¿enseñarás a nuestra hija a pelear?

—Sí. —La voz del duque se hizo más grave—. Será más inteligente que tú y más fuerte que yo, y jamás, jamás estará en peligro alguno.

Raychel sonrió y apoyó la cabeza en el hombro de su marido.

—¿Y qué pasa con nuestro hijo?

—Lo mismo, exactamente lo mismo. Austin le enseñará el arte del *ninpō*, aprenderá de ti a llevar las cuentas de la familia y protegerá a su hermana. Alyana jamás dudará de cuánto la quiere toda la familia.

—Darlene ya te ha perdonado por eso. —Le acarició el rostro—. No sigas torturándote, ella es feliz.

—Lo sé. —La miró a los ojos y suspiró—. Comprendo cómo se siente Brodie, yo me volvería loco si alguien quisiese arrebatarte de mis brazos.

—No lo conseguirán. —Sonrió como solo ella sabía hacerlo—. Somos familia, juntos podemos lograr lo que queramos.

—Va a ser difícil.

—Pero merecerá la pena —sonrió de nuevo —todo lo que merece la pena es difícil de conseguir.

Se quedaron unos minutos más observando cómo Brodie y Austin seguían peleando. Ambos estaban empapados en sudor y era evidente que ambos habían recibido algún que otro golpe. Pero no parecía que tuviesen intención de detenerse.

***

Ewen y Darlene llegaron a la mansión campestre cuando el sol ya se ponía en el horizonte y nada más entrar por la puerta, pidieron reunirse con toda la familia.

Una vez que todos estuvieron cómodamente sentados, Ewen miró a su hermano a los ojos y frunció el ceño.

—Bueno, no nos ha ido tan bien como esperaba, la verdad —miró a Chloe —lo siento mucho.— Se apoyó en la pared y cogió aire.— No hay forma de decir esto de forma delicada, así que lo voy a decir sin más. Han acusado a Chloe de bigamia, adulterio, robo mayor, fraude, conspiración y falsificación de documentos.

Brodie se puso en pie, pero Darlene le cogió del brazo y le instó a que se sentase de nuevo a su lado.

—Le han llevado al magistrado más de una docena de declaraciones en las que se dice que Chloe compartía cama con Henry Diller antes del matrimonio. —Alzó ambas manos—. Y sí, todos los presentes sabemos que mienten descaradamente, pero no hay forma de probarlo. —Evitó la mirada de la joven—. Brodie, cálmate. —Su hermano le fulminó con la mirada—. Hay otra mala noticia: el certificado de matrimonio de Chloe y Henry está fechado una semana antes de que huyeses de casa. —La miró un instante—. Y los testigos son personas con cierto prestigio en la sociedad de Boston.

—¿Y qué pasa ahora? —la pregunta de Raychel estremeció a Chloe.

—Bien, a todos los efectos, y mientras se demuestran unas cosas y otras, Chloe debería estar custodiada lejos de nosotros y de ellos. —La joven se estremeció y empezó a llorar—. Lo he retrasado todo lo que he podido. —Ewen se arrodilló frente a ella y le cogió las manos—. Mañana por la tarde vendrán del juzgado y te llevarán a una estancia en la que estarás a salvo.

—No. —Brodie se puso en pie—. De eso nada. Si se la llevan… —Miró a su esposa—. Tengo dinero de sobra, vámonos. Esta misma noche, huyamos.

Chloe sintió la desesperación de su marido, pero también su lealtad, la fuerza indómita de su corazón. Se limpió las lágrimas y se puso en pie, esquivó a su cuñado y se acercó a él, colocó sus manos sobre su pecho y le besó en los labios.

—No. —Brodie frunció el ceño—. No podemos huir, porque eso le daría razones válidas a Diller y pondría en peligro a la familia: Raychel, Casie, Austin, Garrison, Darlene, Ewen, Grace… Jocelyn y los mellizos.

—Pueden protegerse —protestó el escocés y ella sonrió.

—Pero no sería justo para ellos que les pongamos en esa situación, lo entiendes, ¿verdad?

—No.

Le besó de nuevo sin dejar de mirarle a los ojos.

—Yo te quiero, Brodie y encontraré la manera de volver a ti.

—No te voy a dejar marchar, me importa poco si eso me hace ser primitivo, salvaje…

—Adoro que seas como eres —le cortó ella, sonriendo—, pero mañana por la tarde me iré con los agentes del juzgado. —Miró a Ewen—. ¿Qué pasará después?

—Habrá un juicio, Diller y tu hermano quieren que sea en Boston, pero el Primer Ministro se ha negado y el Secretario de Estado William H. Seward lo ha secundado, es decir, que el juicio será aquí, en Londres.

Garrison miró al conde y colocó la mano sobre el hombro de su esposa.

—¿Y el magistrado jefe lo permite? ¡esto es un atropello!

—Garrison… —Ewen le miró a los ojos—. Es la palabra de ellos contra la nuestra. Ambos tenemos certificados de matrimonio, declaraciones de testigos y gente prominente de la sociedad. —Tomó aire y lo expulsó despacio. Después miró a su hermano—. Mi consejo es que vayamos a juicio. Huir no es la solución, y no lo digo por nosotros. —Bajó la mirada un instante—. Lamento no haber podido hacer más.

Raychel les observaba a todos en el más absoluto silencio y solo Casie se dio cuenta de que en su mente, su hermana ya estaba elaborando un plan. Y no obstante, pese a toda la fe que tenía en ella, tenía la sensación de que no sería suficiente.

—No tienes nada que lamentar. —Chloe se acercó a su cuñado y le besó en la mejilla—. Gracias por todo y gracias por aceptarme. —Se volvió para coger la mano de su marido—. No tengo ganas de cenar, ¿me acompañas a la habitación?

Brodie estaba demasiado callado, demasiado tenso. Pero cogió la mano de su esposa y ambos salieron del salón para dirigirse a sus habitaciones, nadie dijo nada más hasta que la puerta se cerró tras ellos.

—Tenemos que poder hacer algo —protestó Garrison.

—He hablado con todos mis contactos judiciales. —Se enfrentó Ewen—. ¿Te crees que yo quiero esto para mi hermano? Y para ella tampoco. —Miró a las hermanas—. Pero legalmente estamos en un agua tremendamente gris y, si no encontramos la forma de convencer a los jueces, Chloe será entregada a ese ser despreciable de Diller.

—¡No podemos permitirlo! —Casie se puso en pie y miró a su marido —Austin…

Este la abrazó con fuerza y la besó en el pelo.

—Tenemos toda la noche y toda la mañana para buscar una solución —indicó Austin—. He enviado una nota a mi familia y mañana estarán cerca, pero, sinceramente, si con todo el poder que ostentan nuestras familias aún hay dudas… lo veo difícil. —Miró al conde, y este asintió.

—Bien. —Raychel se puso en pie y todos la miraron—. Creo que es hora de retirarse. —Cruzó las manos delante del cuerpo—. Mañana nos espera un día muy largo.

—Espera. —Darlene se puso delante de ella—. ¿Te rindes? ¿Es que vamos a darle la espalda?

—¿Es eso lo que he dicho? —Clavó sus claros ojos en su cuñada—. Imagino que le has cogido cariño desde que está en Falstone, pero te recuerdo que Chloe ha sido como una hermana para mí durante toda mi vida. —Ewen colocó sus manos sobre los hombros de su esposa. Raychel le miró con frialdad—. Habéis hecho mucho, pero, aun así, no ha sido suficiente, por insultante que esto sea. Así que tenemos que pensar en qué opciones tenemos.

Capítulo 27

El desasosiego, la tristeza y la ira eran evidentes tanto en Brodie como en Chloe. Cuando la puerta se cerró tras ellos, él la estrechó entre sus brazos con todas sus fuerzas y hasta que ella no hizo un ruido extraño, no aflojó el abrazo.

—Se ha quedado una noche tranquila —Chloe miró a su marido y le sonrió —es una noche perfecta.

—No digas eso.

Brodie la soltó y se acercó a la ventana, ella le siguió y colocó sus manos alrededor de su cintura.

—Brodie.

—No actúes como si todo esto no importase. —Apretó los puños y golpeó la pared un par de veces—. No trates de consolarme.

—No lo hago —le besó en el centro de la espalda—. Mírame, por favor.

Brodie se giró entre sus brazos y la miró a los ojos.

—Te amo y ningún juez ni ningún hombre de este mundo podrá cambiar eso, a tu lado he vivido los mejores días de mi vida.

—¿Y por qué te conformas? —Enredó sus manos en el pelo de ella y varias horquillas salieron volando—. ¿Por qué no quieres huir conmigo? Podríamos ser felices, tú y yo juntos.

—Seríamos tremendamente felices. —Sonrió pese a las lágrimas que contenía a duras penas —. Pero dime, amor mío, ¿cómo te sentirías si jamás pudieses volver a ver a Ewen? ¿Si jamás pudieses volver a coger entre tus brazos a Jocelyn?

—Ewen y Darlene vendrían a vernos.

—Sin duda lo harían. —Le acarició el rostro—. Pero nuestros hijos serían hijos del pecado a ojos de la sociedad. Jamás tendrían un lugar decente, no podrían heredar nada y serían tratados como parias. —Brodie se estremeció—. Te amo, lo sabes. Sabes que solo me arrepiento de no haberme casado contigo mucho antes. —Se puso de puntillas para besarle en los labios con dulzura—. Te amo, Brodie, más de lo que puedes imaginar, y por eso jamás podría huir de esto.

—¿Y qué ocurrirá si los jueces dictaminan que…

Ni siquiera era capaz de pronunciar las palabras, solo pensar en perderla hacía que su mente se llenase con números, palabras e imágenes de plantas que no tenían la más mínima conexión entre ellos. Le temblaban las manos y el pulso iba demasiado rápido.

—Confío en la justicia —sentenció Chloe—. Sé que hay la posibilidad de que les crean a ellos y no a mí, pero confío en Ewen, que es nuestro abogado, confío en Raychel y en Casie, y confío en Garrison, en Austin… Y, sobre todo, porque confío en ti.

—¿Y qué crees que puedo hacer? No soy abogado, no sé de leyes.

—¿Y? Tampoco eres médico y le salvaste la vida a Darlene. —Le miró a los ojos—. No eres veterinario, pero las gentes de Falstone te confían su ganado sin dudar. No eres boticario, pero preparas curas para muchas personas que no pueden permitirse la atención médica. —Le acarició el rostro—. Confío en todos vosotros y confío en que, cuando me pongan delante de los jueces y les explique lo mucho que te amo, me crean, porque, a fin de cuentas, solo tenemos la verdad.

—No quiero perderte.

Brodie la abrazó de nuevo y la besó con ferocidad. Antes de que ninguno se diese cuenta, la había puesto contra la pared, le había arrancado el vestido y se daba un festín con sus pechos desnudos.

—No puedo perderte —gimió mientras metía una mano entre sus piernas —no voy a perderte.

—No, no lo harás.

Chloe enredó sus manos en el pelo y tiró para unir su boca con la de él mientras él la poseía con desesperación.

Las fuertes embestidas de Brodie le golpeaban la espalda contra la pared y le habrían destrozado la piel si su amante y atento esposo, no hubiese puesto su mano entre ella y la pared.

La lujuria, el deseo y el amor que sentían el uno por el otro les inundaron por completo hasta que ambos gritaron presas del éxtasis y se dejaron caer al suelo en un amasijo de ropas, brazos, piernas y jadeos.

—Vamos a la cama, Brodie.

Él se puso en pie, terminó de arrancarse la ropa y la cogió entre sus brazos. Una vez entre las sábanas, la besó con delicadeza y se tumbó a su lado, la estrechó con fuerza y la besó en la cabeza.

—No creo que sea capaz de ver cómo te vas con ellos.

—Tienes que hacerlo, Brodie. —Él la miró furioso—. No, tienes que escucharme, tienes que prometerme que no harás nada que te ponga en peligro.

—No puedo.

—Tienes que hacerlo. —Chloe se alzó para poder mirarle a los ojos, aunque él no le mantuvo la mirada—. Por favor, tengo que saber que estarás bien, que… por favor.

—Quieres que te prometa que te dejaré ir y eso no va a pasar.

—Amor mío…

—No. —La tumbó de espaldas y se colocó sobre ella—. No, jamás renunciaré a ti, jamás me rendiré y jamás descansaré hasta que encuentre la forma de que vuelvas conmigo. —La besó con dureza—. Siempre encontraré la manera de llegar hasta ti.

—Te amo.

—Desafiaré al destino —la miró con intensidad durante varios segundos—. Pero volverás a mi lado.

La besó de nuevo con toda la intensidad de lo que sentía por su esposa y se dejó llevar por la lujuria, el deseo y el amor.

Cuando aún respiraban con cierta dificultad, Brodie miró a su mujer y la besó con dulzura en los labios.

—Me has enseñado a creer en lo imposible, a no temerle a la vida, y lo único que temo ahora mismo es perderte.

***

Ewen y Darlene se metieron en la cama y ella se apresuró a consolarse en la calidez del cuerpo de su marido.

—¿A qué crees que se refería Raychel? —le preguntó y él la abrazó con firmeza.

—No lo sé, pero sí sé que no descansará hasta que logre lo que quiere. —Le alzó el rostro y la besó en los labios—. Es la reina del metal, ha doblegado a la sociedad bostoniana y a la inglesa con su fría mirada, su afilada inteligencia y su mordaz lengua. No les va a abandonar.

—Sí, lo sé. —Suspiró—. Pero es que tengo miedo. —Miró a Ewen a los ojos—. Creo que debería disculparme con ella.

—Sí. —Asintió convencido—. Aunque no creo que te lo tenga en cuenta. —Le acarició el rostro—. Haré todo lo que pueda en el juicio, cariño, pero …

—Shhh. —Le tapó los labios con un dedo—. No lo digas.

—No podemos hacer como si no fuese una posibilidad.

—¿Y cuál es la alternativa? —Ewen la abrazó con más firmeza y la besó en los labios.

—Brodie no lo dejará pasar. —Cerró los ojos un instante—. Y yo le ayudaré. Sé que no está bien, que no es lo correcto… ¡Maldita sea! ¡Soy juez! —La miró a los ojos—. Pero le ayudaré. Imagino que trazará un plan de huida, quizá …

—No importa.

—Escucha, Darlene… Si Brodie hace algo drástico, y créeme cuando te digo que es muy capaz de hacerlo, voy a ayudarle y a apoyarle en todo. Si algo sale mal, si nos descubren, podríamos perderlo todo. —Le acarició el rostro—. Sé que no es justo ni para ti ni para Jocelyn, pero no puedo abandonarle.

—¿Acaso te he pedido que lo hagas? —Se incorporó y le miró furiosa—. ¿Acaso te he

pedido que elijas entre nosotras y él? ¡Es familia! Es… —Le abofeteó con fuerza—. Jamás, jamás te he dicho algo en contra de Brodie. Me tienes en muy baja estima si crees que …

—No. —La tumbó de espaldas en el colchón—. No. —La besó con fuerza—. Sé que le quieres tanto como yo, pero quería ser claro contigo, que supieses lo que hay en juego. Gozamos de una posición y de una riqueza que podríamos perder.

—Das por hecho que no van a creernos.

—No, pero tengo en mente todas las posibilidades.

—Eres idiota, Ewen McCrorey. —Él sonrió y la besó de nuevo—. ¿Cómo has podido pensar que el dinero me importa más que nuestra familia? Yo me moriría si alguien quisiera llevarte de mi lado, y yo más que nadie sé de lo que es capaz Brodie. Él no se rindió conmigo y yo jamás me rendiré con él.

—Te amo más que a nada. —Le apartó unos mechones de cabello y la besó—. Y doy gracias a Dios cada día por ponerte en mi camino, en mi vida, por darme todo lo que me has dado, por enseñarme a ser mejor, por regalarme una vida plena y muy feliz.

Darlene tenía los ojos húmedos, pero enredó las manos en el cuello de su marido y le besó en los labios.

—Ámame, Ewen.

—Siempre.

***

—¿En qué piensas?

Garrison abrazó a su esposa con cuidado que sostenía a sus dos hijos en sus brazos.

—Siempre pensé que nunca podría querer a nadie como quería a Casie. —Garrison se quitó los gemelos de la camisa y la miró a los ojos—. Y entonces te conocí a ti. —Le dedicó una sonrisa—. Y ahora les tengo a ellos.

Les colocó en sus cunas con cuidado y se giró para ayudar a su marido a quitarse la ropa.

—Quiero un mundo mejor para ellos. —Le miró a los ojos—. Más allá del dinero, del poder social. Quiero que Alyana pueda elegir con quién casarse, que no se vea arrastrada por la sociedad a soportar a un hombre al que no ame. —Suspiró y le besó—. Quiero lo mismo para Grace.

—Amor mío, no estoy presionando a mi hermana pequeña para que se case, ¿qué te hace pensar que lo haré con mi hija?

—No lo digo por ti. —Miró de reojo a la cuna—. Me duele pensar en todo lo que ha pasado Chloe, me duele, Garrison. —Sus ojos se humedecieron—. Escribí a mi tío cuando supe que había llegado. Espero noticias de algún tipo. Han pasado meses y no sé nada aún. Cuando Ewen nos informó de la apresurada boda, envié un telegrama a Boston.

—Ya me imaginaba que no te estarías quieta. —Le cogió las manos y le besó las muñecas

—. ¿Esperas que me enfade? —Arqueó una ceja—. He aprendido que no puedo encerrar a un águila en una jaula, y yo quiero verte volar, Raychel. Sé que a veces me comporto como un imbécil. —Ella soltó una risita y él le pellizcó el trasero—. Pero sé quién eres, sé cómo eres y sé que harás todo lo posible por ayudar a Chloe. —Encogió un hombro—. Brodie no va a permitir que la alejen de él, y Ewen le prestará todo su apoyo. Austin y yo haremos lo mismo.

—¿Lo habéis hablado?

—No hace falta. —La rodeó con sus brazos y la besó—. Todos tenemos a alguien a quien proteger, a quien salvar, a quien mantener a nuestro lado… Si la demanda de Diller sale adelante y declaran a Chloe bígama, se abrirá una brecha en la sociedad, porque ¿qué le impedirá a alguien hacer lo mismo con una recién casada? Quizá no lo intenten contigo ni con Darlene, pero ¿y si lo intentan con Casie? O peor aún, ¿y si lo hacen con una joven sin familia que no tenga quien la proteja? —Negó con la cabeza—. No hace falta ser escocés para defender el hogar a toda costa.

—Te quiero, Garrison.

—Eres el gran amor de mi vida y siempre será así —la besó en los labios.

***

El día amaneció gris y plomizo, acorde con el estado de ánimo de los habitantes de la mansión.

Brodie apenas perdía de vista a Chloe. Raychel, Casie y Darlene se comportaban más o menos de la misma manera y ella empezaba a sentirse abrumada y culpable, lo último que quería era ponerles en una situación tan tensa como la que estaban viviendo.

—Brodie.

Su marido se giró con rapidez y la miró a los ojos. Solo un instante. Ella sonrió.

—No vas a poder evitar lo que va a pasar en unas horas. Nos han dado un tiempo de gracia. —Le acarició el rostro—. Por favor, prométeme que no harás nada, que aceptarás lo que ocurra sin pelear.

—El destino no se desafía sin pagar un precio, y estoy más que dispuesto a pagarlo todo, si tú estás a mi lado. —La besó con ferocidad—. Permite que lo arregle.

—No hay nada que arreglar. —Le sonrió—. Cariño… —Apoyó la cabeza sobre el pecho de su marido y suspiró—. No quiero tener que preocuparme por ti, porque te hagan daño, porque sufras …

—¿Crees que no sufro pensando en que van a arrancarte de mi lado?

—Creo que me quieres lo suficiente como para hacerme una promesa y mantenerla.

—Esa no.

—Brodie… —Alzó el rostro y le miró—. Te amo. Me has enseñado a vivir, a luchar por lo que quiero y, mañana, en el juicio, voy a luchar por volver a tu lado. —Le besó la mandíbula—.

Pero necesito que estés allí, no arrestado en una celda.

—No es justo.

—No, no lo es. —Sonrió—. Pero la vida raramente lo es. —Miró a través de la puerta, hacia el enorme salón donde los duques estaban con sus hijos—. Míralos a ellos. Han superado muchas cosas y lo han logrado. Confío en que también nosotros lo lograremos.

Menos de una hora después de que terminasen de comer, un carruaje de la fiscalía se presentó delante de la mansión de los duques.

—Buenas tardes. —El inspector les miró con el rostro inexpresivo—. Venimos a buscar a la señora Chloe Diller.

Garrison dio un paso al frente y el inspector retrocedió uno.

—Es la señora Chloe McCrorey —le corrigió con frialdad—, a no ser que no venga usted del juzgado.

—En todo caso, no importa. —Ewen se acercó también—. Como abogado de la señora McCrorey, yo la acompañaré a las dependencias judiciales para que nos aseguremos todos de que no hay mala fe.

—¿Me está acusando de algo, señor?

Ewen sonrió y le miró a los ojos.

—Milord. —El inspector parpadeó—. Se le ha olvidado el "milord" al final de la frase. —Sonrió de nuevo—. Soy el conde de Hawthorne.

—Milord.

El inspector y los dos agentes inclinaron la cabeza y bajaron la mirada.

—Estoy lista.

Chloe miró a su marido y le besó en los labios.

—Te quiero, estaré bien.

Él la miró solo un instante y asintió con la cabeza, acto seguido se dio media vuelta y se fue, los agentes se quedaron con la boca abierta por el gesto, pero ella lo comprendió.

Él le había dicho que no sería capaz de verla marchar. Se llevó una mano al corazón y una lágrima cayó por su mejilla.

—No voy a despedirme de ti. —Raychel se acercó como la reina que era—. Mañana estaremos todos allí y todo saldrá bien. Volverás a casa.

Pero Chloe sí que la abrazó con todas sus fuerzas. Cuando fue a decir algo, Raychel le tapó la boca.

—No.

E imitando a Brodie, se dio media vuelta y salió por la misma puerta que él.

Casie se acercó y la abrazó con todas sus fuerzas.

—Te quiero, Chloe.

—Y yo a ti —se apretaron las manos —todo saldrá bien, ya has oído a Raychel.

Darlene se unió a las sonrisas y se despidió con un suave gesto.

Ewen la guio hasta el coche y cuando uno de los agentes quiso esposarla, la enorme mano del duque lo impidió.

—No sea necio. —El hombre se congeló en el acto—. Si se le ocurre tocarla con esas cosas metálicas, me lo tomaré como una agresión personal. Esa mujer es familia. ¿Me ha comprendido usted? La escolta un conde, no va a huir.

—Es el protocolo —indicó el inspector.

—¿Y quiere que apliquemos nosotros nuestro protocolo? —Austin se acercó con su sonrisa más despiadada—. Porque me encantaría ver cómo les explica a sus superiores que se han enfrentado a un duque, a un conde y a un vizconde.

—Larson, las esposas no serán necesarias. —El inspector les fulminó con la mirada y se dio media vuelta para subir en su caballo—. ¡Vámonos!

El camino lo hicieron en silencio, Ewen le había explicado por la mañana que no podían fiarse del todo de los agentes de la ley, pues estos a menudo eran tentados por el dinero y al parecer, tanto Arthur como el señor Diller, estaban soltando muchísimo dinero.

En las dependencias judiciales, fueron recibidos por el fiscal y un ayudante.

—En consideración con su excelencia… —El fiscal les miró de arriba abajo—. La señora no será encarcelada, sino que será guardada en uno de los despachos. Le aconsejo, señora, que trate de no complicar las cosas. Cualquier intento de fuga o de secuestro será duramente castigado.

La guiaron hasta un minúsculo despacho en el que había una butaca que claramente había conocido días mejores, pero en una mesa auxiliar, había una jarra con agua limpia y un vaso.

Chloe entró y Ewen la siguió.

—En cuanto a mañana… —Ewen se quedó en silencio cuando ella alzó una mano.

—No quería esto para él —le miró a los ojos —jamás he querido hacerle daño.

—Eso lo sé y él también.

—Cuida de él. —Se acercó un paso con lágrimas en los ojos—. Si algo sale mal mañana, cuida de él, por favor. Yo… imagino que pensarás que no tengo derecho, dada toda esta situación, pero …

—Mi hermano escoge su propio camino, Chloe. —Le cogió las manos y sonrió—. Es cierto que preferiría que todo fuese más sencillo para él porque ya ha sufrido mucho en la vida, pero te juro que no querría a otra mujer para él. —La besó en la frente—. Todo irá bien.

Capítulo 28

Chloe sentía la madera del banco demasiado rígida contra su espalda.

La noche había sido terrible, la habían llevado a una habitación con una cama muy estrecha, una ventana en la que apenas podía asomarse y una áspera manta que no le quitaba el frío que sentía en los huesos. No había dormido nada y sabía que todos los que la querían habían pasado la noche en vela también, quizá más cómodos, pero no más descansados.

Cuando fueron a despertarla, una mujer entrada en años y con mirada aguada, le llevó una taza de té y unas pastas que claramente ya tenían unos días, aun con todo, Chloe le agradeció el gesto y poco después fue informada de que el juicio empezaría en apenas una hora.

Y allí estaba. En el tribunal. Rodeada de extraños. Se sentía como uno de esos animales enjaulados del zoo que se pasaban el día siendo contemplados y juzgados. La sala estaba llena de curiosos que la miraban a ella casi sin pestañear, algunos con condescendencia, otros con simpatía y otros con odio.

Menos mal que también está la familia…

A lo largo de la noche anterior había comprendido que podía no compartir apellidos o lazos de sangre, pero que Raychel y Casie —y sus respectivos maridos—, eran de su familia, eran como hermanas y Darlene era otra más del grupo, además Ewen tenía un puesto propio en su corazón y sabía, *sabía* que ella tenía un hueco en el de él. Pero sobre todo, estaba él, Brodie. El amor de su vida.

Quiso mirarles a todos, asegurarles sin palabras que estaba bien. Pero ella solo tenía ojos para su marido que la miraba con fijación. Estaba más rígido que la madera del banco y eso le provocó una sonrisa. Era una estupidez, pero cuando la miró y pestañeó despacio, la hizo sonreír de nuevo.

El aire del juzgado era pesado, demasiado cálido para la época en la que estaban y los susurros se abrían paso a través de la estancia, la expectación de los que, como buitres, no quería perderse la caída en desgracia de una noble. Y eso que ella solo estaba emparentada con ellos.

Pero toda la familia estaba allí salvo los niños. Los duques, los marqueses —padres de Austin si no le fallaba la memoria—, los vizcondes y Darlene, como condesa de Hawthorne.

Miró a Raychel y a Casie. Quería decirles tantas cosas que las palabras se le atascaron en la

garganta, pero ellas asintieron y por un momento pensó que quizá, no fuesen necesarias las palabras entre ellas.

La rigidez se trasladó a su propio cuerpo cuando los abogados de la acusación entraron en la sala. Sus músculos se tensaron, las manos se le crisparon sobre su regazo y su rostro… se volvió como el mármol. Podía sentir la frialdad en su propia piel.

Sus ojos no delataban la tormenta de su interior que rugía con rabia en su pecho, tampoco mostraba el miedo que le atenazaba el estómago. Se obligó a permanecer con la mirada fija en un punto en medio de la sala.

Brodie.

Él era su puerto seguro. Él era su refugio. Y ella siempre le elegiría a él antes que a cualquier otro.

Y él le devolvía la mirada con esa mezcla de rabia y desesperación que había tenido en los últimos días.

Resiste, Chloe. Resiste.

Repitió el mantra en su mente una y otra vez. Miró al techo un instante y rezó.

Katelinn, Howard.…

Y el juez entró en la sala.

El silencio se asentó como un manto denso, solemne incluso. El golpe del mazo resonó anunciando que todo daba comienzo. Que quizá, esos instantes eran el principio del fin.

Buscó a su hermano en la sala y le encontró a los pocos segundos. Estaba sentado en primera fila al lado contrario de aquellos que la apoyaban a ella. Cruzaron una mirada fría, llena de desprecio, rechazo y acusaciones. La expresión de Arthur se tornó tan fría como la piedra, la levísima sonrisa en la comisura de los labios lo hacía todo aún más cruel. Comprendió que estaba disfrutando de verla allí, que aquel espectáculo bochornoso era un divertimento para su hermano.

El fiscal se puso en pie, saludó al juez y empezó a exponer los cargos con una voz enérgica, como si de un narrador se tratara, enumerando todos y cada uno de los cargos de los que se la acusaba: bigamia, adulterio, conspiración para cometer fraude…

Las palabras caían una tras otra cayendo en lo más profundo de su alma mientras los murmullos de la sala crecían hasta convertirse en un molesto sonido sordo. Y sin embargo, ella se obligó a permanecer en calma. Cada palabra era una puñalada traicionera de su propio hermano, pero no pestañeó siquiera.

No bajaría la mirada ante Diller y mucho menos ante Arthur.

Llamaron al primer testigo y las preguntas fueron como golpes directos a su corazón. Podía ver a Brodie estremecerse y cómo Darlene le sujetaba las manos con firmeza.

El sirviente afirmó en repetidas ocasiones que él había sido testigo de la boda entre Chloe y Henry Diller y con cada palabra de ese hombre, Diller asentía con una expresión de humildad que no la engañaba.

Chloe podía sentir las miradas sobre ella, juzgándola, declarándola culpable. El peso invisible se apoyaba en sus hombros sin consideración alguna.

Ewen se puso en pie y sonrió al hombre que estaba declarando.

—Un placer verle aquí, señor Carrigan. Ha declarado usted que fue testigo de la boda. —El hombre asintió con la cabeza—. Bueno, debe ser usted tremendamente importante para los Hudson, ¿no es así? —Soltó una risita—. No me malinterprete, pero… ¿por qué fue usted el testigo principal, siendo los Hudson la segunda familia más importante de Boston?

—La primera —se oyó un murmullo y Ewen miró a Arthur a los ojos y sonrió, pero se abstuvo de hacer comentarios.

—Quizá eso debería preguntárselo a los implicados —el abogado de la acusación se puso en pie.

—Cierto. —Ewen sonrió de nuevo—. Gracias por el apunte, letrado. —Se dirigió de nuevo al testigo—. Imagino que para usted fue todo un honor ser testigo de la boda. ¿Le dejaron asistir también a la fiesta de después?

—No, tenía obligaciones —respondió el hombre amedrentado.

—Comprendo, si mi información es fiable, es usted cochero, ¿verdad?

—Así es.

—Y dígame, señor Carrigan, ¿sabría decirme de qué color era el vestido de novia de la señorita Hudson?

—Marfil, señor —Ewen le miró de reojo y sonrió de nuevo—, con adornos de encaje.

—¡Ah! ¡qué buen ojo tiene usted! ¿sabe? El día que yo me casé con mi esposa, fue el día más feliz de mi vida, pero le juro por mi vida que no sabría decirle de qué color era su vestido.

—¿Esto lleva a alguna parte? —la acusación se levantó del banco.

—No, solo constataba que el señor Carrigan tiene un ojo excelente para los detalles. —Ewen sonrió—. Dígame, buen hombre, ¿cuál era la expresión de la novia? —Miró al juez—. Le pido algo de margen, señoría. Tengo curiosidad. Tampoco recuerdo la expresión de mi esposa, y me llama la atención que el señor Carrigan se percatase de tantas cosas.

El juez hizo un gesto con la mano y el testigo respondió.

—Pues yo diría que ella estaba enamorada, milord, pero dadas las circunstancias… lo mismo solo es buena actriz.

Un gruñido reverberó por la sala y Ewen cruzó una mirada con su hermano.

Chloe lo observó todo atónita. Ese hombre la había llevado a ella innumerables veces, la conocía casi desde que era una niña y sin embargo, estaba ahí mintiendo como un desgraciado.

—Eso es magnífico. —Ewen la miró un segundo y se volvió hacia el testigo—. ¿Podría darnos más detalles de la ceremonia? Por favor, todo lo que recuerde.

Y el cochero, después de tragar saliva con dificultad, comenzó a describir un altar lleno de flores frescas y velas encendidas en el jardín de la mansión de los Hudson en Boston. Era un relato cargado de detalles que podría haber leído en una novela gótica, pero el juez escuchaba y Chloe comenzó a sentir un ligero toque de desesperación.

¿Hasta dónde llegaría Henry Diller para hundirla? ¿Cuánto habían pagado a aquel hombre

para que cometiese tal atrocidad?

—¿Podría usted precisar la fecha exacta de esa supuesta ceremonia? —Ewen le miró con intensidad y el hombre se encogió sobre sí mismo ligeramente.

—Por supuesto, el tres de julio, milord.

Ewen se volvió con rapidez y le miró fijamente.

—¿Está usted seguro de esa fecha?

—Sí, señor.

—Perfecto —le sonrió —he terminado mis preguntas.

El susurro de la sala aumentó y fue como un viento frío que barrió la tensión del aire. Las miradas se tornaron confusas y las preguntas se extendieron por los asistentes como un fuego incontrolado.

Pero antes de que todo estallase, un hombre fue llamado al estrado y hasta que este no subió, Chloe no se percató de que se trataba de Henry Miller. Estaba cambiado. No vestía con la sobriedad casi lúgubre con la que acostumbrada a hacerlo en Boston, tampoco tenía la densa barba que le cubría la mandíbula, se había peinado de otra manera. Casi parecía otro hombre.

Con aire de mártir, subió al estrado y lanzó una mirada dolida, como si él fuese la víctima de toda aquella charada. Chloe apretó los puños y se obligó a mantener la cabeza alta.

Respondió a las preguntas de su abogado con un tono sombrío. Aseguró sin pizca alguna de remordimiento, que amaba a Chloe y que su idilio comenzó cuando el padre de ella aún vivía. Que siempre se había mostrado más que dispuesta y que le había jurado, en sus momentos de intimidad conyugal, que él la hacía la mujer más feliz del mundo.

Se obligó a no mostrar ninguna emoción.

Diller la estaba retratando como si fuese una chiquilla estúpida y caprichosa que se había aprovechado del buen corazón de un hombre que casi había renunciado a encontrar el amor.

—Me miraba con amor. —Declaró mirándola a ella—. La mañana después de nuestra noche de bodas… —Se llevó una mano al pecho—. ¿Cómo pudiste? Aquel día me dijiste que me amabas y yo te creí.

Chloe sintió que la vergüenza y la rabia ascendían por su garganta y se obligó —con todas sus fuerzas—, a controlar sus emociones. No le daría a Diller ese placer, sabía que era más que capaz de manipular a todos los presentes y a juzgar por la conmoción de muchos rostros, lo estaba logrando.

—Señor Diller. —Ewen se puso en pie y le miró con frialdad—. Ha hecho usted un largo viaje para encontrar a su supuesta esposa.

—No es supuesta, es mi esposa. —La miró con tristeza—. Aunque no sé por qué está haciendo esto. Sé que soy mayor que ella, pero me dijo que me amaba y yo la creí.

—Por supuesto. —Ewen se paseó por la sala—. ¿Recuerda usted algún incidente en el que la señorita Hudson pudiese sentirse… digamos… atacada por usted?

—¡¿Yo?! —Diller hasta se puso en pie, mostrando una gran indignación—. Le ruego,

señor, que no lance esas falacias tan a la ligera. ¡¿Yo?! ¿Amenazar a mi esposa? ¿Cómo se atreve?

Pero Ewen no perdió la calma en ningún momento y se enfrentó a aquella mirada que de lejos podría engañar, pero de cerca… el aura de maldad no podía esconderse.

—Bueno, la señorita Hudson huyó en mitad de la noche y llegó hasta Inglaterra donde ha estado, según su propia declaración, escondida.

—Lo sé. —Diller la miró de nuevo y después clavó sus ojos en las hermanas Beasley—. Todo es culpa de ellas. —Las señaló con el dedo—. Raychel Beasley es una… ¡sufragista!

El juez tuvo que golpear el mazo varias veces para hacer callar a los presentes, pues las voces se habían alzado.

—¡Ella es la que ha manipulado a mi joven e inocente esposa! ¡Por eso vino aquí!

—Estaré encantada de subir al estrado. —Raychel se puso en pie y sonrió al juez—. Y me someteré al interrogatorio de cualquiera de los presentes. —Miró a Henry Diller—. Henry… —Chasqueó la lengua—. Jamás has podido conmigo ni con mi padre, ni siquiera cuando yo era una cría. —Le sonrió con desprecio—. ¿De verdad quieres que discutamos sobre temas políticos? O sobre cualquier otro tema que sea menester. Porque bien sabe Dios que lo haré encantada.

Las últimas palabras sonaron como lo que eran: una amenaza. Y Diller la miró rebosante de odio.

—Bien, retomemos el caso. —Ewen miró a Raychel y le guiñó un ojo. Garrison bufó y muchos no pudieron contener la sonrisa—. Así que dice usted que, pese a lo enamorada que estaba su supuesta esposa, le abandonó porque Raychel Wheatcraft, la duquesa de Hawley …

—Le repito que no es mi supuesta esposa. —Diller le miró con frialdad cuando le interrumpió—. Y sí, Raychel es capaz de eso y de mucho más.

—Van dos. —Garrison miró al testigo y apretó la mandíbula—. Mi esposa no es Raychel. Es la duquesa de Hawley o su excelencia. Si tiene algún problema con el protocolo o con el idioma, estaré más que encantado de explicarle las diferencias.

Varias risitas sonaron en la sala cuando Garrison se tiró de los puños de la camisa sin dejar de mirar al testigo y Diller enrojeció de rabia.

—Una pregunta más, señor Diller. —Ewen apenas podía contener la sonrisa—. El día de su supuesta boda con la señorita Hudson, ¿ella llevaba algún adorno en el pelo?

—Sí. —Miró a Chloe y respiró profundamente—. Una rosa blanca que yo le había regalado el día anterior.

—¡Qué gesto más romántico! —Ewen paseaba por la sala, observando de reojo a todo el mundo—. Dígame otra cosa: si la señorita Hudson es tan influenciable por la duquesa de Hawley… ¿por qué la quiere de vuelta?

—Porque es mi esposa y quiero recuperarla, una vez que estemos en casa, todo esto quedará atrás.

—¿Y no tiene miedo de que ella vuelva a dejarle en ridículo al abandonarle una vez más?

—No.

Diller estaba fulminando con la mirada a Ewen que parecía totalmente ajeno a la reacción de él.

—Porque permita usted que le diga algo, a lo mejor es porque soy escocés, pero si mi esposa huyese en mitad de la noche, subiese a un barco, atravesase el océano y se ocultase durante meses en casa de otras personas… yo me moriría de vergüenza, ¿no le pasa a usted lo mismo?

—No. Quien ha cometido la falta es ella, no yo.

—Por supuesto, en caso de que ella fuese su esposa, pero eso aún no ha quedado probado. —Diller estaba rojo de furia y Ewen seguía sonriendo—. Pero le juro que no lo entiendo, así que le pido que me ilustre. ¿Qué motivo le ha llevado a seguir a su supuesta esposa durante meses? ¿Acaso es uno de esos hombres que disfrutan siendo puestos en ridículo?

—Ya le he dicho que no es supuesta esposa, que es mi esposa. —La voz de Diller estaba tensa y había alzado la voz sin darse cuenta—. Como lo atestiguan los documentos que he presentado al tribunal. Se lo recuerdo.

—Cierto. —Ewen sonrió de nuevo—. Los documentos… Creo que llegaremos a eso más adelante, pero aún no me ha respondido. ¿Cómo va a impedir que su supuesta esposa vuelva a abandonarle?

—No tengo que darle explicaciones —Diller tenía la mandíbula tensa.

—En realidad, sí. —Ewen le sonrió de nuevo—. Usted quiere convencernos de que la señorita Hudson es su supuesta esposa, que se han casado, aunque como testigos de la boda fueron un cochero y una doncella. El hermano de la dama, el cual se encuentra entre el público, no estaba presente. Pretende que nos creamos que la boda fue llevada a cabo de forma legal, pero no explica cómo ella huyó ni cómo ha dado usted con ella, si a eso vamos.

—Porque eso no es asunto suyo, le repito. —Le fulminó con la mirada—. Aunque usted lo sabrá mejor que yo, ya que ella se escondía en su casa.

—En mi castillo. —Ewen se permitió ser petulante—. Y no se escondía, de hecho, paseaba a caballo casi a diario, iba al pueblo, de compras… Cierto que no acudimos a ningún baile, pero charlaba de forma animada y habitual con las buenas gentes de Falstone. —El conde se rascó la mandíbula—. Lo que me lleva a otra pregunta: la señorita Hudson tiene un gran talento. ¿Sabría usted decirme qué talento es ese?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Si pretende convencernos de que la conocía tanto como para amarla y que ella le amaba a usted, bueno… seguro que sabe qué le apasiona a su supuesta esposa.

—Escribir —respondió Diller y Ewen le miró con superioridad —cartas.

—Señor Diller… —Se apoyó ligeramente en la pared y sonrió a los presentes—. La señorita Hudson pinta, y lo hace de maravilla, debo añadir. Yo mismo estoy intentando convencerla de que nos pinte un retrato a mi familia y a mí. —La miró y le guiñó un ojo—. Pero en los meses que ha estado en mi castillo, juro que jamás la he visto coger una pluma o un papel. Ya puestos, ahora tengo otra pregunta… ¿es la señorita Hudson su supuesta esposa? Porque parece que no la conoce en absoluto.

—¡Ya está bien! —Henry se puso en pie y salió del estrado—. ¡Es mi maldita esposa y volverá conmigo a América por las buenas o por las malas!

Se abalanzó sobre Ewen pero este no solo bloqueó el puñetazo sino que le sujetó de forma controlada, el alguacil no tardó en hacerse cargo de Henry.

—¡Silencio!

El juez golpeaba el mazo una y otra vez mientras los presentes soltaban improperios y exclamaciones de sorpresa.

—Me parece que todos necesitamos un descanso —el juez miró a Ewen—. ¿Se encuentra usted bien?

—De maravilla —le sonrió con superioridad y el juez puso los ojos en blanco.

—Quince minutos.

Capítulo 29

Después de la pausa, todos volvieron al juzgado y Chloe estaba cada vez más tensa, Ewen había pasado el tiempo con ella, esta vez sí que estaba en una de las celdas aunque era evidente que habían intentado adecentarla lo máximo posible.

Ewen parecía saber lo que hacía y ella confiaba en él, pero tenía miedo, porque aunque el conde había logrado sacar de sus casillas a Henry Diller, lo cierto era que no había nada decidido aún. Y no se había confesado el fraude.

—Hola.

Chloe se giró y suspiró al ver a Brodie.

—No deberías estar aquí —metió las manos por los barrotes y él le besó las muñecas—. Por favor.

—Si desafiar al destino significa arriesgarlo todo, entonces prefiero arriesgarme contigo que vivir en un mundo donde no estés.

El corazón le latía con fuerza en el pecho, le miró con los ojos anegados en lágrimas.

—Te amo más de lo que puedas imaginar. —Le acarició el rostro—. Jamás soñé que podría tener la fortuna de encontrar al amor de mi vida.

—Entonces huye conmigo —la insistencia de él casi la hace sonreír.

Chloe tragó con fuerza y negó con la cabeza.

—No. —Brodie se tensó de la cabeza a los pies—. Jamás podría hacer eso. —Repasó los labios de él con la punta de los dedos—. He vivido enjaulada toda mi vida y descubrí mis alas cuando te conocí. Así que no, mi amor, jamás haría algo que te cortase tus alas, algo que te enjaulase.

—Yo solo quiero estar contigo.

—Lo sé y yo quiero estar contigo, pero como marido y mujer a ojos de la sociedad, como un hombre y una mujer decentes, para que nuestra familia pueda sonreír abiertamente, para que el día que tengamos hijos, estos puedan presumir del padre tan brillante que tienen.

—Me pides demasiado.

—Lo sé. —Se acercó a los barrotes y él le acarició el rostro—. Pero tú eres mi puerto en la tormenta. —Le sonrió con lágrimas en los ojos—. Tú eres quien me mantiene cuerda y serena, y no voy a hacer nada que pueda ponerte en peligro.

Brodie se separó de los barrotes y la miró un instante a los ojos.

—Te van a llamar ahora. —Ella asintió—. Darlene me tiene sujeto con una correa de cuero para que no me levante y le reviente la cabeza a ese …

Chloe soltó una risita y le miró enamorada.

—Eres el hombre perfecto, Brodie McCrorey.

Cuando el guarda fue a buscar a Chloe, ella se encontraba sola en la celda y se enroscaba un pequeño mechón de pelo en un dedo mientras una pequeña sonrisa le adornaba los labios.

Tal y como le habían dicho, la llevaron directamente al estrado, hasta que se sentó y vio de frente a su hermano y al despreciable que aseguraba ser su marido, no se le borró la sonrisa.

—Buenas tardes, señora Diller.

Fulminó con la mirada al abogado de la acusación y se obligó a mantener la calma.

—Señora McCrorey o señorita Hudson. —Le corrigió—. No he sido nunca, ni seré jamás, la mujer de ese hombre. —Señaló con la cabeza hacia el banco donde se encontraba Diller.

La condescendencia en el gesto del abogado era insultante, pero Chloe había comprendido a la perfección las instrucciones de Ewen. Ahora era el turno de que la sacasen de sus casillas, de que la hiciesen perder el control y así perdería la poca o mucha credibilidad que tuviese.

—Señorita Hudson. —Cedió con tono burlón—. Permítame recordarle que no estamos aquí para discutir sobre terminología. —Se paseó lentamente frente a ella—. Usted afirma que jamás fue esposa del señor Diller, ¿es cierto?

—Así es. Entre ese hombre y yo jamás ha habido nada, salvo cuando me atacó en mi propia casa entre amenazas.

—¡Caramba! ¡Otra acusación! —El abogado parecía divertido—. Pero dejemos eso para otro momento. ¿Podría explicar cómo es posible que exista entonces este documento…? —Le mostró el registro al sacudirlo con énfasis—. Donde claramente aparece su firma junto a la del señor Diller?

—Pues evidentemente, no. —La sala estalló en un sonoro murmullo—. Si le acabo de decir que jamás me he casado con ese hombre, que jamás he estado a solas con él salvo cuando me atacó en mi propio hogar, ¿cómo quiere que sepa de dónde ha salido ese papel? Solo puedo decirle que esa no es mi firma. —Le miró a los ojos y después miró al juez—. El único contrato matrimonial que he firmado es el de mi matrimonio con Brodie McCrorey. De él sí que soy su mujer.

Tomó aire despacio y lo expulsó de la misma manera.

—Le repito, abogado, que jamás he firmado el papel que usted sostiene en la mano.

Él la miró con burla en sus ojos y soltó una risita de lo más insultante.

—¿Insinúa usted que es falso? Y dígame, señorita Hudson, ¿está diciendo que su marido, su hermano, el sacerdote y el empleado del ayuntamiento han mentido y falsificado un documento legal?

—Si es falso o no, no lo sé, no estoy capacitada para saberlo, mi firma desde luego que ha sido falsificada y en cuanto a cómo lo hicieron, pues sinceramente, debería preguntárselo a ellos, yo no estoy involucrada con ese tipo de asuntos.

Unas risitas sonaron en la sala y Chloe se permitió mirar a Brodie una sola vez. Sus ojos rezumaban diversión y amor, un amor tan intenso que casi podía palparlo con los dedos.

—Y dígame, señora Diller… —Ella carraspeó y él la miró burlonamente—. Perdón, señorita… Hudson, ¿qué interés pueden tener su hermano y su marido en cometer semejante delito?

—Primero, le repito que soy señorita Hudson o señora McCrorey, segundo, si tiene dudas acerca de cómo falsificar firmas, documentos y demás, acuda usted a sus clientes, yo no puedo ayudarle en eso y en cuanto a los motivos… pues también tendrá que preguntárselo a ellos.

—Es decir, que usted no sabe nada, pero niega estar casada con un hombre respetable al que ha roto el corazón, no tiene pruebas de que todo esto sea una falsificación y tampoco se muestra como la mujer asustada que nos quiere hacer creer su abogado.

—Lógico. —El abogado la miró con interés—. Estoy en una sala con mucha gente. Henry Diller es un cobarde que jamás me atacaría con testigos. Además, mi marido está ahí mismo. —Señaló a Brodie—. Y mi cuñado está apenas a dos metros de mí. —Sonrió a Ewen y le guiñó un ojo—. Por no hablar de la presencia de los duques, los condes, los marqueses, los vizcondes, el juez, el alguacil… Efectivamente, señor Lambert, ahora mismo me siento muy segura. Pero cuando su cliente me atacó, estaba yo sola en mi casa, de noche, a oscuras en un pasillo. —Miró con desprecio a Diller—. Como comprenderá, la situación no era ni parecida.

Chloe pudo distinguir la mandíbula apretada de su hermano y la mirada helada de Henry Diller, pero lo que había dicho en el estrado era cierto, no tenía miedo, porque Brodie estaba con ella. Y él era su caballero de brillante armadura.

Ewen se puso en pie cuando el abogado de la acusación se sentó y la miró con una sonrisa.

—Hola. —Ella sonrió levemente—. Ha comentado que el señor Henry Diller la atacó.

—¡Me gustaría indicar que no hay pruebas de eso! —Lambert se puso en pie y alzó la voz.

—Cierto. —Convino Ewen—. Pero el señor Diller ha podido responder al respecto. Me parece justo escuchar también a la señora McCrorey. —El juez asintió con un gesto de la cabeza —. Cuéntenos, ¿qué pasó?

—Mi hermano invitó al señor Diller a cenar a casa, lo hacía muchas veces y yo siempre procuraba estar lejos de su vista, no me gustaba su forma de mirarme ni cómo se dirigía a mí, el caso es que a la mañana siguiente, él estaba en el salón de desayuno y mi hermano se había ido.

—¿Su hermano la dejó con un hombre soltero a solas?

—Sí. —Los murmullos de la sala eran atronadores; el juez tuvo que golpear varias veces el mazo—. Empezó a usar mi nombre de pila aunque yo no le di permiso para hacerlo. También daba órdenes al personal; una de las doncellas me advirtió contra él. —Cogió aire—. Y después

se fue todo el día. Por la noche, me negué a bajar a cenar con él y envió a unos sirvientes a amenazarme para que bajase a cenar. Bajé hecha una furia por haberse atrevido a ordenarme algo así, ya que no es de mi familia. Y me lo encontré en el salón con más personas, como si él fuese el dueño y señor de la casa. —Miró a su hermano—. ¿A esto has llegado por el dinero y el poder de esa sabandija, Arthur? ¿A no ser el dueño de tu propia casa? Padre se debe estar revolviendo en su tumba.

Arthur apretó los dientes con fuerza mientras las voces de los presentes aumentaban de volumen. El juez amenazó con echarles a todos si no se controlaban.

—¿Qué pasó después, querida?

Chloe miró a Ewen y parpadeó un par de veces. Sentía las lágrimas a punto de derramarse.

—Me sacó a rastras del salón y me llevó al recibidor, allí me empujó golpeándome con una pared y… me besó con fuerza en los labios.

—¿Y qué hizo usted?

—No mucho, me quedé paralizada casi, le empujé aunque sin éxito y le grité, pero él me informó de que todo estaba planeado y organizado y que mi hermano le había dado permiso para tratarme así, que no era más que una forma de forzar el matrimonio. Dijo que iba a seducirme con el beneplácito de mi hermano, que por eso nos había dejado a solas en la casa.

—¿Necesitas un respiro?

Ewen dejó de ser abogado un momento para ser el todopoderoso conde de Hawthorne protegiendo a su familia, le cogió una mano.

—Chloe, ¿puedes seguir?

—Sí. —Le miró con los ojos anegados, pero obligándose a no derramar una lágrima—. Sí, puedo seguir. —Tomó aire profundamente—. Me envió de vuelta a mi habitación con la promesa de que me haría cosas… —miró al juez avergonzada—. ¿Debo decir todas las palabras?

—Entiendo su azoramiento, pero debemos saberlo todo —le confirmó el juez.

Ella asintió con la cabeza y se abanicó ligeramente, notaba el rostro ardiendo.

—Me dijo… me dijo que yo formaba parte de una transacción económica y que iba a subir a mi habitación mientras me tocaba los… pechos. —Tragó con dificultad—. Con mucha fuerza, me hizo mucho daño. Me golpeó en el… —se sonrojó—. En mi… trasero, y me dijo que le esperase desnuda porque, si no le obedecía, todo sería mucho más difícil para mí mí.

—¿Y qué pasó después?

—Estaba aturdida, confusa, dolida y tenía miedo, muchísimo miedo, así que metí algo de ropa en una bolsa y salí por la ventana, solía hacerlo desde que era niña para pasar la noche con las Beasley, su hogar era mi remanso de paz.

—Comprendo. Saliste de Boston y llegaste a Inglaterra. —Ella asintió con un gesto y agradeció que él la tutease; era otra forma de protegerla—. Y después, llegaste hasta Ishbel Castle, donde conociste a mi hermano.

—Sí —la ilusión en los ojos de ella no podía fingirse.

—Volveré al trato formal. —Le susurró, y ella asintió. Volvía a ser el flamante abogado—. Un sirviente afirma que fue testigo de la boda e incluso se ha insinuado que usted pasaba las noches con el señor Diller. —Ewen la miró a los ojos—. ¿Qué nos puede decir al respecto?

—Que es mentira. —Afirmó con seguridad—. A mí también me dijo, la noche que me atacó, que había una declaración firmada por más sirvientes, en la que se explicaba que me habían visto acudir a la habitación de ese despreciable. —Le miró con auténtico asco—. Así hacen las cosas mi hermano y su amigo: amenazan, mienten y abusan de los más desfavorecidos.

—Señora McCrorey. —Ewen la miró y sonrió—. Cuéntenos qué pasó cuando llegó a Ishbel Castle.

—Que conocí la paz. —Sonrió—. Darlene y tú me habéis tratado con tanta amabilidad y cariño que no he podido evitar quereros de verdad. Y conocí a Brodie. —Le miró y sonrió—. Cuando hui de Boston, quería huir de todo… hasta que llegué a Escocia y conocí a mi marido, mi auténtico y único marido. —Se sonrojó ligeramente y le miró a él; el resto de los presentes desaparecieron para ella—. Ahí entendí que eres el único lugar al que pertenezco y que ya no tengo que seguir huyendo, porque he encontrado mi hogar entre tus brazos.

No pudo evitar que un par de lágrimas se derramasen de sus ojos y se obligó a respirar despacio cuando Brodie se puso en pie y la miró con tal intensidad que por un instante, era como si estuviesen solos y en otro lugar.

—¿Quiere decir algo más?

Chloe miró a Ewen y después al juez.

—Sí. —Suspiró y se puso en pie para que todos pudiesen escucharla claramente—. He vivido con miedo toda mi vida; las mujeres no lo tenemos fácil en esta época. Pero con mi marido, mi único y verdadero marido, Brodie McCrorey, he descubierto lo que es la libertad. —Cogió aire profundamente y miró a su marido—. Entre el miedo y el amor, elijo, y siempre elegiré, lo único que me hace sentir viva: tú. —Cuando Brodie parpadeó lentamente, ella se giró y miró al juez—. Señoría, entiendo que para usted tiene que ser complicado decidir quién dice la verdad y quién miente. Ellos tienen un certificado de matrimonio y yo tengo otro, pero le prometo que prefiero morir antes que volver con ellos.

—No hace falta tanto dramatismo, querida —el hombre la miró a los ojos—. El juicio aún no ha terminado.

—¡No! ¡no lo ha hecho!

En la sala entraron tres mujeres seguidas por tres hombres y los murmullos no tardaron en ser reprimidos.

—¿Qué es este atropello? —preguntó el juez airado.

—Señoría, le pido disculpas. —Una de las mujeres se adelantó y Chloe retuvo el aliento, pero no pudo reprimir las lágrimas—. Me presentaré debidamente. Soy Anna Elizabeth Dickinson; vengo acompañada de Elizabeth Garret y Barbara Bodichon. —Presentó primero a las mujeres—. También vengo con pruebas, señoría. —Se acercó al estrado y le entregó unos documentos—. Aquí están las declaraciones juradas de los empleados de los Hudson en Boston. Como sabrán, el presidente Lincoln ha ganado la guerra y, por lo tanto, se están llevando a cabo

investigaciones acerca de los que apoyaban a los confederados. —Miró de reojo a Arthur Hudson y a Henry Diller—. Un pilar de la sociedad de Boston, un hombre respetable y respetado más allá de toda duda, nos hizo saber que ciertas familias estaban conspirando contra el presidente Lincoln.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con el caso que aquí se juzga? —El juez se enfadaba por momentos—. Aquí tratamos de averiguar si la señorita Hudson se ha casado con el señor Diller o con el señor McCrorey.

—Ah, pues tiene mucho que ver, señor. —La activista política le miró a los ojos—. Verá, si mi información es correcta, tanto el señor Hudson como el señor Diller son los responsables de la financiación de un ataque al presidente Lincoln, ataque que, por fortuna, fue evitado. —Sonrió a Chloe—. Querida, me alegro de verte.

—Estás aquí… —la joven murmuró y se limpió una lágrima.

—Señoría, si el señor Diller insiste tanto en la boda con mi amiga Chloe Hudson, es solo porque la fecha de dicha boda es la misma en la que el ataque debió llevarse a cabo, ¡lo están usando como coartada!

—¡Eso es mentira! —Henry Diller se puso en pie y gritó a la activista—. ¡Eres una mentirosa! Las mujeres como tú deberían ser azotadas por su impertinencia.

—¿Las mujeres como yo? —Anna Elizabeth estaba a punto de echarse a reír cuando otra voz se alzó.

—¿Y qué hay de las mujeres como yo?

Toda la sala se quedó en silencio mientras la duquesa de Hawley se acercaba al centro de la sala. Miró con dureza al americano.

—Señor Diller, le dije hace mucho tiempo, en Boston, que se mantuviese alejado de mi familia. Mi padre era un hombre profundamente honesto y noble de corazón; por fortuna, esa vena tan amable la heredó mi hermana y no yo. —Dio un corto paseo por la sala para que todos pudiesen verla bien—. Soy Raychel Beasley, actualmente Raychel Wheatcraft, duquesa de Hawley. Poseo cinco fábricas en Inglaterra y otras tantas en América que dirige mi tío, y él es quien me ha enviado esta misiva. —Se la acercó al juez y después miró a Arthur Hudson—. ¿De verdad has hecho trato con maleantes y delincuentes? Mi padre intentó enseñarte que la honestidad y la verdad jamás podían ser enjauladas, pero no has aprendido la lección. —Se acercó a él—. Chloe es de mi familia, siempre lo ha sido aunque no compartamos apellidos. ¿De verdad eres tan miserable como para vender a tu hermana a cambio de unas promesas? —Le tendió a él otro papel—. El señor Diller te prometió que los confederados ganarían la guerra, que tendrías propiedades en los estados esclavistas y que te bañarías en oro. Lo que no te dijo, y nunca quisiste saber, es que el señor Diller no es más que un estafador y un mentiroso. Mi tío ha ido a ver esas propiedades que él te prometió… y no existen.

—Eso no lo sabes.

—Sí que lo sé, porque le pedí a mi tío que, si existían, las comprase. —La sala quedó en silencio—. Te dije que nunca fueses a por mi familia. —Le miró con frialdad—. Y fuiste a por mi hermana cuando apenas era una niña, y después, a por Chloe.

Arthur miraba los documentos y se encaró con Henry Diller.

—¿Qué es todo esto?

—¡Está mintiendo! —se burló el americano—. ¡Pues claro que existen! Y son tuyas, tal como te prometí.

—Eres un imbécil. —Raychel le miró a los ojos—. Solo quería conseguir la legalidad de la boda para no ser acusado de traición y no ser ejecutado. Lleva años aprovechándose de tu ignorancia y quería llevarse a Chloe con él.

—Esto es… —el abogado de la acusación no sabía qué hacer o decir.

—Eso es cierto. —Intervino la activista americana—. Los hombres que me acompañan son alguaciles del juzgado de Boston, donde los señores Henry Diller y Arthur Hudson tienen causas pendientes por traición, sedición, intento de asesinato y conspiración para cometer asesinato. —Se giró hacia el juez y le tendió más papeles—. Ahí hay una petición del juez para que permita que sean juzgados en Boston.

—¡Quiero verles a todos en mi despacho! ¡Ahora mismo! —gritó el juez, rojo de ira—. ¡Que alguien detenga a los traidores.

Capítulo 30

El despacho del juez tenía un aire de sobriedad que contrastaba con la tensión que todos los ocupantes de la sala parecían tener sobre sus hombros.

—Excelencia —el juez miró a Raychel —le dejo mi asiento con gusto.

—No es necesario, señoría —le sonrió con encanto—. Aunque le agradezco el gesto.

Él asintió con un leve movimiento de la cabeza y se paseó detrás de su escritorio durante un par de minutos. Cuando alzó de nuevo la mirada, esta se enfocó directamente en el duque de Hawley.

—A ver si lo he entendido bien… —Pronunció—. De momento, me referiré a usted como la señorita Hudson. —Le dijo a Chloe, y esta asintió—. Bien. El señor Arthur Hudson, que resulta que es su hermano, y un amigo, el señor Henry Diller, aseguran que usted y Diller se casaron a principios de julio, tal y como muestran los documentos aportados por la acusación. Asimismo, también hay una denuncia puesta por robo de joyas, dinero y otras pertenencias que, según su hermano, usted se llevó la noche que huyó de Boston. —Chloe se tensó, pero no dijo nada—. Obviamente, los cargos de bigamia y adulterio se fundamentan en el supuesto certificado matrimonial y el cargo de conspiración para cometer fraude… —Miró al abogado de la acusación, que estaba pálido—. Señor Lambert, ¿me puede decir en qué se basa? Porque no he visto nada al respecto.

—Señoría… —El hombre se enderezó, pero estaba claramente nervioso—. Verá, mi cliente, el señor Diller, asegura que le entregó a la dama una cuantiosa cantidad de dinero y que ella y el señor… —Carraspeó incómodo y miró de reojo a la duquesa—. El señor Beasley tenían tratos personales para estafarles.

Raychel alzó la barbilla, pero antes de que pudiese hacer o decir nada, Garrison tenía al abogado contra la pared.

—Una palabra más sobre mi familia y te convierto en eunuco.

—Excelencia, por favor… —el juez sonaba realmente sobrecogido.

—¿También va usted a involucrar a mi tío en toda esta farsa? —Raychel sonaba tranquila, lo que le daba un aspecto más siniestro—. Porque le diré que mi tío es propietario de la mitad de mis fábricas, es decir, que tiene más dinero, propiedades y poder adquisitivo del que tiene su

cliente y todos los que le rodean… juntos.

—¿Tiene pruebas sobre este tema?

—No, señoría, lo cierto es que no. —Miró a la duquesa, y Garrison dio un paso hacia él—. El señor Diller me comentó que podría encontrar testigos o …

—Testigos manipulados —le corrigió Ewen, y el abogado palideció de nuevo. El conde se dirigió al juez—. Señoría, todo este caso es un despropósito. Tal y como la señora Dickinson ha comentado, hay pruebas de que tanto Arthur Hudson como Henry Diller son cómplices de intento de asesinato del presidente Lincoln, nada menos. Ya se han explicado los motivos por los que insisten tanto en que se reconozca la boda falsa. En cuanto a la acusación de robo… —Se giró hacia el abogado—. ¿Tiene una cifra de ese supuesto robo? Porque mi hermano la pagará encantado con tal de que esas dos alimañas salgan de Inglaterra y no vuelvan. Porque le informo, letrado, de que mi hermano no tiene título nobiliario, pero tiene un patrimonio casi igual que el mío, es decir, muy cercano al de la duquesa. Así que a la señora McCrorey no le hace falta ni robar ni estafar nada; posee patrimonio más que suficiente.

El juez se frotó las sienes y se dejó caer en su sillón.

—Todos fuera, quiero hablar con Chloe Hudson a solas.

—Señoría —Ewen le miró a los ojos y no estaba dispuesto a dejarlo estar, pero Chloe le puso una mano en el brazo.

—Hablaré con él, Ewen, estaré bien, por favor, sal para que Brodie esté más tranquilo.

Raychel pasó por su lado y la miró intensamente a los ojos durante unos segundos.

—Familia. Siempre.

Chloe asintió y los duques abandonaron el despacho.

Una vez que se quedaron a solas, el juez se levantó y sirvió dos copas de brandy, le tendió una a Chloe.

—Siéntese, querida, vamos a hablar.

La joven tomó asiento y se mojó los labios con el licor mientras no perdía de vista al juez.

—¿Por qué tengo la sensación de que me oculta algo? —Chloe se envaró y apretó el cristal con fuerza—. No tiene que ver con el amor que le profesa al señor McCrorey, eso ya lo tenía claro, pero… hay algo más. —Ella permaneció impasible—. ¿Me permite tutearla? —Ella asintió con la cabeza—. Bien, Chloe, si no me cuenta la verdad, no me quedará más remedio que hacer algo de lo que me voy a arrepentir toda la vida.

—No puedo, señoría —sus ojos se llenaron de lágrimas sin derramar.

—Ah, comprendo, la boda con el señor McCrorey también es falsa —se recostó y la miró a los ojos.

—¡No! —El juez arqueó ambas cejas—. Le juro que no. Nos casamos de verdad, en Gretna Green, y pasamos la noche en la posada. —Se sonrojó al decirlo—. Pero… la fecha está cambiada. —Suspiró y dejó el licor sobre la mesa—. Brodie y yo huimos del castillo del conde cuando los oficiales vinieron en mi busca, fuimos a Gretna Green y nos casamos.

—Comprendo, ¿sabían entonces lo del certificado de matrimonio con Henry Diller?

—Sí, los oficiales lo contaron por el pueblo y ellos nos avisaron, por eso pedimos que se modificasen las fechas, en realidad no importaba mucho, porque Brodie quería que me casara con él y yo hubiese aceptado sin dudar.

—¿Y qué es todo eso de la traición en América?

—Henry Diller tiene relación y tratos con personajes importantes dentro de los Confederados, apoya la esclavitud y una serie de comportamientos atroces de los que se enorgullece, y mi hermano le sigue porque le da dinero sin preguntar.

—¿Sabe usted que el castigo por traición y sedición es la muerte?

—Cada uno somos culpables de nuestros propios actos, señoría, yo soy culpable de huir, me llevé un vestido y unas pocas pertenencias de mi habitación, nada de joyas, se lo prometo. Y lo perdí todo en el viaje, eso es todo, fue el señor Beasley quien me dejó dinero e hizo lo que pudo para traerme aquí.

El juez la observó durante unos segundos en el más absoluto silencio y los nervios de Chloe amenazaban con dejarla en ridículo.

—¿Conoce usted al magistrado jefe? Sir Alexander Cockburn.

—Sí, Brodie y yo fuimos a verle y le entregamos copias de todos los documentos. De hecho, pensábamos que él sería el juez del caso.

—Y así debería haber sido, pero se recusó a sí mismo y eso le honra. —La miró a los ojos —. Alegó que la relación que tiene con algunos de los implicados es demasiado cercana y no quería perder la objetividad.

—Qué noble por su parte —admitió Chloe—. Me pareció que hablaba con respeto a Brodie y que de verdad admira a Ewen.

—Sí, lleva intentando ganarle en los tribunales años —el hombre sonrió—. Lo que me parece que no sabe es que yo tengo un problema con su marido. —Chloe se tensó y el juez respiró hondo—. Y mi hermano mayor tiene un problema con el conde.

Los ojos de la dama se llenaron de lágrimas y le miró un segundo.

—Entiendo, me va a obligar a volver a Boston con ese monstruo.

El magistrado se tomó su tiempo para observar a la dama y respiró profundamente.

—No. —Ella alzó el rostro húmedo—. Su marido no me gusta. Cuando hemos coincidido en sociedad, ha sido parco, hosco y desagradable. Quise hablar con él sobre botánica y me trató como si fuese imbécil.

Chloe se frotó las manos con fuerza, pero no pudo negar las acusaciones, sabía que Brodie se sentía tan abrumado en las reuniones sociales que seguramente habría sido tan desagradable como el juez aseguraba.

—Y el problema de mi hermano con el conde es por unas tierras que están en entredicho, no obstante, eso es entre nosotros y ellos, su caso le incumbe solamente a usted, aunque esté emparentada por matrimonio con ellos —Chloe apenas podía respirar—. Dígame una cosa, querida, ¿qué haría si invalido su matrimonio con el señor Brodie McCrorey?

—Quitarme la vida a la menor oportunidad que tenga —la seriedad con la que lo dijo, sobrecogió al juez.

—No me ha dado la impresión de que haya dudado.

—Y no lo he hecho. —Le miró a los ojos—. Señoría, he tenido tiempo para pensar qué hacer y, si me obliga a volver con ese depravado —y me refiero a Henry Diller—, encontraré la forma de quitarme la vida porque no voy a permitir ser usada de ese modo por un hombre cruel y malvado.

—¿Y si el matrimonio que invalido es el del señor Henry Diller?

El rostro de Chloe se iluminó.

—Entonces volveré al que es mi hogar, con mi marido, viviremos nuestras vidas, podré disfrutar de la libertad, la seguridad de ser amada.

—Esa es una idea muy romántica del matrimonio.

—Puede ser. —Le sonrió con dulzura—. Pero estoy recién casada y, pese a todo, a los nervios por el juicio, a vivir esta horrible situación, Brodie me demuestra con cada gesto, con cada beso, que siempre va a estar ahí para mí. A veces no es muy pródigo en las palabras, pero lo compensa de sobra con los mil gestos que tiene conmigo. —Sonrió aún más—. ¿Sabe usted que la primera vez que me regaló flores me trajo tres ramos enormes? —Soltó una risita enamorada —. Después nos pasamos un buen rato hablando sobre ellas. Fue… mágico.

El hombre la sonrió con benevolencia y bebió un pequeño sorbo de licor.

—¿Es consciente de que puede ser la última vez que vea a su hermano? Es su familia, ¿no le importa que sea condenado a muerte? Aunque sea merecido.

—Sí me importa. —Frunció el ceño y suspiró—. Pese a todo, me importa. —Cogió aire despacio—. No puedo decir que haya sido maltratada, porque sería mentira. Siempre he tenido buenas ropas, comida en la mesa, un techo sobre mi cabeza… y nada que hacer. Me educaron lo justo para que los hombres no pensaran que soy imbécil, pero nada más. Fueron los Beasley los que me dieron nociones de matemáticas, historia, literatura… Howard Beasley, el padre de la duquesa, era un hombre encantador y muy inteligente. Solo hay que ver a las hermanas… Y Katelinn, su madre… ella me instruyó en poesía, música… y me enseñó a pintar. —Sus ojos se humedecieron—. Y yo amé la pintura desde el primer momento. Claro que, con Katelinn, todo era muy fácil. Ella decía que el arte no tenía forma, que era una expresión de todas nuestras emociones, de todo aquello que nos hacía reír, soñar, llorar …

—Sí, Ewen ha comentado algo al respecto. Siga, por favor —intervino cuando ella se quedó en silencio.

Y ella explicó, claramente emocionada, los hermosos recuerdos que tenía de los Beasley y cómo Brodie le había devuelto la ilusión por la pintura y por la vida en general.

Chloe salió del despacho del juez con los ojos anegados de lágrimas, unos fuertes brazos la rodearon y alzó el rostro.

—Estoy bien —le aseguró a su marido—. Es solo que todo está siendo demasiado intenso.

El juez salió detrás de ella y les miró a todos a los ojos.

—Volvamos a la sala.

***

Tal y como había ordenado el juez, todos volvieron al tribunal y se sentaron donde les correspondía.

—Bien. —El magistrado miró a los presentes—. Debo decir que todo este asunto es demasiado turbio y que me provoca una profunda congoja. —Cogió los documentos que tenía delante y ladeó la cabeza—. No conozco de nada al señor Henry Diller ni al señor Arthur Hudson, tampoco conozco a la imputada. —Miró al conde—. Pero sí conozco tanto a lord Hawthorne como al señor McCrorey, y sé que su honestidad está más que probada. Así mismo, debo decir que me surgen muchas dudas acerca de todo este asunto. —Miró al americano—. Señor Diller, póngase en pie. —Este obedeció—. Me resulta extraño todo el asunto. —Alzó una mano cuando el hombre quiso protestar—. Conozco la reputación de la duquesa y su afilada inteligencia. —Raychel alzó la barbilla con orgullo—. Y dudo mucho que ella y la vizcondesa acojan en sus hogares a una mujer a la que se acusa de adulterio, robo y varios cargos más. —Se frotó la mandíbula y cogió aire—. También es de lo más oportuno y sospechoso el hecho de que la supuesta boda con usted se produjese el mismo día del atentado contra la vida del presidente Lincoln y del cual usted es sospechoso. —Miró a la concurrencia—. Creo que todo esto ha llegado demasiado lejos y que ya es hora de ponerle fin de una vez por todas. —Miró a Chloe—. Póngase en pie.

Todos obedecieron la orden implícita y muchos contuvieron la respiración, entre ellos, la propia Chloe que apenas podía mantenerse en pie por los nervios.

El juez se reclinó en su sillón y tamborileó los dedos sobre la mesa antes de continuar.

—Examinemos primero el supuesto matrimonio entre la señorita Hudson y el señor Henry Diller. La documentación aportada está lejos de ser concluyente debido a las evidencias de irregularidades que comprometen su veracidad. Además, considerando los testimonios de la defensa y los reportes entregados por la señora Dickinson —le dedicó una simple mirada—, parece que no es más que un intento de engañar al tribunal.

El abogado de la acusación abrió la boca para protestar y algunos de los presentes empezaron a subir el volumen de sus murmullos. El juez les hizo callar a todos con un golpe del mazo.

—En cuanto a las acusaciones de robo… bien, me resultan del todo improbables, pues la acusada tiene un trato estrecho con personas muy acaudaladas y que si no me engaño, responderían por ella.

—Sin duda alguna —Ewen miró al juez y este asintió.

—Sigamos. —El juez respiró profundamente—. En cuanto al supuesto fraude… —Miró la documentación un momento—. Y al resto de las acusaciones, no veo evidencias suficientes. De hecho, más bien parece un intento desesperado de mantener a la acusada bajo control a través de

acusaciones infundadas.

El juez hizo una pausa y miró con seriedad a los presentes. Los implicados no emitían sonido alguno, pero algunos no dejaban de murmurar.

—Bien, este es mi veredicto. —Miró a la dama—. Si bien encuentro sus actos en Boston reprochables, pues creo de verdad que una dama jamás debería huir de su hogar, también entiendo su miedo. —Chloe tragó con fuerza—. No obstante, a juzgar por las palabras del conde, su conducta desde su llegada a Escocia ha sido más que adecuada. —Ella asintió levemente—. Considero que ha sido probada, sin duda alguna, la veracidad en el testimonio de la acusada y que, por lo tanto, la señorita Chloe Hudson es, ciertamente, la esposa de Brodie McCrorey, lo que la convierte en la señora McCrorey a todos los efectos. Por lo tanto, declaro que el supuesto matrimonio entre la señorita Chloe Hudson y el señor Henry Diller es inválido. Además, desestimo todos los cargos presentados en su contra.

La sala estalló en un murmullo de reacciones encontradas. Chloe sintió las lágrimas rodar por su rostro, pero no eran de angustia sino de alivio. Sentir la mano de Ewen apretando la suya le dio el control que necesitaba y se lo agradeció con una tierna sonrisa.

—¡Puta!

Henry Diller se abalanzó sobre ella, pero antes de que llegase a tocarla, Brodie ya se había movido y bloqueó al hombre que estaba desquiciado, le lanzó un puñetazo que le hizo aterrizar de espaldas en el suelo. Le miró con frialdad.

—Levántate y jamás volverás a respirar.

—Alguacil, por favor. —El juez miró con desaprobación a Brodie—. Señor McCrorey, haga el favor de volver a su sitio.

Brodie solo se retiró cuando Raychel le cogió de la mano y le arrastró de nuevo al lugar donde debía estar.

—Señores —el juez miró a los hombres que habían acompañado a las sufragistas—. ¿Tienen una orden de detención para estos hombres?

—Así es, señoría.

—En ese caso, pueden disponer de ellos. Si necesitan tenerles encerrados hasta que ultimen los detalles de la vuelta a Boston, pueden usar las celdas de este juzgado. No puedo ignorar la gravedad de los crímenes supuestamente cometidos por el señor Hudson y el señor Miller, por lo que ordeno que ambos sean detenidos y extraditados a América para enfrentar las acusaciones. —Miró a la joven, que estaba intentando contener las lágrimas—. Señora McCrorey, espero de corazón que esta sea la vida con la que ha soñado y que ese amor romántico del que hace gala le dure toda la vida. Está usted libre de toda culpa en este asunto. Le deseo, de todo corazón, una vida llena de dicha.

—Gracias, señoría, de verdad… yo… gracias.

Él inclinó la cabeza con un gesto y miró a Ewen.

—Le felicito por la victoria, abogado. Esto concluye la sesión.

El conde le miró a los ojos un instante y después inclinó la cabeza.

El juez abandonó la sala dejando tras de sí el eco de su veredicto.

Apenas un instante después, Brodie rodeaba los hombros de Chloe y la miraba con intensidad.

—Ya está.

Capítulo 31

—No tienes que hacerlo.

Chloe miró a su mejor amiga y le sonrió.

—En realidad, creo que sí. —Respiró despacio y profundamente—. Quiero cerrar todo este tema, Casie. —Se acercó a la ventana y observó cómo caía la lluvia sin cesar—. ¿Sabes? Durante la noche que pasé en los juzgados, comprendí que, a veces, la familia que más te importa no es con la que compartes lazos de sangre, sino la que eliges.

Cassandra se colocó a su lado y observó el exterior esperando que su amiga terminase con su reflexión.

—Vosotras sois mi familia. —La emoción en su voz era evidente—. Raychel ha movido cielo y tierra para ayudarme, Ewen lo ha hecho de maravilla en el juicio y todos vosotros os habéis expuesto una y otra vez. Jamás me habéis dado de lado.

—¿Acaso esperabas otra cosa? —la miró de reojo.

—A veces —sonrió con tristeza—. Es duro y difícil para mí. —Casie asintió y Chloe suspiró—. Pero… creo que ahora lo entiendo. Nunca he tenido un verdadero hogar. Aunque pensaba que Boston era un lugar importante para mí, he comprendido que no es cierto. Algún día me encantaría enseñárselo a Brodie, hacer un recorrido por sus calles, comprar caramelos en la tienda del señor Hobbs. ¿Te acuerdas de él?

—¡Sí! —Casie sonrió—. Siempre me guardaba los caramelos de fresa y, a Raychel, los pastelitos de crema que hacía su mujer.

—Hemos vivido cosas buenas allí y quiero quedarme con esos recuerdos. Pero ahora sé que mi hogar es Falstone. Echo de menos a sus gentes, los paseos por el pueblo con Brodie, cuando me cuenta todas esas historias de magia y leyendas. —Sonrió apenas ruborizada y miró a su amiga—. Nunca soñé que me sentiría así.

Su amiga la miró y sonrió. La comprendía. El amor te descolocaba los planes e incluso te descubría sueños que no sabías que tenías.

—Entonces, ¿os estableceréis en Falstone?

—Espero que sí. —Chloe sonrió—. No sé muy bien qué hacer allí. Hasta ahora me he

dedicado a ver la vida pasar, a pensar, a sufrir en silencio y a enamorarme de Brodie. —Entrelazó el brazo con el de Casie—. Pero quiero algo más, aunque aún no sé el qué, la verdad. Pero siento que, con él a mi lado, puedo descubrirlo, que puedo hacer lo que quiera y que siempre me apoyará.

—Bueno, esa es una de las funciones de un marido, al igual que el de la esposa es apoyarle a él. —Se miraron a los ojos—. El matrimonio, al menos de puertas para adentro, debe ser una asociación de igualdad.

—Porque la sociedad no está preparada para una delirante y absoluta felicidad conyugal.

—Mamá —susurró Casie.

Ambas se echaron a reír al recordar las palabras de Katelinn, y así las encontró Raychel que entró seguida de Darlene y de Ellene, su suegra. Cada una llevaba a uno de los bebés.

—Hacía mucho que no oía tu risa. —Se acercó a Chloe y le cogió la mano—. El mundo es más bonito cuando tú sonríes.

Chloe la abrazó con cariño. Sentía verdadera adoración por Raychel.

Durante un buen rato, todas las mujeres se dedicaron a pasar el rato con los bebés, mientras Ellene, les contaba anécdotas divertidas sobre sus tres hijos.

—Aún no conozco a Grace. —Chloe miró a la duquesa viuda y esta sonrió—. Tengo entendido que está disfrutando de la temporada.

—Así es. Mi hermana la ha acogido bajo su ala y creo que ambas están revolucionando Londres. Yo me siento demasiado mayor para seguirles el ritmo y, la verdad, prefiero quedarme aquí con Sebastian y Alyana. —Acarició las suaves cabecitas de los mellizos.

—Sabes que no tienes por qué. —Raychel la miró a los ojos—. Tienes derecho a vivir tu vida. Bien sabe Dios que te necesito cerca. —La duquesa sonrió—. Pero no quiero que te sientas atrapada aquí, no por mí y no por ellos. Tenéis muchos años para disfrutar los unos de los otros.

—Eres un encanto, cariño. —Le palmeó la mano con ternura—. Pero no se trata de no vivir, sino de hacerlo donde me encuentro en paz, donde soy feliz.

Raychel le apretó la mano y ambas se entendieron sin palabras.

—Y bien, querida. —Ellene miró a Chloe—. Imagino que estarás impaciente por empezar tu vida de casada.

—Impaciente, aterrada. —Todas la miraron sin comprender—. A ver, Brodie es maravilloso y jamás me imaginé casarme por amor. —Las hermanas la miraron y asintieron con un gesto de la cabeza—. Pero no va a ser lo mismo. Antes era una… invitada por parte de Raychel y Casie, y ahora… estaré allí como la mujer de Brodie. —Besó la cabeza de Alyana, ya que la tenía en brazos—. Va a ser diferente. Vosotras sabéis cómo ha sido mi vida y ahora tendré que acostumbrarme a vivir como la mujer de un escocés.

—Bueno, si mi opinión sirve de algo… —Raychel la miró y Chloe puso los ojos en blanco —. Te has casado con un gran partido. Brodie es inteligente, puede mantenerte sin problema y es buena persona. Además, a juzgar por cómo se ha comportado con todo esto del juicio, no tengo dudas de que será un buen marido.

—Eso lo sé. —Chloe cogió aire—. Ya es un marido maravilloso y creo que le quiero más cada día. —No se avergonzaba de esas palabras, pues estaba en familia—. Pero, a veces, no sé si yo seré suficiente para él.

—¡Qué tontería! —Casie cogió a Sebastian de los brazos de Darlene y le besó en la nariz.

—Opino lo mismo.

Todas se giraron para ver a los hombres en el fondo de la sala.

Chloe se sonrojó de la cabeza a los pies y miró a su marido.

—¿Cuánto has oído?

Brodie se acercó y cuando ella le pasó el bebé a su madre, él la ayudó a levantarse.

—Lo suficiente… —La estrechó entre sus brazos—. Eres perfecta, y en cuanto a tus miedos, déjame decirte que solo necesito tus manos en las mías, tu sonrisa y tu forma de mirarme para saber que tú eres mi lugar en el mundo. Que contigo no hay dudas, no hay miedos, solo esperanza.

Una expresión edulcorada se oyó salir de los labios de las demás damas y los hombres miraron a Brodie con los ojos entrecerrados.

—No he hecho planes de ningún tipo —le confesó—. Si quieres que volvamos a Escocia, a Falstone, eso haremos. Si quieres quedarte aquí, con Raychel y Casie, también está bien para mí. No voy a imponerte una forma de vida, Chloe. Y no tienes que hacer nada que no quieras hacer. A mí me parece una idea maravillosa que te dediques, por primera vez en tu vida, a ti misma, a pintar, a dibujar …

—En ese caso, me parece que vamos a tener una vida maravillosa. —Se permitió besarle en la mejilla—. Pero quiero volver a Falstone. Si te parece bien, puedo mantenerme en contacto con Raychel y Casie, pero quiero… volver a casa. Contigo.

Darlene se había levantado y estaba abrazada a su marido que observaba a su hermano con una profunda emoción.

—Va a ser genial tenerles siempre cerca —murmuró solo para Ewen y este asintió antes de besarla en la cabeza.

—Pero antes, ¿puedo pedirte algo?

—Lo que quieras.

Brodie jamás le negaría nada de lo que ella pudiese anhelar. Si estaba en su mano, él movería montañas con tal de verla feliz.

—Quiero ver por última vez a mi hermano.

Le daría todo, excepto eso.

—No.

Chloe frunció el ceño y se separó de él.

—Brodie, es mi hermano.

—Sí, el mismo hombre que te vendió a otro, que nos ha hecho pasar por un infierno y que

te ha tratado mal toda tu vida.

Ewen le puso una mano en el hombro y él se obligó a respirar hondo.

—¿Por qué quieres verle?

—Para despedirme.

Todos se quedaron en silencio durante unos momentos. Raychel estaba al lado de Garrison, ambos con un bebe en brazos. Cassandra estaba al lado de Austin y Darlene se apoyaba en Ewen.

Para sorpresa de todos, fue Ellene quien rompió el silencio.

—Sé que no es asunto mío. —Miró al joven escocés—. Pero… mi vida no ha sido fácil y no me quejo. —Miró a su hijo mayor a los ojos—. Jamás, porque me dio lo que más he amado. —Garrison apretó los dientes con fuerza—. Y tampoco me arrepiento de nada, salvo de una cosa. —Se acercó al joven matrimonio—. Mi marido murió hace años y hacía tiempo que no nos veíamos. Y ahora, con el paso del tiempo, me he dado cuenta de que jamás me despedí de él. —Encogió un hombro—. Nunca le quise, esa es la verdad, pero, a pesar de ello, estuvimos casados muchos años y me dio tres hijos absolutamente perfectos.

—Mamá.

Garrison dio un paso adelante pero ella le sonrió.

—No fue culpa tuya, hijo. Nunca. Por nada. Pero sí me hubiese gustado enfrentarme a él por última vez, sobre todo sabiendo lo que sé ahora. —Miró a Raychel y esta asintió con la cabeza. Después miró a Brodie—. Si no he entendido mal, a ese joven se lo van a llevar a Boston, donde será juzgado por crímenes muy graves y su probable destino sea la muerte. —Respiró despacio—. Decir adiós es importante. —Miró a Chloe, que tenía los ojos húmedos—. Quizá no salga bien, pero es importante no quedarte con las dudas de qué habría podido pasar.

Brodie sopesó las palabras de la duquesa viuda. Él la respetaba y confiaba en su sabiduría, siempre le había tratado como a un igual y siempre le había escuchado. La amabilidad que siempre brillaba en su mirada, hacía que se sintiese protector y cercano a ella. Así que sus palabras eran importantes para él.

—Está bien —concedió mirando a su esposa —pero iré contigo y eso no es negociable.

***

El edificio donde Arthur estaba retenido era de piedra de un sobrio color gris. La fachada tenía un aspecto severo y no tenía más decoración que el letrero en hierro fundido que rezaba: Tribunal de Justicia. Las ventanas, altas y estrechas, eran un recordatorio de que detrás de esas paredes, la libertad era un derecho extinto.

Los escalones de entrada estaban desgastados y Brodie ayudó a su esposa, cuando esta resbaló.

Cuando llegaron a las dependencias judiciales les informaron de que los presos partirían al día siguiente hacia América y Chloe no pudo evitar un escalofrío.

El vestíbulo de entrada era amplio, pero no estaba ornamentado más allá de una gran mesa

central con varios libros de registro sobre ella. Las paredes eran de un pésimo color oscuro que ella no era capaz de adivinar.

Un hombre uniformado se acercó a ellos con una expresión poco amable en el rostro.

—Imagino que ustedes son los amigos del duque.

Brodie entrecerró los ojos y dio un paso al frente.

—Familia del duque.

Sin embargo, el oficial no parecía impresionado en absoluto.

—Lo que sea, síganme. El detenido al que vienen a ver se encuentra en la celda número diez. Mi consejo es que no miren a nadie allí abajo, no presten atención a lo que oigan y terminen lo antes que puedan.

Ninguno de los dos respondió, solo siguieron al hombre a través de un largo pasillo tenuemente iluminado por lámparas de gas que proyectaban sombras vacilantes en las paredes. Las puertas de madera estaban marcadas con placas que indicaba qué tipo de sala se encontraba detrás de ellas. Habían pasado por despachos de magistrados y salas de archivo.

Decir que el ambiente de todo aquel edificio era deprimente, era quedarse corto.

Tras bajar dos tramos de escaleras mal iluminadas, llegaron a la zona de detención temporal. Los muros eran de piedra fría y húmeda, las celdas eran pequeñas y estaban solo separadas por gruesos barrotes de hierro. Dentro de cada una solo había un pequeño camastro, un balde de agua y algo más que Chloe se negó a seguir mirando.

Las ventanas —si es que se les podía llamar así—, no eran más grandes que el puño de Chloe. Y no tenían cristales.

El sonido de las botas de los guardias que hacían las rodas resonaba en el suelo de piedra, los murmullos de las conversaciones de los demás presos cuando pasaban por delante, se hacían cada vez más abrumadores. De vez en cuando se oía a un agente dar bruscas órdenes.

—Celda diez. Arthur Hudson.

El oficial miró al detenido y después a la dama.

—Señora, recuerde mis indicaciones —ella inclinó la cabeza.

Arthur estaba en la celda más alejada de aquellas dependencias. No tenía a nadie al otro lado. Tenía un aspecto horrible. Le habían quitado la chaqueta, tenía las manos esposadas y el estado de su ropa y de su aspecto era lamentable.

—Hola, hermanita.

Chloe le miró y sintió tanta lástima por él que el corazón se le encogió en el pecho.

—¿Has venido a disfrutar de tu éxito?

La joven tragó con fuerza y le miró a los ojos.

—¿Por qué tanto veneno, Arthur? Mira dónde te ha llevado.

—No, hermanita, estoy aquí por tu culpa. —Se acercó a los barrotes y le enseñó las esposas a Brodie—. Tranquilo. —Miró de nuevo a su hermana—. Dime, ¿cómo te sientes al saber que

has destrozado a toda la familia? ¿Que eres una vergüenza para todos nosotros?

—Yo no he hecho nada, Arthur. —Respiró despacio—. Nunca hemos sido una familia, nunca me has querido ni me has tratado bien.

—¿Acaso alguna vez te faltó algo? Tenías vestidos ridículamente caros, libros, comida y vivías es una gran mansión, ¿qué más querías?

—A mi hermano. —Le miró a los ojos—. Sí, tenía todo lo que quería, pero eran solo objetos. Lo que más quería en la vida era a ti. —Se limpió una lágrima traidora—. ¿No recuerdas cómo te seguía por la casa? ¿Cómo sonreía cuando te veía llegar? Lo que más quería era que tú me vieses, que me abrazases y que me quisieras. Quería a mi hermano.

—Para esas tonterías ya tenías a las Beasley.

—Ellas se han convertido en mis hermanas, es cierto, pero tú eres mi hermano. —Se agarró a los barrotes—. Dime, ¿qué he hecho tan mal para que nunca me haya merecido ni un solo gesto amable por tu parte?

—Existir. —La miró a los ojos—. No sé qué has venido a hacer aquí, pero te puedes ir por donde has venido. —Se acercó a ella—. Nunca quise una hermana pequeña, y menos una tan estúpida como tú. Lo que siempre he querido es lo que tengo, lo que tenía. —Miró con asco a su alrededor—. Una gran mansión, amigos, mujeres, dinero a espuertas… pero tú me lo has arrebatado todo.

—Eso no es cierto.

—¡Sí lo es! ¡Y todo porque te acuestas con él! —Señaló a Brodie con la cabeza—. ¡Todo porque no eres más que una ramera! ¡Te has vendido por dinero! Y tienes la poca vergüenza de venir aquí… ¿Qué estás buscando?

—Quería decirte adiós. —Las lágrimas caían sin cesar—. Quería mirarte por última vez y saber si te arrepentías de todo el daño que me has hecho toda la vida.

—Sí me arrepiento de una cosa. —Se acercó más a ella y la cogió por las muñecas—. Me arrepiento de no haberte matado cuando tuve la ocasión.

La soltó antes de que Brodie perdiese los papeles y le diese un puñetazo.

—¡Lárgate a fornicar con tu falso marido! Ojalá su semilla te reviente por dentro.

Brodie puso las manos sobre los hombros de su esposa y se obligó a no perder la calma. Le había prometido a Ewen que no intervendría, pero es que estaba llegando a su límite. Si volvía a acercarse a ella, lo mataría.

—No tienes por qué estar aquí, Chloe. —Le susurró al oído—. No tienes por qué pasar por esto.

—Lo sé.

Le miró por encima de su hombro y le sonrió. Después miró de nuevo a su hermano.

—Te perdono, Arthur.

—¿Te crees que quiero tu perdón?

—No me importa si lo quieres o no, lo tienes de todas formas. —Cogió las manos de Brodie

—. Es la última vez que vamos a vernos y yo solo quería comprender por qué me habías hecho tanto daño. Ahora ya lo sé y puedo continuar con mi vida.

Arthur ni siquiera la contestó.

—Adiós, Arthur.

Cuando salieron del edificio, Chloe miró a su marido y le besó en los labios sin importarle estar en mitad de la calle.

—Te quiero. —Él se tensó y la miró durante un segundo a los ojos—. Gracias. Sé que no lo entiendes y que te has reprimido muchísimo para no alejarme de él, pero necesitaba esto.

—¿Necesitabas escuchar todas esas crueldades?

—Sí. —Sabía que no lo entendía—. Sí. —Repitió—. Porque cuanto más tiempo paso contigo y con la familia, más me doy cuenta de que el amor hay que cuidarlo, pero que es cosa de todos. Que no se puede dar por supuesto y que las relaciones familiares, aunque complejas, a veces difíciles, hay que cuidarlas como se cuidaría un hermoso jardín: con paciencia, dedicación y amor. —Se limpió más lágrimas que corrían por su rostro—. Tenía que entender qué es lo que había salido mal conmigo, por qué nadie me había querido nunca.

—Eso no es cierto.

—Lo sé, pero no hablo de los Beasley, hablo de los Hudson. Y ahora ya sé el motivo. No pueden querer a nadie porque están llenos de ambición, envidia, maldad y dolor.

—¿Dolor? —preguntó claramente confuso.

—Sí. Porque creo que Arthur sufrió tanto como yo cuando era niño y él nunca tuvo a alguien como los Beasley que le enseñase que había otra forma de vivir, que se podía ser feliz. —Miró a su marido a los ojos—. Prométeme una cosa, Brodie. —Él la miró solo un segundo—. Que jamás, pase lo que pase, nuestros hijos tendrán motivos para pensar que no les queremos con toda nuestra alma.

Él tragó con dificultad, pero ella no le dejó responder de inmediato.

—Para nuestra familia, quiero lo que tú has tenido. Unos padres que corran, rían, jueguen con sus hijos y estos sepan que siempre y ante todo, son nuestros y que siempre estaremos ahí para ellos.

Brodie sentía que la piel le picaba, que el corazón le latía con tanta fuerza en el pecho que le estaba golpeando las costillas. Pero cogió aire y mirándola a los ojos durante un instante, asintió.

—Siempre y para siempre. Te lo prometo.

—Vámonos a casa, Brodie.

Epílogo

—¡Casie!

Chloe salió corriendo para abrazar a su mejor amiga que no tardó en echarse en sus brazos.

—¡Te he echado de menos! ¿habéis traído a Michael con vosotros?

—Viene con Raychel y los gemelos. —Casie puso los ojos en blanco—. En cuanto Sebastian y Alyana están cerca, se olvida de mí.

Austin abrazó a su esposa sonriendo y la besó en la sien.

—Eso no es cierto. —Después se acercó a Chloe y la besó en la mejilla con cariño—. ¿Cómo te encuentras? ¿Es seguro que estés aquí fuera?

Chloe se echó a reír y le abrazó con cariño.

Había pasado más de un año desde que habían vuelto a su hogar, en ese tiempo, el sincero aprecio que sentía por los maridos de las Beasley se había hecho muy intenso y ellos se portaban con ella como hermanos mayores protectores.

Decir que estaba encantada era quedarse corta.

—Es totalmente seguro. —Le sonrió—. ¿Crees que Brodie me dejaría aquí si no lo fuese? Te recuerdo que solo estoy embarazada, no moribunda.

—Solo me preocupo —alzó ambas manos —¿dónde está Brodie, por cierto?

—En el castillo —encogió un hombro —no creo que tarde en volver.

En ese momento llegó el carruaje de Raychel y de él bajaron los duques y la duquesa viuda, cada uno de ellos llevaba consigo un niño en brazos.

—Gracias a Dios —murmuró Garrison, que depositó a su hijo en los brazos de su tía Cassandra nada más tocar tierra—. Si tengo que soportar un minuto más de canciones infantiles, es probable que termine matando a alguien.

Todos se echaron a reír.

—Me alegro de verte —Raychel la miró a los ojos —se te ve de maravilla, ¿qué tal lo llevas?

—Bien —les miró a todos —me hace muy feliz teneros aquí, de verdad.

Entraron en la casa y tanto Casie como Raychel se sorprendieron.

—Esto ha cambiado mucho —comentó la duquesa.

—Si queréis podemos tomar un té y después os enseño la casa.

Accedieron de buen grado y Chloe le pidió a la señora Froom el té y algo de comer. La mujer saludó con cariño a las otras damas antes de irse.

Una vez se acomodaron todos en el salón, Chloe les empezó a contar que nada más llegar, Brodie había diseñado la casa casi desde los cimientos, solo se había quedado intacto el herbolario. Había añadido tres habitaciones más, otro salón, había ampliado la cocina y le había construido un estudio de pintura.

—Las obras han ido muy rápido —comentó Garrison—. Nosotros tardamos más de dos años en poder levantar Hawley Park.

—Bueno. —Chloe sonrió—. No querrás comparar tu mansión campestre con mi casa, ¿verdad? —Le guiñó un ojo descarada—. Además, aquí las cosas son diferentes. En cuanto se supo en el pueblo que Brodie estaba ampliando su casa, todos han venido a echar una mano, y así las cosas se hacen mucho más rápido.

—Perdón por el retraso.

Brodie entró justo en ese momento y su mirada de inmediato se dirigió hacia Chloe. La miró de arriba abajo y cuando terminó, sonrió a sus invitados.

—Ewen dice que os verá a todos cuando vayáis a instalaros, tenía que encargarse de varios asuntos. Me alegra teneros aquí.

Raychel le sonrió y se puso en pie.

—He traído algunas notas que me gustaría que revisaras, si tienes un momento.

—Raychel. —Casie la miró y la duquesa se encogió de hombros—. Vamos a estar aquí dos semanas. ¿No podías esperar?

—No, porque Brodie es un hombre muy solicitado y de verdad que necesito que me dé su opinión.

—Por supuesto. —Se acercó a ella y la besó en la mejilla—. ¿Eso me permitirá pasar desapercibido? —Susurró para que solo ella le escuchase.

—Eso te permitirá ser casi invisible.

Brodie suspiró aliviado y la duquesa sonrió satisfecha. Chloe no pudo menos que sonreír con resignación. Raychel y Brodie se entendían a las mil maravillas, quizá porque a ambos les encantaba pasarse horas revisando todo tipo de documentos financieros.

Sabía que su marido adoraba a toda la familia, pero al tenerles a todos juntos en una misma sala se sentía abrumado y torpe. Los únicos con los que no tenía problema alguno, era con los niños. Y Raychel siempre le proporcionaba algo con lo que distraerse.

Brodie se sentó en el brazo del sillón donde estaba Chloe y enredó la mano en su pelo mientras sonreía a Garrison.

—En el castillo tenéis las cunas de los niños y un pequeño regalo.

—Se supone que somos nosotros los que tenemos que traer regalos —intervino Austin con una sonrisa pero Brodie le quitó importancia con un gesto.

Tras un poco más de charla y una vez que todos hubieron descansado, se dirigieron al castillo para deshacer el equipaje y prepararlo todo antes de la hora de la cena.

Brodie cogió a Chloe de las manos y la miró a los ojos un instante.

—¿Eres feliz?

—¿Cómo podría no serlo? —Se puso de puntillas y él bajó la cabeza para que pudiese besarle—. Me haces delirantemente feliz, Brodie, y te amo más cada día que pasa.

Él la miró con intensidad y acarició su abultado vientre durante unos momentos, sintió una leve patada y sonrió.

—Está bien.

—Pues claro que lo está. —Chloe colocó su mano sobre la de él—. Su padre está aquí y sabe que le queremos.

—Chloe… ¿qué pasa si es como yo? —la pregunta salió de sus labios con brusquedad.

Era algo que ella había pensado innumerables veces. En ese año, Ewen le había contado mil y una anécdotas de Brodie, le había contado las peleas, la infancia tan difícil por culpa de su tío y su primo y cómo fueron los primeros años en el colegio. Y ella había sufrido con cada palabra. Lo había pensado mucho y no había cambiado de idea.

—¿Y qué va a pasar? —Encogió un hombro—. Si sale a su padre, será un hombre con un corazón tan noble que ha creado toda una institución para proteger a las mujeres desamparadas y a los niños. Con una inteligencia tan afilada que todo el mundo le pide consejo. —Le acarició el rostro con delicadeza—. Guapo, atractivo, generoso, dulce, bueno… ¿Quieres que siga inflando tu ego?

—Te lo pregunto en serio, sabes que yo…

—Brodie. —Le sujetó la cara y le miró a los ojos—. Eres perfecto, y seremos muy afortunados si nuestro hijo o hija se parece a ti. Eso es lo que pasará.

—Te amo, Chloe.

***

Al día siguiente, aprovechando el buen día que hacía, todos se dirigieron a la casa que había comprado Brodie hacía años para que las mujeres y los niños que no tenían dónde ir, tuviesen un hogar. Salieron en dirección noroeste y cuando llegaron a la última colina, Chloe suspiró emocionada.

Una vez en la puerta, tras atravesar la enorme verja, la señora Mapple salió a recibirles.

—¡Es un honor tenerles aquí de nuevo! —Se inclinó ante los duques—. Los regalos que enviaron fueron una bendición. Gracias.

—Es un placer —Garrison cogió la mano de la mujer y le besó los nudillos.

Era plenamente consciente de que era algo extraordinario, pues la buena mujer no tenía ni una gota de sangre noble, pero para él era como un ángel en la tierra. Se había hecho cargo de aquel proyecto de Brodie y cada día cuidaba de los niños como si fuesen suyos. Y todos los niños eran felices. ¿Había un milagro mayor que ese?

—Oh, excelencia.

La mujer siempre se ruborizaba y miraba a Raychel de soslayo, como si ella fuese a decir algo.

—Señora Mapple —Brodie se acercó y ella sonrió—. ¿Cómo van las obras de ampliación?

—¿Qué obras?

Todos le miraron y él se encogió de hombros.

Lo que había empezado siendo una escuela para los niños del pueblo que no tenían quien les cuidase, había terminado siendo un hogar seguro para decenas de madres e hijos que huían de un hogar violento o que simplemente se habían quedado sin recursos para sobrevivir. Cuando, años atrás, su hermano le cedió el terreno y la propiedad que se caía a pedazos, jamás imaginó que terminase siendo algo tan importante. Algo de lo que sentirse realmente orgulloso.

Siguieron a la señora Mapple hasta el recibidor y después todo fueron gritos, sonrisas, abrazos y besos.

Los niños adoraban a los duques, a los condes y a los vizcondes. Y el cariño era mutuo, pues estos no dudaban en enviar cada poco tiempo varios presentes, dulces que encargaban en la panadería del pueblo, ropa y zapatos. Además, Casie hacía una labor maravillosa encontrando trabajo a las mujeres en entornos que eran seguros para ellas.

El resto de las maestras estaban allí y salieron a saludar.

Cuando llegaron a la parte trasera, todos observaron impresionados. Se había levantado la parte exterior de una mansión enorme, con una estructura gemela a la casa original.

—Chloe me dio la idea. —La mencionada se ruborizó—. Aquí necesitamos más espacio, pues aldeanos de poblaciones vecinas acuden aquí también.

Miró a los duques y a Austin.

—Quiero proponeros hacer algo parecido en Londres o en Southampton. —Se encogió de hombros—. Hay muchos niños necesitados y muchas mujeres que necesitan un lugar seguro. Tengo los fondos, pero no puedo supervisarlo desde Escocia.

—¿Quieres cambiar el mundo tú solo? —Garrison le palmeó la espalda—. Cuenta conmigo. —Su esposa carraspeó y él sonrió—. Con nosotros, quería decir.— Le guiñó un ojo a Raychel con picardía.

Austin miró a su alrededor y sonrió.

—Con nosotros también. —Se frotó la mandíbula—. De hecho… creo que tengo el lugar idóneo.

Todos le miraron pero él solo miraba a su mujer.

—Compré la granja de los Fairhill, en el poblado de Falmer. —Casie tragó con fuerza—.

No podía dejar que nadie usase aquella propiedad, yo… lo siento, siento no habértelo dicho.

Cassandra se alzó y besó a su marido.

—No tienes que disculparte, y me parece una idea maravillosa que se haga algo tan bueno y tan bonito con un lugar en el que se ha sufrido tanto. —Le miró a los ojos—. ¿Estás seguro del lugar?

—Sí. —La abrazó con fuerza—. Sí. Creo que las risas de los niños serán la única forma de que todo aquello …

Garrison le palmeó en la espalda y Austin asintió. El duque estaba al tanto de todo, pues desde el secuestro de Cassandra, se había mantenido en estrecho contacto, cosa que a él no le importaba, toda ayuda era poca si lo que estaba en juego era la felicidad y la seguridad de ella.

—Mis padres seguramente también quieran participar en el proyecto. —Austin miró a Brodie—. ¿Tienes pensado organizarlo como aquí?

—Más o menos. —Cogió la mano de Chloe porque le resultaba imposible no tocarla de algún modo—. Allí tendríamos que contar con alguien de confianza.

—De eso podemos encargarnos nosotros —indicó Raychel—. A Ellene le va a encantar el proyecto. —Garrison la miró y sonrió—. Hoy estaba un poco cansada, pero seguramente mañana se acerque hasta aquí.

Cuando volvieron al castillo, todos tenían la cabeza llena de ideas, de personas que estarían encantadas de formar parte de algo como aquello. Obviamente se necesitarían muchos fondos, pero entre todos tenían fortunas considerables y la filosofía de los McCrorey y de Raychel era que dado que pertenecían a la clase privilegiada, tenían la obligación moral de hacer algo por los más desfavorecidos.

Los días pasaron y cuando faltaban solo tres días para que todos volviesen a sus casas, Chloe se despertó al amanecer con un pinchazo en el abdomen.

—¡Brodie! —le palmeó con fuerza y se quitó las sábanas muerta de miedo.

—Déjame ver.

Brodie parecía extrañamente calmado y eso la tranquilizaba y la enervaba en la misma medida.

—Bien, has roto aguas. —La miró a los ojos un instante—. ¿Has tenido dolores estos días?

—Una molestia sin importancia. —Se ruborizó y le apretó el brazo desnudo cuando otro dolor la atravesó—. Brodie, ¿qué pasa? Aún falta un mes para que dé a luz.

—Me temo que no, mi amor. —La besó en los labios—. Voy a avisar para que vayan a buscar a Ewen y al médico, a la partera… dame un momento.

En cuanto salió de la habitación empezó a dar gritos levantando a los pocos sirvientes que pasaban allí la noche. La señora Froom fue la primera en llegar hasta ella.

—Bueno, querida, ha llegado el día. —Le sonrió—. O más bien, la noche.

—No estoy lista —protestó Chloe—. ¡Aún falta un mes!

—Querida, los bebés deciden cuándo están listos para salir al mundo.

Se acercó y le retiró algunos mechones de pelo de la cara, adoraba a aquella mujer que tan feliz hacía a su niño. Porque Brodie era suyo, tanto como lo había sido de su madre. Pero le había criado ella desde que era poco más que una chiquilla.

—Todo irá bien, ya lo verás.

—Ay, señora Froom… ¡duele! —le cogió la mano a la mujer y apretó sin darse cuenta.

—Claro que duele, querida. ¿Acaso te crees que los milagros ocurren sin más? —Le sonrió y empezó a masajearle la espalda—. Todo irá bien, ya lo verás.

Cuando Ewen y Darlene llegaron, Brodie daba vueltas por el recibidor como un león enjaulado a punto de matar a alguien.

—Estoy aquí.

Brodie no lo pensó, se lanzó a por su hermano y este, tras una mirada cómplice con su esposa, recibió el primer golpe, poco después, los dos peleaban como salvajes en el jardín.

En algún momento habían llegado el resto y Garrison y Austin se habían quedado para asegurarse de que Brodie no mataba a su hermano. Finalmente, ambos cayeron en el césped llenos de sudor y jadeando.

—¿Estás mejor? —Ewen miró a su hermano y este gimió apretándose las costillas.

—No lo sé. —Le miró un instante—. La oigo gritar, ¿qué le he hecho?

Austin mostró la botella de whisky que tenía en la mano y se sentó al lado de Brodie.

—Vas a ser padre. —Le ofreció el licor—. Te corresponde el primer trago.

Garrison se sentó frente a ellos y evaluó los golpes de ambos hermanos, se habían dado con fuerza, pero no parecía que ninguno tuviese lesiones importantes.

—Aún no he terminado la cuna —confesó Brodie, aturdido—, ni el balancín, ni… Chloe se va a enfadar.

Garrison soltó una carcajada y le arrebató la botella para darle un trago.

—A tu mujer no puede importarle menos todo eso. —Le devolvió el licor—. Te lo digo yo, que tuve gemelos. —Austin puso los ojos en blanco y Ewen sonrió—. Durante unos días solo va a pensar en ese bebé, seguramente se olvide hasta de que existes. Es frustrante, pero es lo que hay, porque las madres tienen razón: ahora el bebé es más importante que tú.

—¿Recuerdas cuando nació Jocelyn? —Ewen le miró y sonrió—. Pues más o menos lo mismo.

—Tú estabas borracho como una cuba —Brodie le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Para qué te crees que te hemos traído tanto whisky?

Garrison señaló detrás de él donde descansaban apaciblemente, otras dos botellas de whisky.

Epílogo 2

—¡Brodie!

Chloe entró en el herbolario de su marido y sonrió al ver la escena. No podía evitarlo, había algo encantador en un hombre hecho y derecho tirado en el suelo mientras jugaba con sus dos hijos y sus dos sobrinos.

—¡Queremos quedarnos con el tío Brodie!

La mujer volvió a sonreír y se arrodilló delante de Jocelyn.

—¿Y quién te ha dicho que no vaya a ser así? —La pequeña se sonrojó y se acercó para besar a su tía. Esta miró a su marido—. No me puedo creer que después de todo este tiempo aún sigas robando a los niños, Brodie.

Su marido la miró con intensidad, como siempre hacía y ella se obligó a respirar despacio. Habían pasado cinco maravillosos años en los que su vida había sido totalmente idílica. A veces aún se despertaba pensando que todo había sido un sueño, pero cada día, Brodie le demostraba que la realidad había superado con creces todos sus sueños.

—Alasdair e Isobel no pueden ser robados, pues son mis hijos. —El mayor miraba a su padre como quien observa a un dios entre mortales—. Y Kenrick… él quería venir.

Chloe soltó una risita.

—Kenrick tiene un año, querido, dudo mucho que haya sido capaz de expresar ese deseo en particular.

Era más que evidente que Brodie adoraba tener a los niños con él, ya había perdido la cuenta de cuántos juguetes les había tallado con sus propias manos. Jocelyn tenía una envidiable colección de muñecas a las que cuidaba con mimo. Había balancines, columpios y caballitos por todas partes.

La verdad era que Brodie, con el paso del tiempo, se había hecho algo más sociable, seguía manteniendo las distancias y seguía odiando con todas sus fuerzas las multitudes. Salvo si esas multitudes eran niños. Siempre habían sido su debilidad y siempre había hecho lo imposible por protegerles.

—¿Sabes una cosa, tía Chloe?

Miró a su sobrina y se le encogió el corazón. Era una niña absolutamente preciosa. Tenía el cabello del mismo color que su madre, los ojos de un intenso verde que recordaba a los valles escoceses en primavera y una sonrisa que les traería un montón de problemas, pero lo que más destacaba en la pequeña, era la nobleza de su corazón y la alegría de su carácter.

—Dime, mi pequeña princesa.

Jocelyn se sentó sobre una de las piernas de su tía y la besó en la mejilla.

—Cuando sea mayor, voy a ser doctora. —Chloe la miró con los ojos como platos—. Tío Brodie me va a enseñar todo lo que sabe sobre plantas, curas y todas esas cosas, y tía Raychel me ha dicho que ella hará que todas las universidades supliquen que estudie allí.

Chloe soltó una carcajada.

Por supuesto que Raychel haría eso. Eso y muchísimo más.

Ella lo había empezado todo. Siempre decía que solo había cumplido la promesa que le había hecho a su madre. Pero todos eran conscientes de que había hecho muchísimo más.

Les había cambiado la vida a todos.

—Y serás una doctora magnífica —la abrazó con dulzura y la besó en la sien.

—Sí, y me voy a ocupar de *"Hogar seguro"* —sentenció la niña con vehemencia.

—¡De eso nada! —Alasdair miró a su prima con el ceño fruncido—. "Hogar seguro" es cosa de mi padre, por lo tanto es mío. No tuyo.

—Hijo. —Brodie miró a su primogénito y, como siempre, sintió que el corazón le galopaba salvajemente en el pecho—. "Hogar seguro" no es algo que le pertenezca a alguien, no es un objeto ni algo que se pueda transferir de una persona a otra. Es un proyecto, una forma de agradecerle a la vida nuestra fortuna. —Después miró a su sobrina—. En cuanto a ti, señorita, vas a ser lo que tú desees. Sabes que tu padre moverá montañas para que así sea. Jamás lo dudes.

—Pero *"Hogar seguro"* tampoco será mío. —Brodie negó con la cabeza y la niña suspiró. Después miró a su primo—. Está bien, podemos dirigirlo juntos —le ofreció, pero Alasdair tenía los brazos cruzados y apretaba los puños—. Como dice papá, somos familia, juntos somos más fuertes.

El pequeño miró a su padre y tras unos segundos asintió con un gesto de la cabeza que les hizo sonreír a todos.

El proyecto *"Hogar seguro"* había comenzado como una escuela para los niños del clan, un lugar donde se aprendía con sonrisas y no con dolorosos castigos. Pero con el paso de los años, había pasado a ser algo más. Mujeres maltratadas por maridos, padres u hombres que se aprovechaban de ellas, habían comenzado a reconstruir sus vidas en aquella enorme mansión.

Todo el mundo creía que el conde había sido el impulsor de aquel proyecto. Pero no había sido así. Había sido Brodie quien le había hecho ver a su hermano la necesidad que tenían los niños de aprender, de crecer en un entorno seguro, no podía protegerles a todos, pero podía darles al menos, unas horas de seguridad y eso era algo muy importante. También la educación necesaria para que no pudiesen aprovecharse de ellos.

Era cierto que Ewen había cedido los terrenos y la construcción principal, pero Brodie había

hecho todo lo demás. No obstante, prefería que fuese su hermano quien fuese la cabeza visible. Ni siquiera los más cercanos conocían los detalles reales de la historia. Aunque en el pueblo, todo el mundo sabía que si una mujer tenía problemas, era Brodie con quien debía hablar, aunque el conde jamás se negaría a ayudar a alguien. Era un equilibrio perfecto el que tenían en Falstone.

Y Chloe apenas podía contener el orgullo que sentía por su marido. A veces, cuando le veía cuadrar las cuentas, o tallar juguetes para los niños, crear ungüentos para las pequeñas heridas… sentía que su corazón le explotaba en el pecho de pura felicidad.

—Señora.

Tanto Brodie como ella se giraron hacia la mujer que jamás atravesaba el umbral del herbolario.

—Hay unos hombres que preguntan por usted.

Brodie apretó los dientes y dejó a su hija pequeña en el balancín donde le ató las acolchadas correas y se aseguró de que la niña estuviese a salvo. Después observó a su sobrino pequeño en la pequeña cuna donde estaba profundamente dormido.

—Por favor, señora Whitt, pida al señor Hobbs…

—Ya estoy aquí, señora.

El hombre, uno de los trabajadores del castillo tenía una envidiable y fuerte constitución. Había llegado al castillo cuando era solo un adolescente lleno de rabia y dolor cuando sus padres habían muerto por unas fiebres, solo y sin nada en el mundo, había pedido refugio al *laird* y Ewen, le había abierto las puertas del castillo. Con el paso del tiempo, había demostrado ser leal, honesto, muy trabajador y con un toque especial para los caballos. Y se había ganado el respeto de Brodie.

Podría decirse que eran amigos y a falta de Ewen, era el único hombre en el que Brodie confiaba para cuidar de los niños.

Brodie se puso en pie y tras besar a su sobrina y a su hijo mayor en la frente, cogió la mano de su esposa y se dirigieron hacia el interior de la casa.

En la sala de visitas, les esperaban dos hombres pulcramente vestidos aunque con telas de calidad media, rostros serios y miradas tensas.

—Señor y señora McCrorey. —Uno de ellos se adelantó—. Soy el inspector Bowles, de Edimburgo. Y él es mi segundo, el agente Thomson.

—Está lejos de casa, inspector Bowles.

Brodie se colocó un paso por delante de su mujer y a nadie le pasó desapercibido el gesto. Era evidente que les consideraba unos intrusos y potencialmente peligrosos para su hogar.

—Venimos a hablarle del señor Hudson.

A Chloe se le cortó la respiración.

A veces tenía la sensación de que habían pasado eones desde aquel odioso juicio en el que toda su vida había sido expuesta, no había sido solo el juicio en sí, sino los titulares en la prensa, los cotilleos, las miradas llenas de desaprobación.

De no haber sido por el fuerte apoyo de toda la familia…

Y todo había ido a peor cuando su hermano Arthur se había escapado cuando era trasladado al barco que le llevaría de nuevo a Boston donde sería juzgado por conspiración para cometer asesinato, de nada más y nada menos, que el presidente Lincoln. Henry Diller no tuvo tanta suerte, intentó escapar también, pero a él le cogieron y en Boston fue condenado a la horca por sus múltiples delitos.

Los Hudson lo habían perdido todo. Las propiedades fueron embargadas por el Gobierno y el dinero había sido retenido. Arthur no tenía dónde ir ni dónde esconderse y aun así, había huido de la justicia durante cinco largos años.

Se aferró con más fuerza al brazo de su esposo y miró al inspector.

—Lamento comunicarle, señora McCrorey que su hermano ha sido hallado sin vida en una vivienda de… mala reputación. Me temo que su muerte ha sido violenta.

—Un momento. —Chloe se sentó en el sofá, consternada—. Ha dicho usted que es de Edimburgo. —El hombre asintió con la cabeza—. ¿Quiere decir que mi hermano ha estado todo este tiempo en Edimburgo?

El hombre frunció el ceño y se rascó la poblada barba.

—¿Acaso no lo sabía usted? —La dama negó con la cabeza—. Encontramos varias pertenencias del clan en su posesión. —Miró a Brodie—. Señor McCrorey, ¿usted estaba al corriente?

—No, exactamente. —Se sentó al lado de su mujer—. Sabía que no había abandonado Escocia y que los primeros años había un hombre haciendo preguntas sobre mi esposa, pero al cabo de un par de años los rumores se extinguieron y supuse que, o bien había abandonado el país, o había corrido la peor de las suertes.

—Entonces, asumo que ustedes no sabían nada de la vida del señor Hudson. —El inspector sacó su libreta y leyó rápidamente—. ¿Quieren que les informe al respecto?

Brodie miró a su mujer durante un segundo y esta le apretó la mano. Ambos asintieron con un gesto.

—El señor Arthur Hudson se convirtió en un delincuente y en un hombre importante en los bajos fondos de Edimburgo donde llegó hará unos cuatro años, al parecer tenía un don con las cartas y era muy diestro en las peleas cuerpo a cuerpo.

Chloe se tensó de la cabeza a los pies pero no derramó ni una sola lágrima.

—Era el cabecilla de una banda de rateros y ladrones. En el último año, la violencia de sus robos estaba aumentando de forma exponencial, y también habían pasado a cometer crímenes de índole más… —Carraspeó con fuerza—. No sé cómo decirlo de manera delicada… digamos que abusaban de mujeres.

—¡Oh, Dios santo! —Chloe apretó los puños y se acercó más a su marido.

—No sabemos muy bien qué ha pasado, señora McCrorey. —El hombre les miró a los ojos —. Pero el magistrado jefe nos ha enviado a que les informemos en persona. —Se guardó la libreta en el pesado abrigo—. ¿Debo darle mi pésame?

—No.

Brodie se puso en pie y ayudó a Chloe a hacer lo mismo.

—Lo que mi marido quiere decir es que mi relación con mi hermano nunca ha sido familiar ni cercana. —Se sonrojó al recordar por todo lo que había pasado al inicio de su matrimonio—. Cuando se escapó de los guardias, respondí a todas sus preguntas y tanto el conde como mi esposo permitieron a los agentes registrar el castillo y nuestro hogar. Aunque jamás comprendí cómo alguien podría pensar que yo daría cobijo a mi hermano después de todo el infierno por el que me hizo pasar.

—Entiendo. —El inspector tiró de sus mangas y dio un paso para acercarse a ellos—. En ese caso, señora McCrorey, permita que le dé el pésame, no por el hermano que ha perdido ahora, sino por el que debió tener. —Ella se estremeció y el hombre miró a Brodie—. Señor McCrorey, si tienen alguna pregunta, no duden en ponerse en contacto conmigo. —Le tendió una tarjeta—. Ha sido un honor conocerles.

Cuando ambos se quedaron a solas, Brodie miró a Chloe.

—Dime en qué piensas.

Ella le miró durante unos instantes y después le acarició el rostro con dulzura.

—Pienso en que te amo con toda mi alma. —Brodie le rodeó la cintura con los brazos—. Y pienso en el amor tan intenso que Alasdair siente por Isobel y por Jocelyn. —Sonrió—. Aunque discuta con su prima a todas horas. Las quiere y ya las protege a su inocente manera. Aunque Jocelyn sea mayor que él.

Brodie esperó a que ella siguiese con la explicación. Hasta entonces, todo lo que ella había dicho le parecía lo más lógico. Los hombres protegían a las mujeres para que ellas a su vez, cuidasen del hogar. Así se lo había enseñado su padre y así lo creía él firmemente.

—Pienso en como os queréis Ewen y tú y en cómo cuidabais y protegíais a Seraphine y pienso en lo tremendamente afortunados que habéis sido y me siento afortunada y muy honrada de pertenecer a esta familia. Miro a nuestros hijos y te miro a ti y el orgullo amenaza con destrozarme, porque has creado un hogar seguro para cientos de niños, un lugar donde las mujeres se sienten protegidas y pueden curarse. Y pienso en que a pesar de todo, echo de menos a mi hermano.

Brodie la besó en los labios y la abrazó con fuerza.

—No sé cómo debes sentirte. Seraphine era mi faro en la oscuridad, no hay nada que yo no habría hecho por ella.

Con Chloe se sentía tranquilo y a salvo, tanto como para hablar frecuentemente de su difunta hermana y de sus fallecidos padres. A menudo se pasaba horas recordando anécdotas que la hacían reír o llorar, ella le aseguraba que nunca de tristeza, sino de felicidad y él la creía. Porque Chloe le amaba.

—¿Debo lamentar la muerte de Arthur?

También se sentía seguro como para preguntar cosas como esa que le daban una clara

desventaja. Pero con ella jamás tenía que protegerse, porque Chloe jamás utilizaba sus defectos contra él. En el tiempo que llevaban juntos, le había demostrado su lealtad y su amor, a todas horas, todos los días.

—No lo sé. —Le miró a los ojos hasta que él tuvo que apartar la mirada—. No sé cómo sentirme. Por un lado, siento una profunda pena y tristeza por la felicidad que nos hemos perdido todos estos años, y por otro… bueno, durante un tiempo le odié por querer apartarme de ti. —Él la besó con dulzura—. Ahora que tenemos una vida de ensueño, sé que el odio solo sirve para hacerme daño a mí misma, pero no puedo sentir cariño hacia una persona que solo me demostró maldad. —Frunció el ceño—. ¿Eso me convierte en una mala persona?

—No. Contigo a mi lado he aprendido que, aunque Ewen siempre será mi hermano y mi mejor amigo, hay personas con las que no compartes lazos de sangre que se convierten en familia. No hay nada que no hiciese por Raychel, Casie, Darlene, Grace, Ellene, Garrison y Austin. —Tragó con fuerza—. O por alguno de los niños. —Chloe le besó en la mandíbula—. He tenido familia a la que he odiado y a la que no echo de menos. ¿Tú me consideras mala persona?

—Sabes que no.

—Entonces, ¿cómo puedes serlo tú? —Le acarició el rostro—. ¿Acaso hay algo de lo que te arrepientes?

Chloe soltó una risita y negó con la cabeza.

—Si alguien me hubiese dicho que al desafiar al destino, te habría encontrado a ti, lo habría hecho muchísimo antes. Tuve que perderlo todo para encontrarte, y ahora que te tengo, nada me hará arrepentirme, porque tú eres mi faro en la tormenta.

Horas más tarde, cuando los niños ya dormían y Brodie estaba en su herbolario, Chloe salió al jardín y contempló las estrellas.

Amaba Escocia con todo su corazón. Ese era su hogar. Las verdes colinas, los cielos azules y las brillantes estrellas. Todo formaba parte de aquel pedazo de Paraíso en el que ella vivía.

Se resguardó un poco más en el pesado chal de lana y miró al cielo.

—No sé si estáis ahí o no. No sé qué pude hacer para no ser una hija amada. No sé por qué pensabais que merecía estar sola en el mundo o no ser más que un objeto en vuestras manos. No os odio, a ninguno de los tres. Pero tampoco os echo de menos y ahora que soy madre, creo que os comprendo menos aún. He hecho mi elección, en realidad la hice hace muchos años, elegí a Howard y a Katelinn Beasley como padres y escogí a Raychel y a Casie como hermanas y ellos fueron los que me enseñaron lo que era ser una familia. Que no merecía estar sola.

Unas cálidas y fuertes manos se posaron sobre sus hombros y un poderoso pecho se pegó a su espalda.

—Nunca más estarás sola, amor mío. Desafiaré al destino para permanecer a tu lado cada día de mi vida, porque mi corazón late solo por ti.

Chloe cerró los ojos y se apoyó en aquel masculino cuerpo que siempre la había hecho sentir segura y amada. Las palabras de su marido llenaron cada rincón de su alma.

FIN